Truco II

(UN PALIMPSESTO)

©Alfredo García Valdez
©Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
©Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez e Hidalgo s/n, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico:
premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño e ilustración: Estefanía Nicté Estrada

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2017

TRUCO II

(UN PALIMPSESTO)

ALFREDO GARCÍA VALDEZ

La constelación de Virginia

Narcisa Llerena llevaba dieciséis años viviendo en el mayor sigilo, como escondiéndose de sí misma. Con su invariable traje blanco —el mediodía a plomo—, abrió el portón de la casona de la calle de Bravo, por donde el malogrado Agustín Jaime, primo segundo de Santiago Autógeno, otrora hiciera caracolear su caballo. Se movía como un gato, como una sombra que burla a su sombra. Camargo la miró con ojos deslumbrados a través de la portezuela volante del bar Ojo de Agua. Como de costumbre, se dirigía a la parroquia de Santiago del Canto. Se levantó de la mesa para alcanzarla.

—Entré a la cantina hace buen rato, sólo para verte pasar —dijo Camargo, cubriéndose los ojos con el cuenco de la mano—. La otra noche, en el cuévano, no me dijiste si volveríamos a encontrarnos.

—Sólo puedo recibirte de noche —sus tacones se afilaban en el empedrado, haciendo ondular su figura—. Sabes dónde vivo. Tendré el portón abierto.

Sin volver el rostro, gradualmente iba desasiéndose de su acompañante. El filósofo volvió sobre sus pasos y entró al bar, donde apenas cabían cuatro o cinco mesas. La calle estaba tan sola como si fueran las tres de la madrugada. El señor Realmey, el viejo pero robusto abarrotero de la esquina, descendiente de un empleado ferroviario inglés que llegó a la provincia

contratado por una compañía de ferrocarriles de Ciudad Incesto, se había metido a comer, dejando la tienda con las puertas abiertas, abandonada a las moscas. Diez metros más abajo, los aparatos de Estéreo Estefanía pulsaban automáticamente, mientras los dos locutores dormitaban, cansados de hablar hasta por los codos durante toda la mañana. Camargo pensó que no habría sido difícil desnudar a Narcisa Llerena en plena calle y poseerla. A esa hora, la gente se encerraba en sus casas, escapando de la monotonía del sol. El tiempo se movía como una hormiga transparente atrapada en la carátula del reloj. Entre las cortinas, los caracoles y las lanzas de hierro que guardaban las ventanas, ningún ojo se asomaría en esa paralizada hora, ni podría sorprenderlos en el abrazo amoroso.

Mientras tanto, la botella de Gambrinus se le había entibiado en la acuosa penumbra. La destartalada radiola lanzó un acorde súbito: estaba codificada manualmente para que cada media hora tocara una polka si nadie ponía monedas en la ranura niquelada. Todo parecía funcionar automáticamente en la ciudad sumergida, durante un lapso que duraba entre las doce del mediodía y las cinco de la tarde. Aparte de él, no había otro parroquiano. El cantinero dormitaba frente al aparato de radio. Una radionovela de vampiros llamada "El conde Bartok" daba inicio entre los venerables acordes de la *Tocata y fuga* de Bach. Por la calle no pasaba ni un fantasma ni un automóvil ni un vendedor de puerta en puerta. Las palomas de Cate-

dral llegaban hasta acá, siete calles más arriba, dando pequeños saltitos en los charcos de sol.

Aún le parecía oler el perfume de la muchacha, mezcla de vainilla y alcanfor, de carne fresca y maniquí arrojado a un desván. Había un tufo de ratonera en la cueva abierta bajo la iglesia de Santiago del Canto, disimulada entre arbustos y pedruscos, a unos metros de la escalinata. En la penumbra espesa, casi repugnante, Narcisa Llerena se había deslizado aquella noche como una bestia en su madriguera. La materia irreal de su cuerpo al mediodía se condensaba por las noches, como si adquiriera entonces dos cuerpos, como si otra sangre se empalmara en la suya, como si dos pieles se urdieran finamente una en la otra. Esa boca invariablemente pintada de negro —igual que los párpados, haciendo juego con la pesada cabellera— se cerraba como una ventosa. La blusa de terciopelo tenía la textura de unas alas de murciélago. El denso cuerpo fluía en movimientos espasmódicos, como lleno de temblores ajenos. Unos metros encima de ellos, las viejucas del barrio del Águila de Oro susurraban una misa de gallo, una misa de insomnes, una misa sin cura, según el rito acuariano, sus labios temblando encima de las velas.

—Mi familia fue próspera en otro tiempo —contaba ella—. Tuvimos casa de campo en Capellanía y también en San Isidro de las Palomas. Un rancho de trescientos manzanos constituía la fortuna de mi casa.

Fuimos propietarios, además, del edificio donde estuvo el taller de diamantes. Alquilábamos otras siete casas de vecindario, emparejadas todas sobre el callejón de Miraflores. Mis padres están enterrados a unos pasos de aquí, en las criptas subterráneas de Santiago del Canto, esperando los diez años reglamentarios, hasta ser trasladados a las criptas de Catedral, donde permanecerán otros diez años, aguardando el postrero y definitivo reposo en Mazapil, el enjoyado cementerio, ¿o debo pronunciar *sementerio*, como las criadas?, de los marqueses de Acuario, suelo que merece nuestra simiente y nuestra sangre.

Se trataba, pensó Camargo, de la perpetua letanía de los últimos vástagos de las familias viejas, cuyos antepasados habían fundado Estefanía y ahora reposaban, orinados yelmos y serrín espectral, en la necrópolis de Mazapil, la villa más antigua de la provincia de Acuario, y destinada desde su fundación a ser villa funeraria.

—De niña —continuó Narcisa Llerena con esa voz que sonaba como un sempiterno susurro infantil—, viajé con ellos a Tierra Santa. Fue un tour de quince días, organizado por el párroco de Catedral, don José María de Jesús Portugal y Serratos, e iniciado el mismo día que el coronel Patricio Puebla tomó posesión de la Casona Rosada. A Samaria la encontré indiferente, pero me enamoré de todo lo egipcio: las pulseras, las momias, las túnicas, los turbantes.

—Tienes aspecto egipcio. Eso me hechiza y me intriga. Hasta tu manera de andar, ágil y misteriosa,

me evoca ese país que adora a los gatos, y que es sólo una noción entre nosotros, ficticia aquí de tan lejana —comentó Camargo. Conocía bien a esas personas memoriosas, dijo otra vez para sus adentros, que mezclaban la nostalgia con la fantasía; en el pueblo los llamaban los "tuvos", pues acostumbraban iniciar cualquier conversación con una frase de ese tipo: "yo tuve", "mis abuelos tuvieron", "mis tíos ya no tienen".

—Entre las paredes de tierra de Sodoma y las de Estefanía —dijo de pronto, con una sensualidad inquietante filtrándose en su voz de niña— no debe existir mucha diferencia: los mismos adobes amarrados con paja y metidos durante centurias en el horno del sol. Pero las cosas cambiaron antes de que saliera de la infancia: los hermanos de mi madre, las hermanas de mi padre se aprovecharon de nuestra orfandad. La casona de los diamantes y los siete vecindarios estaban intestados, carecían de papeles inclusive desde el día en que mi padre se hizo de ellos, pues mi abuelo no creía en los testamentos, quiero decir en los testamentos dictados en medio de una guerra civil. Así, estos ruinosos parientes me dejaron sólo la casa en la calle de Bravo. Ahora bien, hay dos nichos reservados a unos metros de esta cueva, al pie del altar mayor, que tenemos encima de la cabeza, por si un día decido morir. ¿Por qué heredé una tumba doble?, te preguntarás. Es porque deseo reposar el resto de mi muerte junto a otra persona, sin que sus huesos se confundan con mis huesos.

Puso orden en sus ropas mientras decía esto último. A la luz de los faroles que alumbraban el portal de la iglesia, su piel morena adquirió tonos aceitunados. Los ojos muy negros, los pómulos altos, enmarcaban una boca gruesa, de dientes ovalados. "Me gustan mis dientes —había dicho ella en otro momento—: es la única cosa bella que habrá de acompañarme a la tumba". Camargo miraba su talle esbelto y la gracia natural de sus pasos, y lamentó con ella que esas cualidades fueran las primeras en abandonar el cuerpo femenino, inclusive antes de la muerte. Narcisa hizo todavía una vaga referencia acerca de cierto sirviente negro, casi mítico, surgido de pronto en algún peldaño de su genealogía, quien habría seducido a alguna hermosa solitaria tía bisabuela, mancillando para siempre el caudal de la sangre de las Llerena. La deshonra había ocurrido hacia 1789, en la temporada de los fastos por la inauguración de Catedral. "Las familias españolas del interior —explicó— compraban esclavos en Veracruz y los trasladaban hasta acá, para que agonizaran en el desierto el resto de sus días". (La imagen del Santo Cristo, venerada en Catedral, ciertamente no el 14 de julio, fecha de fundación de la villa y luego de la consagración del sacro edificio, sino cada 6 de agosto, había seguido un itinerario, en algún momento de la segunda mitad del siglo XVII, similar al de esos esclavos negros.) El desliz de aquella tía bisabuela había fundado así, bien que involuntariamente, la vocación de Narcisa Llerena por lo egipcio, esa afición que se manifestaba

tanto en su maquillaje como en su figura, en su pensamiento y en sus hábitos felinos, enigmáticos.

Camargo notó que la silueta de la muchacha no se había reflejado en el espejo de la barra cuando pasó frente a la mampara entreabierta. Ella le había contado que detestaba los espejos. Se maquillaba al tacto, pintando someramente sus labios, sus mejillas y sus párpados con la punta de los dedos. El pelo muy lacio caía sobre sí mismo, acomodándose de manera espontánea, abundante. No por esto, empero, era menos vanidosa. La sencillez de su ropa y su maquillaje resaltaban la coquetería de sus ojos mortecinos, que chispeaban súbitamente cuando alguna cosa le proporcionaba placer. ¿Cómo hacía para evitar que su cuerpo se reflejara en las ventanas de las casas, en el parabrisas de los escasos automóviles, en los charcos de sol del pavimento, en las pupilas de los transeúntes, en todos los inesperados espejos que podían surgir para ella en cualquier momento, en cualquier circunstancia? Narcisa Llerena caminaba de puntillas, escondiéndose dentro de sí misma, rechazando de antemano a cualquier persona que intentara abordarla.

Sin embargo, cuando encontró por primera vez a Camargo, un mes antes, cerca del bar Salem, alrededor de las once de la noche, fue ella misma quien lo llamó, con una prontitud de gitana que busca a quién estafar. Las paredes descascaradas de Comandante Leza, los zaguanes muertos, los vecindarios evacuados, entre sacramentales pirules, fueron propi-

cios a esa aventura inaugural. Una bandada de garzas del desierto, pequeñas y blanquísimas, volaba rumbo a la sierra de Zapalinamé, que perpetúa en su nombre al último caudillo de nuestros antepasados tlaxcaltecas. La muchacha conducíase como una prostituta, más excitante aún por esos sus ojos mortecinos. El macizo cuerpo carecía de olor. Se entregaba espontáneamente, pero sin demasiada elocuencia, como si esa aceitunada piel fuera ajena, como si estuviera observándose a sí misma, como si en ese momento trabajara para el placer de otra persona, remota y tiránica, de la cual ella era un simple vehículo. Camargo la sintió hueca al principio, como si dificultosamente entrara en un mueble abandonado. Después aquella carne gratuita pareció doblar su densidad, cristalizándose hasta un grado casi doloroso. Narcisa parecía salir de sí misma y regresar acompañada. Resurgía de su desfallecimiento llena de una energía misteriosa, con ímpetu gemelo, como si la noche que la convertía en gata se desdoblara también en dos noches simultáneas.

En poco tiempo, Camargo se aficionó a su compañía sin saber de ella casi nada. Sintió que no la conocería más, así la tratara cien años —así como la luna, mirada durante unos minutos o toda la noche, no deja de ser la misma luna. Iba mostrándose en girones, en fragmentos casuales de conversación, que una vez recordados, se volvían significativos; pero muy pronto tales datos habían empezado a girar en torno a sí mismos, repitiéndose o aumentando sólo en un grado

mínimo, significando ello acaso que no habría más que saber. Sin mediar cita la encontraba de pronto, a cualquier hora, siempre en los alrededores de Catedral, el templo desierto, sin sacerdotes ni sacristanes, abierto a todas horas para la oración, la confesión a solas, según el rito del cristianismo estefaniano, o el ocasional encriptamiento de las cenizas de algún cadáver ilustre.

En el bar Ojo de Agua, como en el Cuatro Ases o el Placeres, salía verdadero el concepto que alguien había acuñado —¿el cronista Fontes?, ¿el propio Camargo?— acerca de *la otra ebriedad*. El filósofo bebía mesuradamente, acompasado al latido del tiempo, embriagándose de modo imperceptible. Sentía que nunca había bebido antes, pero que no dejaría de beber a partir de ese momento. Tal era el sentido zen de aquella noción. La canónica polka sin letra parecía perpetua, tanto como el humo de su Alas, que nunca terminaba de dispersarse, y el adormilado gesto del cantinero. El hontanar del sol borboteaba en el cruce de las dos calles, entre las cuatro esquinas, al centro de las cuatro direcciones, a la vez paralizado e inagotable. Sólo la radionovela de vampiros en el aparato de pilas, que no terminaba nunca, llena de efectos y de trucos, daba una impresión de movilidad, de vertiginoso sinsentido. (El órgano de Bach, por su parte, se emparentaba con el movimiento perpetuo del acordeón de la polka: dos formas tediosas y manuales del infinito.) Ésta era la hora cero de la ebriedad, cuando las manecillas del reloj se paralizaban. Camargo sintió que si

salía en ese momento encontraría al pueblo reducido a escombros, azotado por el viento de los siglos. La clepsidra del alcohol medía cantidades infinitesimales que, sumadas, bastarían acaso para sumergir la mole de Catedral en las profundidades irisadas de una pieza de Debussy.

Habían procurado no deshacerse de Sique, la vieja nana que ahora, crecidas ya ambas hermanas, fungía como sirvienta y ama de llaves. Junto al ruinoso caserón de Palomas, circundado por una huerta de la misma edad, aquella viejuca era el último signo de la prosperidad de antaño que habían podido rescatar, tanto de la mezquindad del tiempo como de la rapacidad de sus parientes. Mientras duraran la finca y la sirvienta, Narcisa podría seguir considerándose una Llerena. Sique la ayudaba a maquillarse, en esa casa donde estaban proscritos los espejos. Sus ojos, translúcidos y azulencos por la edad, le mostraban, estos sí pero a ella sola, el reflejo de su belleza. A pesar de sus cabellos encanecidos, tenía el pulso firme y un tenso hilo de voz. Al remontar la infancia, la muchacha no batalló mucho para hacerle entender que le disgustaban los consejos: la doncella era severa pero discreta. El tiempo no la derrengó, sólo la hizo adelgazar, reduciéndola a sus rasgos esenciales: una figura pequeña y huesuda, que se deslizaba como un espectro, y bajo esa transparencia, un carácter tenaz y enérgico, a despecho de su condición servil. Mientras la peinaban, Narcisa

Llerena hablaba con un susurro de voz, que estaba más a tono con sus ojeras que con sus labios.

—No eres tú la más fatigada. Al abrir los ojos, primero vi tu rostro que el de mi madre. Has sido mi eslabón durante todos estos años: me atas a mí misma, pero sobre todo a ti misma. Te atreves a pensar por mí cuando me dirijo a la iglesia, cuando me desvisto en las grutas, cuando trato de esconderme de mi propia sangre en los callejones ciegos. Como mi existencia es doble, tengo la mitad de tu edad; pero una envejece con mayor velocidad cuando tiene dos vidas.

—Como tienes mi sangre, quieres también mis sueños. No pienses que te odio. Sé que tu egoísmo te hace sufrir. Mi consuelo es que también me padeces.

Sique la maquillaba en silencio, ajena a ese monólogo contestado. Mirada de cerca, la mayordoma parecía revestida por dentro de una segunda juventud, más robusta si se quiere: así acontece con la gente del campo. La miraba a los ojos sin mirarla, pintando esos labios mientras maldecían y disparataban. La cálida sombra del crepúsculo ocupaba los rincones, llena de ensordecidos mosquitos.

—Esta noche se cumplen, ¿lo recuerdas?, diecisiete años de continuo abuso, de mutua profanación —la voz de la muchacha era ahora más áspera, los ojos crispados por la angustia—. Nuestro pecado es seguir juntas. Si una está limpia de noche, la otra se ensucia de día. Mientras sesteo en la mecedora del zaguán, con el rosario entre los dedos, a la hora del céfiro, tú asomas la

cabeza a las cantinas más sórdidas, buscando una boca pastosa que te escupa. Entrada la noche, te deslizas por el callejón de Comandante Leza, ¿no es así?, y vigilas, a unos pasos del bar Salem, la entrada y salida de los parroquianos, como una puta buscando su pitanza. Malbaratas mi alma mientras duermo. ¿Quién se compadecería de nosotras? Sobre todo, ¿quién podría creer en mí sin caer en la infidencia, en la burla, en el chantaje, en la reprobación? Muy pronto supe que la ternura estaría proscrita de nuestras vidas. Somos una perra de dos cabezas, un escorpión de doble tenaza, una víbora que se autodevora. Quien nos amara, no podría comprarnos.

Un gato penetró en la estancia, deslizándose entre las cortinas como un fantasma de terciopelo violeta; sus ojos abrían como un filo la sombra, separando la esencia y la apariencia. La vieja Sique movía aún sus precisos dedos sobre el rostro que gesticulaba. Frente a Narcisa había otro rostro, idéntico pero sin maquillaje, arrebujado en la sombra. Parecía que el muro enjalbegado de la alcoba fuera un enorme espejo, desde el cual otra muchacha mimaba los gestos de Narcisa en tono juguetón, burlándose por momentos, cuando más profunda era la angustia de ese rostro paralelo. Movía los labios como si rezara, mientras la otra gritaba. Luego se quedaba impávida, equidistante del rezo y la risa, plana como una fotografía o como una silueta dibujada en la cal por una vela. Otras veces hacía escuchar su voz cristalina por encima de la voz áspera y gimiente,

pronunciando un contramonólogo casi con las mismas palabras. Narcisa Llerena odiaba los espejos.

Llegaron a su mente recuerdos de noches posteriores, repartidas entre el placer, el desconcierto y la pesadilla. A la mañana siguiente de su primer encuentro con la muchacha, la había visto pasar cuesta arriba por la calle de Bravo, desde esa misma mesa del bar Ojo de Agua: caminaba con lentitud, arrastrando una pierna semiparalizada. Tenía la piel cenicienta y la mirada muerta, al fondo de las ojeras color malva; su pelo lucía marchito, enmarcando un rostro cadavérico, con los pómulos altos y las mejillas hundidas. Parecía, en efecto, una doncella egipcia momificada. Salió en pos de ella, siguiéndola en vano durante media cuadra. No respondió a su saludo. Clavó en el piso los ojos asustados y como pudo aceleró el paso rumbo a la parroquia de Santiago del Canto. Sin embargo, esas caderas disimuladas por el vuelo del faldón eran las mismas con las que había folgado la noche anterior, en un rincón de Comandante Leza, a unos pasos del bar Salem. Los senos eran igualmente redondos y duros, haciendo parecer sus hombros más angostos. Pero aún lo desconcertaba ese rostro de muerta recién salida del armario, así como esa pierna rígida, que envejecía tanto su personalidad como su silueta.

Júpiter Ramos, el cantinero del bar Ojo de Agua, era un gigante robusto y soñoliento. Recién llegado al oficio, era el único en toda Estefanía que no tenía

nombre de antiguo rey visigodo. Para engañar al ocio —no hay peor vacío físico y moral que el que experimenta un cantinero los miércoles de cada semana, entre las doce y las cinco de la tarde—, intentaba conversar con los parroquianos, dando a conocer su voz potente y pastosa. No esperaba contestación: hablaba de todas maneras, entretejiendo un discreto monólogo, sin descuidar un momento sus ademanes corteses.

—Desde la barra, veo pasar a esa muchacha a diario —dijo comedidamente, percibiendo el interés de Camargo, así como su desconcierto—. Es prima política del gobernador Santiago Amarillas; una tarde por semana, regularmente en viernes, él se allega a visitarla. Como usted sabe, como sabemos todos, el cacique, que no es ningún santo, "sale por la mañana —como dijera el poeta—, al mediodía duerme, vela por la noche, y viaja sin congoja al atardecer".

El filósofo meditó unos instantes: ¿esa cara hendida y demacrada era sólo resultado de sus aventuras nocturnas?, ¿esa mirada lacia y asustadiza, tan dura otras veces, denotaba una señal de vergüenza, un pánico al qué dirán? La noche que se conocieron no hubo tiempo de preguntar nada, se despidieron sin ninguna promesa, sin ninguna pregunta, sin ninguna confidencia. El vuelo de la falda sobre los macizos muslos, en la alta noche o al mero rayo del sol, era toda la identidad de Narcisa Llerena: un cuerpo tembloroso, que se replegaba en la vía pública, buscando los muros y las bancas de la parroquia, que se repegaba algunas

noches al anónimo prójimo en un trance de sonambulismo, en los callejones cercanos a Catedral, afuera de las cantinas de mala muerte o de buen tránsito.

Júpiter Ramos era sólido como una roca. Podía pasar horas en una inmovilidad proverbial junto a su radio. Pero tenía oído de tísico y vista de lince: ningún cliente se quejaba por la lentitud del servicio, ninguno se le iba sin pagar la cuenta. Había sido vigilante durante largos años en la penitenciaría de la provincia de Acuario, en las afueras de la villa de Capellanía, hasta que un buen día lo despidieron por introducir subrepticiamente cuarenta y ocho latas de cerveza Gambrinus en el edificio. En realidad había hecho eso durante largo tiempo: para complementar su magro sueldo, traía y llevaba recados, conseguía tabaco negro, sonsacaba famélicas mujeres de la plaza del mercado, y, con piadosa regularidad, efectuaba pequeños contrabandos de cerveza, sotol y whisky clandestinos. Existía un laboratorio clínico en el edificio adjunto a la prisión, donde se embotellaban toda suerte de líquidos sanos y enfermos. A un lado estaba un tinaco de madera. El buen Júpiter subía por una escalerilla, su corpachón cimbrándose ante las bocas inanes de los fusiles y los catalejos, y ponía las latas de cerveza, las botellas de brandy y tequila adentro del agua del depósito. Aquel tesauro quedaba flotando durante horas, a veces por días enteros, dentro de la espesa agua que se calentaba en las noches de verano y quedaba gélida en invierno. En el momento propicio bajaba diez latas, una o dos

botellas y las ponía dentro de un barril, a unos pasos del laboratorio, donde las misturas de la Hacienda de Baco pasaban por una segunda estación térmica. El tercer paso consistía en sustraer las botellas desechadas por los laboratoristas, lavarlas con cierto cuidado y rellenarlas con el líquido más preciado en toda la prisión.

La maniobra de Júpiter Ramos era más piadosa que ilegal. Sólo él conocía la tortura de las tardes de verano en prisión, cuando hasta los pájaros que entraban allí por accidente optaban por suicidarse, volando ciegamente hasta aplastarse en las paredes. Las noches de invierno eran aún más desoladas, cuando el rechinar de huesos y el crujido de dientes de los prisioneros no dejaba dormir a los celadores, envueltos en sus raídas cobijas.

El recién nombrado director de la prisión —el cacique, de acuerdo con el Senado, los cambiaba cada año, pues rápidamente se corrompían— lo había sorprendido en una de estas maniobras filantrópicas, apenas el verano anterior, cuando tenía en el barril cuarenta y ocho latas de cerveza tibia listas para ser distribuidas entre los presos de las dos crujías principales. Con el objeto de iniciar su administración con buenos augurios, el nuevo jefe decidió tomar al buen Júpiter Ramos como público ejemplo y chivo expiatorio. Éste tuvo que dejar su puesto de celador para evitar mayores problemas legales.

Naturalmente, los presos sufrieron lo indecible con su destitución. Semanas después consiguió empleo

como cantinero en el minúsculo bar Ojo de Agua. Trajo hasta allí sus hábitos de prisión: la hosquedad, el espíritu servicial, esa manera de quedarse quieto como una roca, en una inmovilidad profesional, de la que sólo sobresalían sus rápidos ojos de pájaro. El bar era una celda de barrotes invisibles —celda monástica, celda purgativa—, casi una prisión utópica: cualquiera, en cualquier momento, podía empujar la portilla volante, ya fuera para salir o para quedarse. Convertido así en simbólico celador, Júpiter Ramos se limitaba a arrimar la bebida a la mesa de los parroquianos, y a solicitar una cuota provisional a quien de pronto sintiera deseos de escapar. Todos, en algún momento de la borrachera, sentían el impulso de huir; al final todos volvían: en esto consistía acaso la única libertad posible en Estefanía.

Esa mañana, Camargo era su único reo. Bebía de manera callada y metódica. Pero su cabeza bullía llena de recuerdos y preguntas. En el curso de una semana, la figura de Narcisa Llerena se recomponía en sus sueños y se descomponía en sus pesadillas. Más que una persona, ella era un fantasmático impulso sexual que temblaba en sus brazos y luego se disipaba en la blancura del faldón. Se le aparecía gradualmente, entre el vapor del alcohol, como una niña, como una adolescente, como una mujer madura y como una anciana. Era como si su mente dormida efectuara un ejercicio de análisis, síntesis y proyección en busca de su auténtico rostro, de un alma si la tenía, de un cuerpo menos sensual y más humano. Quería encontrar, así fuera

sólo en sueños, un rastro de candor en su mirada, un rayo de inocencia, un involuntario gesto de miedo o de sorpresa. Porque todo en ella parecía premeditado, nada resultaba natural, como si estuviera viviendo por segunda vez cada hora de su vida. Era como si tuviera, por así decirlo, una doble existencia simultánea. A veces caminaba por un sendero de su conciencia con la pierna rígida y el gesto colérico, como si se reclamara a sí misma un grave crimen que no se perdonaría nunca. A la noche siguiente, la feroz criatura se distendía como una seda entre sus manos, con una inocencia epidérmica, dispuesta en ese momento a las caricias más aberrantes, en las que se hundía maldiciendo como una súcuba, golpeando el piso con la pierna de madera. Se metamorfoseaba cada noche, como una dama sin piedad, entre esos polos de entrega y rechazo, de exigencia y de culpa, de mojigatería y liviandad. Llegó al punto de ver su carne cayendo a pedazos, su pelo como un matorral seco, su apergaminada piel, dentro de la cripta que le habían procurado sus piadosos padres, en el subterráneo de la capilla de Santiago del Canto.

Ahora bien, había un auténtico interés de Júpiter Ramos por Sique, la mayordoma de esa casona de la calle de Bravo. La miraba muy temprano, mientras lustraba el piso de la cantina, con la puerta entreabierta, subir hacia la capilla, a la vera de su patrona, para escuchar la misa del Ángelus. De paso ágil y ojos imperturbables, nunca había podido establecer ni una

sombra de conversación con ella. Aparentemente, ninguna de las dos reparaba en el gigante que secaba un vaso de cristal en el umbral de la puerta. No volvía a divisarla en el resto del día. A medianoche, o bien a las tres de la madrugada —la hora más oscura del alma—, después de cerrar la cantina, pasaba junto al portón regularmente entreabierto y veía a la remozada mujer, apretándose las manos en el dintel, mientras recibía de vuelta a la muchacha, lozana bajo la luz del farolillo de la fachada. Con el invariable atuendo blanco, conservaba el gesto de una asceta, pero su cuerpo parecía saciado, como un animal que regresa a su jaula. Sique movía los labios y los dedos en un dilatado discurso; curiosamente, el cantinero no conocía su voz ni la había escuchado nunca. Narcisa la oía apenas, con la mirada brillante y la ropa desarreglada. La nodriza le acomodaba el pelo y el vestido, susurrándole reproches maternales, gesticulando con esa voz inaudible. Ambas mujeres veían pasar al cantinero en ese momento, pero tampoco se reportaban, absortas en su peculiar diálogo; como en las madrugadas, el gigante era imperceptible a fuerza de pura presencia.

A la caída de la tarde, Camargo abandonó el bar Ojo de Agua y se dispuso a peregrinar por otras cantinas. Estuvo sucesivamente en el Marte bar, en El Farolito, en el bar Armas y Letras —bebiendo a razón de un caballito de tequila y una cerveza por cada estación—, hasta que finalmente decidió instalarse en el bar Salem. Aguardó allí a que sonara la hora adecuada.

El tiempo del alcohol se prolongaba como un laberinto; terminaría como un callejón sin salida. Había bebido cerveza Gambrinus, luego tequila solo, ahora pidió ginebra con agua quina. Su conciencia era como una brújula sumergida en un balde de agua, como un faro ordenando un mar en balde, apuntando con gradual lentitud hacia la calle de Bravo, hacia el portón entreabierto de Narcisa Llerena. Tras la barra de cada cantina que visitó —como en las restantes noventa y seis de Estefanía— había un espejo y un Santo Cristo, acomodados uno encima del otro como una suerte de altarcillo: dos objetos emblemáticos de la ebriedad y del ensimismado martirio en que terminaban su jornada los bebedores consuetudinarios. Todo sucedía ahora en cámara lenta, como una película que se repite, como un parlamento aprendido: las conversaciones de los parroquianos, las recurrentes polkas sin letra de la radiola, con sus fugadas espuelas barrocas, el estático zumbido de la radio, el rostro del cantinero distanciándose poco a poco después de servirle una copa.

—Hacemos sacrificios, no para embriagarnos, pues esto no es del agrado de Dios, sino para hacernos más prudentes —dijo Camargo, parafraseando a un viejo historiador judeo-acuariano, mientras el rostro de don Chilperico se apartaba con un esbozo de sonrisa.

La noche era suave cuando salió del bar Salem, en el antiguo barrio de las prostitutas, para tomar el callejón de Comandante Leza. Caminó entre vecindarios derrumbados, umbrales de carcomida madera,

derrengados techos de carrizos donde brotaban huizaches y nopaleras. Había un sofá con los resortes saltados en mitad de la calle. Bajo los tejados partidos por la mitad, podían verse camastros de hierro oxidado, armarios reventados, platos de lámina, medias de nylon que no habían alcanzado a desintegrarse. Avanzaba entre un paisaje de guerra, de donde las putas hubieran huido de improviso, de la noche a la mañana, abandonando sus ajuares, sus muebles, sus utensilios. En una de esas habitaciones melancólicas se le había entregado Narcisa Llerena, entre el crujido de oxidados resortes y el graznido de las pequeñas garzas del desierto, que esa noche emigraban, por encima de los tejados, por entre las torres de Catedral, entre jirones de nubes que acentuaban el color amoratado del cielo.

La puerta de la casona de Bravo estaba entreabierta. Caminó por el zaguán embaldosado, donde adivinó una mecedora de mimbre y una silla de montar; en el patio, unos narcisos se repartían el reflejo de la luna. Las macetas estaban recién regadas, como era costumbre hacer en la estación de calor. Al fondo había una puerta más pequeña, cubierta por una cortinilla cuyo color competía con la luna y los narcisos. Percibió en la sombra una figura encorvada, y dos siluetas más jóvenes en el campo de un espejo. Una voz, de una gravedad que no era masculina ni femenina, mascullaba palabras que no se alcanzaban a entender. La otra, más femenina, aullaba felinamente conforme fluían las sílabas, pronunciadas con la preci-

sión con que se lanza un dardo. Sique, la fiel servidora, se retorcía las manos, sabedora del carácter implosivo de sus dos pupilas. Mientras hablaba, Narcisa Llerena señalaba al espejo con un ademán de horror, allí donde los rostros gemelos se reflejaban. (Curiosamente era la doncella, que se había aproximado a ellas, quien no dejaba ahora el menor rastro en la superficie.) Sostenía unas tijeras desplegadas en la mano izquierda; Virginia, por su parte, tenía una larga aguja de coser lonas entre sus dedos transparentes. Por momentos, la nodriza temblaba de manera convulsiva. Estaba acostumbrada a tales peleas que estallaban a la menor provocación; pero esta noche el ámbito parecía magnetizado por la presencia de un sentimiento misterioso, que desde hacía muchos años no entraba en la casona: el amor, o lo que Narcisa entendía por tal, en su conciencia animal y obsesiva, en su sexualidad posesiva y alucinatoria. La gemela virginal estaba imbuida de pánico, sintiendo como si alguien, un varón ausente, le estuviera arrancando una costilla, poniéndola en el umbral de la soledad más completa. Sentía que la partían en dos, clavándole una daga en medio de las cejas. Semejante tortura parecía ponerla al borde del asesinato o del suicidio, dos actos indiscriminados entre mellizas. Narcisa también parecía cansada de cargar con ese fardo de carne insípida, de carne intocada que solía colarse entre ella y el cuerpo de su amante ocasional, como un remordimiento o como una muñeca de hule espuma. La pierna coja de su hermana colgaba entonces como

una maldición, entre sus piernas temblorosas de dicha. La pobre Sique no sabía a quién defender ni a quién sujetar, perdida entre esos cuerpos que se movían de manera refleja, entre esos rostros que gesticulaban como sincronizados relojes. Ambas mostraban idéntica furia, el mismo apetito y la misma impaciencia por una vida autónoma, inclusive sintiendo que tal cosa era impensable.

Camargo miraba fascinado a aquellas dos íncubas desenroscarse. El fanal del alcohol hacía que se distorsionaran los rostros en su pupila, metamorfoseándose constantemente como las formas del fuego. Virginia semejaba una muñeca vestida con ropas antiguas, sin maquillaje, como un negativo muerto de su hermana. Sin vida propia, alimentándose ocasionalmente a través de la otra con una plétora de apetito sensual que la llenaba de miedo y de asco. Ante los ojos del filósofo, puestos en la balanza del alcohol, las tres mujeres se movían como si estuvieran borrachas. El espejo combatía a su mirada, rechazándola, al tiempo que aportaba a la estancia una nueva dimensión de irrealidad. La brújula del deseo cesó de latir en el momento en que la aguja de coser lonas se hundió en el desencajado ojo de Narcisa. Las puntas de las tijeras, sin embargo, acertaron todavía a clavarse en el cuello de Virginia, un poco más abajo de la garganta. La imagen de ambas se veló en el espejo, de cuyo fondo emergió por primera vez el convulsionado torso de Sique, agitando el aire con manos alarmadas. Camargo aban-

donó el pasillo de tres zancadas y cruzó trastabillando el patio. Velada por una nube, la luna cesó de iluminar los narcisos. El pesado portón voló sobre su eje y la cerradura embonó, casi sin ruido, a sus espaldas.

A la tarde siguiente, *El Guardián de Estefanía* silenció convenientemente los hechos. (Era el único periódico del pueblo, de aparición más o menos azarosa: en ocasiones duraba hasta una semana sin editarse; pero a la larga, a pesar de la abulia o la escasez de noticias, empezaba a circular por las calles, así fuera por las tardes.) Fue Júpiter Ramos quien se encargó de contar a Camargo el final de la historia, cuando el filósofo acudió muy temprano a curarse la resaca en el bar Ojo de Agua. Cuando se dirigía a abrir la cantina, a las cinco y media de la madrugada, el hombrón había tenido que socorrer a la descompuesta Sique, quien acababa de pasar una noche de gritos, de sangre y de muerte. Ambos viejos acudieron juntos a la oficina del teniente Paredes, jefe de la policía, a informar sobre los hechos y a solicitar que se retirara un cadáver. Narcisa Llerena —¿o era Virginia?— contempló la salida de su hermana, sentada en un equipal, mientras un enfermero le estampaba en el ojo un tosco vendaje. Sique notó, cuando la miró caminar hacia el armario, que cojeaba. Sacó de los cajones un vestido de su gemela. Se arregló parsimoniosamente, mientras el teniente Paredes la esperaba en la sala, haciendo chasquear el foete sobre la bota, a la altura de la rodilla izquierda.

A partir de ese día infausto, surgió entre Sique y Júpiter Ramos una profunda relación, a pesar de que ella le llevaba unos veinte años; a menudo se veía salir al cantinero de la casona de Bravo al amanecer, o trasponer el portón en lo más oscuro de la noche. Ambos visitaban a la muchacha —a quien se había dado por prisión una recámara en el Cacicazgo, encima de las caballerizas, muy cerca de la de Santiago Amarillas, su amado primo— una tarde por semana, cargando entre los dos una red de ixtle, en la que le llevaban transparentes perones, sangrientas tunas y pecosas peras, recogidas del huerto familiar en Palomas. El cantinero pasaba el resto de esos días, y de los otros, dormitando en el mostrador del bar Ojo de Agua, ante el alharaquiento aparato de radio, puesto en el volumen más bajo. Al fin había encontrado un lugar en el mundo, confortable y *felice* como el que dejara en prisión, el cual ocupaba holgadamente, como un pesado mueble de nobles maderas. Camargo, por su parte, desde esa mañana en que acudiera a curarse la resaca, no volvió a poner un pie en la cantina. Apenas si, de vez en cuando, se asomaba desde la acera de la calle de García Suárez a la ventana de la recámara que sabía ocupaba Narcisa, en el segundo piso, cuando pasaba por un costado de la Casona Rosada.

El régimen del ataúd

—¡Cara Estefanía, sepultada durante treinta años en una dictadura de sombras! —exclamó, con su habitual grandilocuencia, el doctor Tomás Fontes. Luego dio el primer sorbo a su copa de whisky, un vaso achaparrado, de cristal cortado, en cuyas estrías golpeaban las piedras de sus tres anillos, confundidas con el reflejo de los cubos de hielo.

—Pero más reprehensibles, y más demoledoras, fueron las guerras civiles. Un siglo perdido, en cuyo clímax fuimos despojados de la mitad del territorio —adujo el bachiller Urbano Urbina, terminando de doblar su capa de terciopelo, la cual colocó encima de un taburete.

—Bueno, a decir verdad, la provincia de Acuario siempre ha sido una teoría —replicó el profesor Agamenón Manzanares frente a un voluminoso vaso de té negro con hielos—. Los virreyes jamás delimitaron con precisión los contornos legales del Marquesado, que durante tres siglos fueron tan elásticos como la ambición o la abulia de sus propietarios.

—¡Pero el partido de Texas fue mientras pudo netamente acuariano! —contrastó, no sin fanatismo, el médico e historiador, con el cogote enrojecido por el fuego seco del tercer escocés.

—Una llanura inhóspita, surcada de cuando en cuando por caravanas de pioneros yanquis: ¿en esto

consistió su ser y su devenir acuarianos? —ironizó Camargo, aguijoneado por su tequila Espuela de Plata.

—Vamos, vamos —contemporizó el voluminoso profesor—: sólo quise decir que después de todo no fue gran pérdida perder una llanura deshabitada, por muy extensa que ésta haya sido.

—Así lo entendió, por lo menos, el presidente García Suárez, que a la vuelta de la década se convirtió en gran amigo de los norteamericanos —concedió Urbina, después de ordenar su primer whisky—. El coronel Puebla, mi abuelo, por esta razón jamás pudo simpatizar del todo con el penúltimo tlatoani de la República de Aztlán.

—¡Mal *haigan* él y Santa Anna, que no llegaron hasta acá sino para torcer nuestros destinos —prorrumpió, con irreverencia, el doctor Fontes—: uno para vendernos a los gringos y el otro para revendernos!

La hecatombe del crepúsculo se reflejaba en la cristalería china del bar Fornos. El espejo se retrajo cuando traspuso el umbral el figurón del vate Domínguez, con los hombros arrasados de sangriento mármol. La mesera se acercó prestamente a la mesa de los caballeros culteranos con una botella de Neptuno entre sus uñas congeladas.

—Pero ilústrenme ustedes, señores —pidió Camargo—: ¿cómo fue que en la provincia de Acuario inició el despotado de la familia Amarillas?

Se abrió un paréntesis de vacío, que el vate aprovechó para beber de un solo trago la mitad de la botella recién servida.

—En las postrimerías del régimen del coronel Puebla —inició el doctor Tomás Fontes, con una voz sedosa y seca como su whisky—, los magnates y paterfamilias de Estefanía hicieron firmar al viejo prócer unas actas en el templo y antiguo convento de San Esteban de Hungría, patrono del pueblo, mismas que luego se conocerían con el nombre de Pacta Conventa. Debían ese nombre, asimismo, al hecho de que habían sido concebidas y redactadas por ellos en el convento de la Orden Guadalupana, sito en la calle de los Baños, amena y llena de huertas. Merced a ellas, el patricio, en su lecho de muerte, aceptaba deponer el poder en favor de un triunvirato compuesto por las cabezas de nuestras tres principales familias: don Narciso Llerena, don Ignacio Lafragua y don Gustavo Adolfo Domínguez. La firma de los Pacta Conventa fue solemnemente anunciada con ruido de cajas y pífanos, en la Plaza Melitar Vellido Dolfos, entre la Catedral y la Casona Rosada. Así pues, el hecho tuvo dos aspectos: uno público y el otro privado. Sin embargo, pronto se volvió conseja popular esto de que el coronel fue derribado por un desfile de gala, el mediodía del 20 de noviembre de 1889.

—El primer centenario de Catedral acababa de cumplirse el 4 de julio de ese año —precisó el profesor Manzanares con displicente erudición, meneando con una cucharilla de plata su vaso de Camellia sinensis.

—Mi abuelo se encontraba indefenso —exornó Urbina— frente a este golpe de estado palaciego. La Guardia civil de Estefanía, hogaño descompuesta en la policía evangélica y la patrulla del Hades, se había cruzado de brazos, inclinando el fusil ante el crucifijo. El presidente García Suárez ni siquiera respondió el cable que el coronel tecleó con sus dedos artríticos: en su fuero íntimo, sospechaba mi abuelo, deseaba que los gringos terminaran de anexarse de una buena vez los restos del antiguo Marquesado de Acuario.

—Había una cláusula en las actas —continuó el viejo historiador— que estipulaba que el poder debía ser entregado lo más pronto posible a un hombre neutral, para evitar los enfrentamientos entre las tres familias, los cuales podrían derivar en una nueva oleada de guerras civiles. Tenía que ser una persona ajena a los tres clanes, pero lo suficientemente hábil y servicial para negociar entre las voluntades encontradas de los mismos. En suma, un pelele, pero un fantoche con capacidad de concertación, como ahora se dice.

—Los pleitos entre las tres familias —abundó el viejo periodista— obsequiaron a Estefanía con un siglo entero de caos civil y militar. Las tres descendían del tronco central de los marqueses de Acuario, y las tres lo hicieron todo a lo largo de la decimonona centuria, con tal de arrebatarse el poder: se asesinaban entre ellos, se traicionaban, se regalaban, se vendían, se matrimoniaban, se divorciaban, se enterraban unos entre otros. Hubo entre ellos raptos, violaciones, latro-

cinios, incestos, uniones morganáticas, espolios, adopciones, repudios, mancebías, mayordomías y conjuraciones, muchas conjuraciones.

—Ellos mismos habían entregado el poder al coronel Puebla —añadió Fontes y Ralea—, o habían permitido que lo tomara, y ahora se lo retiraban. Para no hacerles largo el cuento, don Ignacio Lafragua, quien detentaba el poder ejecutivo (don Llerena representaba el legislativo y don Gustavo Adolfo el judicial) propuso a su huésped Jacobo Amarellus para regir los destinos de la provincia de Acuario. Entre las distintas figuras administrativas que había a la mano: el viejo despotado de Mazapil, los regímenes privados de Capellanía y la República de la Estrella Solitaria, infestados ambos de propietarios que detentan títulos hereditarios sobre los edificios y la sierra baldía, la dictadura provisional del propio patricio, la mayordomía de la Hacienda de Baco, y aun el mítico matriarcado de doña Estefanía de Montemayor, escogieron inaugurar la modalidad del cacicazgo hereditario, por la vía de la adopción, a condición de que jamás se escogiera a algún miembro de las tres familias. De esta manera, los tres hábiles patricios entregaban el poder con una mano y lo recuperaban con la otra, obligándose por este procedimiento a un estado de eterna fraternidad.

—Jacobo Amarellus era el hombre idóneo, por su condición de extranjero, su avanzada edad y su absoluta carencia de afición al poder (todos sus apetitos se centraban en el cuerpo núbil y voluptuoso de la primo-

génita de don Ignacio Lafragua) —secundó el director de *El Guardián de Estefanía*—. Sin embargo, al aceptar el cacicazgo renunciaba automáticamente a casarse con la muchacha, para no desequilibrar aquella balanza de poder compuesta de tres pesas. Así pues, la conservó como amante toda su vida.

—Como una amante virginal —musitó con inesperada ternura el doctor Fontes, asimismo dando entrada aquí a una de las tradiciones mejor conservadas sobre el fundador de la dinastía Amarellus—, ya que su apetito se saciaba por la sola vía de la vista. Sus doscientos o trescientos años como vampiro amatorio, si hemos de hacer caso a las consejas, cuántas veces más deleitables y sustanciosas que la seca historia oficial, lo habían dejado fisiológicamente exhausto.

El vate Domínguez guardaba conspicuo silencio y daba vuelta a su caballito de tequila Cuervo entre las palmas de las manos, mientras observaba los distintos cartelones pegados en las paredes del bar: un mapa del antiguo Marquesado, y otro de la provincia de Acuario toda, que representaba apenas la mitad del territorio de aquél; otro mapa del virreinato de la Nueva España en su época de plenitud, cuando abarcaba desde el territorio de Utah —la nostálgica Aztlán— hasta Panamá, con toda la cuenca del río Mississippi, la del río Grande, y hasta el estrecho de Darién, donde Núñez de Balboa vio juntarse los dos rugientes océanos; debajo había un mapa de la harapienta República de Aztlán en la actualidad, reducida a un cuarto de su territorio. Al pie del

mapa del Marquesado había una lista de nombres en letras pequeñas, que el vate intentaba deletrear con sus ojos miopes. Percatándose de su esfuerzo, el doctor Fontes aclaró:

—Es el índice de pueblos chichimecas, que los padres fundadores debieron sojuzgar a su llegada al territorio, según el excéntrico sabio aztlanense don Manuel Orozco y Berra. Un tercio de ellos, que constituían el remanente, fueron definitivamente reducidos a doctrina por la férrea mano de los marqueses.

Enseguida comenzó un juego en el que sólo él y el bachiller Urbano Urbina podían participar, ante el oído curioso del filósofo Camargo y del vate Domínguez (el profesor Manzanares consideraba necia y gratuita esta justa). Se trataba de recitar de memoria el nombre de cada una de las 144 naciones indias que habitaban estos territorios, antes de la llegada de las gloriosas huestes de doña Estefanía de Montemayor y Urdemalas.

—Cuachichiles, Obayas, Boboles y Tobosos —abrió el viejo cronista—, Cotzales, Manos prietas, Milijas y Tilijayas, Contótores, Bauzarijames, Acafes y Cantafes, Cabezas, Tocas coloradas, Apaches y Chantapaches (¿o eran Contlapaches?), Mazapes, aborígenes de Mazapil, la villa funeraria de los padres fundadores y de los marqueses sus hijos, Cenizos, Gijames, Tinapihuayas, Pihuiques y Pausanes.

—Julimes, Mahuames, Pachales —canturreó el director de *El Guardián de Estefanía*—, Mezcales, de quienes heredamos la fortísima bebida, Jarames,

Obaguames, Chahuames, Pampopas, Cachopostales, Pajalaques, Pacos, Panaguas, Pagnaches, los irrritables Irritilas, que nunca soportaron el látigo, ni siquiera el cordón de los frailes, del que sacaron su blasfemia favorita: el verbo *chingar*, los Mispacoas, Meviras, Hoeras, Maiconeras, Paogas, Caviseras, Vasapalles.

El doctor Fontes había aprovechado la pausa para jalar aire. La verdad es que él se mantenía ducho en este ejercicio gracias a las clases que impartía, un día sí y un día no, de Historia y Geografía —cátedras ambas heredadas de su tío abuelo, el gran Dionisio García Fuentes— en el Ateneo de Estefanía:

—Ahomamas, Yanobopos, Laguneros, estos por el rumbo de la llanura de Mayrán —prosiguió—, Daparabopos, nombre de vaga raíz sánscrita, Cocoyomes, Mamazorras, nombre que continúa empleándose en nuestros días, aunque la gens haya desaparecido para siempre, como insulto de cantina, Neguales (¿o eran Naguales?), Salineros, Baxaneros, Payos, Babeles, así nombrados por su confusa y proterva lengua, Gueiquesales o Bueysalidos, actualmente también denuesto de cantina, Pinanacas, cuyo célebre caudillo, don Pinacate, fue ejecutado después de que un centenar de soldados orinaran sobre su pigmea humanidad, Cacastes, Comaques, Babiamares, Apes o Abejas, como los nombraban, en castellano, seguramente por una confusión, nuestros malhadados vecinos, los de la Estrella Solitaria, Pachaques, Baguames, Chacaguales, primos segundos de los Neguales.

—Hijames, Gabilanes, de alados pies, Terocodames, de vago linaje tarasco —continuó Urbina, inclinando la cabeza, como quien lleva a cabo un gran esfuerzo—, Pacpoles, Coaquites, Zibolos, descendientes de los afortunados habitantes de la legendaria ciudad de Cíbola, que los marqueses nunca encontraron, aunque aquellos indígenas decían, so falsarios, que las pirámides de estas distopías eran de oro macizo, y que sus calles estaban pavimentadas con lingotes de plata, Canos o Canes, por su notable barbarie, Pachoches, Siexacames, Siyanguayas, también de tronco prototarasco, Sandajuanes, Liguaces, Pacuazines, Pajalatames, Carrizos, Negritos, por el extraordinario color de su piel, Bocalos.

Las dos materias que impartía el doctor Fontes en nuestro glorioso Ateneo —y era un tigre en ambas—, llevaban el nombre de Historia Universal de la Provincia de Acuario, y Geografía Universal de la misma Provincia y antiguo Marquesado.

—Xanambres, apelativo de resonancia morisca, Borrados, por el curioso color de sus ojos, que eran de un aguamarina manchado por una neblina blanca, Guanipas, Pelones, de afeitadas testas, Guisoles, Walawizes, reinstalados, por orden de los marqueses, en una reservación un poco al norte de Ciudad Incesto, Alasapas, Guazamoros o moros de a mentiras, por el moreno claro de su tez, Yurgimes, Mazames, hijastros de los Mazapes, del actual despotado de Mazapil, Metazures, Quepanos, Coyotes, con su peculiar grito

de guerra, Iguanas, pues se mimetizaban hábilmente entre los arbustos y las rocas de la región, entre los chaparros, los cenizos, las gobernadoras, las masas de piedralumbre y del llamado azufre de Acuario, Tilojayas, los apachucados Pacholocos y los atusados Tusanes.

—Paschales, primos de los Pacholocos —continuó Urbano Urbina, quien hasta este momento no había dado un sorbo a su whisky, como tampoco el señor Fontes—, Ocanes, sobrinos de los Canuas, según la teoría del peregrino sabio aztlanense Orozco y Berra, quien investigara sus hábitos matrimoniales, así como la costumbre de la adopción entre ambas tribus asociadas, Catujanes, Pamulumas y Pumas de luz, Pacuaches, Pastalocos, salvajes como los bisontes que cazaban, Pastancoyas, que cocinaban sus alimentos en escudillas hechas de madera de secuoya, Pamasus, Pacuas-Papanacuas, tribus asociadas desde el origen de los tiempos, cuando emigraron juntas desde una anónima isla desprendida de la península de Alaska, Tuancas, Pitas, grandes comedores de tunas, Pasalves, Patacales, Isipopolames, con su hermoso nombre geométrico, Pies de venado, famosos por su lealtad y la velocidad de sus pies, Chancafes, Payahuas, Gicocoges, ¡vaya nombre de alquimia y caballerías!, Goricas, Bocoras, tribu en la que tiene sus más remotos antepasados Pécora Albéniz, la cantinera del bar Puerto Arturo, así como Judit su madre, funesta amasia del gran Santiago Amarillas, ambas de sangre judía y apache.

—Escavas, Cocobiptas, con todo y su nombre silogístico, Codames —continuó para poner punto y aparte a esta letanía etnográfica el doctor Fontes— Transmamares, Filifaes, Jumees, parientes cercanos de los indios tenessees y de los milwaukees, Toamares, Bapancorapinanacas, que parece arrancado, otrosí, del *Amadís de Gaula*, como nombre de mago o de gigante alevoso, Babosarigames, parientes de los Tarahumaras y los Huicholes, Paceos, Xarames, Zopilotes Blancos, salvajes de testa minúscula y nerviosa, Amitaguas, Quimis, Ayas, Comocabras, de pétreo perfil y muy afectos a los desfogues sexuales, los Mesquites, de aceitunada piel, los Orejones, de aspecto perruno, Tacames, Chayopines, los Venados, también nerviosos y fugaces, los Pamaques, Sanipaos, Manos de perro, hábiles en el combate a cuatro patas, Rayados, con el torso siempre lleno de tizne y, finalmente, los Cholomos, de quienes no se conserva ninguna peculiaridad nacional o lingüística.

—Así pues, fue sobre la sangre de 144 naciones indias —suspiró al fin Urbina, quien conservaba los resabios liberales de su abuelo, así fuera únicamente en la conversación, como una suerte de demagogia íntima— como doña Estefanía de Montemayor vino a fundarnos una patria.

—En estos desiertos, justo es decir —atajó el profesor Manzanares—, tan numerosas tribus medio moríanse de hambre. Mintió esa secta unitaria, patrocinado por su abuelo, y que conserva dos o tres templos

en Estefanía, cuando afirmaba que habían sido 144 mil indígenas los que acabaron pasados por las armas, ya fueran por los padres fundadores, ya fueran después por los sucesivos marqueses. No fueron tantos, y tampoco volverán, como estos mismos afirman, al final de los tiempos, durante el último apocalipsis del Marquesado, a tomar posesión otra vez de sus vastas praderas. A decir verdad, cada nación estaba compuesta de escasos individuos. Fue la desolada distancia, la común errancia y mutuo aborrecimiento la causa triple de que se disociaran de este modo, diferenciándose en lengua y costumbres, atomizándose en grupos de tres o cuatro familias, hasta conformar este número, no obstante su arcaico e ilustre pasado uto-azteca.

Siguió entonces un prolongado silencio, que los dos caballeros acuarianos, caballeros de la memoria, aprovecharon para tomar respiro, así como para rendir honores a sus copas, que habían pospuesto durante casi media hora. El vate Domínguez y el filósofo Camargo miraban hacia la acera de la avenida Reina Victoria, a esa hora llena de transeúntes. Ninguno de los dos alcanzaba a deletrear los títulos de los volúmenes enfilados en el muro opuesto al bajorrelieve del fauno, que caracterizaba al bar Fornos. Eran libros encuadernados en piel, con opulentos dorados en los lomos, que daban a la cantina el aspecto de un club británico; el fauno cincelado sobre una placa de terracota rosada, con un racimo de uvas en la mano izquierda,

había sido una donación del gran Santiago Autógeno, quien se encontraba entre los clientes fundadores de esa excelente taberna. Camargo miró hacia la vidriera del café Maquiavelo, del otro lado de la calle, donde estaba instalándose a su mesa, en ese momento, como todas las tardes, Nemo Puebla, con gran aparato de resoplidos, tintineo de utensilios y arrastrar de sillas maltrechas. Pero no hizo comentario alguno, conociendo la inquina que le profesaba Urbina, con todo y ser primos, por la especie que el actor jubilado había tenido a bien propalar: que el coronel Patricio Puebla, su abuelo directo y en realidad tío abuelo del viejo periodista, debiera ser conmemorado en una estatua sedente y masturbatoria, pues tal había sido su pasatiempo favorito durante tantos y tantos años de exangüe dictablanda, desdeñosamente tolerada por el presidente García Suárez y por los *gangsters* tejanos del otro lado del gran río de lodo.

—Demos ahora un salto de cien años —dijo el doctor Fontes y Ralea, con recuperados bríos, que eran la envidia de los apolillados caballeros del Senado de Acuario, sus contertulios con fuero—. Los políticos e historiadores de la República de Aztlán nunca han reconocido esto, e inclusive por ello nos tienen grima: pero lo cierto es que el Marquesado fue la primera región en declararse independiente en toda América, mucho antes que Haití, mucho antes, inclusive, que las 13 Colonias —dieciséis si contamos la Luisiana, la Florida y Tejas, todos ellos territorios novohispanos—. Fue en

el tempranísimo año de 1701 cuando don Pablo Fermín de Echeverz, Subiza y Urdemalas, treceavo marqués de Acuario, declaró su lealtad al buen rey don Carlos II, por mal nombre llamado *el Hechizado*, sin saber que ya estaba muerto. El incidente ocurrió precisamente cuando el visitador Gálvez, de paso hacia Albuquerque, lo conminó a que jurara fidelidad al nuevo rey Felipe V de Borbón, el advenedizo francés que recién llegaba para echar a pique la gloria, las galeras y las galerías de la Casa de los Habsburgo. Acaso fue por temor a una celada, por confusión o por simple ignorancia —somos hasta ahora el territorio más septentrional de la Hispanidad, y aun de la Catolicidad toda, a donde las noticias nunca llegan, o llegan mutiladas, cuando no trocadas del todo—, pero lo cierto es que don Pablo Fermín se negó a dar votos de obediencia, ni verbalmente ni mucho menos firmando ningún pergamino, alegando que el rey de todas las Españas, las antiguas, las nuevas y las todavía por fundar, era y seguiría siendo, *por siempre*, don Carlos de Habsburgo, único heredero legítimo del monarca universal don Felipe II, huésped de la Eternidad por sus grandes y muchas obras. Esas dos palabras, *por siempre* , fueron las que dieron pie a la tradición de la independencia temprana; aunque el episodio no quedó registrado en ningún documento —sin duda por la buena voluntad del visitador Gálvez, quien no deseaba comprometer a su buen amigo el marqués—, aparece consignado en los papeles del gran Baldo Cortés, primer cronista de

esta villa y pueblo de Estefanía, quien asienta dicha fórmula *por siempre* tres veces a lo largo de su crónica, muy a sabiendas de que esas dos simples palabras equivalían, jurídica y aun teológicamente, a una declaración de independencia del leal y fidelísimo Marquesado de Acuario.

—Es bien sabido —interrumpió Urbina —que la historia de esta provincia la han construido, además de los padres fundadores, de los conquistadores, de los marqueses, de los caudillos, de los caciques y de los gobernadores, nuestros cronistas. Si todos nuestros próceres combatieron en el presente, nuestros letrados libran batallas en un tiempo indeciso, en un futuro hipotético, o en un pasado que está todavía por acontecer. De tal manera que si no fue don Pablo Fermín Echeverz, Subiza y Urdemalas, treceavo marqués de Acuario, quien pronunció auténticamente esas dos palabras, creo que deberíamos honrar al gran Baldo Cortés, por el solo hecho de haberlas escrito, noventa años después del episodio del visitador Gálvez, como el padre de nuestra independencia.

Ninguno de entre nosotros podría hablar con certeza de la secta de los estefanianos. Como todo movimiento semiclandestino, desde su nacimiento parecía que estaba destinado a la disolución, a la tergiversación y al olvido. Quienes conocieron sus claves, fueron muriéndose sin heredarlas. Los senadores más viejos, como don Lorenzo Cancio y Cienfuegos y don Lope

de Sierra, habían preferido borrar lo que recordaban, y sólo respondían con un temblor de labios, entre colérico y amortecido, al cronista Tomás Fontes cuando éste trataba de sonsacarles el tema. El propio Fontes y Ralea, con sus ínfulas de sabelotodo y su peculiar método de mezclar erudición y fantasía, investigación dura y libre suposición, paleografía y chismografía, no había podido consignar nada sólido sobre este tema, ni en sus memorias públicas ni en sus laberínticos cuadernos privados. Únicamente monseñor Portugal y Serratos, en su papel de archivista de la Curia Bicápite, cargo en el cual asumía la sucesión del gran Baldo Cortés, el cronista eclesiástico del Marquesado, tenía acceso a los escasísimos papeles de la Hermandad de los Estefanianos. Una lista completa de miembros de los Caballeros de Colón en 1848, oraciones garrapateadas en papeles de seda prensados, escapularios estampados con la cruz estefaniana, semejante a lo que se conocería mucho después como la cruz esvástica, estampas de doña Estefanía de Montemayor recreada en estilo rococó, daguerrotipos de los templos periféricos de San Luisito y el Águila de Oro, en cuyos sótanos los estefanianos celebraban sus reuniones, eran algunas de estas parcas, improbables reliquias.

Sin embargo, la auténtica herencia ritual y doctrinaria de los Hermanos Estefanianos había consistido en dos elementos: la virtual separación de la Iglesia Acuariana del catolicismo en general, así como la erección de la siesta de tres a cinco de la tarde en una

suerte de sacramento a la vez público y privado. Así la practicaban todavía, al menos, monseñor Portugal y Serratos y Santiago Amarillas, cada quien en su calidad de cabeza política y espiritual del territorio. Durante dos horas diarias, ambos personajes contemplaban con los párpados cerrados el sueño temporal del Marquesado, desplegándose ante sus embotadas pupilas como un diorama, como un mural bizantino, como un libro de estampas. Subía hasta sus oídos el estruendo de perros y música, de espuelas y zapatillas, de telas y tules de las fiestas de antaño, el ruido de sables rayando la arena en la Zona del Silencio, solemnes discursos y charlas cotidianas en estefaniano antiguo, alaridos de apaches despellejando a un fraile, sollozos de niños al despertar, cantares de vela de los alguaciles al encender o apagar los faroles, los espantosos preparativos de las milicias domésticas para una indiada o pogromo de apaches, las campanadas de Catedral en los oídos de los teporochos y las alumnas del Colegio del Verbo Encarnado, etcétera.

Ciento cincuenta años de historia simultáneos, yuxtapuestos, caóticos, en los que se alternaban períodos de paz y de guerra, las Grandes Indiadas y las inveteradas guerras civiles, que muchas veces se habían reducido a meros disturbios callejeros con piedras y palos, puesto que nuestras verdaderas epopeyas solían tener lugar en la penumbra de los frescos comedores, en las recámaras olvidadizas, en las recargadas sacristías, en las oficinas administrativas, donde se dialo-

gaba, se intrigaba, se firmaban pactos, planes políticos y manifiestos de asonada.

Endosada durante un siglo nuestra historia a la de la vecina República de Aztlán, se habían reproducido aquí las reyertas y banderías, los enconos y complicidades que desgarraban a México-Tenochtitlán, la ciudad-estado que encabezaba la confederación de Estados moribundos que, desde el Río Grande hasta el Istmo de Panamá, sobrevivieron al paulatino colapso de la monarquía universal de don Carlos II, *el Hechizado*. Presidentes de la República que duraban en el puesto veinticuatro horas, una semana, un mes, un semestre, un año tenían correspondencia acá en las figuras de gobernadores y caciques que detentaban el mando durante el mismo lapso. Todos y cada uno de los integrantes del Senado de Acuario habían gobernado la provincia durante un periodo de sus vidas, o habían fungido como alcaldes de Estefanía, que equivalía a lo mismo. Su nombramiento llegaba en un carromato, a través del Camino Real de Tierra Adentro, con fecha de una o dos semanas atrás, y cuando el afortunado —digámoslo así— lo desplegaba entre sus manos frecuentemente ya había caducado, de manera que muchas veces podía hacerlo reconocer o ejercerlo únicamente con peligro de la vida. Las guarniciones militares de Ciudad Incesto, de Camargo en Tamaulipas, de Mazapil o del Real de Quatorze podían llegar en cualquier momento a prenderlo, con documentos firmados por el nuevo presidente, o por cualquier

personaje de la picaresca tenochca que había decidido, de la noche a la mañana, alzarse presidente.

La *Historia Universal del Marquesado de Acuario,* así como la *Geografía Histórica de la villa y puebla de Estefanía,* las dos obras maestras de don Dionisio García Fontes, parecían escritas según el método onírico de los estefanianos. Hasta tal punto eran abigarradas, confusas, inexactas, mezclando en la misma página Waterloo, San Jacinto y Churubusco, y en la siguiente al general Bonaparte, al coronel Patricio Puebla y al infortunado mariscal Weygand. No obstante sus estudios en París y su temperamento de científico positivista, el tío del cronista Tomás Fontes era hijo de un prominente estefaniano, quien sin duda lo había iniciado en el secreto. La secta había surgido como una respuesta a las logias masónicas que respaldaban al presidente García Suárez, así como a su furiosa política anticlerical, ejecutada entre nosotros por el truculento tío de Urbano Urbina, el director de *El Guardián de Estefanía.* A semejanza de las logias yorquina y escocesa, tenía unos rituales de iniciación, una serie de fórmulas secretas, una rígida jerarquía interna, una inviolable secrecía y una mística de servicio y combate.

Encapsulada durante tres décadas en las celdas de una sociedad secreta, la iglesia estefaniana acabó perdiendo todo contacto con la jerarquía romana. Durante ese tiempo, había sido misterioso, y aun mistérico, el espectáculo de todo un pueblo constituido en

sociedad esotérica, celebrando en secreto la pompa de su religión, mientras el tirano y sus compinches se pavoneaban por las calles y las plazas, con un compás y un monóculo, ofreciendo edificios recién construidos a las sectas evangélicas de la República de la Estrella Solitaria. El Vaticano nunca conoció esta fidelidad ni supo justipreciarla. De manera que aunque monseñor Portugal y Serratos había recibido las órdenes sacerdotales en Roma, él mismo se autonombró obispo de la provincia clerical de Acuario, quince años después, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, erigió al joven padre Rodolfo Calvida en su par, para constituir así la Curia Bicápite, durante las últimas semanas del régimen del coronel Patricio Puebla.

Víctima de los confusos e inestables mapas de la época, el propio papa Pío IX llegó a pensar que el fidelísimo Marquesado había sido anexionado a la Estrella Tejana, de manera que colocó a sus habitantes bajo la protección de la Catedral de San Patricio, en la distantísima Nueva York. Ni siquiera se dio por enterado de la impronta autonómica de la Catedral estefaniana, lo cual consumó silenciosamente el cisma. Pío XI, el papa actual, tampoco entabló comunicación con nosotros sino a través del patricio cardenalato de Manhattan, quien ni siquiera hablaba español, de modo que el designio de los estefanianos se cumplió completamente y sin ruido. Separada de la roca de Pedro por un océano de espuma y de siglos —El Vaticano estrenaba el teléfono y el automóvil, mientras nosotros tras-

poníamos apenas el portón del siglo XVII—, la iglesia acuariana necesitaba reconcentrarse, ahorrando sus energías en su propio seno, para enfrentar al Estado suarista-populista que había dictado su condena de muerte. "El triunfo de la masonería es moralmente imposible", solía decir monseñor Portugal y Serratos, mientras sostenía en su débil muñeca el cáliz donde pesaba todo el cosmos. "Para los meshicas, justicia y gracia; para los acuarianos, justicia a secas", era otra de sus frases favoritas, según consigna micer García Fuentes en su obra maestra, como veníamos diciendo, la *Historia Universal del Marquesado de Acuario*. Así pues, la iglesia acuariana conquistó por sí sola, y sin grandilocuencia histórica, un estatuto jerárquico y doctrinario similar a los de las iglesias Anglicana y la Galicana; pero éstas son cosas ignoradas más allá del Seno Meshica, cosas que casi nadie sabe, salvo el historiador yanqui William H. Prescott, y nuestro taciturno sabio, que las claveteó en el gran libro, con su flema de zapatero positivista.

El sueño estefaniano era a un tiempo histórico, filosófico y moral. Los ribetes místicos estaban reservados a unas cuantas almas institucionales, pero podían manifestarse de manera fortuita, según el propio canon de la Hermandad, a algunos espíritus accidentales, equivocados, no escogidos que durante unas horas, unas semanas o unos meses se convertían en receptáculos de la nata sabihonda, del innato saber elaborado en estos páramos desde el tiempo de las

ciento cuarenta y cuatro tribus primigenias, y condensado por vez primera en el seno místico de doña Estefanía de Montemayor, desde donde irradiaba, engolfado. Este profetismo azaroso, no hereditario, nada sectario, ni escolar siquiera, era otro de los pivotes del corpus estefaniano, que le permitía recobrar toda su fuerza y su originalidad en cualquier momento, sin necesidad de acatar reglamentos ni fórmulas ni de cuestionar jerarquías previas. Cualquier profeta, pues, surgido de la noche a la mañana, podía entrar a Catedral y abofetear a monseñor Portugal y Serratos, estuviera o no sumergido en la siesta mística, y le sería besada la mano. (El padre Rodolfo Calvida, homosexual discreto pero militante, por causa de sus propias prendas espirituales, no tenía acceso al sueño temporal más que de una manera borrosa y prosaica, como si fuera un simple lego, de manera que no podía ser ofendido por ningún profeta ocasional, pues de inmediato éste se revelaría como un falso profeta; mas esta distinción sólo era conocida por el obispo Alfonso y por el cacique en turno, como una garantía de tranquilidad y salvaguarda de los intereses civiles.)

Si Santiago el Menor recibía, a través de estas siestas cotidianas de las tres a las cinco de la tarde, consejo político y apoyo moral de su padre adoptivo, el gran Santiago Autógeno —Jacobo Amarellus, el penate familiar, jamás se reflejaba en el brumoso espejo del sueño—, los profetas ocasionales se comunicaban directamente con la veste de doña Estefanía de Monte-

mayor, quien era la que daba los consejos mayores. De esta manera, el poder temporal quedaba subordinado, en condiciones extraordinarias, al poder espiritual, tradicional, y el futuro al pasado, la experiencia a la conciencia, y en general todo lo existente a la ciencia de la experiencia de la conciencia, tesis medular de la Hermandad de los Estefanianos. Este tradicionalismo radical, aunque aparentemente favorecía los golpes de estado, había sido diseñado con el propósito contrario, precisamente para frenarlos, oponiendo al opio de la política, que disgrega a los pueblos, el saludable pan de la religión.

Pero decíamos: no obstante su sobrio plan, su riguroso método, su insobornable aparato crítico y en general su talante sólidamente positivista, a los ojos de cualquier extranjero las dos obras maestras del doctor García Fuentes podrían pasar por un producto del *hashish*, o bien de las ménsulas giratorias del espiritismo, ambas cosas comunes entre los miembros de aquella generación, inmediatamente posterior a la de los ascetas estefanianos. Los ejemplares que actualmente circulan como libro de texto en las escasas escuelas secundarias y aún más parcos bachilleratos del Marquesado, son una versión simplificada; los volúmenes de la edición original, impresa en París, en casa de la viuda del impresor Charles Bouret, eran resguardados como reliquias en la biblioteca Alessio Interminelli, en la Curia Bicápite, en las alcobas del Cacicazgo; cada uno de los miembros del Senado de Acuario, así

como Urbano Urbina, el director de *El Guardián de Estefanía,* el único periódico del pueblo, presumían la posesión de uno de ellos.

Don Agamenón Manzanares, experto en dos lenguas vivas y dos lenguas muertas, había compulsado largamente ambos tomos, la *Historia Universal del Antiguo Marquesado de Acuario* y la *Geografía Histórica de la Villa y Puebla de Estefanía, Presidio de Indios y Sede Eterna de la Curia Bicápite.* Y no se cansaba de ponderar su carácter a un tiempo tosco y extravagante, erudito y fantasioso, minucioso y descomunal. Y no se refería a su ortografía, que reproducía en todos los casos las irregularidades, vaguedades e incertidumbres que mostró la ortografía general de la lengua castellana durante el siglo XIX. Tampoco se trataba del extremado número de regionalismos en el sentido y la sintaxis, que son los que nos permiten hablar de una variante estefaniana del idioma, con fuertes elementos del dialecto leonés y del habla de los judíos sefarditas. Ni de las brumosas ilustraciones, que casi nunca se correspondían con el tema tratado en las páginas donde aparecían ni en las adyacentes. Era tal el número de dislates en lo tocante a las fechas y a los nombres de lugares y de personas, que más que de errores de imprenta cabía pensar en una cronología, una toponimia y una onomástica paralelas, correlativas, autosuficientes, cuyas claves sólo poseía el sabio: hasta tal punto eran coherentes, sistemáticos y recurrentes esos supuestos errores.

Era fama que los estefanianos que trasponían las lindes del Marquesado para correr mundo —Tenochtitlan, La Habana, San Antonio, Nueva Orleans, Barcelona, París— regresaban más estefanianos que nunca: hasta tal punto era potente el centro de gravedad de la antigua villa y presidio de indios. Es sabido que el vate Manuel de Cumas, por ejemplo, durante el lustro de su vida en que dio lustre a las tinieblas de la capital meshica, jamás dejó de tomar, por las tardes, el té de hojasén, esa terrosa yerba del zen; su reloj de leontina estuvo todo el tiempo emparejado con el paralelo acuariano; mientras que todas sus amistades, conversaciones, hábitos y preocupaciones estaban imantadas por esa aguja norteña: hasta el infausto día de su suicidio, había sido un estefaniano más auténtico que los residentes contemporáneos de la villa.

Era el caso asimismo del doctor García Fuentes, quien regresó de La Sorbona convencido como nunca de que Estefanía era el centro del mundo. El método de ejecución de sus dos obras era tan original como estrambótico —ambos caracteres suelen ir juntos—: hacía converger toda la historia universal en la particular historia del antiguo Marquesado de Acuario. De igual modo, describía la geografía de la Tierra como un mero contexto y preámbulo de la topografía y la toponimia de Estefanía y la provincia de la cual era cabeza. Así pues, la emigración de Abraham, la educación de Ciro, la muerte por hipo de aquel filósofo, la traición de Jugurta, la composición de la Farsalia, la conversión

de Recaredo, el traslado a Marsella de la descendencia de David, desterrada en el Éufrates, el cuento bizantino de Irene y su coño mágico, el asesinato de Étienne Marcel, el destierro de Ibn Gabirol de la taifa de Zaragoza, el huevo de Colón, el ojo arrancado a la princesa de Éboli, la autopsia de don Carlos II, *el Hechizado*, la abdicación en Estocolmo de la reina Cristina, la arcangélica soltería de Issac Newton, el barril de cerveza vuelto barril de pólvora del rey Sargento, el grito de independencia de Toussaint L'Ouverture, el busto de Napoleón en el escritorio de Goethe, la sobrina incestuosa de Talleyrand, el yelmo del Cid Campeador obsequiado al príncipe Clemente de Metternich, el asesinato de don Agustín de Iturbide, los guarismos de Evariste Galois, el suicidio de Rodolfo de Habsburgo, llamado como el fundador de la estirpe, de la cual fue el último, etcétera, eran narrados y descritos sólo como un prolegómeno, una justificación o un correlato de las exploraciones del protomarqués don Francisco de Urdemalas, de los adulterios fundatorios de doña Estefanía de Montemayor, de la inauguración de nuestra catedral, el 14 de julio de 1789, del exterminio de las ciento cuarenta y cuatro tribus acuarianos, que tardó tres siglos, de la poesía positivista de don Manuel de Cumas y del golpe de Estado del coronel Patricio Puebla, en cuya época compuso su obra el ilustre sabio.

Semejante método ocasionaba que la cronología fuera un hilo enmarañado y abstruso, lleno de nudos y puntas sueltas, de fechas ciegas y siglos perdidos. Sólo

un lector atento y piadoso como el profesor Manzanares había podido descubrir que el tiempo en esta obra no era lineal ni progresivo, como el que solía vertebrar internamente este tipo de obras expositivas, sino que avanzaba más bien en espiral, rotando pesada y confusamente en torno a un núcleo atemporal, a un agujero negro en el tejido del tiempo: la villa de Estefanía, cabeza del Marquesado de Acuario, donde el tiempo no transcurría, pero en función de la cual el tiempo circunvolucionaba, persiguiéndose y repitiéndose a sí mismo. Esta intemperie cronológica, esta intemperante ausencia de tiempo era lo que movía sin duda al sabio a proponer a nuestra villa como el centro del mundo, como el núcleo de la Historia Universal o más bien como su última etapa, precisamente como el fin y consumación de toda la Historia.

(De modo semejante, para la secta de los estefanianos, el año de 1700, cuando falleciera don Carlos II, *el Hechizado*, equivalía a un fin del mundo: a partir de entonces el Marquesado, sujeto a la invariable soberanía del príncipe inmortalizado por la muerte, había obtenido su independencia respecto de la España borbónica y los demás poderes temporales y espurios, y conservaría ese estatuto transhistórico por los siglos de los siglos, a despecho de las pretensiones neocoloniales y anticlericales de la caótica y moribunda República de Aztlán.)

Sea como fuere, lo cierto es que la Historia Universal parecía concluida o tal vez interrumpida para

siempre en los contornos de la estepa acuariana, donde rara vez escuchábamos sus ecos, como si se tratara del fragor de un océano suspendido en los márgenes de otro planeta. Asimismo, en su noción del tiempo, el sabio se mostraba doblemente estefaniano: tanto en la Hermandad como en la villa y puebla, sobre todo entre las tres y las cinco de la tarde, se contemplaba el tiempo como un fenómeno simultáneo, yuxtapuesto. La experiencia de la duración pura, que vuelve provisionales e intercambiables los tres tiempos, estaba al alcance de cualquier estefaniano, esotérico o exotérico, en la hora más alta del sol, o en el interior de cualquier cantina a esa misma hora. El Apocalipsis del Sol, naufragio cotidiano de toda forma de lucidez, anonadaba a la ciudad, convirtiéndola en un Purgatorio de luz blanca, espumosa, donde las almas nadaban en suspenso, embebidas en sí mismas, desprovistas de culpas pero también de esperanzas, equidistantes de cualquier forma de castigo o de redención. Era el domingo reproduciéndose durante tres horas a lo largo de los días de la semana, de la que sólo se salvaban el viernes y el sábado, o más exactamente, ese lapso que iba desde la noche del viernes hasta el mediodía del domingo, conocido como el sabbath estefaniano, y que era día de guardar, un período de juerga y jolgorio y regocijo.

En su *Historia Universal de la Provincia de Acuario,* el sabio García Fuentes se detenía con dolorida parsimonia en la etapa de las guerras civiles, que había durado cien años exactos. Los cenicientos fastos y la

funérea paz del Virreinato, que se habría prolongado tres siglos, ocupaban relativamente menos espacio —la mitad de la obra, en su versión más completa— que la reseña de este período opaco y caótico.

Con patente decepción, el erudito acuariano iba desglosando y definiendo las distintas banderías, anotando el nombre de los cabecillas, los estandartes, planes y colores que habían enarbolado, y que en el lapso de un siglo habían aniquilado la posibilidad de una patria a orillas del desierto. Los iturbidistas, que defendían los derechos de los nietos del caudillo sobre nuestra tierra; los maximilianistas, que todavía en vísperas del suicidio de Rodolfo y de la erección de Carlos, *El rey Enano*, soñaban con el retorno de un Habsburgo a la remota República de Aztlán; los tejanos, que pugnaban por la anexión del Marquesado a la República de la Estrella Solitaria; los ultraregiomontanos, que abogaban por una hipotética República de la Sierra Madre; los norestenses, que habían querido construir una República del Río Grande en ambas orillas del Bravo; los laguneros, raza que con el paso del tiempo había ido perdiendo el don del habla, y que demandaban para el Marquesado el ominoso nombre de República Unitaria de la Zona del Silencio; los monclovistas, en fin, que planeaban trasladar la capital del Marquesado desde Estefanía hasta el enclave de Almadén, en ruinas desde un siglo atrás, y del cual no restaba sino un magro caserío, en torno a un río seco, al que ellos mismos, y sólo ellos, denomi-

naban Monclova... Así hasta llegar al coronel Patricio Puebla, a quien un nieto irreverente imaginaba sujeto del pomo de su espada durante muchos años, sin saber qué hacer con ella.

El panóptico

Dos meseras del Thalassa charlaban al pie de la barra: las piernas flexionadas en sendos taburetes, las faldas plegadas sobre los muslos. Afuera, el sol era un imán paralizante; el reloj de péndulo de la cantina marcaba un eterno cuarto para las cinco. Sólo estaba ocupada la mesa de la esquina —la que solía tomar Camargo—, por un hombre joven que mezclaba cerveza Neptuno con tequila en un vaso. Su mirada se posaba de cuando en cuando en las piernas entrelazadas de ambas meseras, que un minuto antes habían girado en medio círculo hasta quedar rodilla con rodilla. Remolinos de polvo y luz se colaban bajo las mamparas de la entrada. Observó asimismo los carteles de mujeres desnudas que colgaban de los muros; finalmente, su mirada se perdió en el denso bloque de esa hora abismal.

Aunque no era cliente habitual, las meseras recordaban haber visto al muchacho en otras ocasiones, solo como ahora o acompañando al vate Domínguez. Solía guardar silencio ante la avasalladora elocuencia del hipotético primo de Santiago Amarillas. Entrada la noche, arreglaba las cuentas de la mejor manera, sacando unas monedas de su cinturón de piel de víbora, las cuales juntaba con el mermado óbolo del vate, para acabalar la cantidad requerida, y lo acompañaba finalmente, ambos trastabillantes, hasta la puerta del Hotel Mundial. Puertas giratorias, de madera y

cristal, donde el vate se asustaba al encontrarse con su propio reflejo, que venía a su encuentro en estado de ebriedad agravada.

Pécora Albéniz, la propietaria del bar —¿o es que debo llamarla Pécora Amarillas?, le habría dicho el recién nombrado jefe de la policía, como desafiante saludo—, estaba en su despacho, abanicándose el rostro con un documento oficial, una requisitoria de varias páginas, exornada con el sello de la Casona Rosada —dos sables del Marquesado, cruzándose sobre un campo de sable, y al fondo un sol poniéndose— que le remitieran esa mañana de la Comisaría, instalada, para mayor abominación, sobre las ruinas del Colegio de Filosofía Jaime Balmes. Los haces de cabello le caían sobre los hombros y la espalda, cubierta de profusas pecas. Atisbó por el espejo oblongo que parpadeaba en un ángulo de su oficina —ese panóptico que le permitía vigilar el salón y descubrir los gérmenes de las humosas reyertas, que se abrían algunas noches en la atmósfera sobrecargada, como granadas implosivas, ascendiendo por el azogue en pausas ominosas, hasta que ella salía y las cortaba de tajo con su sola presencia. El calor pendía a esa hora como una pegajosa telaraña sobre el pueblo. Se enroscaba y se expandía por toda la oficina, sobre la alfombra, entre las cortinas de terciopelo raído y el escritorio de caoba, entre las flores de plástico y las fotografías familiares, entre el librero y los abrumados paisajes que colgaban de las paredes. El ventilador cortaba en vano el aire caliente, con su monó-

tono traqueteo en el cielorraso: las aspas giraban penosamente —esas alas de acero que despertaban temores supersticiosos en el vate, en cada cantina donde las veía—, volaban como dos alfanjes cruzados, como los propios sables heráldicos del Marquesado. "También podrían decapitarme si por un azar se desprendieran del techo", pensó Pécora Albéniz, mientras abría los haces de su pelo a esa precaria brisa.

El documento retrataba fielmente a su redactor, el teniente Paredes, jefe de la policía evangélica, aunque presuntamente contuviera disposiciones emanadas del propio gobernador Amarillas, hermanastro de Pécora Albéniz. En algunos párrafos de aquella prosa regiomontana, de un cuaquerismo inveterado, no había podido aguantar la risa ("Shaker quaker: para temblar de risa", se dijo suspirando). Había llegado muy temprano esa mañana para entregar personalmente el documento. Puso encima del mostrador su pistola, como señal de deferencia hacia la propietaria, luego sacó la requisitoria del bolsillo interior de su chamarra de mezclilla. La mujer miró sin curiosidad su rostro enjuto y colorado, enmarcado por el pelo de cepillo, entrecano y cortado al rape. Aunque lo había visto de lejos en varias ocasiones, rogaba a las sombras de Judit Albéniz, de Santiago el Mayor y de sus demás penates familiares, que jamás tuviera que tratar con él personalmente. (El comandante Roca sólo tenía jurisdicción en las calles, parques, baldíos y otros sitios de intemperie, de manera que los pequeños comerciantes

de Estefanía —gracias a Dios, al Senado y al cacique— estaban del todo dispensados de su trato.)

El policía le solicitaba que mantuviera en "observancia" a algunas personas, que resultaron ser los mejores clientes de la taberna —Camargo y Domínguez entre ellos—. No conocía el pueblo, y veía el estigma del pecado en todos los rostros; no podía distinguir entre el obispo y un asesino, entre las "damas de la leche" y las rameras más corrompidas del mercado, entre las señoritas quedadas del callejón de la Virgen y las solapadas lesbianas de la Escuela Normal, el único plantel femenino de la ciudad y de la provincia toda. Pécora Albéniz repasó la nota puesta al pie del nombre de Camargo, preguntándose si Paredes tendría alguna sospecha de las relaciones que éste mantenía con su propia hija. ("Esa joven puta, pensó, que sólo abre las piernas después de lapidárselas con su Biblia". No podía comprender el subyugamiento de una carne joven a aquel cachivache de pastas negras, que ella sólo había hojeado muchos años atrás, durante su propia adolescencia, en la inquieta alcoba de su madre; ese libraco lleno de normas jurídicas incomprensibles de tan anacrónicas, y de insultos tan reiterados como atroces hacia el animal femenino.) El filósofo era descrito en las desaforadas fojas como hombre malo y mal averiguado. Como un tipo orgulloso e irrespetuoso. Haciendo un recordatorio del Miércoles de Ceniza del año anterior, cuando Camargo había entrado al templo de Esteban durante la misa del Ángelus, completamente borracho,

repitiendo trozos de una prédica de cantina del profeta Estebanillo, que acababa de escuchar al acaso, mientras se coagulaba el crepúsculo en los vitrales. La semblanza de Domínguez abundaba en datos, recomendaciones y notas al pie, como si se tratara, como en realidad se trataba, de un personaje de peso político. Se le tipificaba como hombre sin oficio ni beneficio, mentiroso, escandaloso y ocasionalmente fraudulento. Mencionábase dentro del expediente de sus latrocinios a una mujer casada que él había conseguido burlar, amancebándose con ella una temporada, y que llevaba en la actualidad una vida rumbosa en la plaza del mercado (de hecho, por entonces se la consideraba la querida de planta del doctor Topacio, el heresiarca de Mazapil, que había llegado para continuar la prédica y la vida nada ejemplar del susodicho profeta teporocho). Anotábase su afición a los libros extranjeros, a las estampas pornográficas y a los infolios de historia del Marquesado; y se añadían recortes de poemas suyos, aparecidos en el "Diablo cojuelo", suplemento literario de *El Guardián de Estefanía,* en los que se cantaba al infierno y al ajenjo (prohibido en el pueblo desde los tiempos de la dictadura masónica del coronel Patricio Puebla). Por su parte, Pécora Albéniz lo conocía mejor y más íntimamente, como un ser sin maldad, que entraba a su taberna con el sol en el hombro, abrumado por una consuetudinaria resaca y un estudioso insomnio, la mirada gastada por los pabilos de cera que le obsequiaban en la administración del Hotel Mundial, y a cuya leprosa luz leía

libros, revistas y folletos, cuando no estaba revisando manuscritos propios llenos de manchones y tachaduras —tal si su bucéfalo fuera un jumento, o su pergamino un palimpsesto—, casi tan incomprensibles, vamos, como su plática de tartamudo.

Observó por el panóptico al muchacho, que cambiaba unas palabras con la mesera mientras le era servido otro caballito de tequila. Resistente como un ciprés, que se dobla sin caerse, sabía beber con tranquilo entusiasmo. Hablaba con palabras lentas y corteses, y solía escuchar con respetuosa atención aun cuando la plática le resultara, como la del vate Domínguez, compleja y arcana. Nancy Lleras era una manceba de dieciséis años, hija, nieta y bisnieta de mujeres que habían consumido sus vidas en las noventa y nueve cantinas heterosexuales del pueblo, ora como barrenderas, ora como cocineras, ora como meseras, ora como rameras, ora como ayudantes de la patrona: ejercía instintivamente su oficio y sabía tratar a los parroquianos con moderada coquetería, con cariñosa naturalidad, como si los conociera desde siempre. Aunque no era bella, conservaba aún en su cuerpo los remanentes de una larga estirpe de mujeres deseables y comprables; algo en su mirada y en su piel, en su porte y su caminar, ondeando la estrecha cintura entre las mesas, delataba que había sido hermosa, así fuera en otra época, en otra reencarnación. En cualquier momento, podía brotar en su inocente mirada un caudal de opulenta sensualidad, como si de pronto

su sangre buscara, de manera instintiva, un escenario donde otra vez cobraran volumen la pasión y el encanto de sus turbulentas abuelas y trasabuelas.

Judit Albéniz, madre de Pécora, había recibido la taberna como un regalo de Santiago Amarillas, segundo cacique de la provincia de Acuario, durante una temporada en que fungiera como su amante. Aquella mujer silenciosa y resuelta, había llegado a Estefanía pobre como una gitana —de hecho, provenía de una mezcla de sangre judía, apache y gitana—, apenas con la ropa que traía puesta. Conoció al viejo político en el Egipcio, un burdel garcisuarista ya desaparecido —era fama que había sido fundado por el propio Patricio Puebla, durante su dictadura masónica, merced a un lote de monjas que había confiscado con violencia al templo de Esteban— y allí lo enredó en su recóndito encanto. Ella tenía dieciséis años entonces, pero poseía una disposición para el vicio que sólo igualaría, verbigracia, Mandrágora Lafragua, bien que muchos años después. El erotismo de los Amarillas, que siempre fue mortecino, había conocido en el segundo Santiago una época de desmesura, un intenso fuego fatuo. El gobernador la instaló en una casa del barrio de Mictlán, tan cerca del panteón de San Esteban Malebolge, que podía escucharse, según las consejas de nuestros ancianos senadores, a los cadáveres recientes cuando bostezaban. Tuvo en esa muchacha un harén, en vista de sus múltiples habilidades, y del número de hábitos y fantasías que ella sabía despertar, diseñar y alimentar.

Al cabo de tres o cuatro años, cuando la cantina quedó establecida y empezaba a caminar por sí sola, Judit le devolvió el lecho a la abnegada primera dama. El gobernador, hombre robusto y melancólico, cuya cuna se había mecido entre la corrupción, la sangre y el dinero de las postreras guerras civiles, andaba siempre armado, y carecía por completo del temor a la muerte. (Judit había descubierto este curioso hecho, comprobándolo muchas veces después, durante las conversaciones *post coitus* habidas con el prohombre en la madriguera del barrio de Mictlán: echando la cabeza hacia atrás, con ademán de bebé o de bañista, don Santiago aguantaba voluntariamente la respiración durante un buen rato y luego volvía al aire de los vivos, con un halo de infinita tristeza en sus pupilas, esas pupilas color miel, como de gato, casi amarillas, a las que tal vez debiera su nombre aquella familia de caciques.) Un día se disparó un tiro en la sien. Unos dicen que con una escopeta, otros que con el mismo pistolón que le regaló Jacobo Amarellus, su padre político, y que había sido entregado a su vez por Patricio Puebla, como signo de rendición, a don José María Lafragua, patriarca de las familias entrelazadas de las Llerena y las Lafragua. El hecho, aunque no del todo inesperado, causó consternación y perplejidad en Estefanía y en la provincia de Acuario toda. El infausto suceso revelaba, en última instancia —o al menos así se lo explicó a sí mismo Camargo, y así lo interpretaba ante el vate Domínguez, en una mesa del propio bar Thalassa—, el carácter del pueblo, su pasión

por la vida y por las transubstanciaciones que obra el pecado, así como su estoicismo y su última apuesta en favor de la muerte como un acto de contrición, como una forma de purificación. En respuesta, su camarada le había recitado un soneto de Baudelaire, con una pronunciación más que errática:

> Une nuit que j'étais près d'une affreuse Juive,
> Comme au long d'un cadavre un cadavre étendu,
> Je me pris à songer près de ce corps vendu
> À la triste beauté dont mon désir se prive.
>
> Je me représentai sa majesté native,
> Son regard de vigueur et de grâces armé,
> Ses cheveux qui lui font un casque parfumé,
> Et dont le souvenir pour l'amour me ravive.
>
> Car j'eusse avec ferveur baisé ton noble corps,
> Et depuis tes pieds frais jusqu'à tes noires tresses
> Déroulé le trésor des profondes caresses,
>
> Si, quelque soir, d'un pleur obtenu sans effort
> Tu pouvais seulement, ô reine des cruelles!
> Obscurcir la splendeur de tes froides prunelles.

La fascinación por la mujer —piedra de fundación y piedra de tropiezo en esta villa judía erigida en el desierto, frente a un Dios que se oculta—, hecha de

miedo y de crueldad, tuvo en la taberna de Judit una de sus consumaciones más atroces. Un oscuro rito de carne y de sangre, que tuvo lugar allí a puertas cerradas, llenó de vergüenza durante varias semanas a los parroquianos del entorno. Entronizado en una soledad casi abyecta, en la autocracia del sol, que tanto detestaba el primer Santiago Amarillas, el inasible dios de los alrededores, a quien adoraban los protestantes de origen tejano, así como los masones y el bajo pueblo de sangre tlaxcalteca y apache, dormía un sueño cósmico cuando sucedió aquella transgresión, hacia las tres de la madrugada, en lo más oscuro de la auténtica noche del alma. Sea cual fuere su nombre y su rostro, aquel secular dios de los desiertos —grabado en las monedas de curso oficial, en cuyo anverso aparecía la luna, con el rostro incrustado de doña Estefanía de Montemayor— no había movido un dedo para contener a un grupo de sonámbulos parroquianos, que hasta entonces ni siquiera habían sembrado mala fama en el pueblo. El caso es que llevaban dos o tres días, con sus noches, bebiendo, dando vueltas pacientemente al rosario de cantinas del pueblo: del bar Armas y Letras al Marte bar, del Salem al Placeres, de La Tenaza a La Faena, de El Yunque al Espolio, del Groucho bar al Puerto Arturo. En todos ellos habían sido en general bien atendidos, por cantineros con nombres de reyes visigodos —coincidencia serial que ni el propio cronista Fontes podía explicarse—. En el vértigo de esa borrachera mal consecuentada, terminaron contratando, al tercer día,

a una joven prostituta del mercado . El despótico sol los había abandonado —eran seis hombres, acaso siete, ninguno de ellos mayor de veinte años, que era la edad del muchacho que observaba Pécora por el panóptico— en la tranquila penumbra del bar Puerto Arturo, propiedad entonces de Judit Albéniz y atendido por don Chindesvinto, agricultor originario de Mazapil, quien llevaba unos diez años en el pueblo dedicado al oficio de cantinero. Granjearon a la manceba hasta que accedió a bailar desnuda en el centro del salón. Luego la encimaron en el mostrador, animándola a proseguir su danza con obscenidades y blasfemias. A esas alturas, la melosa solicitud de los borrachos estaba convirtiéndose en despreciativa violencia. Por su cuenta, la muchacha llevaba una borrachera de dos días, de manera que se plegaba a los caprichos y maldades de aquellos parroquianos, casi sin darse cuenta. Ninguno de ellos tuvo siquiera una aproximación sexual con la mujeruca, que giraba al son de la radiola, más ebria que ellos, sin imaginar lo que le aguardaba. Unas tres horas antes de que rompiera el día, los seis mozos, tal vez fueran siete, se echaron sobre ella con los cuchillos desenfundados. Con esas navajas de monte, melladas en los mezquites y las gobernadoras, en las maromas y el orégano, pero nunca en el hojasén, esa terrosa yerba del zen, se lanzaron sobre el magro cuerpo de la manceba, la carne sudorosa y morena, que temblaba imbuida de pánico, en el suelo lleno de serrín y colillas de cigarro. Ella levantó los brazos, ocultó la cabeza

y rozó el piso con su cara, deteniendo la amenazadora embestida.

La muchacha había rodado debajo de una mesa, ciegamente buscando prolongar sus últimos minutos. A puntapiés, a cintarazos —puntillas de acero en las botas, hebillas de hierro cerrando el cuero crudo— la habían sacado de su escondrijo. La sentaron encima de la mesa y bañaron su cuerpo con cerveza. Con la cabeza perdida, todavía tuvo fuerzas para carcajearse unos minutos, entre goterones de sangre. Acaso pensó que se trataba de un torpe pasatiempo, y que finalmente aquellos imbéciles la abandonarían en la calle, una vez embotados sus instintos por el licor, con el fresco de la mañana. Como la marquesa Eulalia, sólo reía y bebía. El colérico canto de un gallo coincidió con el brillo del último puñal. En un solo gesto atónito, la mujeruca amarró en un minuto las imágenes dispersas de su vida: un estrafalario currículum del que habían estado ausentes toda forma de piedad o ternura, veintiocho años de carne mercenaria hincándose y palpitando bajo la maldición de cuatro hojas de acero.

Esta violencia estúpida —nacida del instinto animal y de un pensamiento *naïve,* compuesto de figuraciones ácidas y pesadas— indignó a los parroquianos del centro durante una larga temporada. La transgresión ocurrió en la época en que Camargo apenas empezaba a beber, y eso en la tranquilidad de su casa, durante largas noches que se prolongaban en la lectura de Pascal, Schopenhauer y Nietzsche. Hasta esa noche

de puñales y misantropía, la taberna de Judit había sido un sitio peculiar, de aire umbroso y vegetal. Tablillas de madera colgaban de las paredes, conteniendo sentencias bíblicas que amonestaban contra el vino y las prostitutas. Mientras alzaban su vaso para beber, los parroquianos leían casualmente frases como ésta: "Y dirás: me hirieron, más no me dolió; me azotaron, más no lo sentí; cuando despertare, aún lo volveré a buscar." En la puerta del excusado, pegadas al espejo de la barra, debajo de los carteles de mujeres desnudas y abundosas, se leía: "Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite; mas su fin es amargo como el ajenjo, agudo como espada de dos filos."

Pasado el crimen —que dejó vacía la taberna durante algunas semanas, si bien nadie hizo reproches a la propietaria—, Judit despidió a don Chindesvinto, cuya avanzada edad lo incapacitaba para los menesteres del alcohol, quitó los letreros, abrió una enorme ventana de cristales chinos, puso losetas de madera en el suelo y llamó Thalassa a su establecimiento, palabra griega que significa la mar, pues deseaba que una ola blanca y salada cayera sobre la barra y bajo las mesas, barriendo el serrín impuro de sangre, lavando los vasos que manchó una baba asesina, las polvorientas botellas, donde el delirio y el crimen dormitaban durante las noches, burbujeando como un líquido pesado y maloliente, bajo los tapones de corcho, limpiando de un golpe aquella infamia —esa noche, la última

que pasó con el gobernador Amarillas, había dejado la cantina a su suerte, en las temblorosas manos del cantinero, quien terminó por entregar las llaves del negocio a aquellos goliardos, grandes y pesadas dentro de su aro de hierro, al filo de las doce de la noche, marchándose cristianamente a su casa—, un atentado que los seis sonámbulos, o acaso siete, parecían enderezar precisamente contra ella, la primera dama del sexo en Estefanía, tal vez como una súplica, como una amenaza, como un reclamo —mientras su cuerpo suntuoso permanecía reclinado, en una cama del Motel del Bosque, llena de pétalos de rosa—, un mensaje que no alcanzó a oír esa funesta noche, una humosa reyerta que no consiguió descubrir en el panóptico, que había instalado apenas unas semanas antes en su oficina, para cortarla de golpe con su sola presencia —su óptima carne ejerciendo en esos momentos la piedad mercenaria de las prostitutas, mientras Ámbar, aquella colega suya, era acuchillada, su cabellera judía cubriendo la cabeza del viejo político, que ya tenía incubada la semilla fúnebre, la espina del suicidio en sus sienes—, disipando las violentas neblinas que empañaban las pupilas de sus parroquianos, como había hecho siempre (y como actuaba ahora Pécora Albéniz cada vez que se alborotaba la gallera, cuando salía de madre el río del alcohol), con una sabiduría que desconocía la abnegada primera dama, quien no pudo prever o detener el magno suicidio de su cónyuge, con una habilidad cuasi ontológica que ignoraba asimismo

el obtuso teniente Paredes, cuya requisitoria terminó por rasgar, echándola de plano al cesto de basura.

Como cada año, en el comienzo de la primavera, Dolores Castillo estaba en el pueblo. Emparentada con las golondrinas por su pelo de hebrea, había entrado en Estefanía la noche anterior, presidida por un astro audaz al que reverenciaban las constelaciones. Encontró su casa dominada por el polvo y la humedad. El gallo de pelea que abandonara en el patio había muerto durante su ausencia; aún venteaban plumas de color cinabrio, prendidas en los ángulos de los muebles. En la habitación, los libros de varia lección estaban a resguardo del sol y parecían haber aumentado, tanto como los discos de acetato, su número durante la ausencia.

Camargo entró al Thalassa cuando apenas desmontaban las sillas, aspirando el agua con esencia de pino que picaba en las narices y hacía brillar las duelas del piso. El sol de la calle se filtraba por el ventanuco, opuesto al espejo de la barra, en un ángulo nítido y vibrante. La mañana se mostraba serena y próvida ante los ojos del filósofo, solo en el rincón donde solía asentar su quieta pasión y sus costumbres errantes. Aunque ignoraba todavía la llegada de Dolores, un latido interior le anunciaba esa mañana, como cada año, la inminencia de aquella muchacha de ojos viciosos y pelo hechizado; un pelo que desemboca en el Hades, como solía decir para sí mismo. Cada año

una movediza ansiedad lo hacía desear y rechazar alternativamente ese retorno. Iban a sumar ya diez estaciones de hojas nuevas y cólera fúnebre, en torno de la manceba que terminaba siempre por escapar de sus manos, el animal nacido de una clara tempestad del cielo, y devorado cada año por ese mismo vórtice.

El humo amargo de los cigarros nublaba el rostro de Camargo, el ceño austero y obsesivo, los ojos alumbrados de pronto por una inusitada piedad, que lo volvería capaz de abrirse las venas antes que permitir la muerte de un pájaro. Afecto a las combinaciones, los tropos y los oráculos del pensamiento, a los maniquíes, galerías y despeñaderos de la mente despierta, el pecado del orgullo embriagaba su espíritu cada noche con un viento árido y ceniciento. Dormido o despierto, su pesada respiración se desplegaba semejante a una de esas mariposas negras que aparecían en la temporada de lluvias, esos gusanos que tienen una calavera grabada en cada ala y que se adhieren a una puerta o a la cabecera de la cama, alimentando con sus giros hipnóticos un estado de agonía perpetua. Acosado en este pueblo del desierto por encrespados fantasmas y espectros intelectuales, el Thalassa y sus vasos ornados con sal y limón, sus pósters de náyades de piel anaranjada, que adquirían volumen al duplicarse en el espejo, así como sus parroquianos de escasas palabras y mirada perdida, era el fondeadero al que llegaba Camargo cada mañana para recuperar el entusiasmo, la cordura y las fuerzas.

Sonó el teléfono y don Recaredo, el tabernero, llamó con la mano en alto a Camargo. Una abeja extraviada entró por la ventanilla, zumbó quieta durante un momento, sostenida en las redes del aire, y salió luego por la puerta lateral. Sin sobresalto, escuchó la voz titubeante de Dolores Castillo. El año tornaba a sus profundas ceremonias, con esta cita inestable que volvía a enfrentarlos, precipitándolos de nuevo a una amistad inclemente tejida por el orgullo y la ironía, la culpa y la orfandad, la inocencia turbulenta y las venganzas espléndidas.

Mientras medía el líquido de las botellas con una regla de madera, el encargado de la cantina creyó escuchar —pero sólo ella y el filósofo podían traducir sus pensamientos de esta manera— las siguientes aladas palabras:

—Tengo una noche en el pueblo, contestando cartas y ordenando fotografías.

—Al fin podrás llevar agua al gallo de la pasión...

—Sabes que no tolero a los gatos, pero tuve que adoptar uno. Mi gallo centrífugo terminó ahorcándose en la rueda de los días y las noches, que gira más lentamente en soledad. ¿Tengo derecho todavía a hacerte plática?

—Siento deseos de verte, si acaso en mi purgatorio pueden entrar las golondrinas. Hay un reloj de sol en el Thalassa y una clepsidra adentro de mi pecho, marcando ambos una serie de horas concéntricas. El tiempo de tu llegada, pulsando con rayos y gotas, los

hizo coincidir en un minuto fugado. Ahora siento gusto al escuchar tu voz insondable.

—Tu afecto es como el mercurio, subiendo a pesar de ti mismo. El volumen del deseo es igual a la cantidad de melancolía que desaloja. Anoche soñé que tú me regalabas una moneda de plata; la enterré debajo de un árbol, en el jardín en ruinas del Motel del Bosque, cerca del barrio de Mictlán. Una voz de humo entre sus ramas me ordenó que te buscara.

—Mi corazón es como un lobo que siente nostalgia por tu pelo de olor a lluvia. Un farol de oxígeno, anoche durante el sueño, me permitió leer tu nombre trazado como un guarismo sobre las geometrías arcanas. Estaré dentro de tres horas en el viejo motel, desde donde te gustaba antaño contemplar el desplazamiento de los astros.

Ella habitaba una atmósfera como de alto vacío, dentro de una burbuja que giraba quieta en torno a sí misma y se movía de un antiguo miedo a una esperanza, de una pregunta a otra, entre el insomnio, las amistades dionisíacas y la austera existencia en las montañas. Se había casado tres veces, por amor, aturdimiento, o bien encubriendo propósitos vagamente ilegales. Apreciaba a unas cuantas personas reales e imaginarias, a quienes cultivaba con paciente dulzura y les reservaba una fidelidad sombría y ardiente. Mantenía un estado de soledad política, pleno de voces jubilosas que no alteraban la penumbra de sus demonios domésticos. Cada año huía a la sierra, refu-

giándose en la serenidad de la memoria, los pájaros y sus absortos ídolos solares.

¿Cómo explicarse la incertidumbre que le provocaba Camargo, ese caballero andante de las tabernas, los consistorios del sueño y las cuevas de la filosofía? Sentía que él labraba palabras que ella necesitaba decir, desarticulaba pesadillas que la obsedían, ingería cicutas que ella no había probado. Eran ya muchos años danzando en torno al altar y al secreto; de tanto frecuentarse habían empezado a desconocerse, olvidando paulatinamente las claves que debían descifrar juntos, indecisos en el umbral de un juego imposible.

La pasión de la fuga en esta judía errante obraba un paciente desgaste sobre los sentimientos de Camargo, quien había empezado a odiarla de manera insensible desde su calabozo de lluvia y soberbia. La inocencia que buscaba rescatarse de su mausoleo de cristal había cerrado un candado bajo las hojas de marzo; cada año la esperanza que renacía se iba tornando una ternura blasfema, una violencia seca y estática que no tardaría en volcarse sobre aquellas relaciones inextricables. La pureza se negaba a la encarnación; el orgullo se precipitaba contra el imán del amor en una vitrina incorruptible. El pelo de Dolores vibraba cargado de brisa y despedidas, bajo el santuario cóncavo de la sucesiva primavera.

Camargo abandonó el Thalassa en tanto el sol declinaba y unos cuantos parroquianos aguardaban con el sombrero echado sobre el rostro el milagro

del céfiro. Tomó rumbo hacia el Motel del Bosque, en el umbral del barrio de Mictlán. Llevaba puesto el sombrero, doblada en el brazo la casaca de mezclilla, y un cuchillo de monte en la cintura. Saludó a Ramiro desde la acera, el encargado del bar Los Fresnos, que lucía sin afeitar y con las huellas de una intoxicación ferruginosa. Todavía entró allí un momento, y al pie de la barra se bebió de un solo sorbo un caballito de tequila, mirando de reojo su perfil que se esfumaba en el espejo.

El vate Domínguez tomó el caballito entre el pulgar y el índice y lo acercó a sus labios con pomposo ademán. Luego puso una capa de sal en el dorso de su mano. De esta manera, abusando de los adjetivos, achatando las metáforas con martillo, mezclando grandilocuencia y cursilería, estrangulando las frases hasta arrancarles el último gramo de prosaísmo, había consumado una página acerca de Dolores Castillo, persona que ni siquiera conocía directamente, según le había sido descrita por Camargo, en uno de esos raros momentos en que se mostraba dispuesto a la confidencia. Así lo titularía: "Imán en vitrina de cristal", mañana, cuando lo pasara en limpio, en alguna de las viejas rémington que traqueteaban en la redacción de *El Guardián de Estefanía,* y que todavía disparaban de súbito, algunas veces, cuando se reventaba el cordoncillo de acero del rodillo, o una tecla se desprendía irremisiblemente.

"Ciertas noches marcadas con la carta del extravío —escribe Domínguez con puño tembloroso, sobre unas hojas desparramadas en la barra, algunas con el descolorido membrete de *El Guardián de Estefanía,* otras con el globo en relieve del Hotel Mundial, mientras Ramiro, el encargado del bar Los Fresnos, pone frente a él un caballito de tequila de doce pulgadas—, triste y furioso por aquel dolor antiguo que galvaniza mis huesos, un largo callejón trazado por los albañiles del delirio atrae de nuevo mis instintos de melancolía. Al final de ese sótano temeroso e iluminado está la casa de la bruja, las cortinas de piel de lobo, los cristales cubiertos con la pátina que brota en la piel de los ahogados, la puerta de un metal ruinoso y mágico. Piso descalzo el césped venenoso, las ortigas de seca respiración, las flores en cuyo cáliz dormita un escorpión de lentas tenazas. Ella aguarda con la puerta entreabierta, con una camisa que cubre a medias sus piernas, desplegados sus brazos de diosa estranguladora, las uñas con las que ciega a conejos y pájaros, los ojos de piedra tibia e insomne.

"Las noches con la bruja son angustiosas y centelleantes. Cada cierto tiempo llena las copas con un vino que produce pánico y propósitos de venganza. No puedo hablar de su cuerpo gravitando a mi lado con pausada rotación, o del azogue con que esmalta las uñas de sus pies. La bruja es casta y sonámbula. Siempre nuestros encuentros —esas ceremonias sombrías en las que nos devoramos sin piedad ni esperanza— han

estado signados por su apuesta hacia el orden, por el rigor emplumado con que ofrece y niega su cuerpo en desorden.

"Algunas noches, me enseña su colección de insectos nefandos y flores narcóticas, encontrados en sus excursiones por sitios abandonados o por los meandros de sus sueños mercuriales. Cierro los párpados y veo la flora profusa de sus órganos, las raíces y las hojas que recubren su sexo por dentro, sus huesos flexibles y comestibles como corales enrojecidos, la sangre que se acumula en el laberinto de su fisiología. Ella sólo sonríe, atrapada en sus maneras de cetrería, en sus gestos furtivos de cazadora de espectros.

"Cada hora aumenta el frío en los alrededores de la casa silvestre donde habita la bruja, esa gran solitaria, la sacerdotisa de las felicidades impuras, de los más puros latrocinios. No es posible salir desoyendo el rumor del amor y sus filos ulcerantes. Una vez transcurrida la hora más desnuda y quieta de la noche, ella se levanta con un ademán de consumación. Tiemblo en el momento en que, dando tres pasos, abre la puerta de la cámara y asciende al pedestal de vidrio donde reposa su ataúd de diamantes.

"La aurora me sorprende errando inconsciente por las calles, con el gesto vago y apacible de alguien que acaba de abrirse las venas".

En tanto se desplegaba el relato, a medida que tomaba cuerpo en las páginas, Ramiro había llenado tres y

cuatro veces el caballito de tequila. El enorme espejo de la barra reflejaba apenas el rostro de Domínguez, carcomido por el humo de los Alas.

El Ateneo del señor Fontes y la Escuela de Agronomía eran planteles de tradición en Estefanía. Pécora Albéniz y Camargo se habían conocido en el primero; el joven que ahora estaba en la taberna hacía cursos prácticos en la otra. El primer instituto había sido fundado durante la época positivista —ese corolario de agnosticismo y conservadurismo en medio de las guerras civiles—, por el doctor Dionisio García Fuentes, discípulo de Augusto Comte vía don Gabino Barreda, "el que no entendía razones", y tío de nuestro fino doctor y cronista oficioso. Había nacido como una escuela de altos estudios, por lo que además de los cursos secundarios y de bachillerato, se impartían cursos de química, de leyes, de medicina y de metalurgia. La Escuela de Agronomía había surgido mucho tiempo después, durante el primer año de gobierno del segundo Santiago, y ofrecía cursos prácticos de ganadería y aprovechamiento del suelo, destinados a los agricultores —y a sus hijos— de todos los confines la provincia de Acuario. Pécora Albéniz había sido cortejada por muchachos de ambas escuelas, en tiempos no muy lejanos, cuando en su corazón se mezclaban todavía los impulsos infantiles con las primeras alarmas de los instintos. Por su parte, Camargo había sido durante el bachillerato un escolapio a la vez abstraído y

violento. La tabernera sentía miedo todavía cuando él la abordaba con sus ojos obstinados, con los delgados labios que pronunciaban sólo frases lapidarias. Tanto en los pupitres del Ateneo como en las mesas del bar Puerto Arturo, que había empezado a frecuentar desde entonces, el filósofo no parecía sentir —o bien la dominaba estoicamente— esa fascinación equívoca, mezcla de miedo y deseo, que Pécora Albéniz, como ninguna otra criaturas de su sexo, empezaba a despertar entre aquellos lejanos condiscípulos y que ejercía ahora plenamente, en la madurez de sus treinta años, entre los parroquianos del Thalassa, la cantina reformada que había heredado de su madre.

El reloj de péndulo que presidía el ámbito, con sus latidos de bronce que parecían resonar dentro de un balde de agua, marcó las cinco de la tarde, con campanadas que se propagaron en el humoso aire de la taberna. El muchacho se hallaba en una apacible euforia. Ahora veía a las meseras como si fueran náyades chapoteando en un manantial surgido entre las rocas del desierto. Fosforecían en la penumbra del bar, con sus ojos como joyas pulidas, sus tobillos de piedralumbre y sus manos finas como aletas de pájaro. El Thalassa realmente había adquirido un aire marino; la luz se filtraba por los cristales chinos como una sustancia verdosa, anaranjada, rosácea conforme declinaba el día. Mirando el espejo de la barra, el muchacho se preguntaba inclusive cómo se vería su rostro ante un espejo en el fondo del mar, golpeado

por las pupilas convexas de los peces. La meserita tenía puesta una falda impalpable; cada vez que se inclinaba para llenarle la copa, su sexo se pronunciaba discretamente como la boca de un pez que prueba suerte fuera del agua. El olor de sus cabellos llegaba a su nariz como una brisa tranquila. La punta de los senos y su garganta se dibujaban al fondo del espejo, haciendo la figura de un ancla. Miró también el cono de luz que se filtraba por el ventanuco, y notó en su centro el escarceo de una abeja, acaso llegada desde los mazos de flores del Parque Porfirio Díaz. Nancy Lleras estaba ahora de espaldas, sentada en un taburete, en el extremo de la barra. La abeja se enredó entre sus cabellos y zumbó ahí un minuto, sin que ella se percatara. El muchacho se acercó y la tomó con tres dedos. La metió en una cajita de cerillos para ofrecérsela. Ella sonrió, halagada por el temerario regalo. Pécora Albéniz se reflejaba vagamente en el panóptico, al fondo del salón, con los gruesos haces de pelo que enmarcaban su rostro ovalado, los ojos grandes y la menuda boca. Sostenía en una mano la requisitoria del teniente Paredes; con la otra accionó un encendedor de gasolina. En las raídas cortinas de terciopelo, la luz ponía cuchillas plateadas, que parecían reflejar la llama sostenida por sus dedos. "Ésta es mi respuesta al infiernito que usted pretende desatar sobre nosotros, estimado teniente Paredes", dijo mientras arrojaba a un bote de hojalata el documento en llamas.

Cabizbajo en un banco del Parque Porfirio Díaz, el sol de las once se filtraba por la rejilla del sombrero de Camargo, quien repasaba ahora, en perplejo reposo, uno de esos problemas que solía plantearse en la duermevela, sobre su camastro de filósofo. Eran situaciones que se formulaban solas, en términos exactos, pero dentro de una sintaxis, por decirlo así, no euclidiana. Y que lo sumían luego en una luminosa perplejidad, que sólo podía sobrellevar bajo la sombra de un árbol —como ahora—, o bien en la penumbra del bar Thalassa, frente al espejo de la barra. Sintiendo el fuerte sol, Camargo se levantó y de un solo paso tomó la calle de la Reina Victoria, pues justamente allí empezaba su embocadura. "Estefanía padece todos los vicios de una ciudad vieja —meditaba, más o menos con estas palabras, procurando ajustar las categorías de la lógica a las de la retórica, el pensamiento susurrado a solas a la mercenaria escritura—: es mezquina e hipócrita, sórdida en sus espacios físicos y morales, pequeña en su perímetro y en sus aspiraciones espirituales. Percíbese aquí una carencia de privacía y simultáneamente un gran aislamiento: un zaguán desemboca en otro, las puertas labradas se abren a otras puertas labradas; pero también hay ventanas que se abren a una pared amarilla, puertas traseras que se abren hacia otras puertas traseras. La vida privada es cosa pública, pero hay manera de sustraerse a los demás: la mentira y la hipocresía, o bien el enclaustramiento definitivo en alguna de esas casonas del centro, que tienen

doscientos años derrumbándose sobre sí mismas. Esta superposición de planos privados y públicos nos lleva a una tercera dimensión, la más auténtica y profunda: Estefanía es una ciudad onírica, sus habitantes deambulan dormidos en el día y pasan despiertos la noche, entregados a sus rituales secretos.

"En la ciudad vieja, formada por el centro y los barrios inmediatos, la vida transcurre como en ondas concéntricas. Un acontecimiento relevante tiene repercusiones durante mucho tiempo, en este pueblo entregado al chisme, a las sacristías y a la xenofobia. Las personas vienen y van de la casa al trabajo por las mismas rutas, saludando a diario a los mismos transeúntes: es como un circuito cotidiano, un invariable viaje desde sí mismos hacia sí mismos.

"Es la monotonía instalada en el corazón de la ciudad: una persona se conoce a sí misma en presente, pasado y futuro con observar su sombra un solo día. La única diversión llega a ser el espectáculo de la vida de los otros: los sueños y los deseos reprimidos se cumplen aquí y allá de manera fortuita a través de existencias que se censuran o se alaban, pero que jamás nadie se atreverá a imitar.

"Conflictos que antaño se resolvían a pistoletazos, ahora se sumergen y se ramifican en el resentimiento y el disimulo. El impulso sexual —generador de mundos posibles e imposibles— crece hacia adentro, en el desván de los sueños derrotados, de los sentimientos que se alimentan de sí mismos, en un silencioso autodevora-

miento. La espiral de la vida y de la muerte se despliega en la sombra; es como una enredadera que crece hacia abajo, en una tierra húmeda y fría, poblada de bestias ciegas, utensilios rotos y cabelleras de cadáveres.

"Una ciudad que gira en torno a sí misma todo el tiempo, puede acabar consumida por el vértigo" —concluyó, dos cuadras más adelante. Así puntuadas por su respiración, en el tinglado de esas caminatas, tales frases sueltas solían convertirse en un ensayo breve, una crónica o un apunte filosófico, que luego pasaba en limpio en la trepidante rémington, en la mesa de redacción de *El Guardián de Estefanía*.

Marchaba contemplando distraídamente las vidrieras, ocupadas por maniquíes vestidos con ropa de vivos colores. Otros tenían puestas prendas íntimas y zapatos de punta, justamente como aquél del que se enamorara el voceador de ojos de sapo. Pasó por la tienda de las novias decapitadas, un largo escaparate atestado de maniquíes sin cabeza, meras estructuras de alambre y yeso que exhibían ampulosos vestidos de novia. Camargo miraba absorto a las empleadas de estos comercios del centro —mercerías, boneterías, papelerías, tiendas de telas, de regalos, de juguetes—, tan simples y tan abstractas como un estereotipo. (La clase de mozas sobre las que acostumbra desbarrar Nemo, recordó, con toda su cauda de argumentos misóginos: "Míralas a todas, tan frescas, tan decentes, tan ariscas: ya se corromperán; en la sacristía, en el salón de belleza, en la clase de ballet, en el gimnasio, en la

alberca, tentarán al diablo que las sustenta...") Pasaban las horas muertas escuchando la radio, arreglándose las uñas, intercambiando sencillas ilusiones y confidencias circunstanciales. Todas ellas laboraban para completar una dote; con ella en las manos, escoger marido era cosa sencilla. Su instinto de cazadoras acechaba la calle todo el día, desde las vidrieras donde parecían languidecer como flores de clima artificial. A pesar del aire mustio que las rodeaba, bajo el relámpago del calor y las moscas que iban y venían por los escaparates, sus ojos y sus garras podían crisparse en un instante súbito y saltar sobre la corriente invisible del tiempo, paralizándolo en un instante de elección, de premonición, de fatalidad que alteraría para siempre el devenir de las cosas. No eran maniquíes, no, sino hachas del destino bien afiladas, buscando víctimas.

Más allá de la iglesia metodista y la sala de cine se topó con Domínguez, el vate del pueblo, que en ese momento salía del café Maquiavelo, despidiéndose de alguien —parecía Nemo Puebla— con la mano en alto. Corrían tiempos de barbarie en Estefanía —¿acaso hubo otros, pensaba, o podría haberlos?—, en que el lenguaje mismo estaba en decadencia. Aunque las guerras civiles habían terminado muchos años atrás, su impronta sobre la existencia toda de la provincia de Acuario se percibía claramente. Entre los polos del silencio y el grito, el desarreglo verbal de este vate ambulante expresaba una nostalgia paradójica por el silencio originario, o bien por un idioma cultivado y

preciso; no por el grito, sino por la oración; un apetito de coherencia en medio del caos. La clientela del bar Salsipuedes, del Thalassa y de la Silla Eléctrica, inclusive la parroquia de afásicos del bar Salem, eran cotidianos testigos de este afán por encontrar un sentido al mundo, mediante la crítica y la reconstrucción del dialecto estefaniano.

El vate saludó a Camargo con una inclinación de cabeza y luego ambos se internaron entre las callejuelas del mercado, llenas de altavoces, letreros de periódico, arremolinados sombreros, vestidos de tela impalpable, pájaros en sus jaulas, olores de cuero y café tostado, entre los espejos de los automóviles que dividían y exacerbaban el torbellino del sol, devueltos por los escaparates en un tumulto de callados gritos luminosos. El establecimiento de Pécora Albéniz apareció, al centro de ese dédalo, como una capilla de frescura y sombra lustral. Junto con los vasos de cerveza Neptuno que habían pedido, les sirvieron una parca comida en sendos platos de hojalata. Como de costumbre, Domínguez se mostraba enfático y tajante en cada uno de sus gestos, ademanes y afirmaciones. Golpeaba de cuando en cuando la mesa con los nudillos: eran menos importantes las palabras que su tartamudeante necesidad de decir algo. La sangre inflamaba las venas de su frente con una ansiedad que aumentaba conforme disminuía en ellas la graduación del alcohol. En el espacio propiciatorio de la cantina, sus palabras se agolpaban, se atropellaban, se arrebataban el lugar dentro de la frase,

revitalizadas por la bebida después de algunas horas de ceniza y silencio.

Acosado por demonios circulares en este pueblo del desierto, que absorbían cada minuto de sus noches, así como por imágenes tornasoladas que se sucedían en una continuidad opalina, desde el anillo sulfúreo del sol hasta llegar a su cansada retina, por tristes quimeras que entraban por su ventana del Hotel Mundial como un remolino y luego caían a la polvareda del callejón lateral, como un piquete de avispas exhaustas, Domínguez iba perdiendo paulatinamente la capacidad del lenguaje, arrinconado a fuerza de prodigios detrás de los cerrojos de una mudez voluntaria. Ni siquiera la pluma podía dar cuerpo a ese tesauro visual que vomitaba el gollete de la botella de whisky. Sin embargo, por esas fechas todavía intentaba dilucidar sus tesoros leprosos durante el día, en voz alta, en las mesas de las ecuménicas cantinas, y en presencia de los interlocutores más insólitos: plomeros, ladronzuelos, maricones, burócratas, periodistas, sacristanes en asueto, estudiantes del Ateneo, cobradores de tiendas en abonos, predicadores protestantes, viejos rancheros de las aldeas cercanas.

Estimaba justamente a Camargo, pues conocía la afición de éste por los silogismos de sonámbulos. El filósofo, por su parte, era platónico y pensaba que los vates debían ser desterrados de Estefanía, del Topos Urano y en general de la provincia de Acuario toda. O bien, encarcelados al menos en una sola taberna arque-

típica, como el bar Pistis Sofía, o en aquella a la cual el propio Domínguez acudía sólo en sueños, donde todos los poetas del mundo discurrirían entre ellos, según la eternidad que cada uno mereciera, poniendo en limpio al fin sus embelecos, sus quimeras y sus extravíos de lenguaje.

Sin embargo, en la presente circunstancia —Pécora Albéniz le había mostrado una copia de su propio expediente policíaco, así como el cartapacio completo del vate— se volvía urgente una conversación más seria entrambos. La ardua moral del teniente Paredes se hallaba suspendida como una garra de acero sobre el pueblo. A decir verdad, el policía evangélico soñaba con extraer de la cabeza de los estefanianos cualquier forma de ensoñación, barriendo de los rincones de sus recámaras, de las conversaciones privadas y el susurro de los confesionarios, de las cartas familiares, los diarios clandestinos y los venales periódicos, las inconsútiles moles de la ilusión, las moléculas de polvo y ceniza que mantienen ardiendo el rescoldo de la vida. Este plan de moralización a ultranza del pueblo respondía también, en última instancia, a ciertas cábalas echadas sobre la decadente salud de Santiago Amarillas, dentro del estado de confusión que provocaba la inminente pero incierta muerte del cacique. ("El exarca nos enterrará a todos", decía sin embargo, entre dientes, el cronista Tomás Fontes, y nadie sabía si se trataba de un augurio rencoroso o esperanzado.) Dicho proyecto, en la mente combustible del teniente

Paredes, atañía lo mismo al pasado y al futuro, a la vida privada y la pública, a la vigilia y el sueño. Como toda construcción más o menos utópica, era autoritaria por naturaleza, tan descabellada como impracticable. Aun así, había puesto en despierta vigilancia a los pocos que en el pueblo conocían alguna parte de ella: Pécora Albéniz, el doctor Fontes, el padre Rodolfo Calvida, el párroco homosexual de Santiago del Canto, incluso al propio Camargo, a despecho de su abulia habitual. Sin previo acuerdo, los cinco habían empezado a trabajar por su cuenta, en distintas direcciones, en busca de alguna estrategia, un subterfugio, una manera personal de desarticular el proyecto del policía cuáquero.

Sic transit gloria Domínguez

El vate sabía que su acompañante era hombre taciturno, de manera que no se incomodó ante aquella mirada dura y, por momentos, ausente, escrutadora entre el humo de los Alas. Pero el vacío lo desquiciaba, sobreviviente como se presentaba cada mañana del silencio nocturno. A medias escuchado, proferido a medias, su discurso se desmoronaba en circunloquios y en hipérboles, en palabras cursis cuando no frívolas, otrosí vulgares o de plano librescas, recién cortadas en el predio comunal del diccionario. El ventilador de la cantina daba vueltas: sus aspas eran como dos alfanjes cruzados, moviendo la sombra de los dos conversadores, como si de un espectral y descomunal combate entre caballeros andantes se tratara. Arreaba, en fin, manadas de humo en el pesado ámbito, piquetes de moscas, rostros de parroquianos que se despegaban del espejo como vociferantes calcomanías, palabras sueltas que ascendían, giraban, se acoplaban, se descoyuntaban y se disipaban en la cima con un crujido de mosquito acalambrado, de grillo catedrático, de celofán que se rasga.

Esa tarde, Nancy Lleras se había puesto una blusa transparente y unos pantalones de basta mezclilla con las perneras cercenadas. Llevaba un minuto hojeando distraídamente *El Guardián de Estefanía,* en un taburete

acomodado en la esquina de la barra. Domínguez pasó a tratar de su economía doméstica —otro tema recurrente en este espíritu insomne, al parecer sólo ocupado en los relojes de la retórica, los duendes de su hotel y las metamorfosis femeninas—, y de cómo resultaba difícil encontrar en estos tiempos un empleo a la vez creador y redituable. Esa misma mañana se había presentado —oh candidez— como candidato a la vacante de escribiente en la Comisaría, para completar con ese compromiso de turnos parciales sus emolumentos de periodista, pero su fama de noctámbulo y su sintaxis gongorina le habían cerrado las puertas de ese edificio de muchas llaves. En el café Maquiavelo había revisado luego las páginas del periódico, donde el bachiller Urbano Urbina cada tercer día le publicaba crónicas, poemas y artículos, aparte de sus colaboraciones dominicales en "El Diablo Cojuelo", a cambio de una modesta soldada. El Hotel Mundial era barato, estrepitoso y liberal; nunca faltaba ocasión de beber una penúltima copa en la altanoche, en compañía de las damiselas, quienes instalaban cada una, en una u otra habitación, cualesquier día de la semana, un jolgorio seriado y recurrente. A cambio de pequeños sacrificios en el comer y el vestir, el vate Domínguez —sobrino político del cacique Santiago Eutanasio, y retoño de una de las familias más rancias de Estefanía— gozaba de una libertad ilimitada, que sus parientes ricos en el fondo envidiaban, una plenitud amenazada acaso únicamente por el tedio, las alucinaciones y las autoironías.

—Ha de saber usted —dijo por fin Camargo, usando un trato ceremonial que era más bien humorístico— que el teniente Paredes tiene planes para encerrarnos, a usted y a mí, en un calabozo de rehabilitación de la secta de los Alcohólicos Anónimos, esos puritanos sin biblia, en la vecina villa de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto. La bartolina se encuentra en los sótanos de una iglesia metodista, en el barrio llamado del Obispado. Como echa de verse, esta sentencia, si se cumpliere, equivaldría al ostracismo, al destierro no sólo de la amada Estefanía sino del país del alcohol todo, estotra patria turbulenta y diamantina. En ese antro, que retiembla bajo la tierra, usted y yo seríamos rehabilitados según un severo régimen, consistente en la abstinencia de licor, tabaco y libros, compensado todo ello con lecturas de la Biblia en voz alta, a cargo de candorosas muchachas de la secta. Por lo demás, el puño del teniente Paredes, lleno de versículos y sentencias, no parará en nosotros: piensa clausurar temporalmente —cosa que equivale a una sentencia definitiva— las trescientas sesenta y cinco cantinas que abren sus puertas en este pueblo y en las seis cabeceras del exarcado: Mazapil, Cedros, Patos, Capellanía, Palomas y la Hacienda de Baco. Desea estrenar el draconiano decreto precisamente en este bar Thalassa, cuyas puertas guarda el propio San Esteban de Hungría. (Desde luego, el policía cuáquero desconoce la existencia del Pistis Sofía y las demás cantinas secretas, que equivalen a la mitad de las 365, y

donde en último caso se refugiarían las distintas parroquias, desde la logia de locos del bar Salem y el gremio de profesores del Grocuho bar, hasta los teporochos de alcurnia del bar Fornos y del Casino de Santiago, hoy convertido en nuestra Cámara de Senadores.) A mediano plazo, instalaría en esos antros secuestrados casas de meditación, internados para niñas huérfanas, librerías edificantes, así como bazares de chucherías protestantes, a saber: banderas confederadas, fotografías de Edgar Youth Mullins y Joseph Smith, crías de marmota, verdosos quesos menonitas, biblias Reina-Valera y pistolas Smith & Wesson, puñados de tierra del Álamo, reliquias alcoholizadas de Sam Houston, pólvora sudista y toda la demás quincalla nostálgica de Ciudad Incesto, ese villorrio que no se ha consolado jamás de no haber sido incorporada, por la abulia garciasuarista o por las milicias tejanas, a la República de la Estrella Solitaria.

Se hizo entrambos un minuto de silencio. El proyecto del teniente Paredes era tan descabellado que ni siquiera el vate Domínguez pudo tomarlo en serio. Esto a pesar de que, en sus líneas generales, se parecía mucho a una de esas pesadillas de la sed que lo asaltaban cuando se retiraba a dormir sin un trago. Paulatinamente, y mientras Camargo peroraba, el vate había ido concentrándose en Nancy, su mesera favorita. Poco a poco la enfocaba, con sus pupilas opacas y estrábicas, haciendo pausas al hablar, antes de levantarse de la mesa para dirigirle a ella sola las baterías de su dislo-

cada retórica. Ella lo atendía con activa paciencia, como todas las tardes, sabiendo que el cortejo, a veces inicuo y otras inocuo, duraría hasta bien entrada la noche. Entonces quizá se dirigirían juntos al Hotel Mundial, pues allí se alojaban ambos.

En vista de la escasa atención de su camarada, Camargo prefirió despedirse. Tomó rumbo otra vez hacia el Parque Porfirio Díaz. Lo conocía de memoria, en todos sus rincones, sus pliegues y sus veredas. Era un sitio familiar en sus recuerdos, en sus sueños y en la duermevela de la ebriedad. El lento vértigo de las guerras civiles había ido cambiando su nombre. Primero don Lucas Alamán, después la emperatriz Carlota, apenas antier Porfirio Díaz, no el guerrillero sino el héroe de la paz, habían prestado su nombre al viejo conjunto de álamos. En un borroso rincón, a unos pasos de la biblioteca, estaba la estatua de piedra de San Esteban, el patrono del pueblo; unos versos de Quevedo habían sido grabados en su pedestal, por sugestión del señor Fontes:

> El que a Esteban las piedras endereza
> es piedra en la dureza;
> y él, pues que las aguarda de rodillas,
> es piedra en el sufrillas.
> Las muchas que le tiran tantos hombres,
> de piedra tienen la dureza y nombres;
> y Dios, que es firme piedra, y esto mira,

por piedra, piedra a piedra, piedra tira;
ésta hiere inhumana,
ésta ruega, ésta tira y ésta sana.

De ahí provenía la expresión, y también el deporte, común en las cantinas de Estefanía y en las casas de juerga, de "lapidar a San Esteban". Todavía unos años atrás, las jóvenes parejas tenían sus entrevistas amorosas en los cementerios, ayuntándose sobre la opacidad de las lápidas golpeadas por la luna. La mitad del parque de San Esteban se elevaba sobre un antiguo camposanto, que databa de los años del cólera, situados entre la invasión norteamericana y las Guerras de Reforma. Árboles de cien años, alimentados con los huesos enfermos de los antepasados, dan sombra ahora a los niños y las colegialas en la Alameda Porfirio Díaz: tal vez sea por estas circunstancias —el semen, la enfermedad, el cementerio— que los habitantes de Estefanía tienen ese aspecto tan melancólico, tan mortecino.

Bajo el calor de las cuatro de la tarde, se apagaron las luces en el cine Hipnos y empezó a correr una cinta de *gansgters*. Las estatuas de yeso que flanqueaban el proscenio, representando a las Musas, se iluminaban violentamente y de súbito con los fogonazos morados de las pistolas y los faros de los automóviles escapando bajo una adecuada tormenta. En una butaca de las últimas filas, a resguardo del ojo cuasidi-

vino del cácaro, Camargo esperaba a Jimena Paredes, quien a esa hora debería estar abriendo la reja de su casa, bajo una lluvia similar, para venir a reunírsele. El agua inmemorial marcaba un *continuum* entre los tiempos y los lugares, entre la realidad y la ficción, entre la sórdida Estefanía y su novela imposible. Observó en la pantalla un edificio con toldo de rayas oscuras y blancas, que se asemejaba mucho a una casa del centro, situada a un lado de la librería El Nigromante; alojaba al discreto café Isis y se comunicaba, por medio de un túnel y un jardín, con la mansión de los Sullivan, una casona abandonada cien años atrás, pero conservada por dentro en un estado inmejorable, como si estuviera habitada. Jimena se deslizó en la penumbra, haciéndole sentir el olor de su pelo recién lavado y el vuelo de su falda; sus brazos muy blancos brillaban como si tuvieran luz propia.

—Mi padre lleva el día entero encerrado en su des- pacho —susurró—. Clavó en la pared un plano del pueblo. Lleva horas estudiando los archivos de la comandancia: partes manuscritas, fotografías, notas de prensa.

Un sonido de metralletas atrajo su atención hacia la pantalla, en el momento en que una mujer sucumbía bajo la lluvia de balas que perforaban el toldo de su automóvil blanco. Era una de esas rubias del cine negro, de boca púrpura y medias de seda, que caían hacia la muerte enredadas en su propio cuerpo como dentro de un remolino.

Concluida la película, como de costumbre, Camargo se sintió contristado por la transición entre la penumbra onírica del cine y el tráfago de la calle de la Reina Victoria, envuelta en una luz húmeda y tristona. Sólo por ahorrarse esa disyuntiva entre el argumento circular y consumado de una película y la realidad plana y sin desenlace del pueblo, procuraba asistir lo menos posible a las funciones de cine. El tiempo del Hipnos y el de la calle, ambos tantálicos, paralelas que coexisten sin tocarse, ajenas al pasado y al futuro, chocaban dolorosamente, como dos islas llenas de gritos que se embistieran dentro de su pecho, en un callado minuto de angustia.

—Conversé la otra tarde con el vate Domínguez —repuso Camargo—. ¿Lo recuerdas?

—Cómo olvidarlo. Durante la cátedra del sueño, era el único que soñaba despierto.

—Tiene un instinto de sonámbulo que le permite guiarse entre los despiertos y aun conversar con ellos, adivinando sus aficiones, sus secretos, sus sueños privados. Creo que esa habilidad se la debe al insomnio, a cuya luz su alma y las almas de los demás se muestran en su haz y su envés simultáneamente, como en un rango ultravioleta.

Jimena abrió la puerta del automóvil que usaba con permiso de su padre. Huérfana desde los diez años, había crecido como una muchacha voluntariosa y desapegada. Su temperamento y temple moral la hacían atractiva a los ojos de Camargo. Él admi-

raba sus cualidades de animal inocente, la sencillez y la resolución de su carácter, la aptitud que tenía para estar en cualquier circunstancia sin comprometerse, así como el instinto que le permitía escapar con un solo movimiento de las situaciones más comprometedoras. Ella poseía, estaba seguro, la misma resolución para la virtud y para el delito. Una inocencia inmemorial, anterior a ella misma y a toda noción maniquea, le permitía desplazarse sin contradicción entre la bondad y la maldad, entre el exceso y la contención, entre la ilusión y la pesadilla.

Encendíanse ya los anuncios luminosos de las tiendas, entre el aire que levantaba pequeños remolinos de basura y hojas mojadas. El imponente automóvil, pesado como un lanchón, avanzaba con lentitud por las calles estrechas, hasta hacía algunos años sólo recorridas por carretelas de caballos, que hacían las veces de taxis y de vehículos particulares. Entre las paredes descascaradas, sobre las angostas aceras, cruzando de una cantina a una escuela, de un templo a una tienda de abarrotes, en este pueblo abundante en cantinas, se topaban niños y perros callejeros, borrachines y colegialas, monjas y carniceros, viejucas de rosario y cantineras malhabladas. Las dependientas de las mercerías, las zapaterías y las tiendas de ropa —tan falazmente estudiadas por Nemo Puebla, misántropo y actor de teatro—, permanecían a esta hora detrás de las vitrinas y los mostradores, como maniquíes o actrices sin empleo, como tiernos animales que no se espantan

ante el crepúsculo —que en ese momento caía con un estrépito de mármoles y sangre, de caballos destrozados en plena carrera—, encarnando la simple persistencia de la vida sin medida y sin culpa, sin remordimientos ni miedos, arrebujadas en una tranquila felicidad que a la postre resultaba más sustancial que la embriaguez de cualquier paraíso.

—¿Te gustan esas muchachas? —preguntó Jimena— Los hombres complicados se enamoran de las mujeres sencillas.

—Prefiero tu compañía —respondió Camargo, encendiendo un cigarrillo sin filtro—. Ante tu transparencia, cualquier otra mujer resulta tortuosa y abstrusa.

—También eres amigo de Pécora Albéniz, quien es negra y ondulada como la serpiente del Génesis. No sé de qué prerrogativas goza en este pueblo, cuál sea el secreto de su prestigio y su ascendiente. Inclusive mi padre tiene que respetar a esa mujer, aunque le desagrada.

—Desde la silla alta que ocupa en la cantina, ella es una consejera moral, una especie de sibila que orienta a los hombres en sus horas confusas y desesperadas. Hay temporadas en que el aire del pueblo se vuelve nocivo para todos nosotros, se detiene y como que empieza a pudrirse, la luz gana cuerpo entre sus reflejos, el silencio silba como una serpiente detrás de cada puerta, bajo cada piedra, detrás de cada sombra, susurrando en el idioma de los sueños. Entonces el bar de Pécora Albéniz se convierte en un refugio, un

hospital de almas, una fuente de salud. (Camargo se cuidó de añadir que los parroquianos acudían también a esa cantina como quien visita un museo, para presenciar reverencialmente y sin tocarlo, como es fuerza en las obras de arte, el trasero de la patrona Calipigia, que era el monumento vivo más hermoso del pueblo.)

En ese preciso momento pasaban frente al bar Thalassa y vieron al vate Domínguez, reclinado en el travesaño donde otrora se ataban los caballos, con la cara vuelta hacia los arbustos cárdenos que empezaban a esfumarse en las faldas del cerro del Santo Cristo. Con el pelo revuelto y la ropa desordenada, guardaba todavía un resto de compostura, declamaba en voz alta un soneto, con la espalda erguida y la cabeza echada hacia atrás. A unos pasos, el impaciente cantinero agitaba una nota de consumo, sin conseguir arrancar al vate de su éxtasis vespertino.

—El Tiempo es un dios cruel —piensa Domínguez—: sube y baja como el mercurio, desplazando volúmenes de sangre. La rueda de los días y las noches gira en el vacío —dice para sus adentros—, moliendo nuestras almas raídas. Melancólico el despertar en un desván impregnado de olores de sudor, cerveza y tabaco: la mañana tuerta asoma por una rendija de la puerta: plum, el disparo de la luz contra la sien, a quemarropa. ¿Será el Amor este cadáver violáceo tendido sobre el camastro de una sucia morgue? "Voy a hacer la noche —le había dicho ella—: toma un trago y duérmete".

Y esa descarnada costumbre de clavar una imagen de doña Estefanía de Montemayor en la cabecera; una gallina cloquea afuera, en la calle de tierra, picoteando el vómito de los borrachos. (Tápame con tu rebozo, porque me muero de frío.)

—Los primeros meses me ponían presa con frecuencia, sobre todo las noches del sábado. Sí, en esa bartolina que parece un excusado. Entonces tenía catorce años, y estaba recién llegada de la Hacienda de Baco. Golpeaba a mis clientes con el tacón, o les rasgaba la cara con las uñas.

Angustiosa es la clepsidra que rige el vaivén de los lupanares, casi paralizados en este momento, hacia las once de la mañana. La radiola semeja una vagina metálica que traga monedas y devuelve canciones, borracha y complacida. Porque ella no toca sola. Ábrese la puerta y la hembra entra de espaldas, poniendo llave por dentro. El camastro rechina cuando ella deja caer su peso. Trajo consigo ocho botellas de cerveza Neptuno y seis latas de Gambrinus. Domínguez, que ha ayunado como un santo, siente abrirse en la boca de su estómago una navaja de monte, con parsimonia, como un lento alarido.

Ella le platica sobre las destrezas sexuales de sus amigas del oficio. "Nada que no haya sido descrito ya —piensa el vate— en alguna noveleta pornográfica del siglo XVIII francés, bien que adaptado a este tristón burdel del desierto". Variedades del erotismo que surgen aquí, por generación espontánea, de lo

sucio y lo silvestre, de un ímpetu sanguíneo, doloroso y onírico, alimentado por el miedo y la culpa. Doña Estefanía y otras santerías presiden el mal gusto erótico de este pequeño mundo.

Muchas cosas ha aprendido Domínguez en sus reiteradas correrías por los prostíbulos de la ciudad prohibida. Sabe que el regimiento de putas es también una corte de maravillas. Las rameras, inclusive las más jóvenes, están signadas por la desfiguración y el exceso. Hasta las más apetecibles tienen un rasgo de fealdad perturbadora. Hay bellezas parciales aquí y allá: unos pechos descomunales, un trasero bien esculpido, un rostro acaso demasiado armonioso, una cabellera de india brava, un ojo zarco y el otro apagado. Las adolescentes desnudistas suben al trapecio en la penumbra violácea; tienen un temperamento de capataz de circo, vuelto contra sí mismas en inhumano espectáculo: el chorro de los reflectores arroja un seno, una boca amoratada, un ombligo rasgado, una vagina; las cabelleras palpitan sobre una mesa de terciopelo, los talones se elevan como asas de bronce —las nalgas abiertas como un fruto del paraíso, los senos combados como botas de piel de cabrito, reventando de vino—, cuerpos que circunvolucionan en la pecera de inestable humo, como lentos peces carnívoros, candorosos: y ese ojo que te mira fijamente de pronto desde un ángulo imposible, con un blanco congelado, la pupila hundida mirando hacia atrás —¡imposible inocencia!—, donde los fantasmas beben el sudor

de los cuerpos, donde los cuerpos y sus sombras son separados con sopletes de oxígeno.

Ésta es la belleza convulsiva, enajenada, en la cantina de ancianos crápulas y jóvenes corrompidos. "Las rameras están hechas de buena madera, su carácter es tan fuerte como su cuerpo: no saben llorar ni quebrarse. Estas mozas tienen varias de las cualidades —piensa Domínguez— que alimentaban la misoginia del arcipreste de Talavera, y de paso la de Nemo Puebla: son robustas, maledicentes, bravas, ladronas, borrachas, concupiscentes". El burdel es un circo moral, donde el cuerpo y el alma intercambian sus pecados y sus destrezas y luego los muestran en espectáculo. Aquí puede hallarse a las adivinas de los bolsillos, a las magas del tocamiento, a las virtuosas de la cuba, a las devoradoras del prójimo, a las pobres diablas de la mesa y la cama, a las viejas iracundas y las soberbias mancebas, amarillas unas por la envidia y las otras por el oro, a las geománticas que leen la tierra mientras hacen el sexo, plantadas en sus cuatro patas como un mueble. Los fenómenos de la lujuria y los monstruos de soledad se embisten en las pistas de baile, enfrentados para un desencuentro perpetuo.

Seco como una cigarra, el rumor de aquel pelo en los oídos de Domínguez, en la almohada del desvelo, el sudor del rostro de ella mojando el suyo, cuando la amiga —oh su amiga—, después de beber cuatro cervezas, se enarca como un gato corpulento sobre su torso, gimiendo pausadamente, como si remara en un

kayak o como si envolviera con muselina el potro de tortura. Tal una planta de laurel que hundiera sus raíces en un tronco torcido, tal una medusa que se abrazara a una roca sumergida, la amiga va y viene, arando obsesivamente el mismo lugar, sin retroceso ni avance. La radiola del último burdel grita de pronto estrepitosamente, en la soledad del mediodía, como un fósil de la noche anterior, sin que alcance a turbar a las libélulas que zumban quietamente sobre las matas ariscas.

A pesar de su nombre grandilocuente, el Hotel Mundial, sobre la acera norponiente de la plaza del mercado, era uno de los edificios más sórdidos de Estefanía. En su penúltimo avatar, habíase llamado Hotel Conde, hasta que un incendio ocurrido cinco años atrás arrasara con las escaleras, las puertas interiores, los pisos y los postigos de las ventanas, todo ello de madera carcomida. Era fama que Jacobo Amarellus, primer cacique de la provincia de Acuario, se había hospedado en una habitación del tercer piso, después de escapar del circo ambulante que lo había traído desde Rumania hasta estas tierras de la América septentrional. En su estado ruinoso y estrafalario, el hotel guardaba todavía el aire de una guarida de vampiros. Refugio de las prostitutas que ejercían el oficio en las tabernas y las callejuelas del, durante el día entero se les veía entrar y salir acompañadas de hombres de todo oficio y edad, lo cual daba al establecimiento un aspecto de gran actividad, no obstante que el turismo que llegaba al pueblo era más

bien escaso. Algunas de ellas eran amas de casa que entraban a trabajar al hotel en el mayor disimulo, con la anuencia de la administración, para completar su gasto doméstico. Llegaban en tardes ocasionales, durante horas furtivas, con clientes que jamás veían por segunda vez, empleando nombres falsos al registrarse, así como máscaras de maquillaje que protegían sólo a medias, precaria y candorosamente, su anonimato.

En un cuartucho del tercer piso —era fama que fue el mismo que ocupara durante una temporada aquel caballero de circo—, vivía el vate Domínguez. Su escaso mobiliario estaba compuesto por un camastro de latón —aflojado a fuerza de combates clandestinos—, un armario de espejo grande y legañoso, una silla Malinche y una mesa de patas flojas, que había pintado él con sus manos, atestada de libros y manuscritos. El vate mantenía continuas deudas con el administrador, las cuales sorteaba echando mano de su charlatanería habitual, así como de ciertos proyectos fantasiosos que —así le aseguraba— le proporcionarían dinero a manos llenas, en el corto o largo plazo. (Entre ellos estaba, por ejemplo, el plan que había urdido con don Fausto Morales, un muy amigo suyo, para buscar diamantes en la Zona del Silencio, un páramo situado al noroeste de Estefanía, en los límites geográficos y cósmicos de la provincia de Acuario.) Había hecho buena amistad con las rameras, a las que regalaba versos y abrumaba con toda clase de galanterías y atenciones. Ellas le hacían pequeños préstamos

de cuando en cuando, los cuales restituía escrupulosamente en cuanto cobraba sus artículos en *El Guardián de Estefanía* (otro de sus proyectos, y no el más desolado, era el que tenía que ver, naturalmente, con la peregrina sucesión de Santiago Amarillas, que a lo que se veía, sería más bien una sucesión de difuntos). Inclusive cuando la comida escaseaba, procuraba guardar en el armario una botella de whisky barato o de tequila montés para el uso cotidiano, así como para agasajar a sus ocasionales invitados. Trabajaba entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada, bajo la doble luz del alcohol y el insomnio, con los dos extremos del lápiz y los libros que le conseguía por correo don Pacal Segalá, el propietario de la librería El Nigromante. La desesperanzada quietud del pueblo subía hasta su ventana del último piso, arrastrando voces sonámbulas, tumulto de radiolas de las cantinas cercanas y ventoleras de polvo. Él mismo había puesto a correr entre las rameras y las cantineras la especie de que su habitación había sido la morada del vampiro Amarellus. Y en verdad, algunas noches sentía la desesperación y la sed de muerte que asedia a estos eternos cadáveres, arrebujado en la capa que le obsequió un año Urbano Urbina, a guisa de aguinaldo, su rostro reducido a dos cavernosas ojeras.

Esa noche abandonó temprano el bar Thalassa, después de firmar la cuenta. De camino al hotel compró una botella de Blackstone, el whisky más barato, destilado clandestinamente en Béjar, capital de la República de la Estrella Solitaria, y traído de contrabando hasta

una bodega de las afueras de Estefanía. Esperaba una visita, anunciada por un misterioso recado telefónico que le habían reportado en la administración. Puso en orden los papeles que estaban desparramados sobre el suelo. Releía ensimismado unas líneas de su próximo artículo, cuando escuchó a través de la puerta entornada una voz y el tableteo de unos tacones. Dolores Castillo apareció en el rectángulo de luz que trazaba el umbral sobre la madera encerada del pasillo, con una amplia sonrisa y los ojos enrojecidos. De inmediato, las alertas del cuerpo y la inteligencia del vate Domínguez se encendieron, ante una persona tan poco común en la trivialidad de Estefanía.

—Desde que nos conocimos en la cátedra del sueño del Ateneo, y me enteré que es usted vate, sentí deseos de conocerlo mejor. Yo también he escrito algunos versos.

—Una mujer es reducto de poesía— repuso él con un donjuanismo algo mecánico—, ya sea en sus actos o en sus sueños. En los ojos de ustedes uno puede ver imágenes que condensan el pasado, el presente y el futuro.

—Sus palabras son tan estimulantes como su whisky —dijo Dolores, quien había dado un sorbo al vaso que estaba sobre la mesa, actuando como pisapapeles—. Permítame mostrarle algo de mi trabajo lírico.

Luego hurgó en su bolso, rozando con la piedra de su anillo el pequeño revólver que siempre traía consigo. Sacó unas hojas amarillas, garrapateadas con

tinta roja. La escritura angulosa y caótica contrastaba con la armonía de líneas de su cuerpo. Ciertamente, tras la finura de aquel rostro se escondía un alma semejante a un garabato. Domínguez leyó una serie de frases incoherentes, que dejaban ver un tema anómalo y torturado; era como si ella hablara desde una caverna, transida por un gran dolor que dislocaba su prosodia y embotaba el poder expresivo de los términos. Como ocurre con toda mujer que sufre realmente, la cursilería y la sinceridad se entrelazaban como dos plantas proliferantes, que no van a parte alguna, hasta agostarse en el desierto de la hoja en blanco.

Dolores se manejaba con gran habilidad en cualquier circunstancia, sin perder de vista sus propósitos, actuando bajo cálculo aun cuando sus movimientos parecieran casuales. Semejante cualidad como de muñeca mecánica había desconcertado desde un principio a Camargo, quien no lograba hacer concordar en su mente esa voluntad tan exacta brotando de un corazón destrozado, una vida tan metódica y tan vertiginosamente entregada a los vicios, esa astucia y esa aparente indefensión, esa conducta a la vez torpe y astuta, planeada de manera minuciosa por debajo de su dolorosa naturalidad.

Dolores era hábil para conocer a las personas con una sola mirada; un gesto, un ademán, una palabra, bastaban para revelarle un carácter en toda su riqueza, su altura y su profundidad. Por causa de los turbios negocios en que había estado envuelta toda su vida, se

manejaba con un instinto de mujer acosada, por una suerte de miedo adivinatorio, que guiaba con precisión cada uno de sus actos. Ni ella misma recordaba en qué momento su destino se había enredado, confundiendo todos los hilos; desde entonces, daba golpes con pies y manos, reculando o lanzándose de plano hacia el abismo. Llevaba varios años en esa loca travesía dentro de un metro cuadrado, guiada por un lejano espejo que enviaba fragmentos de su imagen desde puntos disímbolos, conminándola a correr hasta perderse definitivamente a sí misma.

Había aprendido que toda persona guarda, con pudor o con hipocresía, una pequeña pústula, una minúscula miseria, un secreto tormentoso, un recuerdo funesto, un ulcerado enigma, un nudo de maldad que al estallar y subir a la superficie ocasionan, cada cierto tiempo, en un momento inusitado, una catástrofe moral. Ella se divertía palpando esos abscesos, registrando en cada rostro el átomo, la semilla, el punto negro del caos que florecería tarde o temprano, haciendo crisis en las formas más inesperadas. Años de continuas amenazas, de humillaciones y decepciones, de un insoportable dolor y una serpenteante cobardía, habían pulido en ella este ojo, ante el cual las personas quedaban desnudas e indefensas, despojadas de pudor, de confianza, de vergüenza, bajo el sórdido fanal de la impiedad, ese que Dolores llevaba como un tercer ojo en la frente, como la lámpara de un cirujano, como el monóculo de magnesio de un minero sumergido en los pantanos.

—Nací en Estefanía —dijo al fin, mientras Domínguez terminaba de repasar las hojas amarillas— y aquí viví hasta la adolescencia. Pasé diez años recorriendo el mundo: el mar, la sierra, las ciudades, y ahora estoy de vuelta, con un baúl de sueños para despertar a este pueblo, que yace abandonado a sí mismo.

—La estirpe de la mandrágora —contestó el vate, sin reparar en la gravedad de sus palabras— no se ha agotado aún en Estefanía. (Tal era la flor heráldica de la secta radical de los estefanianos, que preconizaba el regreso a un estado de sueño completo.) Ahora parece entregarnos una heredera, que llega para abatir el torbellino del sol y sus alucinaciones de implacable pureza. Reconozco en usted, Dolores, el talismán que alumbraba desde lejos mi poesía. Como si presintiera su llegada, hace poco escribí una prosa acerca de una bruja que duerme en un ataúd adornado con piedras semejantes a sus ojos, con piedras adivinatorias.

Dolores sonrió, entornando los ojos. Recorrió con la punta de la lengua el borde del vaso, que había vuelto a colmar con aquel pésimo whisky. Domínguez era la persona mejor informada del pueblo en materia literaria. Había aprendido francés —como todo estefaniano limpio de sangre, detestaba el inglés, que era el idioma de la República de la Estrella Solitaria— con una gramática y un diccionario, con cuyo auxilio descifraba puntillosamente los términos y las frases, aun cuando no tuviese mayor idea de la pronunciación. Era el único que conocía los nombres de Rimbaud y

Baudelaire en estos santos lugares, y decía que estaba traduciendo la obra completa de ambos. Guardaba en su habitación libros de considerable valor monetario, conseguidos merced a los sacrificios más conmovedores. Aquellos volúmenes resplandecían en su penumbra moral como lingotes de tranquilidad, en las tardes de polvorienta resolana, con una gravitación y una irradiación que solían restablecer, durante las horas confusas y alteradas, la salud de su espíritu. Esos libros eran el talismán que no había podido adquirir Marcia, que no llegaría a conocer siquiera dentro del torbellino de su conducta, tan veloz como banal, en su rutina estrafalaria dentro de ese cubículo de aluminio que era su alma animal, ese metro cuadrado donde cabían ajustadamente su persona y una botella de whisky.

—Dígame el nombre de esa prosa —pidió Marcia. Se había acomodado en el suelo, enroscando sus largas piernas y acomodándose con los dedos el visillo del pelo sobre los ojos, aclarados ya por la fuerte bebida.

—Esa prosa en realidad forma parte de una serie más extensa, que habrá de titularse —aludiendo a este hotel y a un vate de Francia que admiró—: "Una temporada en ambos mundos". Se trata de una serie de estampas líricas en las que Estefanía habrá de desenvolverse como si fuera un Purgatorio con todos sus círculos. Es asimismo un relato de mis correrías diurnas y nocturnas por este lugar, convertido en punto de encuentro de la virtud y el pecado, de la

realidad y el amor, de la conciencia, la naturaleza y el trasmundo. Desarrollados con paciencia e inspiración, estos fragmentos bien podrían componer una novela. Tal es mi mayor ambición: una novela donde el pueblo comience a ser una comunidad real y concreta, así se trate de una comunidad de sueños. Más o menos hasta el día de hoy, perdidos entre estos montes y páramos, los estefanianos llevamos trescientos años en el limbo, soñándonos unos a otros, reconstruyendo día con día la pesadilla del prójimo.

—Usted y yo tenemos proyectos semejantes —repuso ella—, aunque los puntos de partida y los métodos de ejecución sean distintos. Me gustaría leer sus viñetas sobre Estefanía, un pueblo que ya no será el mismo después de que ambos hayamos consumado nuestro trabajo.

—Apenas ayer entregué tres de ellas al "El Diablo cojuelo", suplemento del diario *El Guardián de Estefanía;* tardarán unos días en publicarlas. Aquí sólo tengo borradores, casi ilegibles a fuerza de enmendaduras. Pero yo espero que esta no sea nuestra última entrevista: pondré en limpio mis poemas, para mostrárselos el día que usted escoja.

—Tengo una habitación en el Motel del Bosque. Allí lo espero, el día que usted quiera, por la noche, bajo el rayo del sol o en la madrugada. Yo también quisiera mostrarle mis armas.

La siesta de un fauno

El sol de las cuatro de la tarde caía en forma oblicua sobre las fachadas pintadas de amarillo de la calle de Zapateros. Caía sobre sí mismo como un trasunto de eternidad. La casa que rentaba Camargo, vieja pero en buen estado, tenía una pesada puerta de cedro, ventanas con barrotes de hierro rematados en punta, y un cóncavo zaguán que conducía al patio sembrado con tres cipreses y un árbol de duraznos. El filósofo reposaba en un vetusto sillón de cuero, junto a la puerta abierta a medias. Tenía a su lado, sobre una mesita, una cajetilla de cigarros Alas y el tomo de la *Ética* de Baruch de Spinoza.

Esta hora reptaba angustiante sobre la vida cotidiana del pueblo. Las tiendas del centro lucían limpias y desiertas, las moscas zumbaban emboscadas en los vasos sucios de las cantinas silenciosas, estaban apagados los aparatos de radio en las casas vecinas, no pasaba una sombra humana por las calles, no había ruido de pájaros ni de niños. Este trance duraba sólo una hora. A las cinco, el corazón de Estefanía empezaba a latir de nuevo, recuperado de esta suspensión, de esta onerosa volcadura sobre sí mismo. La grave parálisis volvía a repetirse por las noches, hacia la hora tercera, en el punto más hondo de una noche sin sueños, cuando la sangre apenas se movía y el cuerpo se entregaba al sopor de la muerte. Estas dos horas

críticas —situadas dentro del diagrama formado por el crepúsculo de la mañana, el zenit y el crepúsculo de la tarde— eran como una prueba para los habitantes del pueblo, durante la cual les podía ocurrir un final intempestivo o bien un tranquilo y suave renacimiento.

Camargo se preguntó si estos puntos muertos no serían la fuente del instinto pecaminoso que el teniente Paredes, desde su llegada, creía respirar en el pesado aire de Estefanía. (Instinto que Nemo Puebla, con su olfato finísimo y malévolo, había descubierto por su parte, y desde hacía muchos años, sobre todo entre las criaturas femeninas. Sólo él podría describir lo que estaría sucediendo en esos momentos en las sacristías, en los baños colectivos del colegio del Verbo Encarnado, en las recámaras donde se dormía la siesta, en las trastiendas de las tiendas de ropa femenina, en el sótano del Ateneo del señor Fontes, en las cocinas del callejón de la Virgen, en los cuartos húmedos del Hotel Mundial y en las suites rústicas del Motel del Bosque, en la cueva de Santiago del Canto, donde folgó Camargo por primera ocasión con Virginia Llerena, en la Casona Rosada, en los cuchitriles de la funeraria de Santiago Amarillas, en las oficinas del subgerente del Banco de Cíbola, en los candentes almacenes de la estación de trenes.) Esta hora vacante era terreno fértil —según el teniente Paredes y según Nemo Puebla, aunque no se comunicaran entre ellos—, para las semillas de la fornicación, la *delectatio morosa*, el tribadismo, la pederastia, el ansioso adulterio y el incesto

reposado. Una cornucopia de pecados que el teniente Paredes, en sus obsesivos recorridos por el pueblo, creía ver grabados en las puertas de las casas como si fueran escudos de armas.

Sin embargo, existía entre los habitantes de Estefanía, pensaba Camargo, una segunda naturaleza de adolorida pureza, por debajo de los remordimientos y el entramado de la culpa, una aspiración por el orden depositada como un grano de sol inclusive en los corazones naufragados. Proveniente de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto, villa a un tiempo cuáquera e idólatra, adoradora de becerros de hierro y hojalata, Paredes era un hombre obtuso y fanático, incapacitado para comprender el barroquismo de Estefanía, su pobreza espléndida bañada por el sol y mordida por las llamas del inframundo.

A muchas calles de allí, en una casona enclavada en el renovado barrio de El Triste, Jimena leía la Biblia recostada en un amplio sillón, ante la pared de cristal que dejaba ver el jardín con la tierra reseca y las plantas agobiadas por el calor. A esa hora de la tarde, tenía puesta una camisa blanca, una larga camisa de policía que cubría sus muslos hasta la mitad, con tres botones sueltos sobre el pecho. Sus ojos se detenían alternativamente en las buganvillas agostadas y en los versículos lapidarios del libro de Oseas. Como piedras que golpean el agua, a los arbustos de tiernos brazos, a los corderos recién nacidos, a la santidad de la estatua de Esteban; como piedras que golpean a las piedras

eran estas palabras: "Contended con vuestra madre, contended; porque ella no es mi mujer, ni yo su marido; aparte, pues, las fornicaciones de su rostro, y sus adulterios de entre sus pechos; no sea que yo la despoje y desnude, la ponga como el día en que nació, la haga como un desierto, la deje como tierra seca, y la mate de sed. Ni tendré misericordia de sus hijos, porque son hijos de prostitución". Una abeja que se había extraviado en su itinerario de pétalos —acaso procedente de la cueva de Santiago del Canto— zumbaba ahora contra el cristal, intentando penetrar ese duro aire, ese plasma enmicado que dividía arbitrariamente para ella un territorio franco.

Frente a ella, el teniente Paredes revisaba unos papeles, con la espalda rígida y el mentón ligeramente alzado, para sostener sus lentes de medios cristales. Los ojos grises del cuáquero brillaban entre las pobladas cejas, deteniéndose por momentos en los muslos de la muchacha, recorridos por estrías de sudor, por debajo de las pastas de cuero negro de la Biblia. El fajo de expedientes policiacos y recortes de la prensa de los años recientes sólo contenía delitos menores, las faltas que suelen presentarse en los pueblos pequeños: riñas de taberna, deudores morosos, impagables cuentas de cantina, robos de gallinas o bicicletas, cadenas de anónimos con blasfemias religiosas, raptos concertados entre jóvenes novios, matrimonios por la mano izquierda, músicos contratados que no se presentaban a tocar en las fiestas. No halló, en cambio, evidencia

alguna de lo que deseaba encontrar: prostíbulos clandestinos, sofocados parricidios, incestos reposados ni públicos adulterios, destiladoras de mescal casero, venta de *hashish* y/o cocaína, asesinatos, secuestros, pornografía ni explosiones.

El Guardián de Estefanía no cubría tales eventos, cuya sola difusión podría perturbar la paz pública, según la filosofía personal del bachiller Urbano Urbina, quien en su juventud había conocido el siniestro boato de las guerras civiles (contemplándolas desde abajo de su cama, según acotaba su maligno primo, de oficio actor y lengualarga). Por su parte, era norma en la patrulla del Hades no conservar clase alguna de archivo, que pudiera perjudicar sus funciones secretas y muchas veces infames. El comandante Roca trabajaba prácticamente sin dejar huellas. Inclusive las informaciones que solicitaba a otras dependencias de la Casona Rosada, al propio periódico, a las parroquias de Esteban o de Santiago del Canto, al laboratorio experimental del Ateneo, eran sistemáticamente destruidas cada viernes, al anochecer. La comunicación entre los dos jefes de policía era prácticamente nula: no se podían ver ni en pintura. (Algo similar ocurría con las dos cabezas de la Curia, monseñor Serratos Portugal y el padre Rodolfo Calvida, quienes sólo se comunicaban cuando era estrictamente necesario, a través de monjas recaderas, *correveidiles*, colibríes entre sus trincheras de San Esteban de Hungría y Santiago del Canto.)

Jimena alargó las piernas hasta tentalear el suelo y luego las dobló para quedar sentada sobre ellas; por un instante se entrevió la pantaleta ceñida en la húmeda carne, un vértice de sombra donde se clavaron aquellos ojos grises con un frío destello. Descontando algunas riñas con puñal o pistola, comunes en los pueblos de la región, los habitantes de Estefanía acostumbraban plegarse en lo general a las ordenanzas públicas. Sin embargo, el teniente Paredes se preguntaba con impaciencia sobre los anónimos sucedidos de la vida privada, sobre el minimalismo del pecado que ocurriría cotidianamente sin duda detrás de las mugrientas cortinas y los postigos cagados por las moscas, tras las fachadas pintadas de amarillo cada año, hacia el mes de marzo, al fondo de las ventanas adornadas con caracoles marinos y condenadas con rejas de hierro, más allá de los insípidos salones adornados con flores de plástico, de los zaguanes donde tiritaban los pájaros, toda esa saga de inmoralidad familiar que él adivinaba bajo los rostros suspicaces e inescrutables, por entre la escueta y huidiza cortesía con que se saludaban los transeúntes al amanecer o al caer la noche.

Después de muchas fojas que se demoraban en la reseña de delitos triviales, su mirada codiciosa se detuvo en el relato de un crimen ocurrido años atrás, en una casa cercana al Casino, recién convertido en Senado de Acuario, el cual había involucrado a dos estefanianos notables por su abolengo y por sus generosas limosnas a la Curia. Los hechos aparecían consig-

nados en una crónica del señor Fontes —quien personalmente se la había hecho llegar, después de mucha insistencia por parte del policía—, con un lenguaje envarado y lleno de circunloquios, una sintaxis que mostraba hasta qué punto su pulso había temblado ante la obligación de consignar un aspecto sórdido de su ciudad bienquerida. Después del baño de mediodía —eran tres duchas por jornada en la estación, parejas a las tres comidas—, Jimena tenía puesta sólo esa camisa de policía: sus minúsculos pezones se traslucían en la tela, levantándose con su respiración, apuntando con suavidad y entereza hacia las páginas del libro de Oseas. Recorría los versículos con un dedo afilado, el ceño aniñado por el esfuerzo de comprensión, mordisqueándose un mechón del pelo rubio, casi ajena a la presencia de su padre.

Los sórdidos hechos, ocurridos quince años atrás, habían sido reportados a la patrulla del Hades por cierta muchacha que esa noche dormía sola en la casa vecina a la del atentado, pues sus padres se encontraban de viaje. Ella empezó por escuchar las voces alteradas de dos hombres en el patio lateral, separado de su habitación por un doble muro de ladrillos y hueledenoches, voces que paulatinamente fueron convirtiéndose en destemplados gritos. Los hombres intercambiaban quejas, reproches y anómalas acusaciones de infidelidad, mencionando sitios y circunstancias, en las que involucraban a otros hombres de pro bien conocidos en el Casino, en Catedral, en el Santuario de Guadalu-

pe-Montemayor, y en general entre la buena sociedad de Estefanía y de la provincia de Acuario toda. Uno y otro se defendían, se justificaban, desataban los entuertos, contratacaban luego, replicaban y sobre reduplicaban, aumentándose las acusaciones al doble. Absorto en el relato, al que acompañaban quebradizas fotografías de la testigo, de la víctima y de su contendiente, conseguidas sin duda en los sótanos de la Casona Rosada (donde dormía asimismo, por dar otro ejemplo, el caso de Narcisa Llerena, mientras su persona dormitaba muellemente en las habitaciones privadas del cacique), Paredes levantaba la vista de cuando en cuando y miraba los pies de Jimena, sonrosados como dos peces, después las redondas rodillas, los muslos pesados y oblicuos, toda la blanca largura de esas piernas, clavadas en el sillón hasta llegar a la cintura fina y rotunda. Ella seguía embebida en su propia lectura; había abierto los muslos definitivamente, frente a la fuerte luz que se filtraba por la vidriera, sosteniendo el peso del libro con la siniestra rodilla.

Hacia las tres de la madrugada —hora de la auténtica noche del alma—, después de un remanso en la discusión que agotaba a los dos hombres, la muchacha escuchó unos alaridos bestiales que rasgaron como si fueran un cristal la quietud de aquella noche compartida. Los gritos se prolongaron por un tiempo indecible, llenándola de inmerecido horror en su recámara, al fondo de la casa donde se encontraba sola y desprotegida. Al final, violentando su propio miedo, arrancó

sus pies de la parálisis y corrió en busca de los alguaciles del Hades, a los que hasta entonces sólo había entrevisto embarrados en los quicios de los portones, en las paternales noches de su mocedad, y que no le inspiraban menos horror. Estos tuvieron que forzar la puerta adornada con flores de hierro de los pudientes ciudadanos, que compartían la casa a unos pasos del Casino, haciendo prácticamente vida matrimonial. Los obtusos cadetes toparon con un cuadro que el afligido señor Fontes apenas pudo describir, fiel a sus obligaciones de cronista: el hombre había apuñalado a su amante; enseguida, cortándole los genitales, se los había puesto en la boca, chorreando todavía oscura sangre. Terminaba así el vínculo de dieciocho años en que se había consolidado una de las parejas consideradas más sólidas dentro de la hipócrita vida social de Estefanía. Los dedos del teniente Paredes, cubiertos de vellos entrecanos, temblaban mientras sostenían aquellas fojas; levantó la mirada y la depositó durante un lapso sustancial en la entrepierna de su hija, regordeta y surcada por vellos, estrías y venillas azuladas. Jimena alzó los ojos. Las dos miradas se entrecruzaron con una fría expresión en el centro de la estancia, tras el muro de cristal por donde se filtraba la insólita luz, a través de las alas de la abeja.

Por el momento están arriba, en una suerte de tapanco, entre las mesitas y la balaustrada: las siluetas se enroscan en la penumbra. El lugar tiene el aspecto de

una casa de campo: los coches de alquiler se estacionan en el patio de grava. Un cerbero manco de la mano derecha, ladra el precio en la cara del teniente Paredes: cien pesos y tres brandys de cortesía. En su día franco, ha llegado al lugar en traje de civil. Las enredaderas mojadas de rocío se enzarzan con las vides de hierro de la verja. Encima de la puerta campea el omnipresente gorro frigio que el coronel Patricio Puebla empleaba para dormir. Empieza en el vestíbulo una atmósfera de humo y congoja. Sobre la alfombra sepia están dispuestas las mesitas y los asientos acojinados, donde los clientes se acomodan tal unos ridículos samuráis. Cae una luz lechosa desde los reflectores, dibujando los cuerpos de las jóvenes. Suenan canciones estridentes, entre las cuatro paredes forradas de corcho y espuma.

Atribulado, indefenso, Paredes toma asiento también. No sabe exactamente de qué manera comportarse en este ámbito donde las adolescentes, casi niñas, aguardan una señal de Olegario Sarsanedas, su mayordomo o capataz, para iniciar el espectáculo. Nadie conoce todavía su rostro en los bajos fondos de Estefanía ni acataría tal vez su recién otorgado nombramiento. Por ahora, está en el territorio sin ley del comandante Roca. Cuáquero regiomontano, la policía del Hades incluso podría arrestarlo. Un brandy doble despeja sus pensamientos. Se pone en pie para llevar un cigarro a la pequeña rubia, quien se lo pidiera desde el altillo, con una señal de mariposa en los dedos. Unos ojos aceitunados se abren en aquel rostro de cera. Pese

a su corta edad y aparente desamparo, el cuerpo de la ninfeta es brutalmente deseable. En la medida que él se emborracha, las mesitas son ocupadas una tras otra, paulatinamente, por visitantes que brotan de la noche.

Las bailarinas se inquietan, cuchichean, ríen suavemente, beben el penúltimo trago. Un tesauro se despliega entonces en la balaustrada, listo para entrar en escena: rostros insaboros como hongos, muslos como pálidos tallos, lábiles vellos como líquenes, cabelleras ungidas con un olor a difunto. Sandalias volátiles, eficaces *négligées*, medias de muslo entero, coloretes incoloros, faldas y trasfaldas, decentes ligueros bajan los escalones. El teatro del cuerpo palpitante maquillado y vestido como un museo del cuerpo inerte, con una atingencia que aprobaría el propio gobernador Amarillas. Olegario Sarsanedas, el mayordomo, les ordena bajar hasta la pista, hasta las mesas, presentándolas una por una con pintorescos epítetos, con voz de tonalidades a la vez cursis y canallescas: "Déborah, la de párpados cariciosos". "Úrsula, la que hiberna en una cama de agua" ("La joven osa que come los higos", habría dicho Camargo, quien la conocería tiempo después, en un callejón del barrio de Mictlán). "Yadira, la de ojos de ternera". "Semíramis, la del pubis como un jardín colgante." "Sofía, caliente como la gasolina". El teniente Paredes, no acostumbrado a beber, siente la cabeza como un objeto cuadriforme, tal si fuera un cubo de aluminio lleno de arena. Dentro de ese acceso de cuadrofenia, pone atención en la estrambótica lista

e identifica el nombre de la rubia: “Mildred, la que fornica dormida”.

Las muchachas se despliegan en dos líneas por entre las mesitas, cual si fuera un adorable escuadrón de infantería ligera (de tal modo, los soldados jonios iban al combate bailando con música de flautas). Los reflectores son ahora un turbio arco iris de colores disgregados. El salón se torna una imagen estilizada de las cámaras de la diosa Ishtar: los pies danzan como teas, los torsos morenos cabecean como serpientes de bronce, los ojos fulgen como baratijas en la niebla morada. Sentándose encima de las mesitas, las muchachas despliegan brazos y piernas simultáneamente, remedando los tentáculos de Kali, la diosa asesina. El espectáculo semeja una película erótica del cine mudo, aunque recuerda también los libros de estampas pornográficas de la época del coronel Patricio Puebla (que el prohombre honrara largamente, si hemos de hacer caso a su sobrino, actor y cronista de lo inconfesable). En mitad de la noche, el salón se torna un serpentario donde los cuerpos femeninos y masculinos ondulan, se provocan, se huyen, entregados todos a un ritual de masturbación colectiva.

Los cuerpos se retuercen —ellas con fondo y calzones, los clientes con ropa de vaquero o de funcionario— en un acto de humillación mutua. Los grasientos billetes quedan prendidos entre el pubis y el ombligo, como desinflados preservativos hechos de vejigas de cordero. Sexo, drogas y dinero: la trinidad

arde con crueles picos en la cúpula de humo. El río sucio del dinero corre paralelo al tubo de la cloaca, confundido con el alcohol y el semen, con la sangre y la saliva, con la pus y el cloroformo. El teniente Paredes ya no bebe. Sus ojos turbios procuran sostener la mirada de unos ojos aceitunados, que lo acarician con una luz aceitosa, filtrada entre las pestañas insomnes. La pequeña rubia está sentada frente a él, encima de la mesa de patas cortas, distendiendo los brazos y las piernas acompasadamente, como un escarabajo sagrado; el pubis es la corola de este trébol de cuatro hojas. La criatura es enigmática como una madona, como una menarca, como una tuberculosa. Tiene el encanto intermedio de los seres que no han alcanzado todavía su forma última, como los hongos, los ángeles o los líquenes. El misterio de esta esfinge radica también en el prodigioso miligramo de droga que arde en sus pupilas quietas, angustiadas. Paredes cierra los ojos. Cuando los abre otra vez, la ninfeta está acurrucada junto a él, la tierna cabeza rubia inundando su entrepierna. Quedan ya sólo dos o tres cadavéricos clientes, dispersos en la amplia penumbra del salón, tumbados sobre las mesitas. Paulatinamente los reflectores han dejado de girar.

Fue de esta manera que la suerte de Mildred, la rubia que fornicaba dormida, se entrelazó al destino del teniente Paredes, para interrumpirlo y torcerlo. Su asesinato pesaría en grado sumo cuando el gober-

nador Amarillas decidiera la readscripción del cuáquero a la jefatura policiaca de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto, frustrando así uno de los capítulos de nuestra historia para el cual el doctor Fontes y Ralea ya tenía inclusive un nombre: Dies Irae. Así, la muchacha favoreció inopinadamente los planes de Pécora Albéniz y de monseñor Portugal y Serratos, a quienes ni siquiera conocía. Nadie la conocía a ella tampoco. Pocos en el pueblo habían alcanzado a saber algún detalle de su estrambótica vida privada. Quienes la veían noche a noche, oficiando en el templete del desnudismo, ofreciéndose y escapando de entre los dedos como una mariposa, dejando entre las yemas pura ceniza de cigarrillo, podrían haber imaginado toda suerte de excesos carnales, asignando a ese cuerpo un papel de activo protagonista. En verdad, todas esas ensoñaciones podrían resultar ciertas. La trinidad del sexo, la droga y el alcohol tenía en ella a una ferviente adepta. El teniente Paredes, quien trató con ella, únicamente en el sentido bíblico, durante una temporada que no excedió los tres meses, la consideraba un demonio de Sodoma, una Ishtar de las cloacas, una ramera egipcia, anterior a las tablas de la ley. Al menos, así lo hizo constar en el diario que llevaba, paralelamente al que escribía su hija, sin que recelaran ambos uno del otro la existencia de tales escrituras íntimas, redactado con abruptos términos bíblicos y policiacos, y que guardaba bajo llave en su escritorio de la comandancia.

Lo que inconscientemente había buscado esa noche, lo encontró a manos llenas, completo y multiplicado. Ella era mucho más que un sustituto del cuerpo prohibido de su hija Jimena. Su inventiva erótica no tenía límite: desconocía el pudor, la culpa y el miedo. El instinto sexual, que dominaba en ella por encima del instinto de conservación, algunas veces hacía que sus destrezas y sus juegos tuvieran lugar un paso antes de las fronteras de la muerte.

De cuando en cuando llegaba al café Isis, completamente borracha, a comprar revistas pornográficas. Generalmente los domingos, hacia las once de la mañana, cuando no había un solo cliente e inclusive las calles del centro lucían abandonadas, como en vísperas de una guerra civil. El dueño, hombre taciturno, de maneras sigilosas, sacaba de bajo el mostrador los paquetes, los sobres sellados, los folletos prohibidos que le hacía llegar desde dos años antes Dolores Castillo con franquicias de Béjar, capital de la República de la Estrella Solitaria. La muchacha los tomaba con sus manos pequeñas, regordetas, sonrosadas. Pasaba el resto del domingo en casa, desnuda ante el espejo, untándose cremas y hojeando esos bestiarios femeninos. Al menos una vez por semana tenía cita con clientes contactados en el salón de desnudismo. Las tardes del domingo estaban reservadas para el teniente Paredes, quien llegaba al filo de las cuatro, mientras su hija se quedaba en casa, encerrada en sus lecturas de la Biblia.

Los clientes pensaban que lo hacía por dinero, y sentían que el dinero los volvía todopoderosos. Pronto se daban cuenta de que lo hacía por placer, y entonces se encontraban indefensos entre los brazos y las piernas de este idolillo, de este trébol de cuatro hojas. En una habitación del Motel del Bosque —construcción semihabitada en un flanco del Parque Porfirio Díaz, donde las enredaderas se pudrían entre las vidrieras, las columnas de mármol y el agua plomiza de la piscina abandonada, dejando en el ambiente un perfume confuso de sacristía, cantina y sudores de insomnio—, aquel cuerpo se desplegaba con habilidades que nadie esperaba de sus diecisiete años. Mildred incorporaba sin saberlo muchas de las ensoñaciones y pesadillas sexuales de Estefanía —encarnadas y conducidas por aquellos impacientes hombres que la buscaban—, poniéndolas en escena cada noche —el instinto no conoce las coincidencias, o está tejido todo él de coincidencias—, sobre un enorme lecho de latón que jadeaba y se estremecía bajo su peso de plumas. Con su pelo intensamente rubio y sus ojos narcotizados, de un azul casi transparente, era como una suerte de súcubo creado por la imaginación de Tomás Fontes, el cronista del pueblo, o bien como una condensación —fría como la nieve, elástica como una gata— de la aletargada sensualidad de Jimena Paredes.

Empero, ninguno de esos clientes ocasionales conocía el pequeño departamento de Mildred. Ese espacio estaba reservado como una suerte de sancta-

sanctórum para el teniente Paredes. Habían empezado a tejer una relación que satisfacía a ambos sin necesidad de hacer ningún sacrificio, ningún compromiso, ningún contrato. No había alcanzado a existir entre ellos cosa parecida a los celos: el policía no la amaba, ni amaría jamás a una criatura tan reprobable. La plenitud sexual de Mildred, por otra parte, le impedía guardar fidelidad a ningún cuerpo encima de la tierra ni a un hombre ni a un animal ni a un cadáver. Desde el momento en que pisaba el umbral del departamento alfombrado, oscurecido por las cortinas, donde flotaba habitualmente un olor de madera y tabaco negro, el teniente Paredes sentía que ingresaba a una burbuja de sueño, donde se desarticulaban de súbito sus óseos prejuicios, sus reglas forjadas en el yunque de la soledad y el fanatismo. Con frecuencia la encontraba dormida, agotada por el alcohol y el trabajo. Su piel respiraba en la penumbra, cubierta de un vello dorado. En realidad, el policía nunca supo si ella estaba dormida o despierta mientras la recorría con sus ávidos ojos, con sus manos de torturador, con sus labios de predicador. Lo fascinaban singularmente los olores de esa estancia: ora percibía el dulzón aroma del ginebra, ora uno de caramelo y gelatina recién preparada, ora una mezcla de perfumes femeninos, ora de rosas recién compradas, ora de ropa sucia acumulada por varios días, ora de cerveza derramada. Se hablaban poco y poco se escuchaban: la relación entrambos se daba sobre todo por medio de la vista y el olfato.

Sin embargo, para su nariz de policía, Mildred era tan enigmática y escurridiza como la propia Dolores Castillo. Había rastreado sus antecedentes hasta donde le fue posible antes de involucrarse con ella. El primer indicio que encontró se remontaba a siete años atrás, cuando la recién establecida patrulla del Hades descubriera una presunta caravana de prostitución incipiente. Se trataba de una cuerda de siete criaturas, entre los doce y los quince años de edad, procedente de la Zona del Silencio, y que habían entrado a la provincia de Acuario por la aduana de la Hacienda de Baco. La matrona que las patrocinaba —una prima segunda de Judit Albéniz, la fundadora del bar Puerto Arturo, posteriormente nombrado bar Thalassa— era persona práctica y expedita, de un sórdido sentido común. Detestaba cualquier forma de escándalo, de sentimentalismo y de moralina. Se establecía por temporadas en cada poblado, en compañía de sus pupilas, en casas de arrendamiento, generalmente situadas en los suburbios o bien en los callejones más discretos. No duraban más de seis meses en cada uno de sus destinos, aunque la patrona —fungía de padre y madre entre aquel joyel de púberes— invariablemente prometía a sus subrepticios clientes visitarlos de nuevo, cuando terminara de recorrer la totalidad del antiguo Marquesado. El comandante Roca, según constaba en los archivos orales de José Carcoma y Juan Cascajo, los miembros más antiguos de la inicua corporación, a duras penas lograba compulsar, después de un generoso soborno.

El amanerado gendarme, como digo, había cobrado en aquella ocasión el acostumbrado soborno por dejarlas trabajar en Estefanía. Después de un período de incubación, de ensimismamiento y de clandestinidad, que duró cerca de tres años, Mildred, la más pequeña de las mozas, decidió escapar de la caravana e instalarse definitivamente y por su cuenta en el pueblo, el cual había visitado ya en dos ocasiones. Su familia de oficio, encabezada por la robusta matrona, quien muy pronto consiguió perdonarla y olvidarla, continuó el viaje por las polvorientas poblaciones del Marquesado, donde se instalaban solapadamente, como de costumbre —oh preciosa mercancía—, en hoteles ruinosos, en casas abandonadas, en la trastienda de las cantinas, siempre a salto de mata, dormitando en las tardes de tolvanera, picoteadas por tábanos y mosquitos bobos, comiendo frugalmente y a deshoras, embriagándose hasta las tres de la madrugada, punto donde se alcanza la auténtica noche oscura del alma, protegiéndose entre todas de cuchilleros igual o aún más misóginos que los del bar Puerto Arturo, adquiriendo de cuando en cuando vistosos vestidos en los almacenes de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto, en un viaje circular, en un perpetuo presente, si fuera preciso huyendo en mitad de la noche, para reinstalarse en los amaneceres lluviosos, en lugares cuyos nombres en veces ni llegaban a memorizar siquiera.

Durante varios meses, Mildred vivió una suerte de mendicidad sexual, convertida en pasto de los

caprichos de un pueblo en apariencia tranquilo, pero lleno de recóndita perversidad. Adquirió la costumbre de copular dormida en la sacristía de Santiago del Canto, donde el padre Rodolfo Calvida, un homosexual discreto pero militante, la tomaba por vaso no idóneo, después de sermonearla y de darle toda suerte de consejos para su nueva vida en Estefanía. El buen pastor sentíase menos culpable —¡qué no dijeran de él y de estos deslices, si algo supieran, sus amigotas de la plaza del mercado!— mientras ella tuviera los ojos cerrados; abrumada por el hambre y la fatiga, Mildred simplemente aflojaba el cuerpo, mascullando alguna avemaría en los fragmentos de minutos que arrebataba al sueño. Como despierta era algo menos complaciente, pronto comprendió que podía convertir esa destreza en una especialidad, la cual sería bien apreciada por los hombres maduros, de penumbroso apetito, por quienes vivían emparedados, como su temporal benefactor, entre el deseo, el miedo y la culpa.

Mientras dormía, la muchacha parecía un animalito perezoso y tranquilo, del todo acorde con su destino, imbuida en una forma de felicidad que acaso sólo conocen las plantas, las palomas, los gatos, y que provenía de la cabal satisfacción de sus apetitos, en el momento adecuado, de noche y de día, cuantas veces, maneras y fórmulas, fueran necesarias en este ejercicio. El método táctil y olfativo del teniente Paredes parecía satisfacer plenamente a la muchacha. Algunas tardes, antes de que llegara el policía, divagaba por

los recovecos de la memoria: su piel se estremecía con rachas de miedo, de placer, de orfandad. En la sanguinosa pantalla de sus párpados, sobre el cableado de los nervios, se proyectaban entonces las imágenes de la caravana de la pederastia. Al principio había sido un serrallo de entre diez y catorce muchachitas, cuyas edades fluctuaban entre los nueve y los catorce años. En los polvorientos pueblos del Noreste, la llegada de esta dorada cadena se miraba como un milagro, como un apocalipsis, como una visita de los mismísimos ángeles de Sodoma y Gomorra. (El comandante Roca, quien había tomado en sus manos la investigación del asesinato de Mildred, sospechó en primera instancia de la robusta matrona de ese colegio trashumante. Pero nunca pudo o nunca quiso localizarla: a él también le favorecía la destitución del teniente Paredes, con lo cual Estefanía quedaría del todo a merced de la pequeña pero sórdidamente eficaz patrulla del Hades). La muchacha percibía en sueños olores de tierra recién llovida, de aguardiente derramado, de ropa interior nueva, de alcanforada sacristía, de biblioteca en penumbra, de abarrotadas trastiendas, de sótanos inundados, de fríos sillones de cuero, de camastros de hospital, de reclinatorios manchados con cera, de pelo chamuscado con carbones, de perfumes quemados en el molino de la entrepierna, de podridos dientes y lenguas hinchadas como trapo de cantinero, el sápido olor de la menarquía, en fin, así como el de ajo y de lejía, que es el estricto olor del semen.

Una tarde cualquiera, mientras se abismaba en su abyecto reposo, en los misterios alternativamente dolorosos y gozosos de la memoria, en la elegancia de su cuerpo desasido, recibió la violenta visita de la muerte. El teniente Paredes la encontró tranquila, imbuida en su habitual atmósfera de olores, con una mancha circular en el cuello, debajo de los aretes de oro. Para correr un velo sobre sus propias visitas dominicales, se limitó a declarar ante Santiago Amarillas —el omnipresente doctor Fontes se mantenía en la penumbra, detrás del escritorio— que un vecino anónimo del barrio de El Triste le había telefoneado esa tarde, después de que escuchara gritos provenientes del departamento de Mildred. Lo cierto es que el estrangulador había rehusado dejar la más mínima huella en la alcoba: no parecía una arruga en las sábanas ni un vaso roto ni una cuchara sucia ni un foco fundido ni una carta rasgada ni un naipe echado ni un llavero saqueado ni una fotografía rota ni una botella escanciada ni un collar estrujado ni una radio encendida ni una vitrina violada ni un suéter tijereteado ni una canilla abierta ni una baldosa hollada ni una taza escupida ni un zíper descorrido ni una rosa deshojada ni un espejo empañado ni un cenicero derramado ni una profanada prenda de ropa interior. El policía había entrado a la hora de costumbre, un poco antes del Ángelus: sus manazas palparon atónitas el cuello adolescente, que palpitaba todavía, como si fuera el de un ciervo del Cantar de Cantares. La luz del

poniente formaba cuchillas de polvo y ángulos de oro sobre un pegajoso vaso de brandy, sobre la alfombra de color púbico, sobre las revistas pornográficas, que solían hojear juntos, descuadernadas entre la cama y el piso. Los labios de Mildred, la que fornicaba dormida, estaban fríos como una pulsera de plata azulada; sus ojos crispadamente abiertos miraban más allá del cráneo del teniente, con una transparencia azul que paulatinamente se esfumaba, como la mirada de un ángel reflejada por una superficie de hielo, convirtiéndose en esa misma lámina de hielo, en un jirón de aire, en un trozo de cristal en el que el vaho de la muerte empezaba a esparcirse, entre imperceptibles estrías, minúsculas rajaduras, motas de un blanco blandengue.

Dies Irae

En el Motel del Bosque había una piscina de aguas muertas, fertilizada por hojas provenientes de la huerta circundante y desde los árboles de la Alameda, que el viento arrastraba unos cien metros. El edificio tenía un aspecto ruinoso, con los cristales de las habitaciones sucios y rotos, disimulados con descoloridas cortinas; por dentro, las paredes estaban desconchadas, los muebles lucían sin barnizar, las camas rechinaban, las puertas cedían fácilmente al primer empuje. Domínguez compró una botella de ginebra en una tienda de abarrotes cercana al motel, y luego subió por el ascensor lento, mohoso, bamboleante hasta la habitación número 666. Otras veces, en el pasado, se había jugado el esqueleto en lances todavía más enigmáticos. En el tercer piso —submúltiplo de la cifra maldita—, Dolores le franqueó el paso, vestida con una falda negra y una blusa de reflejos aperlados, con el pelo suelto sobre los hombros —su magnético cabello de hebrea.

—Cuando es la Gracia quien nos invita, debemos desplegar las velas de la voluntad y abandonarnos a su viento, aunque nos llame desde un remolino.

—Agradezco, vate, su visita: usted es una brisa viva dentro del aire muerto de esta aldea, que aunque está en el desierto parece sumergida en el mar Muerto.

Domínguez puso la botella sobre la tambaleante mesa y ella sacó dos vasos del armario. Sirvieron sendas

porciones de la ginebra destilada en el mismo pueblo, a espaldas de la ira prohibitiva del teniente Paredes. Dolores se acomodó en una silla Malinche; sentado en el camastro, él sacó un fajo de manuscritos del bolsillo interior del saco —"donde los periodistas de antaño solían guardar la pistola", como rezaba la frase proverbial de Urbano Urbina, el director de *El Guardián de Estefanía*.

—La temporada en ambos mundos apenas comienza —dijo ella, sin dejarlo continuar—. Hay algo que quiero mostrarle.

Había estado bebiendo durante toda la mañana, mientras escuchaba obsesivamente a Bessie Smith en un tocadiscos portátil, tan precario como el resto del moblaje. Dos botones de su blusa se habían soltado, durante una de esas pausas enigmáticas de que estaba hecha su vida. Él notó que sus ojos se entrecerraban en una sonrisa viciosa, mientras maniobraba dentro del enorme armario de madera. Encimó en sus manos dos cajas de cartón de pequeñas dimensiones, que acomodó en el piso una sobre otra, antes de sentarse de nuevo.

—El cielo y el infierno pueden construirse *as you like it* —dijo, sacando un pequeño sobre de la caja—. Como poeta, usted sabe que cada uno de nosotros somos dueños, por debajo de todo, de ropas, reglamentos y currículos mortis, de nuestras propias sensaciones, y que podemos poblar con ellas un cielo más afortunado, un porvenir venturoso, por encima de las fisiologías comunes y de la policía de la conciencia.

Domínguez vio que ella ponía un polvo blanco en el dorso de su mano, y acercándolo a su nariz lo absorbía fuertemente. Aceptó el potente gramo que ella le ofrecía. Al aspirarlo, sintió casi de inmediato una caudalosa energía distribuirse por todas las válvulas y conductos, los cilios y gránulos, los poros y glóbulos, las embocaduras y disyunciones de su precario organismo, gastado por el hambre, el alcohol y las malas noches.

Dolores esperó a que la ginebra y el polvo de estrellas se asentaran en la conciencia casi virgen de su invitado. Luego tomó la otra caja de la raída alfombra y extrajo una revista de papel grueso e intensos colores. La desplegó ante los ojos de Domínguez, quien en ese momento tenía en sus pupilas una viva sensibilidad para el cromatismo y la línea. Introducido de manera clandestina por algún puerto de Tejas, el cuadernillo de factura europea, acaso francesa o italiana, contenía básicamente imágenes en blanco y negro, de una sexualidad brutal y desorbitada, pero las páginas centrales mostraban fotografías pintadas a mano, mientras que los pliegos iniciales y finales, recortados de otras revistas y cosidos con torpe hilo, estaban ilustrados con *pin-ups* e historietas de explícito erotismo. El folleto mostraba escenas figuradas de tribadismo y de zoofilia. Había grabados de adolescentes haciendo el amor entre ellas mismas, o bien con monos, perros y serpientes; por sus vestidos, representaban a doncellas francesas de la *Belle Époque* y de los años inmediatos a

la Gran Guerra. Los cuerpos proyectaban sombras en el agua de una alberca o sobre desplegadas sábanas de seda sedante. En el caso de las fojas centrales, donde aparecían cuerpos de carne y hueso, era patente que se trataba de mujeres de uso y desecho, drogadas y explotadas antes de cada sesión de fotografía, reducidas por medios químicos al estado de meros entes imaginarios.

Embebido en el arcoíris privado que se abría en aquella habitación, Domínguez apenas escuchó la insinuación que le hacía Dolores de colaborar con ella en la distribución de cocaína en los hoteles, cantinas y burdeles de Estefanía y de Ciudad Incesto. Existía ya una suerte de comercio hormiga, tolerado y usufructuado por Santiago Amarillas, pero la droga circulaba de manera ocasional, dispersa y por demás azarosa, debido a la ausencia de un proveedor establecido. Ella recibiría pronto un fuerte cargamento, destinado a un comprador de la República de la Estrella Solitaria, hasta donde tenía ordenado conducirlo: si conseguía establecer un mercado clandestino en la provincia de Acuario, por mediano que fuera, se quedaría a residir en el pueblo finalmente, en compañía de Camargo y de Domínguez. Asimismo, deseaba acomodar el material para inducir sueños eróticos entre los paterfamilias de la región, entre los sacristanes ociosos, en las banales peluquerías, en las trastiendas de ginebra clandestina, en el Ateneo del señor Fontes y la Escuela de Agricultura, inclusive en la Escuela Normal, famosa por sus muchas lesbianas.

Dentro del torbellino, el vate alcanzó a tasar las radicales diferencias que había entre el aliento visionario y las imágenes pornográficas, nada vitales sino espurias, hechas de humo y de plástico. Entre el dolce *stil nuovo* y el *hardcore* había un abismo para surcarlo con puentes de sal y de yeso, con irisados arcos voltaicos. ¿Pasaría un vate a diario, de ida y regreso, por el ojo de esa aguja, por el puente de la nariz, por el cinturón del antebrazo, en su condición de cliente de las musas? Ciertamente pensó que el whisky barato y la ginebra clandestina, aunados a la traducción de poetas franceses y la escritura de viñetas oníricas para "El Diablo Cojuelo", constituían un alimento espiritual munificente para una persona de su talante, de su talento y de sus circunstancias. Así que respondió a la peligrosa invitación de Dolores de manera evasiva, sin asumir compromiso alguno. Ella lo miró con cierta tristeza: le había agradado su condición de poeta, de hombre permanentemente preparado para la transgresión y el peligro. No de otra manera se había interesado, en distintas épocas de su vida, por individuos más o menos extravagantes, por personas tan afines a ella, tan fugaces como ella misma. Pero no ignoraba, ni había olvidado nunca, que estaba definitivamente sola, que probablemente nadie más compartiría su destino, tan nítidamente trazado hacia la errancia, la melancolía y esa sombría forma de libertad que daba el delito.

El teniente Paredes estudiaba un plano de Estefanía, poniendo alfileres con cabeza de goma en varios puntos estratégicos: la avenida Maximiliano de Habsburgo —salida hacia Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto—, la calle Agustín de Iturbide, la principal del pueblo, la calle de doña María Huarte, que fue la primera calle real, la avenida de los Hospitales —que empezaba en el Parque Porfirio Díaz hasta convertirse, después de dos o tres clínicas privadas y el cementerio, en la salida hacia la Zona del Silencio—, así como en la calle Manuel de Cumas —que al cruzar con la avenida Reina Victoria formaba el corazón del mapa, y había sido bautizada así en honor del máximo vate del noreste. En el ángulo superior izquierdo del mapa, lucía estampado en relieve el escudo de armas del pueblo, diseñado según todas las tradiciones formales e informales, por los dedos de la propia Estefanía de Montemayor, en un trapo de costura. Al exterior pendía una orla, que rezaba: "Hombres fuertes-Tierra rica-Clima benigno". Dividido en cuatro carteles, en el diestro del jefe se veía una torre almenada franqueada por dos árboles de sinople, y coronada por tres estrellas de gules, todo en fondo de plata, que provenían del escudo de armas de Oyarzún, poblado vasco y lugar de origen del protomarqués don Francisco de Urdemalas, uno de los dos fundadores de la villa (el otro lo había sido, sin que lo fuera, su Remo, un lusitano de sangre marraní llamado don Alberto del Canto); en el cuartel siniestro del jefe, veíase una garza en el momento de elevar el vuelo, sobre

el jeroglífico de un teocalli en campo de oro, que era el escudo del señorío de Tizatlán, en la lejana Tlaxcala, de donde había emigrado una tribu encabezada por don Buenaventura de Paz, nieto del grande Xicoténcatl, el que murió defendiendo su República de la universal monarquía española, y de quienes prevenía en última instancia la más sólida base indígena del pueblo y de la provincia toda. En el cuartel diestro de la punta, sobre campo de azur, atisbábase un monte manando agua, como jeroglífico del promontorio y cuevas de Santiago del Canto, el emporio teológico y sexual del padre Rodolfo Calvida; en el cuartel siniestro de la punta, por fin, sobre campo de lata, estaba pintada un águila de gules, para simbolizar al pueblo cuauchiquil, grupo apache autóctono de estas tierras, cuyo nombre significaba "águila roja" en su mismo idioma, y de donde provenía, según peregrina etimología del señor Fontes, el nombre y títulos del Marquesado de Acuario. Coronaban el escudo dos teas, simbolizando una la llama del saber erudito y sexual del Ateneo y del antiguo Colegio de Filosofía de San Juan y los Josefinos, mientras que la otra parecía eternizar el siniestro fulgor de las guerras civiles, de cuyo fango y escoria liberal había surgido el legítimo régimen de la familia Amarillas.

El sol formaba cuchillas de polvo al filtrarse entre las persianas de la Comisaría, dibujando oscuros barrotes en el piso. Pero el teniente había señalado también puntos más específicos: el bar Salem y el Thalassa, el antiguo Colegio de Filosofía, que ya dijimos, el Banco

de Cíbola, la Casona Rosada, la plaza del mercado, el templo de Esteban y Santiago del Canto, el Ateneo del señor Fontes —en cuyos patios arbolados los bachilleres se embriagaban como cosacos—, el Motel del Bosque inclusive, que latía en el plano como un astro verde, a un lado del opulento Parque Porfirio Díaz, irradiando vapores de corrupción y luces perturbadoras.

Llevaba semanas, y aun meses —prácticamente desde el primer día de su llegada— sopesando mentalmente las causas y los pasos, los prolegómenos y los fractales, los pros y los bonos, los resortes y los efectos de un gran operativo policiaco, cuyo objetivo consistía en frenar de una sola vez y cortar de tajo las corruptas costumbres del pueblo. Al final había bautizado ese operativo con el nombre de Dies Irae (no sabía, como fuereño, o simplemente no recordaba que tal frase era la que había ondeado en los estandartes de usurpación del coronel Patricio Puebla, a quien los diablos resguarden) para significar con ello su furor destructivo y sus propósitos de construcción, bajo la sombra de la Biblia, ese dolmen que presidía su alma esteparia. En el fondo, buscaba vengarse de un solo golpe de Estefanía, pueblo de donde habían salido huyendo sus antepasados, tres generaciones atrás, con rumbo a Ciudad Incesto, por causa de su credo protestante, pueblo que detestaba, en fin, comunidad que desde hacía dos o tres centurias se hundía pacientemente en el pecado, bajo el obsesivo ojo del sol y las roncas quejas del viento. Sin embargo, en el fondo de su religiosidad

había otro sueño menos teológico: limpiar el terreno para que pudieran levantarse aquí los hornos de acero, semejantes a silos de humo, como los que ya ardían en Monterrey, así como los molinos de cebada, las destiladoras de malta, las fábricas de vidrio, los talleres de corcholatas para la cerveza Gambrinus —la Saturno era desde hacía décadas nuestra cerveza oficial—, los galerones donde los tenaces obreros regiomontanos compartirían en adelante el trabajo y la enfermedad con nos, los perezosos estefanianos. (Pero también el nefando cinturón de cantinas, cabarets y salones de desnudismo que apretaban ya el impoluto cuello de Ciudad Incesto, y que al parecer había previsto con rabiosa impotencia el profeta Estebanillo en sus prédicas de cantina, sin imaginar todavía siquiera la existencia de este vasto e hipotético Dies Irae.) De manera que el pecado, en ese porvenir de polhumo, se perpetuaría como un círculo vicioso —y sin que lo comprendieran ni el teniente Paredes ni los empresarios de la vecina ciudad, con esa mezcla tan suya de ingenuidad y malevolencia, de candor y avaricia, de buena fe y talento contable—, bien que ahora bajo el nombre de la virtud, so capa de prosperidad, que ciertamente no detendría el giro de sus fulgurantes, retorcidos anillos.

Había seguido los pasos de Dolores Castillo desde que llegara al pueblo, con sus cejas de golondrina, con su pelo de hebrea, ensimismada bajo el peso de aquella maleta de cartón, en la que traía su carga de sueños de

cartulina y de polvo de ángeles. Le habían disgustado sus ojos permanentemente enrojecidos y su actitud desafiante, así como esa voz discordante y quebrada, que sonaba en su oreja como un ladrido, como un eco de las provocaciones del infierno. Después de una cuidadosa investigación, velada por el disimulo y el sigilo, consiguió descubrir que la muchacha era en realidad una agente, una exploradora al servicio de los distribuidores de estupefacientes que habían empezado a operar en el noreste, uno o dos lustros atrás, en ambos lados de la frontera. Alojada en el Motel del Bosque, había establecido contacto con Camargo, ese hombre sin oficio ni beneficio, que hablaba poco pero pensaba acaso demasiado —el pobre teniente ignoraba, con todo su olfato policiaco, las relaciones que éste mantenía desde semanas atrás con su hija Jimena, en la misteriosa penumbra de un cafetín situado a espaldas de la mansión de los Sullivan. Asimismo, la fuereña (ignoraba también que Dolores había nacido en el pueblo, dentro de una familia modesta pero limpia de sangre) se había relacionado con el vate Domínguez, personaje que despertaba en Paredes una particular irritación por sus desplantes, su pereza, su sonambulismo, su glosolalia, sus manías genealógicas, así como por su frecuentación de trasmundos arrancados del apocalipsis.

Dolores había nacido en Estefanía, a donde solía retornar cada año —con éste sumarían diez— por espacio de unas cuantas semanas. Su conocimiento del pueblo y de sus gentes le facilitaría las labores de sabo-

taje. Paredes consideraba necesario, pues, dar un golpe de mano sobre este nudo de relaciones delictuosas, lanzándose simultáneamente sobre tres personas y tres lugares —el Hotel Mundial, el bar Thalassa y el Motel del Bosque—, que habían demostrado por lo demás ser focos de corrupción probada. Esta primera operación, de estricto orden quirúrgico, debía llevarse a cabo con disimulo y en el mayor silencio. Luego acudiría a la Casona Rosada, donde rendiría un informe confidencial a Santiago Amarillas sobre el estado, deslealtades y abusos de la policía del Hades. Pediría la destitución del comandante Roca, culpándolo del asesinato de aquel santón callejero llamado Esteban de Urdemalas, y de los disturbios tabernarios que habían acompañado a este hecho, así como de algún otro crimen, como el de cierto homosexual apodado La Romana. (En el expediente policiaco del profeta había encontrado, por ejemplo, un curioso trozo de papel garrapateado por la mano del comandante del Hades, en estefaniano antiguo, que rezaba: "Per ramas gruessas: 55 sols, 6 deniers; per paja, y kítamelas: 2 sols, 6 deniers; per quattro postes: 10 sols, 9 deniers; per querdas para atar al invicto/convicto: 45 sols, 7 deniers; per los verdugos (a so infamia devidos): a razó de 20 sols per cada uno: ochenta sols in totum.)" Aquí era donde empezaría realmente el plan, el momento justo para desencadenar su tan acariciado como implacable Dies Irae.

El teniente se había topado con Dolores, en más de una ocasión, a la salida del templo metodista. En tardes

polvorientas, barridas por el sol, amoratadas tardes de domingo, en que la sangre se estancaba, frente a ese templo que semejaba un yacimiento de sal, una pista de harina recorrida por pies de ángeles, había sentido un vértigo y un malestar desconocidos hasta entonces, ante aquel cuerpo de serpiente y los viciosos ojos —ojos de un demonio que sueña— que lo miraban con altanería durante dos o tres segundos, con un fuego negro metido en las pupilas, tal el que debieron tener las prostitutas del libro de los Proverbios, esas "mujeres extrañas" que solían aparecer en los cruces de caminos, en cuclillas sobre sus flacas piernas, recitando plegarias obscenas, los senos amargos y flácidos por fuera, las manos encallecidas, con renegridas cabelleras y labios mojados por perlas de saliva. Recordando asimismo a un primo suyo, natural del pueblo de Walawizes, quien viajando a pie cierto día entre Perrosbravos y Gatosgüeros, se había encontrado con una de esas criaturas de negra piel, de pelo descolorido por el sol, misma que lo había tentado bajo la sombra de un huizache. Joven limpio y sin tacha, vástago de muchas generaciones de justos, que jamás habían cometido iniquidad ni habían entrado a Ciudad Incesto más que para vendimiar con quesos y con chivos y para mercar provisiones, se apartó algunos pasos de la vieja pecadora y recitó para sus adentros algunos versículos de los Proverbios. La mujeruca respondió con unas palabras ininteligibles, que al muchacho le parecieron de lengua gitana, otrosí

de alguna forma trasplantada y corrompida del idioma jebuseo; luego lo escupió, chasqueando la lengua y expulsando un hilo de parduzca baba entre sus dientes frontales, muy abiertos. A partir de esa tarde, de esa hora entre perro y lobo, el primo del teniente Paredes, quien por lo demás acababa de casarse y viajaba a Gatosgüeros a recoger un menaje que les obsequiaba a los dos la *agüela* de su cónyuge, empezó a padecer una dolencia en el riñón, que en cuestión de semanas coincidió por fuera con una espantosa e inexplicable enfermedad venérea, que dio al traste con su vida y con su fama de persona honrada.

En horas de gran tensión, el teniente Paredes fumaba implacablemente, aunque su secta prohibía con determinación el café, el tabaco y el alcohol. Usaba el cabo de uno como lezna para encender otro deleznable cigarrillo. Siempre Carmencitas, aún más delgados y más fuertes que los Faros, los favoritos, quién iba a decirlo del padre Rodolfo Calvida, escupiendo los hilos de tabaco negro contra la pared enjalbegada de la comisaría, o contra los blanquísimos bloques de granito del templo metodista, si por allí pasaba. Encima del mapa desplegado había clavado una hoja de papel manuscrita. Cada uno de sus incisos, por lo demás, estaba encabezado por una letra de un alfabeto promiscuo, que él creía hebreo, proveniente en realidad de diversas lenguas, y que a la postre sólo existía en su enfebrecido caletre:

ϖ Inbestigar en el archivo muerto los antezedentes penales de Dolores Castillo y (d)el Kommandante Roca.
∬ Revisar las genealogías de las familias Domingues, Yerena y Laffragua, sobre todo los entreberados nejos sexuales que istóricamente se dyeron entrellas.
± Virigüar por qué rasón todos los cantineros deste pueblo y villa de Estefanía tienen nombres de reyes bisigóticos.
≤ Ispecionar el estado que guarda el arsenal desta capitanía, en número de cañones, fusilería, munición y armas de indios, sito todo ello en el Antiguo Colejio de San Juan, convertido hogaño en armería y almacén de pólvora, en su capilla principal, jardines adjacentes y sótanos subjacentes. Ítem, los barriles de pólvora, carrilleras, esclavinas, soldadas, ruedas y toda clase de planos y axuares militares que en el mesmo rezinto posan.
≥ Virigüar en el archivo de la propiedad, en los zótanos del periódico Guardián de Stefanía, el estado legal que guardan los bares Thalassa, Sallem y La Tenasa, posibles inmuebles intestados y/u legados anómalos.
¥ Establezer de una vez por todas el número,

ubicación y características de los cuviles donde se reúnen todabía los últimos membros de la veixa sekta de los Stefanianos.

μ Azentar el número, dumentaria, frenologgía y culinaria de los membros desta corporazion irregular denomiñada Patrulha del Fades, assí como su relijión, si la tubieren, y rudimentos de su economía doméstika.

∑ Hacer un zenso de los vevederos, aguajes, zótanos, tienditas, pulquerías y fábricas clandeztinas de jinebra, sotol, tesgüino y whisky.

∏ Solizitar a Monterey el envvío de dos cientas cajas de quinze biblias cada cual, en versión Reina-Valera (a rassón de una por cada syete abitantes desta inmunda quanto pecaminosa billa y puevlo de Stefanía de Montemallor y Santiago del Kanto de Echeverz y Subiza de la Nova Stremadura, Aquario y Coahuiltejas).

ϖ Deffinir esactamente a quántos kilómetros del golfo de Burgos se encuentra esta nabe de los locos, encallada en el desierto, y a qué distancia esacta de Monterey, con fines estratéjicos, económicos, políticos y doctrinales.

∫ Averiguar, si ello fuere posible, el estado de la tesorería de Santiago Amarillas, sita en

repartimento entre los sótanos de la Cazona Rrosada y los de su impresa de ponpas fúnebres, assí como la tazación de su cuadal en soles aquarianos y dinnares stefanianos.
Ω Estudiar, para su ayanamiento, la pozición y ffábrica de la Imprenta del Marquesado, do se imprimen los papeles ofiziales, assí como los documenta conffidenciales de la famelia Amariellas, amén del subsodicho periódico El Guardyán de Stefanía, las partidas de bautiso y las rebistas pornográfficas que zirculan en este puevlo y probincia.
æ Poner en salbo rápieda y moralmente a la mosa Ximena Pariedes, antes de que inizie la etapa crítika del Dies Irae.
◊ Cierrar con alkayatas y clavos de ferro todas las portas, bentanas y demás acesos asarozos o semiklandestinos de la manzión del suidadano dotor Tomás Fontes y Ralea, coronista desta puebla y probincia (póstumamente se prozederá a klaussuralle en definitiba, a pedra y lodo, a calicanto, a ssal y senicas).
ÿ Esclarezer in totum los antezedentes, scripturas y andanzas de dos perzonas estrafalarias y nocivas para la villa y puebla de Estefanía, así como para la provincia de Acuario totam, endiveduos que responden a

los nombres o alias de Esteban de Urdemalas y Dotor Topacio.

Ÿ Envestigar, en el mayor sigiello, los documentos de la sucessión, tributaziones y llegados de la Casa Amarillas, ya fuere en el despacho del dotor Fontes, si se pudiere, en la recámara de la cacique viuda y madre adoptiva, en las entretelas de la mansión de Narcisa Yerena, so calles de Bravo, en los zótanos y caballerisas de la funeraria, o séase mansión de Almandos, y aun de la mesma Chasona Rosada. (Este punto se dejará para lo antepenúltimo, en vista de lo delicado y peligroso que entraña semejante quistión.)

‡ Entrevistarse con el pater Portugal y Serratos, párroco del templo de Esteban y con Rodolfo Calvida, dignatario de Santiago del Canto, titulares de la Curia Bicápite desta probincia y antiguo Marquesado de Acuario, con el propósito de informarlos, tranquilizarlos y ofrecerles toda suerte de garantías, ahora y en la hora en que estalle el Dies Irae.

‰ Amén, y consúmese.

A unas cuadras de la Comisaría, Pécora y Camargo lleva- ban dos horas deliberando, como dos funcionarios bizantinos, entrecruzando conveniencias mercan-

tiles y teológicas, sopesando cronicones y enemistades, tasando borracheras, amoríos y otras circunstancias de los amigos y enemigos, de quienes en última instancia estaban involucrados desde ahora en un operativo descabellado. Estaban en la oficina de ésta última, que era el sanctasantorum del Thalassa, con las cortinas cerradas. Enterado por Jimena de las líneas generales del plan del teniente Paredes, el filósofo lucía preocupado y exaltado. Más terrenal, más práctica, más escéptica, Pécora rebatía sus palabras, mirándolo fijamente durante pausas y lapsos, intentando tranquilizarlo con esas miradas.

—Me interesa el pueblo entero. Pienso en el vate Domínguez, en las pobres prostitutas del mercado, en los forasteros del Hotel Mundial, en los parroquianos del bar Puerto Arturo. No sabemos lo que pueda ocurrir si el plan de ese descabellado evangélico se sale de sus líneas generales ni cuáles serían sus últimas consecuencias.

—Recuerda que el Templo de Esteban —repuso ella— no aprueba que el jefe de policía sea fuereño y que además pertenezca a una secta protestante. Inclusive la viuda de Santiago Amarillas siente disgusto ante este hombre, quien durante las reuniones oficiales vigila sus gestos, sus actitudes, sus ademanes con hoscos ojos de policía.

Pécora había mantenido, durante esos días, una gran actividad. Se multiplicó en llamadas telefónicas y entrevistas personales. Fue recibida por Narcisa

Llerena, la favorita del cacique, a título personal pero también en su calidad de representante del comercio organizado de Estefanía. Monseñor Portugal y Serratos, titular del Templo de Esteban, habló con ella de manera informal. Respetaba a Pécora por su arraigo en el pueblo y por su conocimiento de los habitantes, que tenían en el Thalassa una segunda iglesia, un ruidoso confesionario, así como un madero de expiación, a veces solitaria y ocasional, otras cotidiana y colectiva.

Pécora y la Llerena habían coincidido años atrás en el Ateneo del señor Fontes, pero no había existido mayor trato entre ellas. Ambas habían mostrado en esos años un carácter fuerte, resuelto, dispuesto a la acción, tanto en los incesantes tumultos estudiantiles, última manifestación de las guerras civiles, evanescente coda de aquellos años terribles, que ascendían como dorada espuma de cerveza entre los cipreses de la vieja institución, así como en las juergas y jolgorios, no menos tumultuosos, de los viernes, cuando se rendía un culto juvenil a la demonia Lilith, otra de las advocaciones de doña Estefanía de Montemayor, la patrona pública y secreta del pueblo. Ambas habían sido igualmente populares entre sus condiscípulos, durante los cinco años de noviciado en aquella *high school* de corte positivista, donde el estudio de las ciencias, la experimentación y la lógica se combinaban con la embriaguez, la violencia y el sexo incipiente en los prados, en la *conciègerie,* en los laboratorios, en el observatorio

astronómico, en las cátedras, en las aulas cerradas con llave, y aun a la sombra del dolmen de fray Juan Larios, mítico fundador de aquella *schola* licenciosa, posteriormente reformada por el doctor García Fuentes. Sin embargo, las diferencias sociales las separaban. Narcisa Llerena pertenecía a una de las cinco o seis familias viejas de Estefanía, que se repartían desde hacía cuatro siglos los puestos administrativos, primero del Marquesado y después de la provincia de Acuario, de manera que su temperamento audaz y su turbulenta sangre estaban destinados a las esferas oficiales, a sus cansinos despachos y a sus misteriosas alcobas. De hecho había sido ya introducida al lecho del Cacicazgo, donde fuera consagrada para el clan de los Amarillas, en las lábiles sombras de la pubertad, y comenzó a ser poco después la favorita, como se recordará, del hijo adoptivo y sucesor en el lecho y el gobierno de Santiago *El Grande*, del gran Santiago Amarillas.

Por su parte, Monseñor guardaba hacia Pécora una clase de afecto que estaba muy por encima de la gazmoñería de sus feligresas y de la mala fe de sus penitentes más asiduas. Instalado en el limbo de la ancianidad, aquella tarde sintió un placer tranquilo e indulgente mientras veía a Pécora ondear como un relámpago entre los muebles de la sacristía, de cara a las vírgenes de bulto y a las vírgenes pintadas, tal como si quisiera compararse con la estatua de alabastro de Guadalupe-Montemayor, para cuya factura era fama que la propia doña Estefanía había posado desnuda (el manto y los velos

habían sido añadidos décadas después, en una época más puritana, por un hábil escultor preparado para esa tarea en los conventillos de la primera secta de los estefanianos). Contempló con ojillos epicúreos los ojos de la tabernera —pupilas irisadas, del amarillo al violeta, pasando por el verde aceitunado, como las del segundo Santiago—, que cambiaban brillos con los candelabros, mirando hacia los santos y hacia el interior de sí misma con una hermosa serenidad, mientras su cabellera parecía latir en ese ambiente de alcanfor y penumbra. La escuchó con atención mientras exponía sus quejas, sospechas y preocupaciones con respecto al teniente Paredes. La despidió al cabo de dos horas de conversación, no sin antes asegurarle desde la Curia y el Templo de Esteban un apoyo firme y constante para el Thalassa y los demás negocios que emprendiese, en este y cualquier otro tiempo, en este mundo y en los otros.

Una semana después, terminadas todas estas diligencias, decidió comunicarse finalmente con el teniente Paredes. Marcó el número *777*, y se dispuso a escuchar durante un largo intervalo el silencio cósmico, el ruido del viento sobre el páramo, el reseco papeleo de la burocracia del tiempo. Únicamente las dos principales iglesias católicas, las dos estaciones de radio, la Casona Rosada, la Comisaría, la mansión de Almandos, sede de la empresa de pompas fúnebres, *El Guardián de Estefanía*, la casa del doctor Fontes, así como su cantina, antaño llamada Puerto Arturo

y bar Thalassa hogaño, tenían servicio telefónico en toda Estefanía —además de la deshabitada mansión Sullivan, do se estrenó aquel invento, y donde jamás nadie levantaba el auricular. Sólo a regañadientes aceptó el viejo policía una invitación para esa noche a parlamentar en la cantina que él soñaba con demoler de inmediato. El señor Fontes, por su parte, recibió una llamada telefónica de Narcisa Llerena, desde una alcoba de la Casona Rosada, ordenándole acudir a la cantina como representante personal de Santiago Amarillas (en realidad, el cacique nada sabía de todo este *imbroglio* político-teológico), y con él del Senado, el Fascio, el Despotado y demás poderes convocados de la villa, el exarcado y la provincia, incarnados en una sola persona, así como en su papel de cronista de las mismas.

Tomás Fontes era un hombre anticuado y puntilloso, muy hecho a su papel de mentor de la juventud y de guardián de la memoria del pueblo. Su aspecto frágil, el trémulo mentón, el pelo cano representaban el pasado de Estefanía, su cadáver ennoblecido por los años. Su modo de caminar, con la cabeza baja, torciendo el paso involuntariamente a la izquierda, daba testimonio de su afición por las cosas muertas, a las que tendía como un cangrejo que se entierra en la arena. Su sombra se proyectaba metódicamente todos los días, hacia las cuatro de la tarde, sobre las paredes de cal y canto, sobre las fachadas pintadas invariablemente de amarillo, recalentadas por el sol, en el coti-

diano trayecto de la Casona Rosada hacia su casa, sita en el callejón del Cangrejo. Su propia sombra se asemejaba a un cangrejo, subiendo con dolorosa lentitud sobre aquellos muros quemantes como la sal. Una noche por semana daba conferencias ante el club de las Damas de la Leche, opulentas matronas que sesionaban en el vestíbulo del antiguo Casino de Santiago, uno de los últimos palacetes del Marquesado, y que posteriormente quedaría como sede definitiva del Cabildo de Estefanía, en el primer piso, y del Senado de la provincia de Acuario toda en el segundo, así como en los sótanos y los voladeros. En el edificio neoclásico, adlátere de la Plaza Melitar Vellido Dolfos, que parecía haber sido trazado por un arquitecto al servicio de Catalina, *La Grande*, a unos pasos de la Casona Rosada y de la mansión de los Sullivan, el anciano insistía y se demoraba en retratar la mejor época de Estefanía, datada una centuria atrás, antes de que empezaran las guerras civiles. Sus ojillos entrecerrados, tan amarillos como sus cejas, se perdían en el horizonte de aquel siglo, cuando los hombres se conservaban en su oficio de labriegos y pastores, heredándolo por generaciones, mientras sus mujeres guardaban la casa, ensimismadas entre cuatro paredes, como siervas enemigas de la quietud, del todo ajenas a los menesteres del ocio, a los trajes y los lujos, ambos sexos sometidos entonces, y por la misma coyunda, al sol de una moral implacable. Una moral semejante a la que preconizaba el teniente Paredes para un porvenir muy cercano, a la que añoraba

el profeta Estebanillo en medio de su furor y sus delirios plebeyos. (La mística libertina del doctor Topacio, por su parte, que pretendía derivar de este profetismo, en realidad era ajena a los reinos del ser urdemaliano, de orden popular y conservador, remontándose más bien a una dirección herética y aristocrática de la Hermandad de los estefanianos.)

En las presentes circunstancias, sin embargo, su oficio de historiador acabó por imponerse, además de su natural oficioso y sumiso: aceptó la encomienda de Narcisa Llerena, aun cuando la muchacha no estaba en condiciones de darle órdenes. (No todavía, al menos, puesto que el tercer Santiago no mostraba el menor viso de planes matrimoniales, ni con ella ni con su prima Mandrágora Lafragua. Aquella tampoco conocía, por lo demás, la relación peculiar que existía entre el cacique y el cronista, merced a la cual éste era prácticamente su padrino legal y político.) Era un deber melancólico testificar delante de un policía fuereño y una patrona de cantina sobre la última etapa de la decadencia de su villa bienamada, cuyo proceso él había presenciado desde la niñez, en las postrimerías de las guerras civiles. En el palacete donde ahora dictaba sus conferencias, frente a viejucas de ojos fatigados y cuello de loro, que antaño dieran lustre a las noches acuarianas con su carne maciza y bien educada, él había presenciado los bailes y las decadentes borracheras de la élite chinaca que rodeaba al coronel Patricio Villarreal, y que muy pronto se había mostrado más

corrupta e inmoral que la aristocracia esteparia que había servido de cimiento y de cúpula al Marquesado de Acuario. De hecho, él sostenía la hipótesis de que el presente y lastimoso estado de cosas era consecuencia de las prolongadas guerras civiles, así como de la dictadura no menos prolongada sobre ilegítima, positivista, semiprotestante y abiertamente amoral del abuelo de su amigo, micer Urbano Urbina, director y editor en jefe de *El Guardián de Estefanía.* Pero tal vez aún podía él mismo actuar y tratar de contener, de una vez por todas, así fuera desde las mesas de torcidas patas del bar Thalassa, la prolongada decadencia de su patria bienamada.

Era noche de miércoles. La taberna había estado vacía durante toda la tarde. Una luna de sangre subía por el tejado con la fría lentitud del mercurio en los termómetros. Pécora despidió a las dos meseras y cerró las puertas a las diez de la noche. Camargo y el señor Fontes fueron los primeros en presentarse. Se habían encontrado en la avenida de la Reina Victoria, a la salida del café Maquiavelo. Continuaban desde allá una atenta conversación acerca de cierto artículo aparecido en el número más reciente de *Mónada,* revista aztlanense de filosofía a la que ambos estaban suscritos. El teniente Paredes llegó un poco después, con sombrero tejano y chamarra de cuero crudo. Llevaba una biblia bajo el brazo y una pistola en la cintura. El rostro congestionado y el mentón prominente brillaron como una lámpara imprudente en la apacible cantina. La menta-

lidad del policía era tan cuadrada y tan sólida como su barbilla, como sus hombros, como sus espaldas. Sabía que estaba allí para ser derrotado, ya fuera por la irreverencia de Camargo, por la tenacidad de Pécora, en quien se aunaban el sentido común y el olfato del comerciante, pero sobre todo por la retórica del doctor Tomás Fontes y Ralea, quien era hombre de peso en la provincia, muy cercano a la persona de Santiago Amarillas, y siervo de sus caprichos. Sin embargo, sabía también que perdería ese combate sólo a medias, pues ellos conocían apenas la mitad de sus planes. Se instalaron los cuatro en el despacho de Pécora, con las cortinas abiertas al mórbido aire de la noche.

El cronista fue el primero en hablar, en su papel de administrador del pasado de Estefanía, y también el último, tres horas más tarde, como portavoz de las disposiciones del Cacicazgo (dictadas de manera apócrifa por Narcisa Llerena). Su voz era opaca, como su propia persona, pero sabía apoyarla en ademanes, pausas y aspavientos, hasta conseguir la necesaria solemnidad, el tono vanamente enfático con que narraba, los jueves por la noche, las pompas y sucesos del escuálido y delicuescente pasado del pueblo. La figura enclenque y el rostro como una máscara apenada, habían llevado a decir en una ocasión a Santiago Amarillas que su visir era el único payaso que no le causaba risa. Pécora actuó de un modo reservado, limitándose a señalar los puntos centrales de la reunión, y guiando hábilmente las disputas. Camargo y el teniente Paredes sostu-

vieron encendidos debates —que hacían más larga la noche—, en los cuales abandonaban frecuentemente el terreno policial para internarse en los vericuetos de la moral, la teología judiciaria, la escatología. Las convicciones del gendarme eran rupestres y por ello más sólidas. Su torpeza discursiva era compensada por su robusta memoria, en la que cabían dos tercios de la Biblia.

En algún momento, Paredes tomó el libro y lo abrió en un pasaje para fustigar a Pécora y al bar Thalassa como sitio de perdición. Recién llegado a Estefanía, desconocía la historia, minuciosamente hurtada a los archivos, de Judit y de la antigua cantina, del viejo gobernador y los parroquianos descastados, que durante una noche y una alborada habían fungido como carniceros destazando a una mujer desvalida. El señor Fontes enderezó su prominente barbilla hacia el rostro del policía —su constitución moral solía plegarse ante los sólidos ejemplos de autoridad—, y escuchó con atención: "Para los que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura. No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor. Tus ojos mirarán cosas extrañas, y tu corazón hablará perversidades. Serás como el que yace en el fondo del mar, o como el que está en la punta de un mastelero. Y dirás: me hirieron, mas no me dolió; me azotaron, más no lo sentí; cuando despertare, aún lo volveré a buscar". En la

conciencia primitiva del teniente Paredes, semejantes palabras tenían la inminencia y la contundencia de los grillos y las cadenas, de los garrotes y las carabinas, de los códigos y las crujías. El cronista hizo con la barbilla un tembloroso gesto de asentimiento, retrayéndose de inmediato en la penumbra. Camargo estaba de perfil, con gesto exangüe. Pensó que la permanencia en Estefanía de su amiga Dolores Castillo estaba relacionada mejor con un disco de Bessie Smith que con el libro de los Proverbios. Por su parte, Pécora sonrió oscuramente, recordando las tablillas de madera inscritas con aquellas funestas sentencias, que otrora adensaban aún más la penumbra de su establecimiento, y que había visto en la infancia, mismas que su madre decidiera descolgar, arrumbándolas en el sótano de la cantina, cuando el Puerto Arturo, en su segunda fundación, se convirtió en el bar Thalassa. Sin querer, el teniente Paredes las parafraseaba esa noche, con la exacta intención que había tenido Judit al grabarlas en las paredes, para suavizar así fuera mínimamente las costumbres y las pasiones de aquel pueblo semisalvaje de otros tiempos.

Luego se preguntó si el señor Fontes, con su memoria de topo resfriado, de candorosa tortuga, recordaría las tabletas y los lemas. Pero su oficio de cronista solía dejar en la sombra, al menos oficialmente, los bares y los sitios de perdición. Aparentemente, sus manos no habían palpado la Estefanía invisible, la ciudad prohibida que acechaba puertas adentro, detrás

del cálido calicanto, de las ventanas enrejadas, de los portones labrados con panoplias de pecados —como si fueran escudos de armas— que el propio teniente Paredes, en su ironía y su paranoia, sí había alcanzado a deletrear con trémulos dedos. (Ella ignoraba, como el propio Santiago Amarillas, que equivale a decir el pueblo todo, el contenido de los archivos privados del cronista, donde menudeaban testimonios escritos y gráficos sobre la vida íntima de la villa, tanto del pueblo llano como de las familias acomodadas: cartas, páginas de diario, libros prohibidos más profusamente subrayados, tarjetas postales, caleidoscopios pornográficos, provistos de una sensación de movimiento, daguerrotipos caseros tomados durante las lunas de miel, sin que faltara una comprometedora fotografía en ropa de cama que le había obsequiado la mismísima viuda del segundo Santiago, a un tiempo mismo tía de Narcisa Llerena y del vate Domínguez. Con ese material secreto, fortuito, inquietante, estaba elaborando inclusive una obrilla, a la que pensaba intitular "Historia secreta del Saltillo", tomando como punto de partida el nombre de uno de los bares y burdeles más concurridos de su adolescencia, esto es, en las medianías de la dictadura de don Patricio Puebla.) La Estefanía leprosa, manchada con todos los vicios y pecados, yacía oculta debajo de los muros invariablemente pintados de amarillo con cada primavera, los cuales le servían como segunda piel. Pécora Albéniz echó la cabeza hacia atrás y suspiró hondamente, acaso para reprimir una sonrisa.

Después de tantos años de servicio en el Thalassa, había aprendido que todo en este mundo tiene límites, las cosas mentales, los cuerpos de la pasión, los objetos opacos que pueblan el espacio traslúcido. Que es finito el dolor, como la soberbia o la injuria; que inclusive el paraíso y el infierno conviven circuidos dentro de fronteras infranqueables, limitándose uno a otro, de manera que el placer y el castigo no pueden ser absolutos, sino que se relativizan uno al otro. Pécora podía asegurar que, en términos generales, toda pasión estaba sujeta a gobierno en su cantina. En todo caso, únicamente la mezquindad, la pasión nacional de los acuarianos, se le escapaba entre los dedos, como una pálida pulga, como un ciempiés que podía trasponer igualmente los ferrados portones del paraíso y del infierno. La mezquindad —como bien sabía el comandante Roca, el jefe de la patrulla del Hades, pues la encarnaba por sobre todos nosotros, de un modo casi sublime— era la pasión esencial del pueblo.

Dolores Castillo y su clandestina conducta fueron el nudo gordiano del debate. De haber sido fuereña, Paredes no habría tenido mayor impedimento para encarcelarla o para expulsarla. Pero cualquiera reconocería a la muchacha, tenía más arraigo y derechos de piso que él mismo en Estefanía. Como Manuel de Cumas, como don Carlos Pereira, como Torri, como don Artemio, o cualquier otro estefaniano andariego, no había perdido ni perdería su condición ni paisanaje manque habitara en Chicago, en Suriname o en la

Antártida. Era una estefaniana esencial, cuasi nouménica, como la Catedral, como el antiguo Casino, como el cerro del Santo Cristo, como el pecado, la doble vida y el cinismo, podría incluso añadir el teniente cuáquero. El señor Fontes, que la recordaba como una alumna de inquietante sensualidad, inclusive en aquellos ácidos años del Ateneo, no se atrevió a reprobarla. No condenaría a ninguna de aquellas "señoritas de redondos tobillos, de pelo sedoso y ávida piel, ni la liturgia de esos torsos de paso elástico y bocas de loba", como solía definirlas dinámicamente Camargo, que daban lustre al paraninfo, a la pinacoteca y al museo de historia natural, que escuchaban sus clases en la preparatoria, con los cuadernos en el regazo y la imaginación en los prados, a riesgo de condenarse a sí mismo. Pécora sabía que el bondadoso obispo Portugal y Serratos aún confiaba en recuperar a Dolores para el redil de San Esteban, primer rey de Hungría, no obstante sus desafíos y sus excesos, bajo esa hermosa piel de loba descarriada.

Camargo y el teniente Paredes se entregaron a una nueva discusión, tan abstrusa como inoportuna, sobre el tema del sueño, sus manifestaciones y consecuencias, tanto en la esfera privada como en la colectiva. El policía seguramente no perdonaba todavía al señor Fontes por haberlo obligado, con mandato oficial del cacique de por medio, a enviar a tres de sus policías para que se inscribieran en la cátedra del sueño, que el filósofo acababa de concluir en las aulas nocturnas del Ateneo. Desmenuzaron el asunto hasta los más nimios

subtemas: el sueño natural y el inducido; el fisiológico, el psicológico, el sentimental; el sueño despierto y el sueño del pasado; la nostalgia y la profecía; la cueva de Platón y el bar La Silla Eléctrica; el sueño con serpientes y la hora de todos; el sueño infantil y el senil; el delirio, la elisión y la ilusión; el movimiento rápido del ojo y la mortecina circulación de la sangre; los sueños de Domínguez y los del propio Camargo; los de Pécora Albéniz y los del profeta Estebanillo; los sueños habidos en los camastros de los burdeles y en las camas de campaña de la filosofía; en las sacristías y en las oficinas; en las trastiendas y en los sótanos de las tiendas. Ambos estuvieron de acuerdo sobre lo funesto que sería destapar la caja de Pandora del sueño sobre el pueblo de un solo golpe, con medios artificiales. Pero era necesario salvaguardar la libertad imaginativa. Camargo reconoció que Dolores traficaba con sueños falsos, con barroquismos de droga y pornografía, pero logró contrarrestar al policía, quien deseaba abolir todo residuo de ensoñación, preconizando el pragmatismo del trabajo industrial y una ética del ahorro erótico deducida de la Biblia. Pécora los dejó explayarse en tópicos tan generales. Ella conocía los sueños del pueblo mejor que Dolores —quien vivía extraviada en los círculos de su egocentrismo, tan férreo como feérico— y aun que el propio obispo, quien tenía noventa y nueve años de edad, el mismo número de las cantinas oficiales del pueblo. Sabía que no hacían falta otras drogas que el alcohol y el dormir cotidiano, para

descender al infierno o ascender hasta el umbral del purgatorio. Finalmente propuso una salida práctica: pidió a Camargo que hablara con Dolores y le propusiera abandonar el pueblo. No podría volver más a Estefanía, al menos no durante el mandato del teniente Paredes, pues ya la policía había investigado sus actividades. Ahora bien, estaba en un buen momento para rescindirse de la patria en penumbra, pues aún no se le había logrado probar nada.

El señor Fontes aprobó la iniciativa, en su papel de representante del Cacicazgo. Dolores no había delinquido todavía, de modo que con apoyarla su magisterio moral (o moralinista, como lo apellidaba Camargo) no quedaba en entredicho. Paredes guardó un silencio sombrío. En sus adentros, abominó una vez más de aquel pueblo y sus componendas, que había odiado desde chico, a pesar de que había nacido a una distancia de siete tiros de cañón, dentro de una familia de raíces acuarianas, en la atmósfera tan bárbara como insalubre de Santa Lucía de los Ojos de Agua de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto. A decir verdad aquel poblacho, fundado por Diego de Montemayor, el padre incestuoso de doña Estefanía, practicaba un pecado único, el incesto, del que el propio Paredes estrictamente no podía confesarse salvo y sin tentación. Aquel villorrio, que rendía en su nombre tributo a los manantiales que pastoreaba el padre Rodolfo Calvida en el montículo de Santiago del Canto (en efecto, era aquí donde había ojos de agua, mientras

que en Monterrey no se podía beber sino cerveza) y que constituían la suma y símbolo de la fundación de Estefanía y de la provincia de Acuario toda, presentaba así también, muy a su manera, obediencia al culto estefaniano, hecho de permisiones carnales. Aunque tempranamente infestada de judíos, durante los tiempos mismos de la fundación del Marquesado, la aldehuela vecina rendía tributo a doña Estefanía, no en su advocación de Estefanía Montemayor o Estefanía Tonantzin, como hacemos nosotros, sino en la de Lilith, el demonio del viernes, que trastornaba las alcobas familiares durante dos días con sus noches, hasta que el divinizado sol las redimía, sentado en su trono, que los lucianos llaman Cerro de la Silla, y nosotros Cerro del Santo Cristo.

De ésta y otras cien maneras se protegían los estefanianos entre sí mismos —discurría el teniente Paredes—, hundiéndose cada vez más en su decadencia, al tiempo que dejaban la puerta abierta para futuros delitos. ¿Qué otra cosa podía ser la propuesta de Pécora Albéniz, sino un salvoconducto para que Dolores Castillo saliera indemne del pueblo, y para que esperara tranquilamente en alguna villa cercana —quizá en la propia Ciudad Incesto— la destitución del policía evangélico? De tal manera su cabeza estaba ligada al destino de esa muchacha, quien parecía contar con pocos pero magnánimos valedores en el pueblo que él detestaba. Sintió pesar más en este asunto la doble mano de la Curia bicéfala que la del

propio Cacicazgo, pero ignoraba todavía que Narcisa Llerena había encomendado al señor Fontes, unos días antes, que iniciara gestiones para relevarlo de su puesto. Llevó una mano a la cintura y palpó el bulto del revólver mientras se ponía en pie. Miró alternativamente a Camargo, a Pécora y al doctor Fontes, con callada violencia.

—Les concedo esta noche, hasta el amanecer, para que pongan en práctica proposición tan fraudulenta —dijo al fin, después de meditar la petición de la dueña Albéniz durante unos cuantos, ingentes minutos—. Si a la salida del sol la prostituta judía continúa en el pueblo, el Dies Irae empezará con un ataque masivo al Motel del Bosque.

Y salió, tomando la Biblia de sobre la mesa, el mismo ejemplar que su hija Jimena leía todas las tardes. Sus pasos resonaron en la concavidad de la taberna, de manera impaciente y mecánica, hasta que finalmente el policía azotó el portón de madera de la entrada. Camargo estaba agotado después de la discusión con el policía, o con el bulto de sombra y fanatismo que había ocupado su silla. Sentía la lengua abotagada y reseca, como trapo de cantinero. De costumbres solitarias y poco dado a la conversación, en ese momento sólo deseaba un trago en el rincón del Thalassa, del Salem, de La Tenaza o de cualquier otro bar más o menos misántropo. El doctor Fontes, en cambio, lucía casi incólume, igual que cada jueves entre las Damas de la Leche, cuando terminaba sus conferencias, o

cuando recitaba, en la civilizada penumbra del bar Fornos, los nombres de las arcaicas tribus acuarianas, secundado por el inane bachiller Urbano Urbina, que asentía y farfullaba con su cabecita de loro; esto es, como un boxeador invicto pero abrumado, un entusiasta púgil de su edad, con la boca llena de cascajo y las palabras arremolinadas como pavesas en su enjuto cerebro, sintiendo una palpitación dolorosa que le subía del cuello hasta las sienes, que bajaba luego hasta sus manos como una alarma casi imperceptible, en la forma de un persistente temblorcillo. No tardó más que unos minutos en despedirse.

A solas con Camargo, Pécora Albéniz suspiró y se desplegó en sí misma, como una flor que aguarda el alba para lucir los nuevos tonos que ha adquirido durante la noche. Su cara estaba fresca a pesar de las horas transcurridas; su pelo se derramaba en gruesos haces por el cuello y los hombros, volubles como cantos rodados, como pecosas peras. Camargo la observó en su plenitud, que se volcaba en la sombra, y le invitó un trago. Caminaron hasta la barra y tomaron una botella de brandy. Luego fueron hasta la mesa que regularmente ocupaba el filósofo. Ella no bebía, pero lo acompañó un largo rato en la medialuz, entre los rumores que se filtraban del pueblo adormecido. En un momento dado, ella empezó a beber del pico de la botella. Silenciosamente se embriagaron: en un vuelco de aquella embriaguez, los ojos de la mujer insinuaron algo que él interpretó con las pupilas. Era la clave de

una amistad hecha de alusiones, de postergaciones, de sustituciones, de mascaradas. ¿A quién buscaba Camargo bajo el antifaz de Dolores Castillo, bajo el atuendo monacal de Jimena Paredes, bajo la duplicada plenitud de Narcisa Llerena?, ¿a quién protegía finalmente Pécora Albéniz en la persona del vate Domínguez o de cualquier otro de sus clientes más asiduos?, ¿por qué ocultaba bajo una amistad casi ascética sus impulsos más auténticos?, ¿era ella más pura acaso que Jimena, más desesperada que Narcisa y más peligrosa que Dolores dentro de toda esta historia?

Los gallos cantaron otra vez, con gratuita estridencia. Camargo besó su pelo, a modo de despedida, en el umbral de la cantina. De un paso se hundió en el volumen de sombra que bajaba lentamente por la calle de Manuel de Cumas, como un hato de bueyes sonámbulos, tomando inconscientemente el camino hacia el hotel de Marcia.

Entre pilares de oro y plata

Dolores no había dormido. Escuchaba acetatos de Bessie Smith y Billie Holliday mientras transcurría la noche. Bebía pausados vasos de whisky. El rocío del alba perló su ventana, a la que se había acercado para contemplar los negros árboles, de los que pendían —así se lo figuró ella— bultos de ahorcados. Nadie podía saber la cantidad de insomnios que se habían precipitado en sus párpados durante los últimos años, la cantidad de noches de miedo y angustia que había soportado abandonada a sí misma, a su propio corazón que la devoraba. Nadie había estado lo suficientemente cerca, hasta ahora, para leer en el fondo de sus ojos las blasfemias y las palabras de ternura que ella tenía reservadas para la hora en que debiera morir o entregarse, por fin, a pesar de todo, al amor sin condiciones.

Camargo se acercaba por la avenida de la Reina Victoria, en sentido contrario de sus paseos matutinos. Como de costumbre, pero a esta hora, miraba de reojo los maniquíes semidesnudos o vestidos de seda, con los tacones altos, las uñas pintadas y una sonrisa permanente pero artificial en sus rostros de tres cuartos. Frívolos, enajenados, friolentos en su ropa interior, eran acaso los únicos personajes puros de Estefanía; aunque quisiera, Paredes no podría arrestarlos. Desconocían el umbral, el abismo que separa al cuerpo de la mirada, a la intimidad de la moral. Volcada en espe-

jismos de droga, la muchacha de trapo del Motel del Bosque bien podría esconderse en alguno de estos escaparates. Pensó igualmente en Jimena, en su alma de maniquí fría y exacta, en su eficiencia casi mecánica cuando hacían el amor. Alma de policía antes del crimen, alma de atleta metodista en el pancracio del Purgatorio, antes del espantable match que habrá de desarrollarse entre el bien y el mal. Pensó que sólo un alma superficial estaba exenta de pecado. El vértigo del deseo y los arabescos de la Reina Blanca, acontecidos en la piel de la vida, no eran buenos ni malos: carecían de esa profundidad donde bien y mal se retuercen como serpientes.

Pécora Albéniz lo había enterado ya de las gestiones iniciadas por Narcisa Llerena en Ciudad Incesto, con el fin de devolver al teniente Paredes a su regimiento cuáquero. Tenía que empezar a acostumbrarse a la ausencia de aquella muchacha, de ánimo recto como un reglamento de policía pero meticulosa como el delito. Sólo el Altísimo podía haber puesto —en el mismo pueblo, en el corazón de un solo hombre— a Dolores y Jimena, antípodas en cuerpo y espíritu, que se movían con una velocidad paralizada entre los polos de la pureza y el vicio. Dolores era también un maniquí vestido con gracia, con el alma saqueada por los excesos y el cuerpo maltratado entre las manos del amor y la furia.

No lejos de ahí, en el Hotel Ambos Mundos —palomar y nido de murciélagos—, en su cuartucho

sobre el voladero, dormía el vate Domínguez. Pontificaba en el sueño, tumbado en el camastro, con las manos dobladas en cruz sobre el pecho. En realidad, no veía más que los ojos de Dolores mirándolo fijamente, desde un cuadrante de arena. A un lado de la cama, sobre la silla Malinche, había una botella de tequila semivacía, un tomo de Manuel de Cumas y un cenicero repleto de colillas. Los párpados de Dolores súbitamente se volvieron alas y subieron por el aire marino; quedaron sus ojos como ostras negras sobre la arena. Un cangrejo se acercaba. Sus articulaciones y garfios estaban hechos de colillas muertas. El vate se revolvió inquieto entre las sábanas. Semidormido, sintió una punzada en el estómago, lenta como una navaja que se abre. En ese momento, los pájaros despertaban en los sucios alféizares del hotel, con sus plumajes mojados de rocío. Renunció a interpretar de inmediato un sueño tan complejo, pero lo escribió en un cuaderno Hipólito con un plumín y un frasco de tinta violeta, que le obsequió la propia Dolores al término de aquella infructuosa y anfractuosa visita a su hotel.

Camargo pasó frente al cine Hipnos, semejante al casco de un galeón encallado en el desierto. Era usado por la gente como dormitorio durante la tarde, dejándolo vacío por las noches. El edificio, que tenía asimismo el aspecto de un almacén o de una pequeña factoría, estaba a unos metros del templo metodista Armagedón, lo cual se añadía a la suma de detalles que el teniente Paredes detestaba en el pueblo. (La

secta en que militaba era la más intolerante de todas: prohibía cualquier clase de bailes y fiestas, así como entrar al cine y escuchar la radio o los pesados y novedosos discos de acetato.) Las frescas muchachas de los oficios vespertinos se topaban con los sonámbulos del cine, confundiendo unos con otras sus pesadillas. El filósofo había conocido a Jimena en una de esas tardes a un tiempo populosas y desoladas, en el pórtico de la iglesia pintada de un blanco cegador, semejante a una montaña de sal arrancada al mar Muerto.

Había sido un insípido domingo del verano anterior: la canícula ladraba como una turba de perros famélicos por los cuatro puntos cardinales del pueblo. Ella vestía una falda gris tableteada y traía el pelo recogido, sin afeite ni cosmético alguno que pusiera un toque de vivacidad a su rostro inexpresivo. El filósofo topó de frente con los ojos de avellana y los labios rectos, apretados. El sol de las cuatro de la tarde dibujaba cada uno de los poros en las paredes de los edificios, minucioso como un maestro puntillista. La imponderable cantidad de hojas de todos los árboles mostraban al unísono sus nervaduras y tubos capilares. Un calor insolente, perturbador, adocenado hacía resplandecer la piel de las muchachas, dibujando sus vellos y sus gránulos, sus estrías y sus pliegues, sus rubores y sus manchas. La blusa de Jimena era tan blanca como la fachada del templo metodista; la piel de su cuello estaba irritada, ligeramente húmeda.

El centelleo de su mirada —sus pupilas se expandieron y contrajeron en un espasmo, un gesto de sorpresa, de autodefensa, de curiosidad— fue el único gesto que percibió Camargo cuando se atrevió a abordarla; ahora que ella estaba a punto de marcharse, sería el recuerdo más vívido que conservaría. El plantel de las chicas metodistas se arremolinaba en torno a los dos, buscando paso: criaturas insípidas no obstante su radiante adolescencia, contenidas del todo entre el moño blanco y las medias blaquísimas, entre los ojos opacos y los apretados labios, prisioneras de un catecismo que excluía la carne, fantasmagóricas no obstante sus formas apretadas, sonrosadas. Como una espada de ceniza, la fe segaba sus cabelleras juveniles, su aliento afresado, la madeja de su sangre, amarrándolas luego en nudos ciegos. A primera vista, Jimena no era distinta a todas ellas; mirando en su fondo, quizá todas ellas fueran como Jimena: receptáculos de sexualidad explosiva que estallarían si fueran tomados por unas manos expertas, reduciendo todo el templo a cenizas.

Dentro de poco, el tiempo la devolvería a aquella pureza inicial, imbuyéndola en la helada inocencia del olvido.

Camargo entró al Parque Porfirio Díaz y se detuvo al pie de la estatua de San Esteban. Los borrachos la habían lapidado una vez más durante la noche: colillas de cigarro, latas de cerveza Neptuno, carteles pornográficos, botellas de sotol se acumulaban en su base, como

restos de una hoguera inquisitorial, de una hoguera libertina. La biblioteca aparecía iluminada bajo el macizo de árboles: ¿quién leía a esta hora?, ¿quién recorría con el índice los laboriosos volúmenes? El edificio tenía varias ventanas falsas, de cristales rotos: cualquiera podía manipularlas y entrar al recinto durante la noche. Camargo lo había hecho más de una vez. La más reciente, casi topaba con micer Tomás Fontes, quien corrió a esconderse en los estantes, como un ratón asustado. Una vez que ambos se reconocieron, se instalaron en pupitres contiguos y charlaron de modo intermitente, durante una hora o más, mientras compulsaban aquellos volúmenes oreados por el rocío de la madrugada.

Dolores se revolvía en el camastro, bajo la luz de un foco amarillo. Miraba desolada el teléfono, considerando si podría llamar a alguien a semejante hora, en el anonimato de este pueblo que cada año le resultaba más ajeno. La botella que acostumbraba cargar en su bolso estaba vacía y había sacado otra del armario. La legañosa luz dibujaba su rostro sin maquillaje en el espejo empañado. Sentada al borde de esa cama mercenaria, pensó de nuevo en Camargo, el solitario que la solicitaba y la rechazaba con igual ímpetu cada año, dentro de las coordenadas de un juego imposible. Se habían conocido diez años antes. Desde entonces, se profesaban un desprecio lleno de decoro, nacido de su soledad exigente. Esa soledad con la que las personas contraen acaso el matrimonio más duradero.

Como cada madrugada, decíamos, la estatua del santo estaba cubierta de hojas y raíces. La oscuridad aún tenía cuerpo en esta iglesia vegetal, donde las prostitutas ejercían a medianoche, sobre las bancas de hierro. Camargo retomó con premura el camino hacia el Motel del Bosque. La aurora se precipitaba como un puño que se abre en el cielo asfixiado, soltando el cuello de un amoratado cadáver sobre la plancha de nubes —el cuerpo del profeta Estebanillo, según creía la buena gente, gravitando cada mañana como un reproche y como un recordatorio sobre el pueblo, desde aquel Viernes Santo del año anterior en que fue martirizado por la patrulla del Hades. La policía evangélica, comandada por el teniente Paredes, estaba preparándose en ese momento para disparar contra el viejo hotel y contra Dolores Castillo, cuya viciosa castidad había fulgido las últimas tres noches como un astro envenenado sobre el pueblo.

El café Isis, a un lado de la librería El Nigromante, regularmente estaba vacío. Abría a las siete de la tarde y cerraba a la una de la madrugada. Por eso le gustaba a Jimena: en la media luz, en las mesitas cubiertas con manteles de terciopelo morado, el tiempo se deslizaba con un ritmo distinto al anodino tráfago de afuera. Se trataba aquí de un tiempo lánguido y elegante, como medido por una clepsidra, alimentado por la música que el patrón, hombre invisible, se encargaba de mantener, cambiando de cuando en cuando los crepi-

tantes acetatos en el tocadiscos de pesado brazo de fierro.

La mano de Jimena era una suerte de homúnculo, con dos brazos y dos piernas, con una cabeza alargada; Camargo dibujaba con un dedo sus estrías y sus pliegues, sus abigarradas ondulaciones. Un momento después, ya había dos homúnculos acostados bocarriba en el redondel de terciopelo, dos súcubas de uñas manicuradas, uñas que traslucían la rosada carne como biombos de hueso finamente tallado. Un par de fetiches sexuales: dos cabezas, cuatro brazos, cuatro piernas abiertas, revueltas, indefensas, abandonadas en su obscenidad, pulsando hacia el largo dedo del hombre, al que engullían como un pulpo, como una medusa de movimientos a un tiempo torpes y elegantes. Jimena gemía suavemente mientras devoraba aquel dedo; su aliento afresado rozaba el cuello de Camargo como un látigo, como un cordón de terciopelo. Este adelantó la mano completa, poniéndola encima de la mano izquierda de ella, cubriéndola totalmente. Podía mirarse ahora a un íncubo y una súcuba unidos por un crispamiento, las piernas enredadas con los brazos, los brazos con las piernas, restregándose, apretando y aflojándose en repetidos espasmos. Las pupilas de Jimena estaban dilatadas y húmedas. Con la punta de su lengua recorría los labios secos y calientes.

Apretaba las piernas —oh putilla de rubor helado—, las separaba con un rumor de medias de seda. Revolvía los muslos gruesos y ciegos, sobre cuya blan-

cura, de vetas sonrosadas, solían resbalar algunas tardes las pupilas del teniente Paredes. Ojos como pardos ostiones, como culposos caracoles, como balas de materia gelatinosa. El contracrepúsculo ponía manchas moradas en los espejos opuestos del local, donde el cuerpo de la muchacha se duplicaba, con cuatro brazos y cuatro piernas, con dos bocas que se abrían con la monstruosa sed de los súcubos. En otras ocasiones había estado sola en el café Isis, bebiendo vino blanco, escuchando la música fantasmal que rebotaba en las paredes mientras el sol se disipaba en brillos clandestinos sobre las molduras de la barra y las copas arracimadas en los estantes. Tenía amistad con el dueño, hombre taciturno, de actitudes sigilosas, así como con doña Blanca, su esposa, quien rara vez abandonaba la alcoba del segundo piso.

Al fondo del café, pasando el minúsculo patio sembrado con rosas moradas y blancas, había una puerta de madera carcomida, enclavada en un nicho de piedra. Era el punto de acceso a la mansión de los Sullivan, abandonada desde hacía cuatro décadas. El patrón del café Isis se encargaba de administrar la propiedad, bajo el sueldo y las instrucciones del último miembro de la familia, un comerciante pictoestefaniano que había regresado a Edimburgo. Jimena se había propuesto mostrarle la casa a Camargo, quien en otras ocasiones le había manifestado deseos de conocerla. Aquella familia de avaros escoceses se había instalado en Estefanía a principios del siglo XIX, poco

antes de que empezara la pesadilla de las guerras civiles. Después de años inquietos y laboriosos —durante los cuales debieron financiar sucesivas bandas de forajidos, la última de las cuales encabezaba un sargento de nombre Patricio Puebla, quien los resarció de manera munificente una vez que usurpó el poder, permitiéndoles adquirir a cambio de su deuda de guerra, conocida por la embajada británica en México-Tenochtitlan e implacablemente garantizada por el presidente García Suárez, bienes confiscados a la Curia acuariana, con exceso de felonía, a precios irrisorios—, habían logrado acumular una notable fortuna. Paseando por el panteón de San Esteban Malebolge, al pie del cerro del Santo Cristo, el filósofo había visto la cripta que guardaba a varios miembros del linaje de los Sullivan: desde el abuelo, muerto a los noventa y seis años, hasta la bisnietecilla, fallecida a los seis años de edad y enterrada entre sus brazos. Así pues, el fundador del clan y el retoño más nuevo habían quedado en estas tierras, como una ofrenda acaso y un agradecimiento por los caudales adquiridos, en tanto que los miembros intermedios decidían retornar a un puerto montañés cercano a Edimburgo: tal fue el tributo que este desconcertado linaje pagaba asimismo al espanto de la anarquía política, que no estuvieron dispuestos a continuar soportando. El último Sullivan sostenía desde allá la mansión, proveyendo para que estuviera siempre limpia y en orden, como si aún la habitara el bisabuelo. Una vez por semana, el patrón del café Isis

metía la ingente llave de hierro en la portezuela clavada en el nicho de piedra y limpiaba la casa, entre las cuatro de la tarde y las diez de la noche. Jimena y Camargo estaban presentes precisamente esa tarde para aprovechar la ocasión.

A medio camino entre la Biblioteca Alessio Interminelli y la Catedral de Santiago Lactancio, la mansión de los Sullivan no perdía un ápice de su elegancia, a pesar de que tenía medio siglo de abandono. La gente que pasaba por la calle de doña María Huarte, ignorante de su historia a un tiempo humilde y magnífica, en vano se afanaba por atisbar en el interior: postigos de hierro y persianas de madera resguardaban la opulenta intimidad de esta familia de fantasmas. Había un piano de cola y pinturas de estilo realista, que retrataban obreros ingleses del carbón o paisajes escoceses insípidos, anodinos. Por reflejar la sala, el espejo mal colocado sólo se reflejaba a sí mismo. La alfombra color de musgo otoñal cubría ambos pisos y la escalera de madera. La blanca ceniza del olvido se acumulaba en el cajón de la chimenea. En la baja pared, los atizadores de hierro padecían la humillación del desuso. Los cristales chinos, pintados a mano de verde, amarillo y sepia, filtraban cotidianamente la lumbre del contracrepúsculo y el denso lingote de la luna.

Camargo y Jimena sólo tenían unos minutos en el jardín de la mansión, cuando escucharon gemir de nueva cuenta la portezuela enclavada en el nicho. Apareció, tan vaga como imponente —la bata de

dormir flotando en el césped— doña Blanca del Castillo, mientras el marido cerraba a sus espaldas con la enorme llave. La piel de color lechoso de la dama contrastaba con la profusa cabellera rojiza. Aparentaba unos cuarenta años, mal vividos entre enfermedades y excesos. El filósofo no recordaba haberla visto una sola vez por la calle, aunque siempre había sabido de su existencia, así como que era tía materna de una muy amiga suya, la recién expulsada Dolores Castillo. Jimena había acopiado por su cuenta retazos de la historia de aquella dama antañona, durante las veladas vespertinas en las que se bebía su botella de vino blanco y, con la callada anuencia del dueño, subía al segundo piso. Sentábase a su lado, encima del lecho rodeado de mosquiteros y cuatro carnavalescos pilares de oro y plata. El fofo brazo de la *signora,* adornado de baratijas, sostenía invariablemente un vaso de whisky. La quincalla de sus joyas se reproducía en el austero espejo de la alcoba con un brillo vulgar, lastimoso.

De tarde en tarde, doña Blanca era visitada por un grupo de amigos, juerguistas de otra época, de bombín y pelo engominado, de bastón y polainas, que rodeaban el enorme lecho de escenografía. Lecho grande como una lancha, donde la adoraban como si se tratara de una vaca sagrada. Durante algunas horas, aquel tótem otoñal era ruidosamente feliz. El patrón del café Isis, mientras tanto, no abandonaba sus obligaciones en el primer piso, detrás de la barra, limpiando las copas, desempolvando las botellas, aplastando moscas sobre

los manteles de terciopelo morado, cambiando los acetatos en el aparato de brazo de hierro, aunque no hubiera un solo cliente. Así, soportaba con buen ánimo las orgías de vanidad de su arrumbada esposa. En una fecha determinada, casi mágica —unas veces el 25 de julio, otras el 13 de septiembre, las más el 6 de agosto de cada año— iban arribando uno por uno aquellos caballeros invernales hasta la fachada con toldo de rayas blancas, anaranjadas y amarillas de la calle del Rastro, tan parecido al que vieran Camargo y Jimena cierta tarde, en una película de *gangsters*. Subían a la alcoba sacudiendo los paraguas y doblando los impermeables, pues sus visitas coincidían con la temporada de lluvias, inmediatamente antes o después de la Canícula de los Amarillas, la estación oficial del calor en la provincia de Acuario (antaño llamada Canícula de Urdemalas). Traían consigo, en la cajuela de los carros que ha poco dejaran la tracción animal, una buena cantidad de botellas de whisky Blackstone, de brandy Carlos II (conocido en las tabernas del bajo pueblo, donde era la bebida más cara, como brandy del Hechizado), de vodka Kropotkin, de ebria ginebra perfumada con enebro, de anís del Mono (forma clandestina del ajenjo, prohibido años atrás por el coronel Puebla), de tinto Sacramento, orgullo de la Hacienda de Baco. Doña Blanca del Castillo sólo reía y reía, como la marquesa Eulalia de Rubén Darío, con ecos de risa vieja en su garganta; recibía a los amigos con los fofos brazos abiertos, apretándolos contra su vasto

pecho. Tenía la voz y los ademanes de una cantante de ópera. En esos momentos, su bata de cama se trocaba en túnica de los grandes estrenos, sus dientes brillaban como piezas de marfil, se ahogaba en su propia risa, como si un pez diera coletazos en su esófago.

El grupo de *dandys* empezaba a acomodarse alrededor de la cama, riendo, bebiendo, conversando. Jugaban a desencantar a doña Blanca, prisionera de la melancolía entre sus pilares de plata y oro. Paulatinamente los crápulas iban quedando en paños menores. Azuzaban a la mujerona con la punta de sus bastones, la sepultaban bajo sus sombreros, la azotaban con sus cinturones. Las carnes lechosas iban tornándose carnes sonrosadas. Ella bebía en sigilo su hilo de whisky, de *jilo*, entre los almohadones de seda. Desplegaba sus carnes jaspeadas con distintos tonos del rosa y el blanco, como los pavorreales abren su abanico de plumas. Hacía mohines como una vieja diva, ronroneaba, cloqueaba, coqueteaba a sus seniles galanes. En su juventud, había sido una reina de la clandestinidad, en este pueblo esencialmente clandestino. Toda una generación de estefanianos la conocían o habían escuchado el grandilocuente secreto de sus fiestas, dadas en otro tiempo en la catacumba del café Isis, o bien en las clausuradas salas de la mansión de los Sullivan, los muebles presbiterianos profanados por una turba de cuerpos semidesnudos.

No es la esperanza, sino la vanidad, lo último que muere; arrebatada al trajín del tiempo, en el remanso

de una podrida nostalgia, doña Blanca perpetuaba en ciertas fechas del año la sombra de aquellos aquelarres: los díscolos la encontraban en cada ocasión más bella que antes. Rodeada de sus crápulas, cada año se hundía en esa leprosa nostalgia que no sabía su nombre, en esa gusanera de glorias pasadas, en esas orgías diezmadas por la edad, exacerbadas por su propia impotencia, cada vez más obscenas, más disparatadas, más grotescas.

Camargo y Jimena entraron en la sala. Doña Blanca los seguía en un manso silencio, con esas pupilas vacías que parecían de una ciega. Los muebles lucían sólidos y limpios, sólo la palidez de los tapices daba cuenta del tiempo transcurrido. Absorto en su sueño teológico-policiaco, el teniente Paredes no se había enterado nunca de las correrías en las que su hija empleaba sus tardes clandestinas. El piso de madera crujía bajo las plantas de los visitantes, como si estuviera recién puesto, el patrón del café Isis se encargaba de encerarlo y pintarlo, así como de limpiarlo cada tercer día de las ocasionales pisadas de gato, que se marcaban sobre las tiras de cedro como signos de algún alfabeto lunar. Doña Blanca se acomodó en el banquillo del piano, y ahí quedó inmóvil. La pareja continuó su paseo con renovada curiosidad.

El lecho de tubos dorados y raído mosquitero llamó la atención de Jimena. La recámara del segundo piso estaba aislada de toda luz y todo ruido, sólo tenía una ventana que daba a la embocadura del callejón

del Truco, en la acera contraria. Era el primer callejón a partir de Catedral —y por tanto, la primera calle del pueblo—, medía escasos cien metros de longitud: Camargo y el teniente Paredes solían cruzarlo a diario, bien que en sentido contrario. Era el callejón más antiguo del pueblo: doña Estefanía de Montemayor lo había pisado con su suntuoso peso. Comunicaba como un pequeño diafragma las cinco partes de la ciudad, el norte con el sur, el oriente con el poniente, el centro consigo mismo. Era también una suerte de diorama donde se entrecruzaban imágenes del pasado, el presente y el porvenir: un pasadizo de piedra que comunicaba el escenario con el abismo sin máscaras, la teatralidad de la mansión Sullivan con el fúnebre camerino de la mansión de Almandos, sede de la empresa mortuoria de los Amarillas. Comunicaba, en fin, la biblioteca Interminelli con el austero fanatismo de Catedral, la Plaza Melitar Vellido Dolfos con el cabaret del Gato al Revés, prolongándose otros cien metros, más allá de la avenida de don Agustín de Iturbide, hasta el atrio mismo de San Esteban de Hungría. Era pues el ventrículo más soterrado del corazón del pueblo, el sanctasanctórum de su vida pública. Sus severos muros estaban adornados con dos letreros: "Muera la intelijencia" frente a la mansión de los Sullivan y "Di no a la pornografía", unos metros antes de la bartolina del padre Portugal y Serratos.

Alguien colocado a la entrada del callejón del Truco en ese momento, si mirara hacia el segundo piso

de la mansión de los Sullivan, habría podido ver el rostro de Jimena asomado al ventanal, con los carrillos inflamados, como conteniendo la respiración, con un brillo metálico en las pupilas, blanca e insólita como un retrato antiguo, como el torso de una estatua o como la despeinada cabeza de una muñeca. Estuvo asomada largos minutos, mirando la quietud de la calle, cruzada por uno que otro transeúnte: ¿era el profeta Estebanillo aquella desgarbada sombra que avanzaba en dirección de la librería El Nigromante, llevando una especie de látigo entre las manos, o más bien un alambre de púas?

Ni ella ni su padre estaban informados aún de que abandonarían el pueblo dentro de poco tiempo. Mientras tanto, ella se las ingeniaba para arreglar este tipo de citas clandestinas con Camargo, quien la seguía sin chistar adonde ella dispusiera. En la recámara, las sábanas de algodón y las colchas de encaje guardaban un inveterado olor a viejo; de hecho, parecían un ectoplasma proyectado desde otro siglo, un siglo positivista y espiritista. El olor de la carne de Jimena reposando sobre el tálamo espectral provocaba en el filósofo una excitación adicional. En las paredes había grabados obscenos, de tema ora clásico, ora villanesco: Zeus en forma de lluvia de oro úrico, Leda blanca como un huevo menos blanco que ella, palurdos atrapados entre flores vaginales, mofletudos curas y penitentes rozagantes, viudas de látigo y rosario, niñas angelicales, sexualmente indefinidas. El vate Domínguez se deleitaría sin duda viendo estos cromos, parecidos

en todo punto a las ilustraciones que adornaban sus libros malditos (y correspondientes, desde otra época, a los bizantinismos de droga y pornografía con los que Dolores Castillo pretendía asaltar al pueblo, sorprenderlo en uno de los recovecos de la espiral de corrupción en que pacientemente se hundía).

Mientras tanto, Doña Blanca arrancaba arpegios al piano, entre ravelianos y gershwinescos, en el piso de abajo. Su densa carne parecía brillar con luz propia. Hablaba profusamente, de manera enredada, enigmática. Parecían rezos o trozos de confesiones, plegarias no atendidas, antañonas obscenidades, santos sin señas, instrucciones y penitencias, Jesuses sin boca, horas sin nosotros, ladrados maitines, irradiantes susurros, canciones de cuartel, chistes de carpa, chismes de monjas, recetas de cocina, recuerdos de otra época, aquellos nudos de palabras que no hacían sentido, que se penetraban unas a otras, que se sustituían y anulaban, como las palabras de quien habla dormido. En verdad pocas personas en Estefanía —entre ellas, no pocos conspicuos caballeros del Senado— conocían su auténtica historia, jalonada por la pasión y un sentido libertino de las mínimas cosas. Pocos habían logrado penetrar en su alma raída y aterida, quebrada y vendada, rígida como una efusión de yeso, tal como entraban en el opulento sarcófago de carnes sonrosadas, rociadas de vino y lamparones de luna, de soda y medallones de cera, de leche y obleas de harina. En la sala del piano, no la alcanzaban los gemidos que Jimena

profería en el segundo piso; a decir verdad, sus gemidos no atravesaban la puerta de la recámara —guarida celosamente protegida, con ingenio victoriano, para que todo pudiese suceder adentro, sin perturbar el orden familiar y la rutina de la casa—, sino que se volcaban del todo por el ventanuco, suscitando la atención de cualquier transeúnte que atinado hubiera a caminar por el callejón del Truco a esa hora.

Jimena ondulaba su espalda entre el látigo y el espejo, entre la carabina y los almohadones, con los ojos rabiosamente cerrados. El placer sacaba de quicio sus bien embonados miembros. Imágenes de su insípida vida se fracturaban y volvían remolino mientras duraba el placer: su perfil durante el servicio del jueves del templo metodista, sus rodillas huesudas en los bancos de la escuela dominical, sus muslos cruzados bajo la Biblia de pastas de cuero, ante los inquisitivos ojos del teniente Paredes, su cuerpo recién bañado entre los vetustos muebles de la comisaría, los velados párpados de su madre, de quien ya no recordaba el rostro, enrojecidos como una lamparilla, su bata de dormir de la infancia, desplegada entre los dedos de su padre, las horas de ira y miedo sufridas a solas, en el rincón de las escobas improvisado como crujía de castigo, su cuerpo que empezaba a alterarse en la pubertad, de acuerdo a no sabía qué infame plan divino, sus ulteriores proyectos para dinamitar el templo de Bethesda, en un anaranjado suburbio de Ciudad Incesto, las revistas clandestinas que encon-

trara una tarde en el armario de su padre, el cuerpo semidesnudo de este, tatuado de mordiscos y arañazos, mientras se calzaba el uniforme y los dos pistolones... Los fragmentos del pasado se recomponían durante esos instantes, se acomodaban de una manera delirante, se dispersaban otra vez bajo el latido alterno de la sensualidad y del pánico, de la culpa y la cólera, de la amargura y el arrepentimiento. Camargo, por su parte, sufría un suplicio de pareja intensidad. Las telarañas del dogma, arrinconadas en su conciencia desde la infancia, se rasgaban con esa luz carnal que atravesaba todo su cuerpo, proveniente de esa mujer provisional que pugnaba rabiosamente por empotarse en su pecho y compartir allí su ración de eternidad personal. Noches de cólera y fúnebre alcohol se volcaron encima de sus huesos en el momento de la consumación, como una ola podrida. La orfandad creció bajo el calor de ese cuerpo que se mantenía ajeno incluso en el clímax, con una feroz soledad que no se plegaba a pesar de todo ante el sentimiento ni ante el instinto. Jimena era un hermoso animal que copulaba en plena carrera, que sólo en la fuga conocía el éxtasis. Él era un cuchillo de monte que paulatinamente se hundía, confundiendo el asesinato con el suicidio. En la mansión de los Sullivan, por fin, y no obstante la añeja magia y el vetusto erotismo de la alcoba, se sintieron tan ajenos uno al otro como solían estarlo en el cine, como en el café Isis, como en el automóvil en marcha del teniente Paredes, como en los bancos del Parque Porfirio Díaz,

beatificados por las prostitutas vespertinas. Tan ajenos, en realidad, como lo habían estado siempre dentro de sus propias vidas.

Un disparo en la noche del corazón

El doctor Fontes se aclaró la voz con un fuerte trago de whisky, antes de empezar a contar la historia de Jacobo Amarellus, el estrafalario fundador de la dinastía de caciques que gobernaba la provincia de Acuario desde hacía dos décadas. Ocupaba la mesa de costumbre en el bar Fornos, en compañía de Camargo y del vate Domínguez, quienes llevaban varias tardes instándolo a que abriera su arcón de consejas y cosas legendarias, relativas a este controvertido punto.

—Un torbellino de niebla amarillenta barría aquel paraje conocido como El Triste, en las orillas de Estefanía. La pálida linterna del sol palpitaba todavía esa tarde, mientras los gitanos terminaban de armar su campamento. Eran las postrimerías de la época de las guerras civiles, y los últimos rescoldos de violencia aún se agazapaban en los callejones suburbanos, las casonas en ruinas, los templetes evangélicos abandonados y en las populosas cantinas. Delgadas como pájaros, de pelo rubio y ojos muy negros, las muchachas desplegaban una actividad a un tiempo veloz y minuciosa. Semejantes a urracas, parecían a un tiempo bellas, crueles y estériles. Si alguien del pueblo las miraba, sus pupilas vacantes respondían como si ellas, en contraparte, estuvieran mirando un hongo, una pared, un mueble. Las faldas de abigarradas flores ondeaban sobre los charcos

y lodazales del paraje, que era el basurero del pueblo. Las cabelleras eran tan sinuosas como los cuerpos, y aun parecían tener el mismo volumen. Los brazos cubiertos de pulseras de fantasía y oro robado, sostenían reciamente las lonas y las pértigas. Los perfiles parecían tallados en bronce —el rostro de una gitana, flaco y anguloso, es todo perfil desde cualquier lado que se le mire. También sus siluetas parecían triangulares, como dinámicas estatuillas de hojalata. Algunas de esas mozas no eran auténticas gitanas, sino que habían sido robadas o compradas en los diversos pueblos por donde pasaba la compañía. Otras, huérfanas o repudiadas por sus familias, se les habían incorporado por voluntad propia. En cualquier lugar abandonaban la tropa del circo, si querían, si podían o si eran revendidas. Así pues, este era el tesauro femenino, tasado y prorrateado como ocurría con los esclavos negros del siglo XVI, que alimentaba los burdeles, los salones de desnudismo y los hogares clandestinos de los caballeros ricachones de Estefanía y de la provincia de Acuario toda.

El ataúd había llegado entre los demás arcones de la compañía, como un cachivache desprovisto de misterio. Maltratado por el uso y los traslados, nadie creería que un hombre durmiera adentro, ni mucho menos que lo hiciera durante dieciocho horas al día. En su interior, el caballero Jacobo Amarellus reposaba temblando, en posición fetal, estragado por el hambre y el frío. Se revolvía adolorido al despertar,

rechinando los dientes. Había recorrido infinidad de rutas de tierra y mar en compañía de aquella banda de vagabundos. Ignoraba aún que habían arribado a esta pequeña ciudad norteña. Le dolían los doscientos cinco huesos de su esqueleto —de hecho, apenas el año anterior le habían cambiado el fémur derecho por una barra de acero—, desde el calcañar hasta las sienes. En las bolsas del traje guardaba dos saquitos con tierra de cementerio transilvano, como una patria portátil. Ese frac era su única señal de identidad, sin la cual él mismo hubiera olvidado, desde años atrás, e inclusive con gusto, su condición de vampiro. Ahora el sol reverberaba pálidamente en las molduras de su féretro. Empezó a escuchar el golpeteo de talones y las canciones procaces que entonaban las muchachas al terminar la jornada.

Una de las gitanas más viejas guardaba la llave, y no le abría la tapa sino hasta una o dos horas antes del espectáculo. Rodeado de ese tropel de tramposas, el caballero languidecía de tristeza. Había terminado por desarrollar cierta misoginia, en medio de toda esa fauna femenina —niñas de catorce a diecisiete años, túrgidas y elásticas, ondeando frente a su cuerpo estragado y sus modales de señor antañón. Sufría cada vez menos los trucos y los juegos que día tras día lo provocaban, lo exasperaban y lo abandonaban luego entre sus cenizas. Ellas miraban a Amarellus como a un tío terco, ni siquiera viejo, de unos cuarenta años, delgado como un poeta o un espantapájaros, de mirada obsesiva

y piel verdosa como la pátina que cubría los peroles de la cocina común.

Entrada la noche, bajo la primera luna de Estefanía, el puerto de arribo, le abrirían la tapa durante una o dos horas, para que fumara un cigarro y tomara su ración diaria de aguardiente. Las muchachas jugarían entre los macizos de sombra, el vuelo de su falda prendiéndose en los arbustos espinosos. Las pupilas de Amarellus centellearían, un poco más viejas que las estrellas fugaces, en el estupor nocturno. ¿A qué pueblo habían llegado? Pero la soledad que lo minaba desde hacía tantos años era igual en todas partes. Soportaba con bilioso estoicismo la vista de aquellas carnes enérgicas, morenas o sonrosadas, asomando entre las medias agujereadas y los faldones de flores, gastados pero extremadamente limpios. Las baratijas y el oro robado tintineaban bajo los últimos rayos de un sol tuberculoso que apenas había brillado ese día, ahogado en el torbellino de niebla.

"Necesito una voluntaria —declamaba en la carpa el maestro de ceremonias, quien se hacía llamar Olegario Sarsanedas, con su peregrino español, de musicalidad sefardita—, mejor aún, mi vampiro pide con silenciosos gritos una voluntaria que pueda despertarlo depositando un beso en sus fríos, pálidos labios. Si alguna de las lindas, arrogantes mozas que se encuentran entre el público consigue revivirlo, el director de esta Compañía, esto es yo mismo, le besará la mano y le

hará entrega de diez soles de plata, a manera de precio o recompensa por rescatar un alma de los infiernos. Debe ser una doncella quien reviva a esta víctima, no del amor imposible, sino de la imposibilidad del amor. Acercaos, acercaos. Y recordadlo: no soy yo, sino este hombre sin habla quien solicita temblando una voluntaria. Señoritas, preparad vuestros labios para una tarea salvífica".

El frac oscuro y el sombrero de copa hacían más voluminoso el cuerpo del mayordomo gitano. Los guanteletes blancos estaban mojados con el sudor de su frente. Sacó el viejo reloj de leontina, que había soportado todos los caminos sin alterar ni un minuto la hora oficial de la remota Rumania, y aguardó con inquieta paciencia la subida de las voluntarias. A medida que pasaban los años decaía el ánimo de Jacobo Amarellus, minado por la soledad y el alcohol, y eran menos las muchachas de los polvorientos pueblos que se plantaban en el escenario, frente al ataúd vertical. Sin embargo, el vampiro ya no olvidaría su primera noche en la remota Estefanía, cuando por primera vez viera esa cabeza rubia y los ojos húmedos, encendidos. Violeta Lafragua se puso en pie como una sonámbula. Descendiente de una de las familias más antiguas de Estefanía, tenía el porte y la transparencia de una carne que se ha decantado a través de muchas generaciones de campesinas, cortesanas, matronas, concubinas, e inclusive alguna trasabuela prostibularia, pero en sus ojos brillaba asimismo un alma vieja y perversa, sepul-

tada y exhumada a lo largo de muchas reencarnaciones de Lafraguas hacendados, comerciantes de agua, prestamistas, conspiradores, anticuarios, clérigos e inclusive algún bibliotecario. Ella, por su parte, llevaba algunos meses trabajando en un taller de diamantes, como obrera de lujo, en compañía de otras muchachas de su clase. Igual que los vástagos de las otras familias ricas, no desdeñaba compartir con el bajo pueblo la inocente diversión del circo, en un pueblo donde escaseaban las diversiones. Entró al círculo de estrafalaria luz que mostraba el ataúd y en su interior la figura de piel apergaminada, vestida con un traje cuya elegancia estaba a punto de desmoronarse entre las manos del tiempo. Asió con sus dedos de diamantista el trozo de madera que atravesaba la polvorienta pechera, donde las huellas de sangre se habían secado mucho tiempo atrás.

Las desgarradas pupilas de Jacobo Amarellus se clavaron en el espejo de aquel rostro adolescente. La muchacha vería en esas pupilas —como si fueran los poliedros que pulía cada tarde—, una vez disipado el violáceo vapor que las velaba, como anillos de frío, simultáneas vetas de miedo, de crueldad, de ironía, de voluptuosidad. Tampoco ella olvidaría esa primera mirada —tan distinta de los ojos que había soñado, ni de ángel ni de cordero ni de príncipe azul—, ojos que a partir de esa noche en el circo serían ya los únicos que albergaría en sus pupilas, como una pasión o como una herida, ojos que golpeaban sus ojos como las piedras

que golpean a las piedras, como gotas de hielo que no alcanzaran a mezclarse.

Violeta reposaba los ojos en una mirada interior, dejando sus pupilas en suspenso. La tarde se replegaba en reflejos azules, anaranjados, ambarinos, sobre las ventanas de la fábrica de diamantes. El establecimiento, de pequeñas dimensiones, funcionaba en el sótano de una de las casas más elegantes del centro, equidistante del templo de San Francisco y de la iglesia presbiteriana. Cinco calles más arriba, empezaba el barrio plebeyo del Águila de Oro. La casona de dos pisos tenía techo de pizarra verde y unos balcones de rosada mampostería. El ventanuco del sótano, con barrotes de hierro, estaba a la altura de la acera. Allí se guardaban, en cuatro cajas fuertes, cuatro cajas más pequeñas con diamantes en bruto. La fábrica pertenecía a un judío de Amberes, quien hablaba la lengua sefardí. Aunque se trataba de un personaje más bien plano y anodino, de carnes fofas y sonrosadas, Camargo lo relacionaría muchos años después —cuando escuchara su historia en el bar Fornos, de labios del cronista Tomás Fontes— con Nemo Puebla, el misántropo del café Maquiavelo, de quien, en efecto, había sido tío abuelo, así como con el anémico Baruch de Spinoza, el filósofo que ocupaba sus manos en pulir lentes y sus ojos en vislumbrar a través de ellas los matices y las metamorfosis de la divinidad. Violeta miró con avidez hacia la acera de enfrente. Era la tercera noche que su enamorado de capa y sombrero

no aparecía. Su mirada se perdió en caprichosas divagaciones —no quería pensar, no le gustaba hacerlo— hasta que de pronto una sombra pareció desprenderse de un remolino de niebla. Se trataba sólo de un par de ojos que parecían clavados en el aire por la tristeza. A través de la vidriera, los ojos de Violeta fueron rayados una vez más por los ojos del príncipe negro. Como si un diamante virgen fuera rayado por otro diamante. Nunca habían cruzado palabra. El caballero vestido de negro, con el sombrero en la mano, se tambaleaba de borracho. Ella había consumido su adolescencia soñando al príncipe azul. Ante la presencia de este siniestro príncipe, sintió pánico y corrió a refugiarse al fondo de la estancia, donde la luz era filtrada finamente por una serie de vitrinas de cristal de varios colores —oceánicos *souvenirs* del holandés errante— colocadas en distintas direcciones.

—El penúltimo haz violáceo de la tarde —recomenzó el melifluo coronista, con un tono que a veces contravenía el estilo puntilloso y demorado de su oficio de historiador— se reflejaba en los poliedros facetados que pulía la muchacha: piedras de ocho, de dieciséis, de treinta y dos caras que descomponían la luz, para reconstruirla en su seno como una opalescencia fantástica. Entre los contradictorios reflejos, Violeta adquiría mientras trabajaba el aspecto de hada, con la punta de los dedos nimbada por los tonos que reverberaban luego en sus pupilas, con su delgada silueta inclinada sobre la plataforma de mármol, afinada

casi hasta la disolución. Otras veces parecía más bien una vampiresa, con los tonos escarlata en los frescos labios, los ojos filtrando un rojo color de vino, su pelo brillando con matices de un negro azulenco. Semejaba asimismo una santa, obcecada en aquella paciente labor que anulaba sus sentidos, que adormecía sus sensaciones más básicas, que apagaba los puntos luminiscentes de las ideas —no quería pensar, no le gustaba hacerlo—, que aniquilaba el vuelo de la fantasía y sus metamorfosis, al objetivarla de ese modo en las piedras preciosas, que condensaban, otrosí, su voluntad en un punto único, situado en el corazón de la luz. Era finalmente una cenicienta —toda carne es ceniza frente a las piedras apolíneas—, con los dedos ajados por las valiosas piedras —*sculpt*, *lime*, *sciselle*, como dijera el poeta—, con el discreto maquillaje de una chica casadera, con sus sueños personales, que no rebasaban ni en sus más amplios vuelos los modestos límites de Estefanía y de la provincia de Acuario.

—El doctor don Dionisio García Fuentes, mi tío —se interrumpió el señor Fontes, para afinar otra de esas digresiones genealógicas a las que era tan afecto—, discípulo del sabio aztlanense don Gabino Barreda, aquel que "nunca entendió razones", quien a su vez lo fue directamente del gran Augusto Comte, fundó, entre muchas otras cosas sabias y peregrinas, dos cátedras del Ateneo: la "Historia Universal de la Villa y Presidio de Estefanía", y la "Geografía Universal del Antiguo Marquesado de Acuario", materias ambas

que Violeta Lafragua acababa de aprobar penosamente apenas el verano anterior.

Su alma era dura y transparente como esas joyas: carecía de maldad, de rencor, de cólera. No obstante, en el apocamiento de su espíritu, la contraparte de esos sentimientos: la ternura, la generosidad, la dulzura tampoco se daba, ni estaba latente siquiera. Era en suma como una muñeca de marfil abandonada a sí misma, bonita pero exangüe, girando en las concéntricas rutinas del pueblo, jaloneada entre los vaivenes de su corazón inexperto, en los tumbos que empezaban a dar sus nacientes instintos, desde que conociera al caballero de circo Jacobo Amarellus. (En este punto, Camargo no pudo menos que recordar a Jimena Paredes, de quien ni siquiera se había despedido la semana anterior, cuando en compañía de su adusto padre tomó el ferrocarril, en la estación contigua al barrio de Mictlán.)

Desde el episodio de El Triste, una lenta voluptuosidad erguía su talle a la hora de salida del taller, cuando dejaba el banquillo, el martillo de plata, la lima y la lupa, para dirigirse a la calle de García Suárez —bautizada así por el coronel Patricio Puebla en honor de su protector, el presidente zapoteca de la República de Aztlán, que a decir verdad lo protegió bien poco, tanto de los norteamericanos como de los patriarcas sefardíes de Ciudad Incesto, y muy mucho menos de los rancios potentados acuarianos, que terminarían por arrebatarle tranquilamente las riendas del poder.

Por allí tomaba hacia la calle de Bravo, donde estaba la casona familiar, ascendiendo en sentido contrario al del caballo de don Agustín Jaime, aquel primo segundo del gran Santiago Autógeno. Sus instintos, como una eflorescencia de hielo, paulatinamente se desengarrotaban y sumergían sus tentáculos en las letárgicas aguas del alma, en la sangre que empezaba a emitir sus vapores. Una aureola voluptuosa nimbaba ahora la cabeza y los miembros de la bella durmiente —para su mal— recién despertada. Las pupilas, como unas violetas violentas, tenían ahora mayor intensidad, mayor viveza. Si Jacobo Amarellus hubiera podido acercarse un poco más esa tarde, si el cristal del taller de diamantes no estuviera interpuesto, el aliento de la muchacha seguramente habría desintegrado su rostro con la viveza de un soplete.

—A diferencia de las otras cuatro muchachas que laboraban en la casona —abundó el viejo cronista, tratando de sosegar un poco esa vena lírica que lo asaltaba a las veces—, ella pulía diamantes como un elegante pasatiempo, tal vez como quien hila o hace bordados. Aquellas, por su parte, pertenecían a familias distinguidas de Estefanía, pero ya decadentes, enfermas, casi pobres de tan antiguas. Clanes o claques venidos a menos, arruinados como tantas cosas en el pueblo, a un tris de la miseria, hundidos en la abulia y la lascivia, vampirizándose unos a otros en los caserones de paredes invariablemente pintadas de amarillo, en cuyo desván o sótano solían guardar finalmente, sin

embargo, algún cofre de soles de oro que jamás habrían de tocar.

("Familias emparentadas todas entre sí", pensó el filósofo para sus adentros, en todos los grados, en todas las modalidades de connivencia, en el transcurso de cuatrocientos años, gradualmente minadas por la enfermedad, la avaricia, las supersticiones, las culpas, la santurronería, la pusilanimidad, el rastacuerismo, el descrédito, pero todavía con un resto de energía para florecer de cuando en cuando en criaturas como estas cuatro, de semblante mustio y cuerpos bellos como el delito. Tanto él como el vate Domínguez no cesaban de alabar a este tipo de mozas, contradictorio producto del incesto y la sacristía, de la impotencia y el adulterio, de las hipotecas y las enfermedades venéreas, de los pergaminos virreinales y la lencería francesa, de los yelmos y las bacinicas de putas, de los escritorios y los excusados, de los sótanos y las sotanas, de los altares y los bajos fondos, de la mescalina y la recién llegada penicilina, de las bibliotecas y las cantinas, que paseaban los domingos por la tarde por la avenida de la Reina Victoria, con sus figulinas de engañosa delgadez, cuerpos desplegables como biombos, óptimos y hasta excesivos debajo de las telas importadas, con su paso elástico y sus labios de loba, con sus labios a un tiempo pálidos y ávidos, con las pupilas empañadas de plegarias y deseos suprimidos.)

—El holandés que las contratara tenía pocos meses viviendo en el pueblo —prosiguió el fino doc-

tor, sobando su rodilla izquierda, que se le acalambraba cuando llevaba mucho tiempo sentado—. Había llegado solo y rentó de inmediato la casona sin muebles, sabiendo que sus negocios en esta remota provincia serían provisionales, cuando no clandestinos. De figura obesa, estatura pequeña, ojos marrón y pelo untado al cráneo, inspiraba desconfianza al primer golpe de vista, no obstante sus cuidados modales. Tuvo dificultades para penetrar en el círculo social de Estefanía, pueblo hundido en una misantropía y un sopor de siglos. No obstante su aspecto de *rara avis,* su prolija charla en un español anticuado, con fuertes resabios sefardíes, le fue abriendo poco a poco las puertas de las hoscas matronas, a las que visitaba por razones comerciales, ofreciéndoles joyas a plazos, con una paciencia y una astucia dignas de su oficio. Tres meses después consiguió que algunas de ellas le emprestaran a sus hijas durante unas horas para adiestrarlas en la delicada y vespertina labor de pulimiento. Fue así como nació el taller de diamantes: de un día para otro, la casona de mampostería rosada, que llevaba años abandonada y en ruinas, se convirtió en un harem de cinco adolescentes que laboraban con la mirada baja y un aire abstraído, bajo la dirección del judío sibarita que se desplazaba entre los banquillos dictando minuciosas instrucciones. Con edades que iban de los catorce a los dieciséis años, las chicas parecían monjas en presencia del maduro holandés, quien se evaporaba en sí mismo como un asceta, purificado hasta la médula por su

severa profesión de diamantista. Por aquellos años, anteriores a la Guerra de los Bóers, el judío errante traía diamantes de contrabando desde el Transvaal, los introducía ilegalmente en la República de Aztlán, los pulía en la capital de la provincia de Acuario, en el pequeño taller semiclandestino, entre sus cinco iridiscentes huríes que apenas pronunciaban palabra, luego vía Ciudad Incesto, los enviaba solapadamente a la frontera de la República de la Estrella Solitaria y los comercializaba finalmente, después de decenas de contratiempos, en la ciudad de Nueva York, en joyerías ajustadas a los precios internacionales. Estos viajes por mar y tierra, en automóvil, ferrocarril, barco y mulas, a través de países ignotos y bárbaros —pocas personas en Estefanía conocían sus nombres o los habían escuchado apenas en los noticieros nocturnos de la radio—; tales travesías, digo, de corta duración y ligero equipamiento, aunque eran constantes, habían terminado por volverse casi míticas, rodeando al diamantista holandés con un nimbo que hacía acaso más patente su condición de extranjero.

Entre la neblina que se adhería a las piedras como un remordimiento, como una exhalación de odio y de pánico, o bien señalado por la escarchada espada del sol, que cancela los ojos para abrirlos a límites más vastos, dando traspiés en los empinados callejones de la madrugada, tropezando inclusive en pleno mediodía, entre las estatuas de ninfas y silvanos de la

Plaza Melitar Vellido Dolfos —Jacobo Amarellus no quería vivir o, mejor dicho, se había cansado de morir esa muerte reiterada en que consistía su existencia—, retornaba a las horas más inopinadas de sus solitarias francachelas, rondaba con alguna insistencia el taller de diamantes, entraba y salía de las cantinuchas que había descubierto desde que escapó del circo, hasta que finalmente le ganaba el sueño y se retiraba a dormir, a cualquier hora de la tarde o de la madrugada, al caserón en ruinas donde se había refugiado, propiedad como otros tantos cascos y cascotes, de Adrián Rodríguez, el millonario anarquista del pueblo, caballero de bastón cosmicómico que había abandonado su fortuna para predicar la hermandad entre los hombres. Los ojos de Violeta Lafragua habían despuntado desde aquella noche como un arcoíris encima de sus ciento cincuenta años de oscuridad perpetua. Prontamente se había aficionado a aquella luz, que le llegaba filtrada por un corazón virgen, con esa dureza que caracteriza a las cosas más puras, inclemente como la nieve cuajada en el centro del sol. Antes de dormir, se juró a sí mismo que la noche siguiente buscaría a Violeta.

Lo invadió un sueño mineral. Las imágenes de su mente proliferaban y tornasolaban, componiendo retablos alucinatorios. Asido al hilo de seda de su respiración, daba tumbos en la corriente del pensamiento dormido, a punto de resbalar en los ventisqueros del silencio opalino, de donde la conciencia no retorna. El aguardiente bebido durante todo el día apenas alcan-

zaba a entibiar su sangre lenta y pesada. Su cuerpo era su propio catafalco.

En todo el pueblo, sólo el vate Domínguez padecería, muchos años después, esta clase de sueño como un suplicio cotidiano, como una apuesta entre la dicha y la locura. De hecho, recién escapado del circo, Amarellus había parado durante tres o cuatro semanas en el Hotel Mundial, y había tomado la misma habitación que muchos años después ocuparía el vate. En el camastro, el tiempo como que se hacía cóncavo para dar espacio a imágenes simultáneas o yuxtapuestas, que parecían adquirir tercera dimensión. La realidad soñada y lo real padecido se desplegaban como un trenzado cometa en el cielo de la embriaguez. Jacobo Amarellus padecía el suplicio de una vasta y minuciosa memoria, que invadía y desbordaba en él los territorios de la vigilia y el sueño, del presente y del porvenir. Épocas de errancia a través de países tumultuosos lo habían abarrotado de recuerdos delirantes, confusos, doloridos. Desfilaban cada noche ante sus ojos atónitos, que no terminaban de acostumbrarse, aquellas ciudades devoradas por las ratas, puertos de prostitución, barrios tan canallescos como fantasmagóricos, templos en forma de torres sinuosas, en cuyas vueltas los penitentes oraban de rodillas, templos como zigurats, donde las águilas planeaban entre plegarias, ciudades subterráneas, planificadas en sueños y habitadas por hombres dormidos, ciudades submarinas, imaginadas durante largas noches de mazmorra,

mujeres de lengua incomprensible, de mirada enigmática, instrumentos de música devorados por las hormigas, un vestíbulo en penumbra en el momento en que penetraba una alondra, un alféizar hasta el que subían canciones sefardíes, noches en blanco colmadas de verdosas botellas de vino, el reiterado público ludibrio de la vida circense, que pesaba de manera indecible sobre sus hombros de aristócrata, así como el miserable orgullo de ser inmortal, que lo condenaba a estos tormentos de la memoria. Por último, cerrada la confusa tropelía, quedaban los ojos de Violeta, la diamantista, fijos en su transparencia violeta, esa mirada como una llama doble conservada en un bloque de hielo, esa mirada como el grito de una muñeca aprisionada en su diamantino alcázar, esa mirada como un disparo en la noche del corazón.

La penumbra de las cantinas solía confortarlo. Azotaba la puerta volante de La Silla Eléctrica, verbigracia (la abuela de la actual Silla Eléctrica), y los parroquianos se volvían a mirar con curiosidad la gallarda capa, semejante a las aprobadas por la Cofradía de la Capa, en la época más galante del Marquesado, pero también el sombrero alicaído, las lívidas ojeras, el pelo ceniciento, los zapatos de extraña factura, semejantes a pequeños catafalcos. (Sólo el bachiller Urbano Urbina, propietario de *El Guardián de Estefanía,* el único periódico del pueblo, posee en los tiempos actuales una capa y un sombrero semejantes. Algunos confundidos llegaron a pensar que Amarellus pertenecería,

en última instancia, a la misma benemérita asociación madrileña que buscaba rescatar, en su sucursal estefaniana, el uso de la capa de terciopelo, de exterior negro y forro del color de la borra del vino.) El aristócrata tenía un certero instinto para encontrar los bares más sórdidos y malparados; quiero decir, el olfato de un huérfano, de un extranjero, de un *parayatta*, de alguien acostumbrado a vivir a la intemperie, capaz de olfatear una atmósfera de camaradería en los sitios más atroces. Inclusive en las parroquias más turbulentas respetaban su obstinado silencio, su manera de estar en el rincón, como una emulsión de ectoplasma, como una fotografía o una proyección cinematográfica, equidistante de la radiola y el excusado, y lejos del espejo de la barra, donde su invisibilidad podría suscitar inoportunas observaciones. El aguardiente de la sierra servido en estas cantinas, envasado en la semiclandestinidad dentro de garrafas de plástico, había sentado bien a su estómago peregrino. Cada noche alcanzaba, de manera paulatina, un punto de embriaguez que cualquier otro cliente —exceptuando, tal vez, al vate Domínguez, pero esto muchos años después— no soportaría, pero que él se afanaba en repetir, cada tarde, cada noche, cada madrugada, con la mirada fija en su propio interior, como quien hace su propia autopsia, en un ritual que paralizaba las manecillas de los relojes, empotrados a un lado de los espejos de todas esas cantinuchas. En unas semanas, como digo, habíase convertido pues en figura familiar y moneda de oro de las cantinas más

peligrosas y atrabiliarias. No era extraño verlo a las once de la mañana, dando traspies entre el Marte bar y el bar Armas y Letras, entre El Brístol y El Farolito, entre el Seguro bar —que el profeta Urdemalas bautizaría muchos años después como el bar Sinaí— y el Río Verde, entre el Capri y el Ojo de Agua, entre El Espolio y La Malquerida, entre El Loco Dios y el bar Los Asegunes, cantinas todas ellas, salvo estas dos últimas —que fueran derrumbadas junto con el régimen ultraliberal del coronel Patricio Puebla—, de la más rancia y siniestra prosapia de entre las noventa y nueve que actualmente prestan sus servicios en Estefanía.

Así pues, nuestro vampiro flotaba como una emulsión en la niebla, como un ectoplasma compulsivo, y como un cuervo trasnochado en los días de sol. El vértigo de la sangre zumbaba en su nuca como una columna de mercurio, sus sienes latían como una clepsidra, como un angustiado reloj de sangre. Era acogido en cualquiera de esos bares con tosca cordialidad, a cualquier hora del día y de la noche. No pocas veces se quedaba dormido, acodado en alguna mesa, durante dos o tres horas, entre la fraternal solicitud de sus nuevos camaradas de bar, hasta que se le aclaraba la mirada, se le normalizaba el pulso y recuperaba el ritmo en la bebida.

Entre la euforia y la agonía, diariamente procuraba reservar una o dos horas para merodear por la fábrica de diamantes. En cualquier momento de la tarde, Violeta Lafragua levantaba la mirada y podía

verlo, atisbando entre las rejas, como una sombra que hubiera quedado adherida entre la niebla amarillenta y el emplomado de los cristales. El monóculo que usaba para pulir los diamantes, clavado entre la ceja y el párpado, rodeado por mechones de pelo rojizo, anudado a su sonrosada nuca por una cadenilla de plata, daba un aspecto extraño a la muchacha. El aparato de visión la hacía aparecer como una ciega a medias, o lo que es peor, esa prótesis de vidrio y plástico beige la emparentaba forzosamente con su prima coja, Virginia Llerena, así como con todas las cojas en general, con las tuertas, con las mancas, con las sordas. Por otra parte, y aunque la tesis parezca desmesurada, ¿no era el propio Jacobo Amarellus una suerte de prótesis de que echaba mano la Eternidad para volverse tangible, un dispositivo de escueto esqueleto, magra carne y sangre transparente, conservado en alcohol como un tótem del tiempo, como un fetiche de la fugacidad, como un emblema de lo que nunca se va, pero siempre retorna? Así lo miraba, al menos, la muchacha durante esas tardes sin fin, cuando alzaba de pronto, en cualquier momento, su ojo violeta como un soplete ciclópeo.

Hacía tres noches que Jacobo Amarellus se había echado a morir en su camastro, al fondo de la casona en ruinas. Su errancia debía terminar; cualquier motivo —cuantimás un motivo como esta muchacha— era suficiente para el suicidio. El suicidio: la muerte natural de los inmortales. Tomó la botella de mezcal

que acababa de depositar en el piso y dio otro largo trago, enderezando apenas el torso. Un hilo de licor resbaló por las comisuras, mojando su cuello. Sólo le agradaba ya en su austera existencia, hecha de alcohol, de insomnio, de ironía, esa bebida que había descubierto en los clandestinos alambiques del pueblo y en sus no menos clandestinas cantinas, razón por la cual Estefanía era conocida entonces como la Ciudad de las Cantinas Clandestinas. (El despotado del coronel Patricio Puebla, a punto de caer, se manifestaba con la energía de los organismos enfermos, clausurando cantinas e iglesias —prefigurando así, de algún modo, el descabellado y fracasado proyecto del teniente Paredes—, instituciones ambas que el viejo dictador consideraba cubiles de conspiradores.) Era aquel un aguardiente más fuerte, más decidido, más agreste que el flaco líquido que solían acercar a su boca, noche con noche, las gitanas del circo.

Escuchó unos golpes en la puerta.

Violeta empujó el portón y deambuló por tres o cuatro habitaciones derrumbadas. Llevaba en su bolso la estaca que había arrancado del pecho de Amarellus aquella noche inaugural en el circo. Desde su metódica soltería, miró con asombro y curiosidad la caótica soltería masculina. Botellas rotas aquí y allá, envoltorios en los rincones, ventanas sin cristales, gatos acurrucados, ollas oxidadas, cuchillos enterrados en el piso muchos años atrás, tal era el escenario donde vivía y agonizaba su distante amigo.

Se había presentado para llevar a cabo una obra de caridad. El caballero de circo la miró entrar en su habitación con ojos incrédulos, suplicantes. Sin embargo, la bondad de la muchacha era densa y fría como la nieve. Alzó el madero —no una astilla del árbol de la cruz, sino una rama del árbol de Eva— y lo clavó de nuevo en su pecho, en el sitio donde estuviera tantos años.

Luego Jacobo Amarellus vio cómo aquella virgen se desnudaba durante largos segundos. La visión de esa carne fresca, pensó influido todavía por el capataz del circo, lo rescataría de la maldición de la vida eterna. Su espalda se enarcaba, las caderas ondeaban, dibujadas apenas. Las ojeras de Violeta ponían una sombra azul en su mirada, los labios sin carmín boqueaban, se apretaban en un beso imposible. Su vida se canceló aquella tarde, manchada de anochecer, junto con la vida de su primer enamorado. Una misma sombra cubriría a ambos desde entonces, a uno y otro lado del dintel de la Eternidad.

Unos sirvientes llegaron más tarde, para llevar el ataúd a la casona de la familia Lafragua, sita en la empinada calle de Bravo, por donde Agustín Jaime hacía caracolear todas las tardes su caballo. Todavía durante algunos meses la mirada de Violeta continuaría fatigándose en los poliedros de cristal que pulía en el taller del holandés errante. Después sobrevendría una existencia larga y sin color, plana como las volantes planicies de polvo que inundaban cada año a Estefanía,

durante la Cuaresma. Si acaso, de cuando en cuando, algún madrigal de Jacobo Amarellus, escrito en el sótano de la casa y deslizado por debajo de la puerta de su recámara de solterona, le recordaría el mudo fragor de aquellos días, cuando conoció el amor en su encarnación más implacable: no el amor imposible, sino la imposibilidad del amor.

Una tarde en el senado de acuario

—En camino largo hay desquite —musitó don Simón Siller, con sus delgados labios temblando de ira. Era propietario de siete cantinas, a cual más violenta, donde solía hacer sus cuaresmas el profeta Estebanillo, antes de convertirse en iluminado: El Cangrejo Ermitaño, El Espolio, La Malquerida, El Clavileño, El Paresinones, Armas y Letras y el Marte bar.

—El tiempo avisa y los golpes enseñan —abundó don Ernesto Meade Fierro, acariciando la cabeza de buey labrada en plata en el mango de su bastón—. O el golpe avisa para que seamos más sintéticos. Poseía éste, por su parte, tres piqueras que apenas añadían un adarme al oxidado caudal de sus rentas: el bar Salsipuedes, La Silla Eléctrica y el Gay Trobar, caracterizado este último por una clientela bohemia y amanerada.

—El que mucho escoge lo peor se lleva —escupió don Delfín Cepeda, reanudando el corbatín que llegaba a la mitad de su voluminoso vientre. Su cuota de cantinas también paraba en tres, todas ellas de medio pelo: La Pantera Rosa, el Seminario —estanquillo empotrado en un contrafuerte de la iglesia del Ojo de Agua—, y el Luvianos.

Desde el final de las guerras civiles, los estefanianos ricos habían decidido invertir sus rentas vivas en el ramo de los bares y cantinas: la sed de sangre

de los acuarianos viejos se había convertido en sus descendientes en una taciturna y abúlica sed de alcohol.

—De donde se saca y no se echa, poco dura la cosecha —dijo por su parte don Prudencio Guerra, ajustando sus quevedos para descifrar la letra más pequeña de la orden del día. En sus alforjas tintineaban las magras rentas de tres húmidas tabernas: El Rubicón, a donde los parroquianos solían entrar invariablemente con los pies empapados, El Fangoria, situado como el primero al fondo de unas gradas que bajaban de la orilla del arroyo de Ceballos, y el Charcos de Risa.

—Cuando la desgracia le llega al rico a las rodillas, al pobre ya le tapó el cuello —añadió don Tomás Garza Felán, eructando todavía el regusto de un vinillo chileno con que había acompañado la sobremesa. Poseía éste otros tres: el bar Las Cuatas, conocido por unas meseras gemelas que lo atendían, mientras los parroquianos disfrutaban en el espejo de la barra los placeres de la sobre reduplicación, El Guardafronteras, situado en un caserío limítrofe con la primera aldea de la demarcación de Ciudad Incesto y el Quivira, bar también de lontananza.

—Amigo es el ratón del queso y se lo come —terció doña Idolina Leal, viejecita con camafeo al cuello, una de las pocas representantes del sexo bello que jamás hubiera ejercido voz y voto en el Senado de Acuario. Ella trasculcaba con mano implacable el caudal de dos

bares: El Agujita, limpio como un anillo, y El Paz Faz Riza, situado en un paraje del barrio de El Triste donde antaño solía parar una tropa de circo.

El seis era considerado un número de buena suerte en las tradiciones estefanianas más antiguas; con base en él se había determinado el número de integrantes del Senado, y se habían repartido entre ellos asimismo las concesiones de bares y cantinas, hasta completar el mítico número 99. El senador más pobre había recibido al menos tres permisos, aunque no los usufructuara personalmente, mientras que los más acaudalados, que a su vez no pasaban de tres, sumaban doce, ya fueran propios o rentados. Con el tiempo, algunos de ellos se deshicieron de estos privilegios, permutándolos por otros más abstractos, menos escandalosos pero igualmente peregrinos.

—Con la primera copa el hombre bebe vino, con la segunda el vino bebe vino, y con la tercera, el vino bebe al hombre: tal dice el proverbio japonés —sentenció don Joaquín Cadena Sepúlveda, hasta quien había llegado el tufillo vinoso destotro patricio. Contaba entre sus rentas dos establecimientos de buen tránsito: El Ferriño y El Garabato.

—Todo litigante necesita proveerse de tres sacos: uno de papeles, otro de dinero, y otro de paciencia —musitó ensimismado don Arturo Eleguezábal Neira, perito en leyes y toda suerte de tracalerías, revisando unos amarillentos facsímiles en su escaño, adscritos a la papelería de algún viejo litigio de tiempos del Marque-

sado. Poseía, y eran suficientes para su paciencia, dos bares: El Kaldaras, y otro más llamado Los Letreros.

—Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura, un caballo; y por un caballo un jinete —justipreció don Pedro Cerda, refiriéndose acaso a la despechada aventura de don Francisco de Urdemalas, cuando reventó varios caballos en el transcurso de una noche con el fin de sorprender a su amada en brazos de su sobrino, recién llegado de algún lugar de Vizcaya. Era un senador ganadero, a quien aureolaba una vaga familia de cornudo. Sordo a ella, regenteaba personalmente tres cantinas: El Fiat lux, primero que entre nosotros tuvo luz eléctrica, El Saltapatrás y El Erdera, donde los parroquianos no sabían distinguir, al punto ebrio, entre el estefaniano antiguo y el vascuence.

—Al que le guste canoa grande, tiene que remar para que ande —sentenció, por su parte, don Ignacio Dávila, hijo de aquel gobernador de Acuario que detentó el mando un solo día, en la etapa más fragorosa de las guerras civiles, suicidándose de un pistoletazo en la sien, antes de la puesta del sol, al final de esa memorable jornada. Contaba dentro de su modesto peculio tres bares: El Plitocancio, El Mazapil y El Popeye.

—Aunque la parra llore, hay que beberle sus lágrimas —canturreó don Jesús Flores Luna, un viejecito libertino, de escasa mollera, acompañando con uno propio el discreto eructo de micer Garza Felán, su compañero de escaño. De él no podemos mencionar sino El Capri, bar pequeño y hospitalario, El 8 Negro,

con sus focos amarillos cagados de moscas, con sus nobles vigas de cedro oscurecidas por el humo de los cigarrillos, así como El Almadén, palabra árabe que significa muralla.

Nadue sabía por qué exacta razón los encargados de las noventa y nueve cantinas repetían en los suyos los nombres de los treinta y tres reyes de la tradición visigótica. El doctor Tomás Fontes hacía mención de una vieja lista de los reyes que don Francisco de Urdemalas había traído a estas tierras, y que uno de los posteriores marqueses de Acuario había obsequiado a los archivos catedralicios del gran Baldo Cortés. Allí habría sido empleada para auxiliar a los estefanianos en el momento de escoger el nombre de sus hijos, una vez agotadas las vastas posibilidades del santoral. La recurrencia de estos nombres en el gremio de los taberneros podría achacarse a una mera coincidencia serial, pero lo cierto es que ellos los lucían, sonorosos, ya fuera como nombres únicos, como segundos nombres o como alias de público dominio: Gesaleico, Teodorico, Turismundo, Amalarico, Leovigildo, Walia, Teudis, Teudiselo, Agila, Atanagildo, Liuva, Leovigildo, Recaredo, Witerico, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Sisenando, Chintila, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba, Ervigio, Égica, Witiza, Rodrigo, San Hermenegildo, Sindila, Iudila, Paulo, Suniefredo.

—No hay potro que no se amanse ni fierro que no se tuerza —dijo don Eduardo Dávila Garza, quien debía redactar esa tarde, junto con don Pedro Cerda, una

propuesta de importación de novillos, provenientes de las réprobas ganaderías de la República de la Estrella Solitaria. Usufructuaba El Paleosario, El Mictlán y El Águila de Oro, cantinas sitas en los umbrales de los tres barrios que responden a dichos nombres.

—Caballo grande, ande o no ande—, terció don Alonso de León, descendiente del padre fundador del mismo nombre. En su sangre aún relinchaban los potros de los mayores, en su boca aún piafaban las palabrotas de los conquistadores. Era estimado sobremanera por la parroquia de tres cantinas, más suyas, por otra parte, que sus tres hijas —nunca habíale habido ni medio varón, entre su multitud de queridas—: El San Luisito, en el barrio del mismo nombre, así como El Aguiso y El Chalita, nombres provenientes, por su parte, de la rica herencia árabe de la que también estamos rayados los estefanianos.

—Todas las cosas son buenas antes de echarse a perder —suspiró, con un dejo de resignación, don Sócrates Torres, conocido en el Senado por su afición al beisbol, no obstante sus fofas carnes otoñales. Arrendaba a dos cantineros, Recaredo Ordóñez y José Recaredo Vélez, sus dos bares, El Tenmeaquí y El Traslomita.

—Aún no ha parido la cabra y ya el cabrito mama —dijo con aire hipotético don Antonio Balcárcel Rivadeneira y Sotomayor, agitando unos papeles judiciales. Era el inspector de alcoholes en la jurisdicción de Estefanía, y sus pendientes siempre eran a un tiempo

escandalosos y abultados. Para guardar las apariencias, usufructuaba sólo tres bares, aunque asolaba con multas y extorsiones a los restantes 96: el Don Pinacate, que recordaba un inmoral y sanguinario cacique indio, de tiempos de la Última Indiada, El mar Muerto (o bar Muerto), famoso por su cerveza casera, helada, negra y espesa, anterior a las marcas Saturno y Gambrinus, así como El Fierabrás, cantina pacífica a despecho del nombre.

—Dos buenos callos me han nacido, uno en la boca y otro en el oído —dijo don Francisco Cuervo y Valdés, en medio de la algarabía de sus colegas, que maldecían, escupían y se lanzaban refranes unos a los otros. Aun así, el tono de la sesión no cambiaba ni disminuía tampoco su volumen. Éste era el soterrado dueño de los bares El Chisme y El Eco, llenos ambos de repetitivas pláticas de borracho, así como del hueledenoche, que abría sus puertas hasta la caída del sol.

—El clavo que sobresale recibirá su martillazo —dijo don Simón Padilla y Córdoba, dueño de El Sagredo y El Chisguete, mientras hojeaba, despatarrado en su escaño, el ejemplar dominical de "El Diablo Cojuelo". Leía concretamente, con los quevedos clavados en su naricilla casi nula, una crónica del vate Domínguez sobre un prostíbulo de El Triste.

—Ni de banquero buen consejo ni de estiércol buen olor ni de puta buen amor —tornó a decir, encogiéndose de hombros, mientras doblaba el suplemento en cuatro partes. Había sido nombrado censor

de libros y periódicos por Santiago Amarillas, aunque era éste quien a final de cuentas ejercía personalmente la censura. Ahora bien, el cacique era protector del suplemento literario, y el vate Domínguez se ostentaba como primo suyo en las plazas y cantinas, de manera que en este caso los oficios del viejo senador resultaban ociosos en todo punto.

—Si quieres que algo se haga, encárgaselo a una persona ocupada —susurró don Jospeh Antonio de Eca y Múzquiz, arrendatario de dos cantinas llamadas ambas El Centinela, mientras revisaba con una lupa de manguillo de marfil unos pliegos, donde se contenían las cuentas de la provincia de Acuario correspondientes al último trimestre del año. Armadas en la Imprenta de la Tesorería, las fojas mostraban algunas líneas apasteladas, otras quebradas en andadura transversal, mientras que otras resultaban francamente ilegibles: desta guisa, los presupuestos de la Casona Rosada nunca eran fiscalizados de manera conveniente. (Sus tabernas gemelas estaban situadas una al norte y otra al sur, en las salidas hacia Mazapil y hacia Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto.)

—Al cabo de un año, tiene el mozo las mañas de su amo —secundólo don Blas de la Garza Falcón, propietario del De Bar en Peor y del Citrillo, así como del Gomorra, cantina de costumbres inconfesables, ponderando de ese modo las habilidades de los correctores y prensistas, que también a él lo habían hecho sufrir no pocas veces, cuando en su calidad de tercer

prosecretario del Senado, se dirigía a la imprenta para que le trabajaran en negrillas (tan enfático solía ser el tono en el Senado, como escasa la sustancia) algún discurso, propio o de algún compañero de sesiones.

—De ruin mano, ruin dado —ponderó don Luis García de Pruneda, a quien el Cacique había nombrado inspector de juegos de azar, aunque éste tenía grandes dificultades para ejercer el nombramiento: tan grande era su pasión por la ruleta y los cubiletes, a la que daba rienda suelta en dos establecimientos de su propiedad: El Gicogoges, que perpetuaba el nombre y la memoria de un polvoriento caudillo autóctono y La Generala, uno de los pocos regenteados por mujer, bien que igualmente de nombre visigótico (no recordamos si Aldegunda o Brunequilda).

—Las manos en la rueca y los ojos en la puerta —dijo para sí mismo don Miguel de Sesma y Escudero, caballero del ocio, dueño de El Jonuco, en fin, y La Pileta, recién casado a sus cincuenta años de edad, en cuyo agraz había topado, solterón casi heroico, con cierta Clayna Almeyra, dama de treinta y cinco, de abuelos codames, bien que despenachados, quien lo aguardaba todas las noches con severa resignación, mientras aplicaba el pie a la primera máquina Singer que hubo en el pueblo.

—Quien de mano ajena espera, mal come y peor cena —murmuró don Leonardo Casio Sierra y Cienfuegos, decano del Senado, propietario del Swástika, de cuya localización nadie estaba seguro, así como

del bar Congregación del Sacrificio, sito en el caserío del mismo nombre, cercano a la Hacienda de Baco, doblando una papeleta que le enviara Santiago Amarillas, donde le mandaba decir que no podría prestarle, ni de su bolsa ni del Tesauro, los *quatrozientos* soles acuarianos que el anciano le solicitaba, para pagar el arreglo de las fachadas de cuatro casas suyas, sitas en la calle de doña María Huarte de Iturbide, las cuales había mandado emparejar un año antes, con el objeto de que mejor lucieran durante los funerales de Santiago Autógeno, padre del cacique.

—Una mano lava a la otra, y ambas la cara —murmuró consoladoramente don Miguel de Sesma, quien estaba a su vera en otro escaño, y todo lo veía y escuchaba con aire absorto y servicial. Era dueño de El Minuto, precioso barecito de la Estefanía vieja, casi rococó, el único bar de señoras en Estefanía y en la provincia de Acuario toda, donde en los buenos tiempos el ajenjo era servido en tacitas de plata, limpias como un dedal, así como del Pistis Sofía, situado este último en un callejón sin nombre, que cualquier bebedor podía encontrar, pero sólo una o dos veces durante su vida.

—Quien escucha, su mal oye —tornó a decir Sierra y Cienfuegos.

—Al mal de muerte, no hay médico que acierte —repuso el solterón recién maridado, hojeando un haz de cuentas de almacén firmadas por su flamante mujerona.

—El mal, para el que lo fuere a buscar —comentó con sorna don Luis García de Pruneda, desde el sillón de acullá: en su garganta, el hueso de Adán tronaba como el eje de una ruleta.

—El mal del milano: las alas quebradas y el pico sano —contrarreplicó don Leonardo Casio, sabedor de que este manirroto con más frecuencia estaba en quiebra que él mismo o que su pobre amigo don Miguel de Sesma.

—A mal hecho, ruego y pecho —murmuró éste mansamente, santiguándose y besando al final su recién adquirida sortija de alianza.

—No tengo la menor duda: tres clases de personas tienen cabida en todas partes: el guerrero, el sabio y la mujer —dijo don Jacinto de Barrios y Jáuregui, dueño de El Sinfín, La Sentencia y El Cien Años, una vez que terminó de leer en *El Guardián de Estefanía* una crónica de Camargo acerca del cabaret El Egipcio, en la que se reseñaba el pleito más reciente, donde habían tenido parte una amiga de Pécora Albéniz, el poeta Ruiz Higuera y el mismísimo comandante Roca.

—Puerta abierta, al santo tienta —musitó don Antonio Cordero y Bustamante, quien había leído primero el papel para pasárselo luego a su vecino de escaño. Era buen amigo del poeta Ruiz Higuera, y él mismo aficionado a los versos de salón. (Por su parte, tenía puesto litigio a tres ruinosas cantinas: El Tuxedo, El Abracadabra y El Sésamo.)

—A puerta cerrada, el diablo se vuelve —redarguyó don José Costilla y Terán, senador interino, bien conocido por sus ímpetus prohibicionistas, a pesar de lo cual arrendaba por la mano izquierda a otros colegas senadores nada menos que siete establecimientos, de los más populosos por cierto: El Abraxas, Los Menesteres del Ocio, El Rialto, El Baciyelmo, El Morgana, El Xanadú y El Quivira—. Por lo demás, no hay manjar que no empalague ni vicio que no enfade.

—Al puerco más ruin, la mejor bellota —dijo por su parte don Manuel Antonio Bustillos y Cevallos, dueño de El Ansina, de El Hastío y de El Sambenito, quien despreciaba profundamente al comandante Roca, sobre todo por ser éste homosexual.

—El puerco sarnoso revuelve la pocilga —lo secundó don José Joaquín de Ugarte, teniente de vela de la Orden de los Caballeros de Colón. No obstante sus morigeradas costumbres, tenía acciones en La Mandrágora, en El Peor es Nada y en El Barataria, bares que pertenecían en sus dos tercios a los tres cantineros que los trabajaban, por lo demás compadres suyos, otrora miembros distinguidos, no obstante su nombre arriano, de la Hermandad de los Estefanianos.

—Al puerco y al yerno, mostradle la casa, que él vendrá luego —añadió aquél, quien era asiduo de El Egipcio, sobre todo los viernes, día de Lilith, pero también alguno que otro sábado, no faltaba más, después del chocolate y el rosario.

—El cielo es el mismo, aunque se vean pocas estrellas —suspiró el teniente de vela, hombre alto y desgarbado, que jamás se desvelaba más allá de las horas nueve.

—Las calamidades, como las uvas, no salen de a una —musitó don Antonio García de Texada, dueño de la villa de San Tiburzio, con su única cantina, El Levántate y Anda, en la municipalidad de Mazapil, refiriéndose a un informe de la sección rural de la policía del Hades, referente a los dichos y correrías de un sujeto recién llegado de aquellos lugares suyos, y que se hacía llamar doctor Topacio—. Esta clase de locos me los conozco yo tan bien: se les seca el caletre por la escasez de hembra y de agua llovediza. Tenemos el ejemplo, todavía reciente, de aquel profeta Estebanillo, de pésima memoria, a quien guarden los diablos. (Era asimismo dueño de otras tres, únicas que abrían sus puertas en la antigua villa funeraria de los marqueses de Acuario: El Bártulo, El Desván y El Bastón.)

—Cuanto más se desvía el borrego, mayor topetazo da —repuso el propietario de El Monosabio, el No Estoy y El bar Solombra, don Manuel Pardo, digo, nieto de aquel Manuel Pardo que gobernara la provincia durante siete años, después de iniciadas las guerras de independencia, como una suerte de mayordomo, todavía en nombre del último marqués de Acuario, quien había retornado, con su séquito de putas, ahijadas y sobrinas —el hombre era solterón, y con

él había terminado la estirpe— a la oceánica Galicia, la pequeña Gales, la nieta de Cornualles, madrepatria de tantos españoles, portugueses y judíos que nos fundaran una patria, así como de numerosos tontos, como rezan los chistes.

Ahora bien, el senador García de Texada no supo si el refrán había sido pronunciado para confortarlo o para preocuparlo aún más. Así que tornó a decir:

—Hasta la ardilla ciega encuentra una bellota —refiriéndose sin duda a que los falsos profetas generalmente no tardan en encontrar dos o tres discípulos, con los que empieza el baile. El número de acólitos empieza luego a crecer, como las uvas desgranadas o las cuentas de un collar que se desparrama—. Pero cada uno tiene su modo de matar las pulgas —musitó finalmente, alzando amenazadoramente el índice de una mano y el pulgar de la otra, a diez centímetros de la sien izquierda de don Manuel Pardo, quien apartó instintivamente la venerable cabeza.

Coincidía a veces con estas venerables sesiones, el resonar de una polka infinita, que brotaba de pronto del mecanismo automático de la radiola, en alguna de las noventa y nueve cantinas que regenteaban, con los papeles en regla o debajo de la mesa, estos patricios. De autoría anónima, la cantaban los Montañeses del Topo Chico, y era fama que, como la otra célebre tonada de La Llorona, nadie la había escuchado completa:

He gastado en cien cantinas
el fino oro del ocio:
sus crónicas anodinas
son ahora mi negocio.

Empleaste en La Malquerida
cambios chicos del Espolio,
pontificando en el solio
de la barra ensordecida.

Sentado en La Silla Eléctrica,
contemplas cómo se abruma
en una orla de espuma
una mosca de ala excéntrica.

En El Cangrejo Ermitaño,
un hombre levanta el ceño:
ha dado la vuelta el año
y aún no entra al Clavileño.

Bajo sus caparazones,
bebedores embebidos
salen del Paresinones,
y con los párpados lívidos

divisan el bar Placeres,
que otros llaman, con razón
o sin ella, el Salsipuedes,
como siguiente estación.

El ala de los sombreros
alinea su veleidad
con una electricidad
que paraliza sus húmeros.

En la hora cataléptica,
ya no llegaste hasta El Crótalo,
obnubilado en los ópalos
de una ebriedad escéptica.

Das la vuelta al Marte Bar
y entras al Armas y Letras,
sólo para deletrear
borracheras más discretas.

Con las manos en El Yunque
y la sien en La Tenaza,
que la euforia no se trunque
antes de llegar a casa.

La populosa cerveza
implanta su democracia,
en asambleas de afasia
donde la razón no pesa.

Miro las fotografías
donde perdura su pátina,
tercas miradas vacías
donde ebria parpadea el ánima.

La penumbra del Imperio
recibe en la resolana
ebrios del otro hemisferio
con plato y con palangana.

Entre El Dandy y La Faena
se abisman las once calles
donde aletea la falena,
componiendo un Roncesvalles.

Las casonas como osarios
crucificadas de vigas,
donde consuetudinarios
ebrios duermen entre ortigas,

demacrando los postigos,
con sus caras de difuntos,
peleando como enemigos
el alcohol que beben juntos.

El peso del teporocho
es válido en el Citrillo
por un tequila: en el Ocho
Negro completa un cuartillo

¡Quién bebiera en El Almandos,
quién en El Pistis Sofía,
otros líquidos más blandos
que nuestra "melancoholía"!

No estuve en El Gay Trobar
lo que duré en El Minuto:
por gusto no he de mirar
los desfiguros de un puto.

Aunque en la Pantera Rosa
los mozos de bacinica
pintarrajean la prosa
de su vivir con la rica

tradición monosexual
del humor más descarnado,
con la amargura y la sal
del chiste atroz bien contado.

¿Se llama De Bar en Peor
tan simpática cantina?
El paso lerdo se inclina
—el alcohol es mi pastor—

hacia los muros de tierra,
guiado por las cantigas
que suenan bajo las vigas,
en donde el humo se encierra

como un paciente rebaño
de ovejas negras que brotan,
de cabezas que se embotan
debajo del travesaño,

en el delirio sumidas;
acodados en la barra,
la gravedad los amarra
a sus sombras entumidas.

El Noúmeno es un bar
filosófico: ya toca
que la plática se apoca
cuando empieza a meditar

en voz alta un tal Camargo,
con su compadre Domínguez,
tan sutil que no distingues
—ambos son de trago largo—

en qué momento la plática
se hace diálogo platónico,
con un estilo lacónico
y una sintaxis extática.

Coges en El Seminario
la semilla del delirio,
pausadamente —el martirio
es reposo—, tabernario

que pelea con su sombra
y que se cambia de nombre,
sin que allí nadie se asombre
al no hallarlo si lo nombra.

Si pasas El Rubicón
quedarás del otro lado:
quita el sueño su tinglado,
su arco y su diapasón

y queda la piedra abrupta
sin puente, escalón ni puerta;
remontas el agua muerta
hasta recobrar la ruta.

Topaste con el Fangoria,
donde gotea la cirrosis
su apocalipsis en dosis
iguales de alcohol y escoria.

Un olor de santidad
se percibe en El Gomorra;
por entre orines de zorra,
los clientes de más edad

cruzan con las mocedades
apuestas de quién más yazga;
es sitio de rompe y rasga
a do mejor no vengades.

Peca El bar Charcos de Risa
de reírse de sí mismo,
melancólico espejismo
donde el parroquiano pisa

una silueta plateada
por el sol y por el aire:
huella su propio donaire
envuelto en la carcajada,

el espejo fragmentario
desdibujándolo en ecos,
en lodo de charcos secos,
polvo nivoso y brumario.

He gastado en cien cantinas
el fino oro del ocio:
sus crónicas anodinas
son ahora mi negocio.

—Cuando la mar se parte, arroyo se hace —dijo don Rodrigo de Río Loza, hidrógrafo graduado en el Antiguo Colegio de Minería de México-Tenochtitlan, y en los últimos tiempos administrador y arrendatario de El Trapizonda, El Beltenebros y El Tiempo es Oro, cantinas frecuentadas por viejos mineros, amigos de su padre, transparentes por la sílica. Sostenía entre sus delicadas manos un pergamino que informaba sobre el estado de las aguas mansas en el año estefaniano de 1718 y un documento sobre sus niveles actuales, en el territorio comprendido entre la Capellanía y la Estación Marte.

—De mar en mar, sin nunca llegar —dijo don Tomás Garza Felán con gesto epicúreo, rememorando

su último viaje a Chillán de Chile, ocurrido diez años atrás, cuando había tenido ocasión de remozar su bodega de vinos, sita en un sótano de la calle del Relox.

—¡Naufragar uno en el puerto! —dijo para sí mismo don Miguel de Sesma y Escudero, quien en sus décadas de soltería jamás había salido de los linderos de la provincia de Acuario. Ahora su reciente esposa trataba de convencerlo para que hicieran juntos un corto viaje a la Monclova, donde radicaban unas primas segundas de ella.

—Quien no se aventura no pasa la mar —dictaminó con índice pedagógico don Leonardo Casio Sierra y Cienfuegos, decano del Senado, sabedor del íntimo conflicto de su colega, tratando de animarlo con esas palabras, de manera oblicua, a que accediera a aquella excursión familiar.

—Por viejo que sea el barco, pasa una vez el charco —secundó con ánimo epigramático don Antonio Cordero y Bustamante, haciendo referencia al mar de polvo que separaba mejor que unía a ambas poblaciones, muerto mar de plantas chaparras y espinosas, presidido por la estentórea monarquía del Sol, que por esos rumbos no daba señales de ponerse nunca. Sin embargo, al anochecer el frío calaba hasta los huesos, como si en esa estepa interminable no se conociera el amanecer.

—Pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro —dijo don Simón Padilla y Córdoba, sin embargo, nadie entendió si se refería

al asunto particular del compungido don Miguel de Sesma, o bien a los hechos generales de la cosa pública, que de este modo tan conspicuo se dilucidaban una tarde de cada mes en aquel bello edificio, donde antaño funcionara el Casino de Santiago, famoso en toda la región de la Sierra Madre norestense.

—Mientras menos bulto, mayor claridad —dijo don Antonio Balcárcel Rivadeneira y Sotomayor, inspector de alcoholes, comentando las cuentas resumidas de la venta clandestina de mescal, que regularmente le hacía llegar el comandante Roca, y que constaban de una sola hojita (de color rosa, para más señas, el color preferido del siniestro gendarme), contrastando así grandemente con los folios y folios que acostumbraba entregar el teniente Paredes, mientras pudo, y que correspondían a las ventas oficiales que las noventa y nueve cantinas informaban por este medio al Cacicazgo, mes por mes y puntualmente.

—Cuando la cólera sale de madre, la lengua no tiene padre —enunció con voz estentórea don Juan Francisco de Vértiz y Hontanares, dueño de dos bares de baldados, tartamudos y cojos, bizcos y tembleques, que mendigaban en las plazas para liquidar sus cuentas, llamados El Traspié y El Trabalenguas. Era uno de los senadores más antiguos, descendiente de conquistadores, de los padres incineradores, de los desconsolados colonos que jamás hallarían, al norte de Mazapil, plata ni oro. De esa decepción completa, de ese saturnismo militar nacería Estefanía, con sus vicios y sus taras, de

hecho, existe todavía entre nosotros una cerveza aguada y carente de espuma, reliquia del siglo XVIII, época de los últimos gambusinos, cuya marca es Saturno.

—Barro y cal encubren mucho mal —secundólo el dueño de La Tercera Caída, don Sebastián López de Carbajal, senador también de los más ilustres, sobrino nieto de los Carbajales, viejo y mozo, que fueron martirizados por la Inquisición en Ciudad Incesto, en una fecha que aquella inverecunda ciudad ya ni siquiera recuerda, revolcándose como se encuentra continuamente en el cieno de un futuro hipócrita, como la apostrofase oportunamente y en su momento el profeta Estebanillo.

—Con arte y engaño se vive la mitad del año; con engaño y arte, la otra media parte —terció todavía don Gaspar de Alvear y Salazar, con sus apergaminadas mejillas teñidas de un encantador tono rosado. (Era dueño de El Pie Izquierdo, estrambótico bar de zurdos, donde los tarros de cerveza eran servidos y cobrados por la derecha, para dar tiempo al parroquiano de buscar las monedas en su alforja.) El jubón de terciopelo resguardaba eficazmente esa garganta, para que pudiera gritonear en cualquier momento sin peligro de una desgarradura.

Los tres indignados caballeros se referían sin duda a algún crimen de índole sexual, cuyos detalles por pudor callaban, sin embargo, era muy probable que se tratara del caso de Mildred —Camargo y el vate Domínguez la llamaba Ishtar—, la adolescente desnu-

dista del cabaret Egipcio, quien fue estrangulada en su propio departamento, y en cuyo ser, trayecto y circunstancias finales se había involucrado nada más y nada menos que al teniente Paredes, como principal sospechoso, por obra y maniobra de Narcisa Llerena, su enemiga jurada, y ante la patente indiferencia del Cacicazgo, con el propósito más o menos velado de desterrar al policía a su nativa Ciudad Incesto.

—Badajo de campana, si florece, no grana —siseó don Manuel Antonio Bustillos y Cevallos, haciendo una señal obscena con los dedos, dedicada tal vez al policía cuáquero, a quien no detestaba menos: si al comandante Roca por marica, a éste por puritano, y porque jamás había visto su insulsa catadura, en los dos años que llevaba de servicio, en las recepciones de los viernes, día de Lilith, en el susodicho cabaret. En realidad, el teniente se había guardado muy bien toda su vida, y continuaría haciéndolo, de profanar el vestíbulo del sabbath.

—En la boca del discreto, lo público es secreto —musitó con cautela don Antonio Cordero y Bustamante, su amigo de francachelas. A decir verdad, ambos ancianos habían disfrutado con largueza, bien que muy en sus maneras invernales, de la lozanía y el encanto de Mildred, en las entretelas de aquel desplumadero donde sus respetables canas ensayaban segundos y aun terceros vuelos.

—Carrera que no da el caballo, en el cuerpo se le queda —musitó aquél con cierto candor, con el torso

erguido y pasándose el dorso de la mano por una mejilla ligeramente empurpurada. Ambos ancianos habían sido compañeros de parrandas del gran Santiago Autógeno, quien solía cancelar las sesiones del Senado, como si faltaran pretextos a su real gana para trasladarse todos a los salones forrados de corcho de aquel antro de postín, llamado también El Saltillo, que es otra de las palabras con que designamos el acto sexual, silencioso como una tumba, repito, sito en los umbrales del barrio de Mictlán.

—El hombre es fuego, la mujer estopa: llega el Diablo y sopla —concedió el senador Cordero y Bustamante, como una disculpa que beneficiaba a ambos. Tanto él como su amigo habían testificado la noche en que el cacique conociera a Judith Albéniz, una moza recién llegada, quizá de Palomas, acaso de la Hacienda de Baco, pero en todo caso tan joven y tan desamparada como la hoy infortunada Mildred, cuya sangre núbil acababa de verterse, sin embargo, aquélla había tenido mejor suerte que su viejo benefactor.

—De cuero ajeno, correas largas —concluyó micer Bustillos y Cevallos, refiriéndose sin duda al teniente Paredes, no obstante ser su malqueriente: en el Senado de Acuario solía privar la justicia, sobre todo en aquellos puntos donde la autoridad del Cacicazgo no se manifestaba, vacilaba o quedaba en suspenso.

—Bachiller en artes, burro en todas partes —sentenció lapidariamente don Enrique Dávila y Pacheco, cuyos antepasados habían estado vinculados

al gran Baldo Cortés, primer cronista de Estefanía, por lazos de amistad, parentesco político y negocios comunes. Al presente, era enemigo mortal de maese Tomás Fontes, de quien decía que había usurpado el cargo de cronista general, gracias a su sospechosa relación con el tercer Santiago, postrer miembro de la familia Amarillas y cacique en funciones. El último informe que nos ha enviado el Visir, acerca de la política educativa en el exarcado de Acuario para el próximo sexenio, está lleno de imprecisiones demográficas, obsesiones doctrinarias y generalizaciones gratuitas. ¡Qué diría don Dionisio García Fuentes, tío y maestro suyo en el Ateneo, de cuyo ilustre apellido la institución tomara nombre, si pudiese ver estas ramplonas fojas, que parecen pergeñadas en una zapatería positivista! (Sin embargo, el desprecio que sentía por el bachiller Urbano Urbina, director de *El Guardián de Estefanía,* era uno de los enigmas mejor guardados del pueblo: no tenía límite, explicaciones ni tasa.)

—La habilidad del barbero consiste en dejar patilla donde no hay pelo —secundó don Antonio Deza y Ulloa, quien, al igual que micer Dávila y Pacheco, caballero pedagógico, había fungido como director del glorioso Ateneo Fuente, antes de que el claustro fuera conocido con el nombre, insultante y vejatorio para ellos, de "Ateneo del señor Fontes". Ilustraba quizá con su comentario la proverbial habilidad que tenía el cronista, doblado de visir, para hacerle ver al cacique el mundo que él deseaba, con los colores y los

rasgos que eran de su conveniencia, hasta el punto de que la opinión pública de Estefanía, y de la provincia de Acuario toda, pensaba que el póstumo Santiago no veía más que a través de sus ojos, que aquel anciano letrado era prácticamente la "niña de sus ojos".

—Bocado de mal pan ni lo comas ni se lo des al can —terció con ánimo cómplice don Rodrigo de Río Loza, aludiendo a su vez a la maña, también famosa, que tenía el doctor Fontes para engordar su hacienda particular con las pajas y aun las vigas del erario del antiguo Marquesado.

—Un asno cargado de oro sube ligero por una montaña —matizó sin embargo don Antonio Cordero y Bustamante, ponderando de ese modo el sitial y predicamento de que gozaba Fontes Gato y Ralea, senador honorario, maguer los comentarios de sus enemigos y aun de sus amigos (por sobre todos el propio Urbina, cuya envidia y doblez no eran desconocidas de aquél) procurando asimismo con ello traer a sus colegas al incómodo terreno de la realidad.

—Fortuna y aceituna, a veces muchas y a veces ninguna —musitó don Gaspar de Alvear y Salazar desde su escaño, con las pequeñas manos entrelazadas en la boca del estómago, más con resignación que con envidia, más con prudencia que con grima.

—Cuando el arriero vende la bota, o sabe a pez, o está rota —exclamó el denodado don Lope de Cuéllar, uno de los pocos senadores que se habían abstenido de adquirir franquicias tabernarias, y quien se distinguió

durante su juventud en la Guerra de los Indios, la otra actividad militar permanente de la nación acuariana, además de las guerras civiles; con tal dictamen, referíase el bilioso anciano al decreto enviado por Santiago Amarillas, mediante el cual ponía en venta, con ventajosas condiciones, ciertos esteros lodosos y fincas de adobe situadas a la vera del arroyo del Santo Cristo, en el barrio de Mictlán, adscritas en otro tiempo al patrimonio de su familia.

—En arca del avariento, el diablo yace adentro —apoyó el animoso don Lope de Sierra, su tocayo, otro veterano de las guerras contra los naturales, que habían durado sus buenos dos siglos: así pues, el doble de tiempo que las guerras civiles; por éstas y otras razones, ambos caballeros habían sido, durante sus mocedades, muy bienquistos entre las damas.

—Quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan —comentó, más sensato, don Lorenzo Casio Sierra y Cienfuegos, para que recordaran ambos los despojos que había sufrido el patrimonio del Cacique en los últimos meses, sobre todo en ganado menor, precisamente en aquellos esteros, por mano de ciertos cuáqueros abigeos originarios de Ciudad Incesto.

—Ahora bien —rememoró don Antonio Bustillos y Cevallos—, ¿esos terrenos no estaban bajo el cuidado personal y directo del teniente Paredes?

—Manda y descuida: no se hará cosa ninguna —repuso don Jacinto de Barrios y Jáuregui—: ¿quién nos dice si ésta no es la causa por la que el Gobernador

se manifestó tan sordo y desentendido del destino del policía regiomontano? Por lo demás, él estaba demasiado ocupado con la moral pública de Estefanía como para vigilar unos esteros lodosos donde pastaban unas cuantas vacas y asnos.

—El ánima sola ni canta ni llora —dijo don Joseph Azlor y Virto de Vera, descendiente directo del segundo marqués de Acuario, quien gozó de semejante dignidad tan sólo dos años acuarianos, entre 1719 y 1722—: ahora el policía evangélico debe sentirse más solo que nunca, solo y sin misión que lo enaltezca, a punto de ser devuelto a sus lares, donde se rodeará otra vez de pura gente de su clase, en las lodosas callejas de Ciudad Incesto.

—Huir del fuego y caer en las brasas —dijo don Simón Padilla y Córdoba—: como todos sabemos, la moral de nuestros vecinos no es impoluta. ¿A quién pudo ocurrírsele que las familias pueden conservar intacta su virtud casándose sólo entre ellos?

—El amor y la fe, en las obras se ven —tornó a decir don Joseph Azlor, ahora con sorna; era un viejecito esmirriado y pálido, apenas un puñado de ceniza de lo que había sido su ilustre y grande familia.

—Cuando te dieren el anillo, pon el dedillo —secundó con sorna no menor don José Costilla y Terán, nieto por la vía natural de aquel cura prendido en la circunscripción de Capellanía, hacia 1817—: en los últimos tiempos se empieza a rumorar que en Ciudad Incesto se han multiplicado los sodomitas.

—Para conservar la amistad, pared en medio —dijo con tono prudente don Joseph Virto de Vera; llevaba una vida oscura y más bien mediocre, con las mermadísimas rentas que quedaban de su otrora espléndida y liberal estirpe; había aceptado el cargo de senador hacía menos de un año, a sus setenta y seis bien cumplidos, con notable modestia, casi con pudor. Era la única actividad que lo hacía salir de su ruinosa casa de la calle de Bravo, por donde Agustín Jaime hacía caracolear su caballo, una tarde de cada mes.

—Cada uno en su casa, y Dios en casa de todos —dijo con un suspiro descomunal, empleando su barriga como tercer fuelle, don Pedro de Rábago y Terán—. Le gustaban estas reuniones vespertinas, en el antiguo Casino de Santiago, lleno de ecos y de fantasmales risas de muchachas que se habían convertido en uno de los placeres más sustanciales de su vejez. Por falta de un amén que no se pierda un alma.

—Camínese a la gloria por Palacio; a la fortuna, por el comercio; y a la virtud, por el desierto —dijo a modo de respuesta don Jacinto de Barrios y Jáuregui, citando de memoria un proverbio chino—: gracias al buen Dios de los apaches y a Nuestra Señora Doña Estefanía de Montemayor, que en esta ocasión no hemos tenido que soportar la presencia de micer Tomás Fontes Gato y Ralea, y que no llegara como el mes anterior, escoltado por su escudero Urbano Urbina, con los consabidos decretos del Gobernador, inventando algún ingenioso gravamen sobre pinturas, caballerizas

o mozas de placer, o ya de plano solicitando empréstitos a Nos, la autoridad suprema de esta provincia, al menos mientras no retorne un vástago legítimo de los marqueses de Acuario.

—Pastor que pide por dos, pide por Dios —agregó con sorna don Antonio Cordero y Bustamante, queriendo subrayar con ello la fama que tenían ambos, el tercer Santiago y su visir, de sincronía de mano y abundancia de recursos de ingenio, al menos en lo tocante a esquilmar los bolsillos de la moribunda aristocracia de Estefanía y del exarcado en su conjunto.

—Quien presta a un amigo, cobra un enemigo —sentenció con escueta prudencia don Miguel de Sesma y Escudero, tránsfuga de la soltería y casado nuevo.

—Hay tres clases de sudor: el de la enfermedad, el de la estufa y el del trabajo, que es el mejor de todos ellos —pronunció el valeroso don Lope de Cuéllar, citando por su cuenta un proverbio judío, sin duda herencia de algún añejo antepasado, y golpeando su entrepierna con el bastón, nostálgico todavía de la espada—, pero lo que son ambos dos, ni conocen el sudor del puchero en la conyugal estufa ni el de alguna enfermedad solícitamente curada ni mucho menos el del trabajo arduo, que ennoblece el trato nocturno con la propia mujer, como reza el Talmud en una de sus más hermosas páginas.

—En tres piedras de toque se prueba al hombre: en las riquezas, en el mando y en la adversidad —secundó

el no menos pundonoroso don Lope de Sierra, citando por su cuenta un proverbio árabe, que sin duda había galopado desde su cráneo hasta su lengua a través de los siglos, desde el pedregoso y oxidado yelmo de alguno de sus muy bravos antepasados, escuderos de pro en las lides de la reconquista.

—El amor y el buñuelo han de comerse en caliente —suspiró otra vez don Miguel de Sesma, entrecerrando sus hinchados párpados, y presintiendo sin duda, por el fresco de la noche, que se avecinaba la hora de la cena, y con ello el solemne cierre de una sesión más del Honorable Senado de la Provincia y Antiguo Marquesado de Acuario.

Monólogo en el bar Pistis Sofía

Voy a mí y me devuelvo. ¿Hasta qué punto soy real? El alcohol y el sueño me reflejan como ríos paralelos, como enfrentados espejos. Es agua turbia, que fluye y respira, sin dibujar ningún rostro. Salgo de uno para bañarme en el otro. Entonces una voz opaca me llama por mi nombre: "Vente, no te quedes". La voz llega de la infancia, mientras afuera llueve. Una pantalla de lluvia amoratada cubre el sol del poniente.

¿Hasta qué punto soy real? También entonces me hacía esa pregunta. El niño ignora su identidad. Sólo la madre la sabe, pues ella le puso un nombre: "Vente, no te quedes". Sin embargo, era ella quien se había ido. Desperté en esa luz parda, que era como un cristal puesto entre la lluvia y la noche. El espejo del armario se bebía esa luz. Mi cabeza reflejada de frente flotaba en esa luz recién llovida. Antes del miedo, sentí el vacío. Se abrió en mi estómago como una flor transparente. Una flor sin aroma, fría como la lluvia. El miedo se instaló segundos después, como una telaraña cubriendo la flor. Ahora estaba solo, entre el espejo y la lluvia.

Salté de la cama. La puerta y la ventana estaban abiertas. Abierta la puerta del armario. La callecita era de piedra empinada, como una escalera silvestre, sin pulimiento. Como sucede en algunos sueños, no había una cosa viva en derredor. Ni mujeres ni perros ni pájaros.

Igual que en esas películas de escaso presupuesto, en blanco y negro, donde no se mueve una hoja ni trina un canario ni pasa un transeúnte. El pirul de la escuela primaria parecía más bien la sombra de un árbol, quieta y sin peso. Corrí calle abajo, descalzo. La callecita empinada terminaba en una casa donde se habían concentrado todos los hombres y mujeres del vecindario. Miré por la ventana abierta el perfil de mi madre, rezando. Al centro de la sala había un hombre tendido sobre una cama. Recién bañado, con una camisa y un pantalón limpios, descalzo. Era el esposo de la vecina, un minero muerto en un accidente esa madrugada: había caído de nuca al fondo del tiro, como quien cae de espaldas en el sueño más profundo de todos.

La lluvia es un espacio neutral, donde caben y se intercambian los tres tiempos. Mejor dicho: el espacio lluvioso es un pavorreal que despliega simultáneamente una gran variedad de gradaciones del tiempo: prototiempos, subtiempos, contratiempos, tiempos previos, tiempos sumergidos, tiempos incesantes. La identidad se fractura y transcurre en ese arcoíris temporal. Es un diente de león plantado en un punto del espacio que siempre será el centro. ¿Hasta qué punto soy real? La identidad de Domínguez, por ejemplo, está compuesta por tres rehiletes que giran al unísono, en direcciones encontradas: José Flamingos, el profesor Saltamontes y él mismo. La identidad de Jimena Paredes era un muro blanco golpeado por el sol: un antinirvana, un mero deseo de escapar, de no estar ahí cuando otro

—yo algunas veces, su padre casi siempre— la solicitaba. La mía es un cúmulo de palabras, forjadas por Tomás Fontes o por el propio Domínguez, en las arenosas páginas de su novela interminable. ¿Cuál es la identidad de Pico González —oh, pobre esqueleto padroteado por el alcohol—, en el punto más bajo o en el más alto de esa rueda de la fortuna que es su permanente borrachera? Soy también una sombra de alcohol, una sombra chinesca, por las callejuelas del barrio de Mictlán cuando regreso a mi casa, a las tres de la madrugada. En el bar Armas y Letras, don Genserico —¿por qué todos los cantineros de Estefanía tienen nombre de reyes visigodos?— muele un falso alcohol, un aguachirle de sombras. Y la radiola empieza a recitar, de súbito:

Pasa Jaime Augusto
por calles de Bravo
al bar, donde al cabo
muere más a gusto.

Sobre su caballo,
como un muerto vivo
que pierde el estribo
en lento desmayo.

Año 33
del mes de noviembre:
el invierno siembre
su nombre y su prez.

Canto su corrido
si bien les conviene,
mientras que no viene,
ya que Jaime es ido.

Sospira su labio,
la espuela refrena
cas de las Llerena,
donde sufre agravio.

Ángelas gemelas,
Virginia y Narcisa,
van juntas a misa
portando sus velas.

Bocas paralelas,
Narcisa y Virginia,
mirada abisinia
de sus trasabuelas.

Narcisa es ginebra
y Virginia absintio,
en vaso corintio
bifronte culebra.

Flecha de dos puntas
sostiene Cupido,
pues ha distinguido
las hermanas juntas.

Jaime Augusto baja
por calles de Bravo,
al bar donde al cabo
tejen su mortaja.

Un amante ciego
sobre confundido,
extravió el sentido
con este trasiego.

Ni éste ni Augusto
saben a quién buscan;
ambas les ofuscan
los ojos y el gusto.

Un duelo de celos
turba la cantina:
matan sin inquina,
muertos paralelos.

Privan en el bar
soledad e ira:
el espejo mira,
no quiere mirar.

Suben las Llerena,
cada tarde, a misa;
apuran sin prisa
una vida ajena.

Ni una ni otra abriga
emociones propias;
entrambas son copias
que el ojo fatiga.

Copias simultáneas
sin original;
al sol inmortal,
sombras instantáneas.

Virginia es Narcisa,
Narcisa es Virginia;
el alma geminia
las ata indivisa.

El curso introductorio a los desórdenes del sueño no fue en realidad sino una tentativa más por atrapar mis huellas, así sea marcadas en la corriente del dormir. Un *cursus pro domo sua*, podríamos decir. Don Azuceno Orendáin, bibliotecario del Ateneo, jamás entendió mi verdadero propósito, ni pudo proporcionarme la bibliografía requerida. Curioso hombre, por lo demás: toda su supuesta erudición se reducía a recitar la lista oficial de los caídos en la batalla de Aguanueva —no son menos de cinco mil—, la única ocasión en que derrotamos a la República de la Estrella Solitaria: fatigosa recitación llevada a cabo durante las fiestas públicas del señor Fontes, a las que acudía a veces el gobernador Amarillas, rodeado de los miembros del Senado de Acuario:

estas son las únicas fechas del año en que el cacique saluda personalmente a su Fascio de espectros.

La otra noche soñé que también yo moría. Me contemplé en el féretro, en la sala de la casa materna, donde estaban dispuestas cuatro sillas malinche en los cuatro puntos cardinales. Me veía mirarme a mí mismo, a través de mis párpados de cera. En las sienes, de cera también, había cesado todo temblor y zumbido de sangre. Pero el espejo cuajado de laureles de plástico no reflejaba el ataúd. Tengo la impresión de que los momentos esenciales del mundo escapan siempre al espejo: éste no registra más que objetos y situaciones ilusorias, banales, sin peso. Lo que se llama "objetividad" en el pobre lenguaje de los técnicos en refrigeración, verbigracia. Ni la reflexión ni la memoria pueden resucitar esos minutos trascendentales. ("No hay que mirarse demasiado vivir —aconsejaba Chamfort—: yo pienso que es más fácil mirarse morir, inclusive en la vigilia.) Cuando la realidad aflora, no hay cosa que la duplique, que la socave, que la haga superficial. Respecto de este mi sueño, los alumnos del curso no aportaron sino opiniones inciertas. Mandrágora Lafragua sacó implicaciones sexuales que sólo ella percibía: la sensualidad de un cuerpo que no se reflejaba, que era sustancia pura, sin sombra ni calor: un cajón de hielo donde ella misma podría acostarse para apagar las brasas de su cuerpo, en un acto de vampirismo por la piel. Jimena Paredes trajo a cuento la imaginería de la Biblia referente a la muerte sin redención, y

hasta habló de un gólem en la antesala del Gehenna. Pero en el espacio de mi desaparición no había deudos ni plegarias ni lágrimas. Era noche temprana: uno que otro curioso asomaba por la ventana y miraba los cirios y mi cara verdosa bajo la tapa abierta. Era yo el centro de una fiesta desairada, a la que nadie había acudido. A cambio de mi ausencia en el espejo, manteníase transparente la conciencia de mi ámbito. Al parecer, una persona que se refleja pierde la mitad de su alma: "mirarse vivir" nos quita la mitad de la vida; mirarse mirar anula el acto de la mirada. Como los vampiros, yo estaba hundido en la duermevela de una muerte a medias, con el cuerpo paralizado pero en completa posesión de mis facultades.

¿De qué otra manera percibimos el mundo, sino a través de una cortina de lluvia, rayada de cuando en cuando por el arcoíris de la iluminación? En la cantina solitaria, en la contraluz que se bebe el espejo, hago mi propia autopsia. El ojo que admira y se mira gira como un heliotropo, se abre como un pavorreal para registrar con mil ojos el satori, el tesauro de las apariencias. El espejo es una lámina de aguardiente: atl tlachinolli. El olor de serrín y de lejía, de limón y de alcohol, impone en el bar un ambiente monacal. Don Chilperico, el cantinero del bar Pistis Sofía, tiene un pedazo de esparadrapo en la mandíbula. La noche anterior tuvo que sacar a unos borrachos con la sola fuerza de su brazo: percíbese todavía un espectro de violencia estática en la accidentada disposición de las mesas y las sillas.

Así murió el vate Ruiz Higuera, de un botellazo en la sien, proveniente de todas partes y ninguna, de un parroquiano simultáneo, mientras corregía su último soneto. Creo que esto aconteció en el bar Groucho, donde reina desde hace muchos años una permanente penumbra. Uno entra a mediodía, deslumbrado por el sol, y apenas distingue la silueta del piano, como un catafalco adosado a la barra. El aparato de radio, eternamente sintonizado en Radio Alameda, con su delicuescente verborrea aumenta la sensación de soledad. Aunque transmite a dos cuadras de allí, se capta como si fuera una señal periférica, como si llegara desde Ciudad Incesto. La voz del locutor, legañosa y anacrónica, se mimetiza a veces con la de don Recaredo, el cantinero, quien repite en voz alta palabras de aquél, sus estribillos y frases de batalla, que ha aprendido de memoria para aliviar el tedio. No sólo él, todos hemos visto al fantasma del mediodía, un hombre de silueta desgarbada, de gastado traje, que entra algunos días, exactamente a las doce, y pide permiso de usar el excusado. A todos nos consta que el caballero del zenit jamás sale de los urinales. La cantina suele estar sola, en la mañana y en la tarde, desde las cinco de la madrugada en que abre, hasta las nueve de la noche, hora del cierre. El fantasma del Ángelus no torna a salir, sin embargo, cuatro o cinco días después, entra de nuevo y pide permiso de usar el excusado. Los parroquianos creen que se trate del vate Ruiz Higuera —en la penumbra, nunca se ve su cara, pero tiene la misma

complexión— que regresa a reclamar muda y reiteradamente su absurda muerte.

Mi perfil en el espejo del bar Pistis Sofía semeja mi nahual o mi esqueleto. El tiempo se acumula aquí, en su inanidad y despropósito, como en el bar Groucho, a diez calles de distancia, y como en el resto de las cantinas del pueblo. ¿Fue la noche de ayer cuando don Genserico se enfrentó con su impávido brazo a aquellos vestiglos del sotol, fue hace una semana, o se trata de un hecho de armas que todavía no sucede, o no al menos en el bar Armas y Letras? Debajo del esparadrapo brilla la huella del navajazo como un surco plateado, lleno de pelusilla, como una herida reciente que está a punto de podrirse o de abrirse por vez primera. Igual sucede con el cadáver ambulante que solicita el excusado a don Recaredo, en presencia de uno que otro parroquiano. La rotonda de fantasmas corre por los carriles del tiempo en distintas direcciones a la vez. La memoria del alcohol es concéntrica: un día cabe en el otro, una noche sale de la otra, desquiciada. En el huso de la noche se ensartan días brillantes como gusanos, alígeros como mariposas. En la luna del insomnio se reflejan las noches derrotadas, avergonzadas, mutiladas. El cúmulo del tiempo se asienta, con sus tres caras, en estas cantinas tutelares, donde dejamos nuestra identidad, a donde regresamos para recobrar el alma.

La cortina de alcohol está puesta en el umbral de la conciencia que separa al sanctorum del sancta-

sanctorum, donde está la identidad. El otro y yo nos miramos a través de la opaca cortina, nos buscamos, intentamos reconocernos. La imagen de ambos en el alcohol, contrapuesta, forma una tercera persona, de manera que los actos del borracho no son imputables a este mundo ni al otro. En el filo de la navaja de alcohol, la trémula sombra caracolea, se encabrita. El combate campal de los borrachos, un sábado por la tarde, que arrojó como saldo un solo cadáver, el del vate Ruiz Higuera, fue así una reyerta simbólica que dejó un muerto legendario. El hombre que entra al bar Groucho y solicita el excusado, en realidad va en busca del soneto corregido aquella tarde postrera, si continuamos con semejante teoría. Lo busca en el cesto de papeles, pero también en los vericuetos del tiempo, en cuyas laberínticas paredes esas letras aspiraban a quedarse grabadas. No quedaron inscritas, tampoco, en el serrín del piso, que don Recaredo hubo de retirar junto con el reguero de sangre que emanaba de la sien izquierda del vate. El soneto de rimas truncas quedó resuelto así en el erudito remolino del tiempo.

Algo semejante sucede con la herida del cantinero del Pistis Sofía, debajo del esparadrapo. Tal vez se lo adhirió a la mandíbula previendo una riña futurible. Mi perfil en el espejo —ese altar al yo duplicado, despedazado, presente en todas las cantinas— está sumergido también en el remolino del tiempo. La lámina de la conciencia se adensa y se comprime hasta ajustarse a la pupila adormecida. Gotea como un líquido

en el caracol de la oreja, cuya función se ha reducido a mero sentido del equilibrio. Se aposenta en las sienes como un piquete de abejas negras, invernales, aturdidas. Se pega al espejo como un holograma. El perfil de don Genserico *vaiviene* por el espejo horizontal del tamaño de la barra, puesto entre ésta y la estantería. Se sirve un caballito de hojasén y lo bebe de un trago. Sus ojos enrojecidos se empañan por unos segundos, luego parecen cobrar vida. En ese momento comienza, atronadora, la voz de Agustín Lara cantando "Santa" en la radiola automática. El cantinero del Pistis Sofía bebe más que todos sus parroquianos juntos: ellos entran y salen, él se queda, y es mejor púgil que la mayoría de ellos, pues debe defender la integridad del alcohol puesto bajo su guarda con la sola fuerza de su brazo. No obstante, es bonachón y amistoso con los hombres de alcohol y de paz que frecuentamos la barra. Conoce los gustos de cada uno, así como nuestros estilos, la manera de estar sobrio y de embriagarnos. Asimismo, interpreta las distintas maneras que adopta la resaca, ese unánime animal de mil cabezas doloridas, de mil estómagos vacantes, según el día, la hora y el parroquiano de que se trate: es así como puede combatirla y reducirla a boba alegría, a inofensiva euforia, con la sola fuerza de su brazo, con los toneles de alcohol puestos bajo su resguardo.

No hay radiola en el bar Groucho. Sólo los viernes y los sábados puede escucharse el piano tocado por algún cliente culto. Muchas veces es el cocinero quien

ocupa el taburete frente al teclado, entre las cuatro y las siete de la tarde. Ese cocinero y mesero, que más bien tiene aspecto de torero. La camisa blanca y el pantalón negro, muy ceñidos a su delgada silueta, le dan un aire de concertista, cuando inclina la cabeza entrecana sobre el teclado, iniciando con dedos artríticos un tango de Agustín Lara. La clientela está compuesta por profesores del Ateneo, en mangas de camisa, quienes matan la tarde hablando sobre temas medianamente ilustrados. En poco se distinguen de los demás parroquianos —oh, la democracia del alcohol—, que se arraciman a la misma hora en los cubiles del centro, escapando del sol y sus demonios. Conversaciones que son un flujo y reflujo de palabras adormecidas, inanes como la espuma de la cerveza en una botella muerta, que ha perdido su ángel, su espíritu después del cuarto trago. El fantasma del Ángelus, que puede llegar cualquier día, se abstiene de entrar los sábados. Ni siquiera el sonido del piano, grato a vampiros y almas en pena, según las películas mudas del cine Hipnos, logra socializarlo. Fue en medio de esas compañías medianamente ilustradas que el vate Ruiz Higuera fue ajusticiado, un sábado por la noche, cuando la clientela de las cantinas se desplazaba y se confundía, como un rebaño de ciegos semovientes, y el bar Grocuho se encontraba tomado por borrachines asiduos a otros tugurios. Por lo demás, fue un accidente, en semejante noche no podía ser más que un accidente: el azar arma el brazo inclusive de un amigo en el momento más inopinado. Por lo demás, sólo

el maestro podía concentrarse en un juego capicúa de sílabas, acentos y consonantes mientras el trío norteño acuchillaba con acordeón y saxofón el ataúd abierto del piano. Quizá el proyectil arribó a su sien izquierda al mismo tiempo que la última rima que le hacía falta. El botellazo llegó de ninguna parte y de todas, como la propia musa durante el trance de inspiración.

El resto de la semana, la cantina está vacía como una cripta, y sólo se escucha el aparato de radio, encima del catafalco del piano, aureolado por las moscas. El fantasma del mediodía arriba y camina hasta los excusados, mientras el cantinero se adormece entre la voz cansina, entrecruzada de los locutores de Radio Alameda y Estéreo Estefanía (llamada así porque funciona en un antiguo depósito de leña), las dos estaciones de radio del pueblo, que continuamente se enciman por alguna falla técnica a lo largo del día y de la noche. En la voz, en la nuez de Adán, en el arpa vocal, donde cuerpo y alma se juntan, el lenguaje articula misterios bufos y enigmas de tres centavos. El silencio es preferible a aquellas dos siniestras opciones.

El alcohol es una estación perpetua que combina el hielo y la llama, memoria y desesperanza, altanoche y zenit, cuerpo y sombra. Don Genserico, como tantos otros monjes del alcohol, así lo entiende. Por eso su manera de estar en el mostrador del bar Pistis Sofía resulta atemporal. Su perfil en el espejo cagado por las moscas, entre laureles de plástico, es una combinación del perfil de un vampiro que se levanta con el de

un cadáver que desciende al túmulo de espaldas. Bajo el pálido sol del alcohol, el cuerpo se reencuentra con su sombra, sólo para disolverse después en un remolino de apariencias. En la opaca pantalla del alcohol, el cuerpo del vate Ruiz Higuera se reincorpora en la escuálida figura del vate Domínguez. La fusión puede ocurrir en la penumbra del bar Groucho, a la hora del Ángelus, o en una habitación del Hotel Mundial, a las tres de la madrugada. La lupa del alcohol agranda o empequeñece los tiempos. Prolonga un segundo hasta el límite de la eternidad; la eternidad se concentra, con todas sus vacuas cualidades, en el límite de un segundo. Así el desierto es igual en cada grano de arena, y el Purgatorio en cada gota de aguardiente servida en las noventa y nueve cantinas de Estefanía.

El alcoholismo es el deporte más practicado entre nosotros. Apenas es igualado por el otro de confesarse en voz alta en las naves de Catedral, de acuerdo al rito estefaniano, poco antes de que caiga la noche. Mujeres y hombres practican ambos —en las iglesias y en las cantinas—, movidos por un supersticioso pánico a la noche que comienza. Son largas las tardes en las cantinas, a la orilla del tiempo, en los recodos de ese turbio río unánime, bajo la luz opalina que brota de los espejos, esas claraboyas por donde penetra, fragmentado, el sol del vacío. Se trata de una fiesta que no termina, que nunca acaba de empezar. El olor de los mingitorios, curvados como caderas de muchachas, se revuelve entre las aspas del ventilador, que cortan

sólo aire caliente, jirones de humo de tabaco, olores de vinagre, de lejía, de serrín mojado.

Los parroquianos semejan en sus sillas derrumbados maniquíes morales. Tras la cortina de alcohol está el país de la infancia, plano y borroso como una fotografía. Se encuentra asimismo el país de la vejez, como un mapa de orografía accidentada. Don Fausto Morales se desplaza entrambos, desde que el sol empieza a calentar hasta que la luna, fulgiendo sobre sus viejos huesos, lo hace marchitarse al finalizar el día. Es un hombre pequeño, de paso temblorino, de esqueleto de pájaro. Su pequeña boca desdentada se aguza como un pico para beber nueve o diez perlas de tequila en cada sorbo. Invirtió algunos años de su juventud buscando diamantes en la Zona del Silencio. En esa *terra incognita* situada en los límites de la provincia de Acuario, ese *non plus ultra* de los marqueses, del coronel Puebla y de la familia Amarillas, triángulo desértico que semeja un agujero cósmico, o el lecho de un meteorito derrengado hace cientos de miles de años, donde la luz del sol es fría todo el año, donde jamás parecen las estrellas, lecho de un antiguo lago de agua salada, lugar misterioso donde algunos aseguran existe una puerta para bajar al centro de la tierra, estero donde se interrumpen las señales de radio y donde la voz apenas se escucha sofocada, donde los pies del explorador se hunden en una arena negra: tal era el territorio adonde la audacia y la inexperiencia de don Fausto Morales había llegado en busca de diamantes, de zafiros, de perlas negras.

Hasta este momento, las luces de su entendimiento no parecen todavía empañadas. Hombre de principios, jamás invierte un centavo en sus borracheras. Con flexible dignidad —las pequeñas manos cruzadas por detrás, el relamido pelo cano, inclinando la pequeña cabeza de pájaro— se acerca a conversar con toda suerte de parroquianos, quienes invariablemente terminan pagándole hasta la última copa. Conoce las noventa y nueve cantinas de Estefanía —las públicas, las privadas, las clandestinas, las hipócritas, las pesadillescas, las nostálgicas, las de mala muerte y las de buen tránsito— mejor que el mismísimo Pico González, o que el omnisciente inspector de alcoholes designado cada seis meses —para combatir toda suerte de complicidad y de corruptelas— entre los miembros del Senado de Acuario. A las diez de la mañana sale de su casa, recién duchado, con el pulcro saco y la corbata de flores, y sube a pie por toda la calle de Xicoténcatl, que conduce directamente al bar Groucho. Tiene costumbres de solterón empedernido, de viejo renegado que jamás ha comprometido su libertad. Salido del baño, enciende el primer Alas. Después del magro desayuno que su pequeño y maltratado estómago puede aceptar, la sombra del tequila Cuervo —el que se bebió en la noche, el que está a punto de beberse— empieza a planear sobre su cerviz de gorrión entumido. Mujeres en pantuflas barren las hojas ocres de las aceras mojadas. Don Fausto Morales suele ser la primera silueta que se perfila en el brumoso espejo del bar Groucho, a las seis

de la madrugada, cuando lo despierta una resaca insoportable, o cuatro horas después, cuando el impávido sol se desploma sobre sus estoicos hombros. Tampoco él es el fantasma del zenit, pues entra hacia las diez y media y se marcha una hora después, para seguir su cotidiano ceremonial de cantinas. Procura no molestar más de una hora a los dadivosos parroquianos, que de esta manera sólo tienen que invitarle, y siempre con gusto, dos o tres copas.

El alcohol es puente de bruma entre infancia y vejez. Se apoya en el islote de la adolescencia, que es mezcla de ambos estados. A los diecisiete años, todos padecemos una suerte de senilidad precoz: la existencia parece agotada, la soledad es sólida como una lápida. La nostalgia del caos, la esperanza del vacío son sentimientos que predominan. Don Fausto, con su moral de solterón, personifica a este infante envejecido, que persigue sus juguetes hasta el abismo de la muerte. Hace tiempo que las mujeres en cuanto tales —animales de ocio y lascivia— se borraron de su memoria. Ya no las mira tal vez sino como maniquíes que han bajado del escaparate para anunciar de viva voz sus mercaderías —joyas, ropa, zapatos— entre los transeúntes. (Sin embargo, a pregunta expresa de los parroquianos socarrones, abomina de la homosexualidad, a la que considera la peor de las desviaciones, más reprehensible aunque el incesto o la necrofilia). Juntar los tres tiempos —niñez, adolescencia, vejez— en el espacio unívoco y resbaladizo de una cantina

(cualquier cantina) no parece haber sido difícil para Morales. Uno de los mayores sueños del niño consiste en volar: él levita a unos centímetros del suelo, entre el bar Groucho y el Pistis Sofía, temprano por la mañana. Regresa de noche a su solitario hogar, caminando encima de una línea de vapor que sólo él mira ("es un milagro llegar a casa cada noche", suele comentar al primer parroquiano que lo invita a beber por la mañana). En el umbral del dormir, ya sobre la cama, su escuálida figura, envuelta en el diuturno traje, levita hacia atrás, angosta como un catafalco, internándose en el sueño por la cúspide de la cabeza.

"Madre, por qué no me enseñaste a defenderme": tales palabras quedaron escritas con vaho en el espejo aquella tarde, mientras afuera llovía, mientras la lluvia se desplazaba alternativamente en varias direcciones, abriendo umbrales y derogando límites. El tiempo y el espacio quedaron hendidos en aquel momento y hasta siempre. La conciencia guarda aquella herida que la puso a vivir. Ahora en el bar Pistis Sofía, junto al perfil de don Genserico, tachonado por una herida, reaparece en el espejo de la barra la frase completa: "Madre, por qué no me enseñaste a defenderme de mí mismo". El cantinero del bar Groucho gira impaciente el botón del aparato de bulbos, *vaiviene* entre las dos únicas estaciones del pueblo: Radio Alameda y Estéreo Estefanía, que transmiten desde el Parque Porfirio Díaz la una y la otra desde un viejo depósito de carbón, sito en las afueras del pueblo, sobre la carretera que conduce a

Capellanía y a Ciudad Incesto. Mejor sería que don Recaredo girara el cilindro de un revólver, con las yemas de los dedos encallecidas por quemaduras de cigarrillo, negras, amarillas, verdosas. Don Fausto Morales y el vate Ruiz Higuera se toparon numerosas ocasiones en el bar, antes de que el fantasma del zenit terminara por posesionarse del ámbito; llegaron a intercambiar algunas palabras acerca de diamantes y pies métricos. Contador público jubilado, después de cumplimentar treinta y cinco años de servicio en los molinos de trigo El Fénix, el gorrión callejero sentía aprecio por el ensimismado vate. A su manera, también él había sido poeta, durante los dos alucinados años de adolescencia que había pasado buscando diamantes en la Zona del Silencio.

Pero el tiempo termina siempre asesinándonos: su cuchillada toma ahora la forma de una ráfaga de radiola:

Voy a contar de corrido
una crónica sencilla,
donde se traza el destino
del gran Santiago Amarillas.

Un amigo, no un cacique
de los parcos parroquianos,
que reconstruyen su psique
juntándola con las manos

en los espejos sangrantes
del crepúsculo del bar...
Comenzaré desde en antes,
donde debo comenzar.

¿Dónde está Judit Albéniz,
la dueña del bar Thalassa?
Tiene las vidas de un fénix
y una amargura sin tasa.

Amargura que impregnaba
su saliva y aun su aliento;
Santiago se la tomaba,
como nocturno alimento.

Le llegaba hasta los tuétanos
esa siniestra sabor;
con mujeres así, muévanos
a su descanso el Señor.

Hombre sólido y jocundo,
colorado por la risa,
para dejar este mundo
Santiago no tenía prisa.

El gobernador de Acuario
era el primer parroquiano
de la ciudad; un rosario
de bares había en su mano.

En la camaradería
del bar, sus días eran largos
y sin sombra; no cabía
en su hiel un trago amargo.

Pero topó con Judit,
de sangre judía y apache;
el sol cayó del zenit,
cual si perdiera un remache.

El eterno mediodía
de nuestro gobernador
se puso en Estefanía,
entre escombros de rencor.

La solución del revólver
no repugna entre nosotros,
aunque para resolver
los problemas con los otros.

Quién viera, pues, a Santiago
dispararse una escopeta
con ambos pies; el estrago
destrozó cara y careta.

El eco tañó en domingo
hasta la mínima hoja;
resuella un sollozo índigo
cada cosa que se afloja.

El eco de la escopeta
retumbó en la gradería,
percutiendo en la gaveta
de olor de la sacristía.

Los zaguanes y balcones
fungieron como bocinas,
hasta alcanzar los bastiones
de fragor de las cantinas.

¿Dónde está Judit Albéniz,
sorda hasta el último eco,
desvanecida en un vértice
de estupor y llanto seco?

Tocó a los dos el suicidio:
un par de almas mortales,
una rompiendo el presidio
del cuerpo en los parietales,

la otra, guardando el luto
estrepitoso que debe
rendirse al placer en bruto,
porque la muerte sea leve.

Así Judit, muerta en vida,
cuerpo de gula y fornicio,
siempre a su memoria uncida,
debe prestarle servicio.

Ni lo llora ni lo nombra,
más su cuerpo diminuto
entrega un gramo a su sombra,
como un grano en su tributo.

Antes de trastrocarse, el tiempo se ahonda en el bar Pistis Sofía. Hace muchos años que sus cuadrantes me evaden, marcando mi sombra al revés en el redondel de números romanos. Como si fuera un maniquí, mis párpados se levantan en cuanto me acuesto y se cierran apenas me pongo en pie. Esto es el sueño al revés, que no tarda en convertirse en insomnio y desemboca luego en una confusión del día y la noche, previa a la anulación de ambas. Mi primera duermevela comienza a las diez de la mañana y se disipa a las cuatro de la tarde. En esta hora muerta que marca el principio de la tarde, duermo una profunda siesta, tan reparadora y compleja en imágenes como si fuese una noche completa. La segunda duermevela inicia a las seis, con la puesta del sol, mientras el vasto pueblo de los pájaros se apresta a acampar entre los árboles del cementerio de San Esteban Malebolge y del Parque Porfirio Díaz. Termina hacia las tres de la mañana, hora paralela a las cuatro de la tarde, y que es el punto más muerto de la noche, su revés y su nadir, hora que sólo en raras ocasiones atravieso consciente, ya sea que mis ojos estén abiertos o cerrados.

Entre las primeras luces del alba, mis sienes se orean con un tranquilo viento que apaga al fin mis

párpados, depositando en ellos finas semillas de ensoñaciones. A las seis de la mañana, como a las cuatro de la tarde, el sueño es a veces un diente de león disipándose, otras la cabeza de un león de piedra que ruge y vomita líquidas pesadillas. (Sembrando dientes de dragón se levantó una cosecha de gigantes antaño, cuando la vigilia y el sueño aún no se habían divorciado. Esas plantas llamadas mano de dragón y diente de león se mezclan todavía en la farmacopea india del mercado, junto con el azufre y la piedralumbre, otras dos sustancias que propician la fusión del insomnio y la pesadilla.)

Se confunden, así, los días de la semana. El viernes, dedicado a Lilith, llega a confundirse con las advocaciones de Marte o de la Luna. Aunque las más de las veces desemboca suavemente en el sabbath, quedando ambos días soldados como una moneda, cuyas caras fueran de oro y de plomo, túmulo y tumulto, veneración y escándalo, pecado y plegaria. El jueves es el eslabón de hierro que amarra los días de la semana. Sin embargo, la desolación del miércoles no se compara con la desesperanza del domingo. Días vacantes ambos, corroídos por la lepra del tiempo, suelen llenarse de miedo, de culpa, de perjurio. Pero el miércoles es todavía una fecha civil, un toque de queda gregario, una suerte de soledad sedentaria; en cambio, el domingo es una ceremonia cósmica, la trompeta de la nada, el desplome de los dioses. Es el manantial del vacío, brotando por las seis bocas de la semana. Es el

pulpo de la nada agitando seis tentáculos, mirándonos obsesivamente con seis ojos. Es la lepra en el costado de Dios. Es la luna donde el tiempo se quiebra o se empaña. Es la estepa donde blanquean los huesos de la inmensa y reiterada hecatombe del tiempo. Es el día cero, la consumación y la aniquilación de los días. Alto como un monte de crucifixión, es el obelisco erigido a la plenitud o a la ausencia del tiempo, a su ilusión o a su regeneración como abolida sustancia.

Antes de morir, ciertamente el tiempo prefiere asesinarnos.

Grandes anales de un día

El Guardián de Estefanía informó puntualmente sobre el caso del bar subterráneo, con grandes caracteres de página roja en la primera plana, formada en esta ocasión de propia mano por su director, el bachiller Urbano Urbina: "ACABA CALCINADA SECTA DE TEPOROCHOS", y un balazo que precisaba: "Siete hombres y dos mujeres". Ocurrido el 2 de noviembre, en pleno Día de Muertos. El suceso fue comentado con mayor amplitud una semana después en "El Diablo Cojuelo", quincenario satírico y curioso editado por el vate Domínguez y el filósofo David Suárez Camargo. Por aquel tiempo éste rentaba una casona intestada, casi en ruinas, precisamente a unas cuadras del bar Salem, por lo que había llegado a conocer de cerca al doctor Topacio, a la Camacha y a Mandrágora Lafragua, los cabecillas de la secta de adeptos al fuego. Los había recibido en varias ocasiones en su patio invadido por el contracrepúsculo, aunque le desagradaban vagamente sus creencias, de las cuales inclusive llegó a tratar con mofa y sorna en las páginas del "El Diablo Cojuelo". Así pues, la trama entera de este suicidio colectivo, con sus pormenores de brujería, escándalo y doctrina, apareció en una crónica de Camargo, titulada "Grandes anales de un día", la cual garrapateó en su destartalada oficina del callejón del Lobo a la mañana siguiente de los acontecimientos.

En el ocaso de ese viernes —día de Lilith, antesala del caos o del reposo—, el filósofo recibió la visita del doctor Topacio a la hora en que echaba grano a las gallinas. Se hacía acompañar de Saltamontes, una grotesca personilla que hacía las veces de su fámulo, su aprendiz, su monaguillo. Hacían una pareja a la vez untuosa y ridícula, el enclenque alcoholizado y el doctor arcano, quien parecía haber obtenido toda su estrafalaria erudición en cursos de metafísica por correspondencia, o bien en los reuniones de los miércoles de la Gran Fraternidad Universal, sita en calles de Bravo, por donde Agustín Jaime hacía caracolear su caballo. Camargo los sentó en unas piedras cuadradas que había en el patio y entró a la cocina por una botella de aguardiente. Las gallinas amodorradas agitaban sus alas, cloqueando una suerte de letanía para atraer al sueño. La cuerda de tender la ropa cortaba un cuadrángulo de terciopelo morado, lleno de lajas rosadas, de vetas ultravioletas, de franjas purpurinas. La brisa estaba cargada de humedad; los bártulos del patio crujían en una suerte de fatigado suspiro. Entre sacramentales sorbos, los fanáticos visitantes informaron a Camargo sobre el gran sabbath que pensaban iniciar esa noche, tras bambalinas del bar Salem, en el corazón del antiguo barrio de las prostitutas. El doctor Topacio era pesado y colérico; parlaba de *jilo*, mascullando las palabras con sus potentes mandíbulas, que guardaban un cierto paralelismo con sus botines cuadrados, sin apartar del interlocutor en ningún momento sus pupilas vacías.

No admitía una sombra de réplica y parecía sordo a los pinchazos de burla con que Camargo punteaba aquí y allá su reburujado monólogo. Sin que viniera demasiado al caso —pero es que él siempre predicaba, inclusive en la privacidad del excusado, aunque fuera sólo para sacar cierto a Mahoma en aquello del "Doctor, predícate a ti mismo"—, sin que nadie se lo solicitara, digo, trajo a cuento los misterios del Tarot, las heréticas doctrinas de Valentín, de los ofitas y de los cainitas —adeptos a la serpiente y al fratricidio—, trató de Simón el Mago, que podía elevarse por los aires sin necesidad de alfombra, así como del esclavo Manes, que todo lo veía en blanco y negro, e inclusive del estrambótico doctor Torralba, de quien se habla en algún capítulo del Quijote. Saltamontes se distraía con cualquier cosa. Su cabecilla hueca se volvía a un punto y al otro con la vana rapidez de un pájaro bobo. A ratos mimaba el collareo de las gallinas, picoteando su vaso de mezcal, dándole pequeños sorbos. El doctor Topacio le daba de cuando en cuando una guantada en la espalda, para devolverlo de este modo a su de por sí escasa realidad.

Camargo no era el autor de la anécdota que explicaba el apellido del doctor —eso juraba al menos—, pero se había encargado de divulgarla en "El Diablo Cojuelo". El sobrenombre provenía de los teporochos del bar Salem, por la costumbre que tenía Alejo Rustrián de golpear su cabeza contra la pared —cuello de toro, testa pontificia— cuando algún trozo de su

doctrina, o la prédica entera de una tarde, no resultaba comprendida. Pero es que en verdad la ocupación esencial de aquellos delirantes, a los que había reclutado como discípulos casi a la fuerza, consistía únicamente en curarse cada mañana la permanente resaca. Reconstruían desde esa hora, y hasta el umbral de la noche otra severa, profusa ebriedad, día tras noche en el tiempo sin límites, en cuya cima solían disfrutar sobre la barra, encima y debajo de las mesas, de la salacidad y la voluptuosidad de Mandrágora y la Camacha. Las dos brujas del grupo se les entregaban en cada fiestecilla de palabra, de acto y de pensamiento, sin una pizca de remilgo ni una sombra de asco.

En las páginas centrales de "El Diablo Cojuelo", de fecha 10 de noviembre de 1937, día de San León Magno, papa y doctor de la iglesia, y de San Andrés Avelino, donde se contienen los "Grandes Anales de un día", Camargo insertó un recuadro con una extensa cita de Menéndez Pelayo, correspondiente al "Capítulo I" del décimo libro de la *Historia de los heterodoxos españoles*:

"En 1529 se descubrió en Toledo una secreta congregación de alumbrados o *dexados,* casi todos idiotas y sin letras. Unos fueron condenados a azotes, otros a cárceles. El cronista Alonso de Santa Cruz nos ha dejado una larga relación de sus errores. Su doctrina era una mezcla de luteranismo y de iluminismo fanático. Decían que el amor de Dios en el hombre es Dios

y negaban el hábito de caridad difuso. Afirmaban que en el *dexamiento* o éxtasis se alcanzaba tal perfección, que los hombres no podían pecar mortal ni aun venialmente, y que el *dexado* o alumbrado era libre y exento de toda potestad y no tenía que dar cuenta de sus actos ni al mismo Dios, puesto que se *dexaba* o entregaba a Él. De aquí deducían el quietismo absoluto, la ineficacia de los méritos propios, de la oración vocal, de los ayunos y abstinencias, de las obras de misericordia, de todos los actos exteriores de adoración. No tomaban agua bendita ni se hincaban de rodillas ni veneraban las imágenes ni oían a los predicadores; llamaban a la hostia consagrada pedazo de massa, a la cruz, un palo, y a las genuflexiones, idolatría. Tenían por supremo triunfo aniquilar la propia voluntad y en el éxtasis o *dexamiento* resistían todos los pensamientos buenos y acariciaban los malos. No inquirían ni escudriñaban cuidadosamente los secretos de la Sagrada Escritura, sino que esperaban que Dios se los revelara. Tenían por ilícito el juramento y por interesadas las peticiones del Paternóster. Eran, en suma, más protestantes que los protestantes mismos, sobre todo si creemos a Santa Cruz, que les atribuye otros errores aún más peregrinos y radicales; hasta la negación del infierno. Lejos de llorar la pasión de Cristo, hacían todo placer y regocijo en Semana Santa. Afirmaban que el padre había encarnado como el Hijo. Creían que hablaban con el mismo Dios ni más ni menos que con el corregidor de Escalona. Para acordarse de Nuestra Señora miraban

el rostro a una mujer en vez de mirar una imagen. Llamaban al acto matrimonial unión con Dios. La principal dogmatizadora de la secta parece haber sido una beata toledana llamada Isabel de la Cruz, asistida por cierto padre Alcázar."

En tiempos más o menos remotos, el edificio había sido templo luterano, uno de tantos que florecieran durante el régimen masón y golpista del coronel Patricio Puebla. Unas letras chimuelas en el portal así lo delataban: NUEVA JERUSALEM. El negociante que lo adquirió lo había bautizado como bar Salem, ahorrándose al mismo tiempo imaginación y pintura, pero sobre todo para aprovechar el prestigio del punto en el antiguo barrio de las prostitutas. En la intemperie del siglo, esas torcidas callejas sucesivamente habían sido escenario de putas tuberculosas y de chulos sifilíticos, de ninfetas liberales y ancianas maximilianistas que pasaban rumbo a Catedral, adornada entonces con los colores habsbúrgicos de don Carlos II, *el Hechizado*, de hombres relamidos con biblia bajo el brazo, del tipo del teniente Paredes, que cargaban en una mano la Reina Valera y la Smith & Wesson en la otra, de amas de casa de frigidez evangélica, antecedente estefaniano de los pin ups, de prístinas colegialas del Verbo Encarnado, de teporochos, perros descarapelados por la tiña urdemalesca y gatos tunantes. Mandrágora Lafragua había sido una de aquellas adolescentes piadosas hacía varios años, tal correspondía a una hija y nieta de dos damas

de religión. De sus años de colegio le había quedado un candoroso cutis de pin up, suave como un clavel o una estola, así como unos sólidos tobillos moldeados por las medias de lana. La Camacha, por su parte, había sido procreada por el primer dueño del bar Salem, allí mismo, entre las mesas tembeleques y las sillas puestas patas arriba, en el seno de una bordelesa de pro retirada en la plenitud del oficio.

Había la creencia de que el edificio estaba conectado a la Catedral por un túnel subterráneo. En su primer avatar, a principios del régimen del coronel Puebla, había sido casa de citas. La gente rumoraba que por ese pasadizo solían toparse monjas y padrotes, niñas de primera comunión y juerguistas colapsados en busca de los santos óleos, putas y seminaristas que se intercambiaban los sacramentos de la carne y el vino. "Consejas descabelladas —a decir del doctor Fontes— merced a las cuales el alma popular proyectaba sus deseos más silvestres, adjudicándolos a las personas poderosas, otrosí, profanando el misterio de la religión buscaban desembarazarse de sus remordimientos y culpas, arrojando en algún punto del tiempo y en algún lugar de la noche el fardo de sus rencores, sus frustraciones y sus pesadillas." Los hermanos evangélicos que alquilaron el edificio —continuaba la historia— habían comenzado por arrancar el papel tapiz de las paredes, ilustrado con escenas eróticas del siglo XVIII, y donde además lucían sobrepuestos una profusión de grabados pornográficos de la época del coronel Puebla

(imágenes todas ellas que competían con ventaja, tanto en violencia como en atrevimiento, con el portafolios erótico que Marcia Torres había desplegado ante los ojos del vate Domínguez, sin lograr escandalizarlo en absoluto, en una de las habitaciones del Motel del Bosque). Retiraron los sillones de fondo gestatorio, forrados con terciopelo morado, así como los reclinatorios envueltos en tela violeta, donde solían colocarse las prostitutas en posición oferente. Desarmaron los lechos de tubos dorados, atiborrados de cojines y almohadones, donde las cortinillas de tul revelaban el volumen de los cuerpos prorrateados. Rompieron los jarrones donde se mezclaban el agua de rosas y las secreciones corporales, enterraron en el patio las copas de macizo cristal y las cucharas de plata, los trinchadores de marfil y los ceniceros de bronce. Desprendieron el corcho de las paredes, por cuyo efecto amortiguador las canciones libertinas podían tocarse hasta bien entrada la madrugada. Quemaron la alfombra con dibujos orientales, desplegada en el salón principal, y que lucía raída por las espuelas y las zapatillas de baile. Se contemplaron por unos momentos en los lascivos espejos, que cubrían buena parte de las paredes —las siluetas envaradas, las congestionadas facciones de cuáqueros— y esa visión les dio mayores fuerzas para su labor destructora. Sin embargo, decidieron dejar los pebeteros e incensarios como discretos adornos en los rincones. Conservaron asimismo el piano de burlesque y vodevil, dedicándolo a una función más

honesta. Convirtieron, al fin, la pequeña barra de madera labrada, adornada con hojas de parra y ángeles voluptuosos, en el púlpito desde el cual el severo pastor —digno antecesor del teniente Paredes— dirigió los himnos, a partir de entonces y durante un lustro de años, todos los domingos por la tarde.

El edificio, pues, estaba construido de antemano con ladrillos de lujuria y piedras de religión. Los protestantes que lo habían alquilado, no obstante su empaque frígido y solemne, pertenecían a una secta de convulsionarios; creían obrar milagros en sus trances de histeria, y regularmente los martes por la tarde se soltaban hablando en lenguas, como si escenificaran un nuevo pentecostés. Pagaban, a cambio de sus delirios semanales, un alquiler ínfimo, casi simbólico, a un casero sin rostro, un personaje casi mítico, a quien la gente del barrio identificaba con el propio Satanás. Así ocurría con muchas casonas del centro, arruinadas por la usura y los intestados: varias personas reclamaban su usufructo, el cual terminaba, después de una cadena de truculentos trámites jurídicos, en manos de un propietario eternamente provisional, que a la larga obtenía de ellas mínimos beneficios, rentándolas o emprestándolas, inclusive usándolas de modo clandestino o por interpósita persona —una querida, una sobrina, una amiga de fueras—, pero siempre bajo la consigna de no enajenarlas, hasta que al cabo terminaban registradas en el inventario de bienes de manos muertas del Cacicazgo o de la Curia, del Thesauro o

del Senado de Acuario. En efecto: por causa de tales usuras no había casa de buena piedra en el barrio viejo de Estefanía ni fachada recién pintada ni pilares de oro y plata ni mansión que finalmente no acababa mejor como refugio de vagabundos, teporochos, visionarios o agitadores políticos.

Los Hermanos de Salem eran gente aseada, humilde y circunspecta. Así se mostraban al menos a la luz de la tarde, antes de trasponer el umbral del templo. Una vez adentro de aquel viejo nido de lujuria, se transformaban en otras personas, acaso por el doble efecto del ambiente y de la sustancia misma de sus prédicas. Entrada la noche, sus cabellos se erizaban —sobre todo los martes, pues el domingo la prédica era familiar—, tableteaban sus huesos como fichas, los ojos les daban vueltas en sus órbitas, se mordían las lenguas antes de recibir el don de lenguas, se apretaban los oídos zumbantes, con las bocas llenas de espuma. En ese momento, el severo pastor empezaba a interpelarlos con frases mezcladas de idiomas irreconocibles. Parecían intrincarse sus quijadas, su lengua se encabritaba entonces bajo el yugo del temible don. El robusto viejo empezaba a parlotear de manera solemne y enfática, saltando de un idioma a otro, de una a otra gramática, sin ton ni son, con un desparpajo que espantaría a micer Agamenón Manzanares. La veintena de fieles, hombres, mujeres, a veces niños, caían en un brusco éxtasis: empezaban a balbucear también ellos palabras arcanas, se tocaban los hombros y las frentes, como si se

reconocieran después de mucho tiempo, como si estuvieran saludándose por fin en algún rincón del cielo, a donde hubieran sido trasladados recientemente (para todo estefaniano, el cielo jamás dejaba de asemejarse a la provincia de Acuario). Entonces cobraba pleno sentido la banda de tela dorada, espolvoreada con lentejuelas plateadas, que colgaba encima del púlpito con esta frase: "Dejemos hablar al viento: el viento es el Paraíso". Los tristes recobraban el gozo, los ciegos entreabrían sus legañas, los tartamudos hablaban con fluidez las lenguas recién adquiridas, los baldados bailaban con sus muletas. Los Hermanos eran hombres sencillos, de escasa instrucción, dedicados en los barrios del centro a oficios como la albañilería, la ebanistería, la plomería, la sastrería. El severo pastor había trabajado una huerta propia en Mazapil —la villa funeraria de los antiguos Marqueses de Acuario, y también solar del protodoctor Topacio y de don Chilperico, el primer cantinero del Thalassa—, unos cuantos años antes. No parecía residir en éste ni en sus fieles la menor intención de fraude, de escándalo o brujería. Una fe sencilla y un corazón desesperado obraban estos curiosos milagros. Cuando el éxtasis terminaba, una o dos horas más tarde, aquellos infelices regresaban a la más extremada realidad, la cual les resultaba todavía más dolorosa por la dicha atisbada durante aquel lapso de inocencia, de auténtica conciencia, de infusa ciencia, de experiencia integral: esto es, lo que conoceríamos poco después como la "ciencia de la experiencia de la conciencia", la

funesta tríada de los adeptos al fuego. Pero la Camacha no había podido ser testiga de todos estos éxtasis y su parafernalia; también Mandrágora, ni siquiera cuando iba a misa a Catedral, asida de la mano de su madre.

La Camacha era a un tiempo la cantinera y la dueña del bar Salem. No hacía mucho tiempo que las continuas desavenencias de sus padres habían dejado del todo el negocio en sus inexpertas manos. El padre errante y la madre que lo celaba habían compuesto durante varios años una pareja pintoresca y disparatada. Ellos solos, con sus experimentos y aventuras, constituían el núcleo de todo un circo moral, de esos que gustaba armar Nemo Puebla durante sus evanescentes tardes en el café Maquiavelo. Acróbatas de la infidelidad, componían parejas inusitadas, figuras imposibles de tres, cuatro o cinco ángulos. El trapecio del amor los lanzaba ora a las oscuridades más promiscuas, ora a las hambrientas alturas, ora a las circunvoluciones de un momento que se fugaba. Atribulada por una temprana vejez, la vejez de las prostitutas, hecha toda de alcohol, insomnio e ironía, la madre ya sólo se dedicaba a perseguir a su padrote por las cantinas y burdeles de Estefanía y de los pueblos todos del exarcado, y más allá de Ciudad Incesto, que significa decir el finisterre de cualquier honesto acuariano. A medida que su belleza se desmoronaba, su pasión se había ido intensificando de modo enfermizo. Naturalmente, ella había sido la primera en darse cuenta de su prematura decadencia.

Así que empezó a prostituirse delante de él, ora para provocarlo, ora para castigar los primeros asomos de su indiferencia. Soportaba después estoicamente las golpizas que él le propinaba, y que más que un castigo de la infidelidad, eran interpretadas por ella como paradójicas muestras de su amor. Se reconciliaban entonces en sórdidos hoteles de paso, durante noches tejidas por el orgullo, la amargura, la voluptuosidad. En el Hotel Mundial muchas veces, en habitaciones previamente visitadas por maricones, delincuentes o vampiros, escuchando los aullidos con que el vate Domínguez combatía el insomnio, las pesadillas o la carencia de licor. En el Motel del Bosque, melancólicamente chapoteando en su piscina de hojas oxidadas —tenía más hojas que agua, remolinos y estratos de agonizantes hojas, provenientes del Parque Porfirio Díaz, filosas como navajas de afeitar. O bien en los hoteluchos de Ciudad Incesto, proverbialmente baratos, plagados de chinches, envolturas de sándwiches y biblias de bolsillo. Pero aún más allá, en un más allá impensable para cualquier estefaniano de cepa, en hoteles de México-Tenochtitlan, verbigracia, cuya arquitectura estaba a medio camino entre las pirámides y los vecindarios virreinales, invadidos de ratas y de burócratas provinciales, de estudiantes de filosofía, de falenas de cadavérico vuelo, de actores de cine fracasados, de *gansgters* de pacotilla, de vendedores de biblias, de limosneras indígenas, de choferes de taxi, de higiénicas momias, de eruditos sin blanca. En tales lugares, el chulo y la puta

intercambiaban aparatosos juramentos, cuya eternidad apenas duraba unos días, sólo para recaer enseguida en la monotonía del abandono.

Mientras tanto, la Camacha crecía en olor de alcohol y soledad, dentro de la pequeña cantina que era todo su mundo y que apenas podía manejar, único patrimonio que le dejaron aquellos trotamundos. Desde que ellos se marcharon a Ciudad Incesto, poco a poco se había ido quedando sin clientes. Sólo permanecían fieles, desde su inauguración, los bebedores de pro, sin hogar ni fortuna, pensionarios del *delirium tremens*, empresarios de la hidropesía, los que integrarían —algunos años más tarde— la secta de los adeptos al fuego. Ellos se convirtieron bien pronto en sus padrinos, sus maestros, sus confesores. Aquella educación fue peculiar, pues sus mentores conocían mejor la agonía que la vida, las pesadillas que las pesas y medidas, la culpa que la esperanza, la podredumbre del pasado que las costumbres del porvenir. Con ellos conoció una pedagogía masculina, inconstante, permisiva. Una tutoría basada en el ejemplo involuntario, en el remordimiento privado, en los falsos recuerdos, en el presuntuoso desplante, en una bravuconería que era más bien marrullería, en fin, en las sesiones grupales de autoescarnio y autocrítica.

Bien pronto, la muchacha entró con la adolescencia a viscosos piélagos de superstición, de suspicacia y de lujuria. Una mañana cualquiera, desde la penumbra del bar fosforescente de moscas, la Camacha

vio acercarse a Mandrágora Lafragua, silueta entallada en su uniforme del Colegio del Verbo Encarnado, en el faldellín color violeta —el color del incienso, del espíritu desencarnado por la electricidad y de las ojeras de las muchachas—, como una violeta violenta. Avanzaba, digo, por el callejón de Comandante Leza, rodeada por aros de luz que palpitaban y entrechocaban, semejantes a los que estallaban al fondo de las pupilas de los senadores del alcohol, de los cuales la Camacha continuaba siendo pupila, y por nubecillas de polvo que nimbaban su pelo, semejante a un chorro de miel. Aunque se conocían desde muy niñas, en los rincones y avatares de un barrio compartido, la cantinerita se sobresaltó como si la mirara por vez primera. Con gritos y ademanes la atrajo hasta el solitario bar. Luego cerró la puerta. Las únicas golosinas que había a la mano para agasajarla eran tres o cuatro botellas de licor de membrillo. Encendieron el aparato de radio a todo volumen y las destaparon. Jugaron a maquillarse en el enorme espejo de la barra. Jugaron a desnudarse sobre la propia barra. En un momento dado, Mandrágora embalsamó a la Camacha con varios rollos de papel de estraza, y después la bañó con una manguera.

Ese día, ambas ninfetas se dieron una encerrona en el bar Salem, desde la diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Su plática juguetona estaba teñida de una sensualidad que parecía buscar apenas un objeto donde materializarse. De lejos llegaba una tenue vocinglería, procedente de los patios del colegio del Verbo

Encarnado. Mandrágora abrió su mochila y sacó un durazno, una manzana, un higo. Así mordieron frutas, mientras se bebían el licor de membrillo. Sus pieles tenían un olor a la vez blando y acre, un olor que las mareaba. Sus rodillas todavía huesudas entrechocaban por momentos, mientras intercambiaban la saliva morada por los higos. Los burdos dedos de la Camacha empezaron a rozar botones y escapularios, enredándose entre ellos. Estiraron resortes y medallas consagradas, la piel de una cubierta de impalpable vello rojizo, la otra morena y sin un pelillo. El espejo reproducía sus cuerpos como si fueran un animal gemelo, de dos cabezas, con cuatro brazos y cuatro piernas, tal una Kali niña que se estrangulara a sí misma. Se besaron en aquella caldeada penumbra donde zumbaban las moscas, entre carteles de toreros y mujeres de piel anaranjada, sobre escupideras llenas de granillos de mármol y girones de carmencitas, entre cajones de soñolienta cerveza Neptuno y Gambrinus, entre las hipnóticas polkas de Radio Alameda, que seguían corriendo en su estática sin éxtasis, no interrumpidas por ningún aviso comercial, al pie de la estatuilla de Guadalupe-Montemayor, la Virgen Perpetua, que parpadeaba en un casillero como un pájaro mecánico labrado en madera. Mordisqueaban sus nucas, rozaban sus narices, pellizcaban sus pantorrillas.

Cansados de golpear la puerta de la cantina, hacia las dos de la tarde, hora de la siesta mortecina, los padrinos de la Camacha cruzaron la acera y compraron

una botella de sotol en la tienda de abarrotes. Empezaron a beber sentados en la banqueta.

A partir de esa mañana, las mozuelas se volvieron inseparables. La Camacha empezó a asistir a las misas matutinas y vespertinas de Catedral. Mandrágora entraba a la cantina, a mediodía, saliendo del colegio, por la puerta posterior. Se bebían cada tarde una botella y media de licor de membrillo, y se fumaban medio paquete de Alas. En la barra del Salem se percibía ahora un desusado olor de jabón perfumado, de colorete y brillantina, de mina de lápiz y tinta violeta. Simultáneamente había un olor de cantina, de cigarrillos y de aguardiente de frutas en cierto pupitre del Colegio del Verbo Encarnado. Ambas eran como un Tom Sawyer y un Hucleberry Finn en unas vacaciones perpetuas, perdidas en un mississippi de alcohol, de tabaco y de consejos tan estrafalarios como reiterativos. Fueron ellas precisamente quienes encontraron el túnel, clausurado muchos años antes, que partía del bar y llegaba hasta las criptas de Catedral. En la fétida penumbra hallaron amontonados los tubos de oro de los lechos de antaño, las alfombras y los cojines, las copas de pesada base, los espejos de alcoba, varias cajas de vino que todavía se añejaban, treinta años después de consumado el imperio, así como dos cajones de trasnochada pornografía *belle époque,* que databa de los principios del régimen del coronel Patricio Puebla. Las tardes llegaban así para ellas cargadas de sueños y aventuras; se disipaban en un placentero cansancio que se

convertía en un vago sentimiento de culpa para las dos, horas después, en sus lechos separados, con el primer rayo del alba. De este modo, en la penumbra del bar Salem, al que de cuando en cuando entraba un parroquiano, y no salía sin haber dejado una propina más que generosa. Ambas llevaron a cabo durante dos o tres años, y con el apoyo de sus desquiciados tutores, este curioso experimento de pedagogía basada en la sensualidad y la borrachera, en el júbilo y la irresponsabilidad, en la suciedad y el fervor que habría de dejarlas convenientemente preparadas para asumir, algunos años después, su papel como sacerdotisas del enfático, del supersticioso doctor Topacio.

Camargo no dejaba de mostrar admiración por la manera como ciertas supersticiones, creencias, pasiones y disposiciones de espíritu del siglo XVI parecían actualizarse ahora, en la Estefanía de 1936, en la persona del doctor Topacio y sus estrambóticos seguidores. Se preguntaba inclusive si no contendrían una recóndita verdad aquellas cátedras del Ateneo, fundadas por el doctor Dionisio García Fuentes y puntillosamente continuadas por su sobrino, micer Tomás Fontes, que en su nombre enunciaban toda su filosofía: Historia Universal de la Villa y Puebla de Estefanía y Geografía Universal del Antiguo Marquesado de Acuario: ¿hasta qué punto la historia del hombre había transcurrido entera para desembocar en los sucesos del amado terruño?, ¿no sería pues que los espacios todos de la

Tierra tenían sentido sólo en la medida que venían a trazar el contorno de la provincia unánime, regida desde el año de 1701 y para siempre por don Carlos II, *el Hechizado*?

No obstante su curiosidad silvestre, sus desordenadas lecturas y sus trances de ilusionista, la mente del protodoctor seguramente no podía, por sí sola, llegar tan lejos. Tampoco parecía factible que fuera el intermediario ni el suplantador de una persona más santa o más erudita. Por tanto, su coincidencia con aquellos peleles españoles recordados por Menéndez y Pelayo no podía ser más que un hecho a un tiempo misterioso y fortuito. "Sin embargo, el alma cambia dentro de períodos lentos —meditaba Camargo—, en tanto que es una sustancia inmortal, si es que no se mantiene idéntica a sí misma en la ronda de los siglos y el vértigo de las regiones. La historia de la fe —continuaba— es la historia de una necesidad elemental del alma y de cuatro o cinco maneras de satisfacerla, que se presentan de una manera cíclica, sustituyéndose unas a otras en el tiempo, o bien como una oferta simultánea en distintas regiones". Los *dexados* del bar Salem reproducían ahora, como por generación espontánea, una herejía toledana del siglo XVI, en este pueblo del misterioso desierto, dejado de la mano de Dios y del Diablo, pero lleno de espontáneos teólogos y heterodoxos involuntarios. Una norma inflexible, guardada por toda una comunidad y vigilada celosamente, es la razón de ser de toda rebeldía; la persecución, de hecho,

da una razón de vida y de muerte a los herejes. Como la piedad religiosa en Estefanía, en las postrimerías de Santiago Amarillas, el último cacique de la provincia de Acuario, se había relajado o era nula, el doctor Topacio había escogido ahora, después de practicarlo intensamente durante varios meses, eternizar el éxtasis bajo la forma de un suicidio colectivo. Ante la indiferencia de la ciudad, los adeptos al fuego planeaban arrojarse de cabeza sobre su sacramento único, en un acto de autoaniquilación, ante las puertas batientes de su paraíso abiertas antes de tiempo. Asimismo, mientras escribía su crónica "Grandes anales de un día", en la que por su parte buscaba eternizar la hecatombe dentro de las pasajeras y muy poco leídas páginas de "El Diablo Cojuelo", el suplemento literario de *El Guardián de Estefanía*, el profesor Manzanares le había hecho llegar un curioso poema de San Juan de la Cruz, que no se encuentra en las ediciones canónicas de su obra, y que éste había encontrado en la biblioteca del Seminario Conciliar de Guadalajara, donde cursara sus estudiosas mocedades. Lo transcribió en otro recuadro, contrapuesto al de Menéndez Pidal, con grande y elegante tipografía:

Subida al monte de perfexión

Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.

Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a lo que gustas,
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Para venir a poseer lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.

Cuando reparas en algo,
dexas de arrojarte al todo.
Para venir del todo al todo,
has de dexarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.

Cuando ya no lo quería,
téngolo todo sin querer.
Cuanto más tenerlo quise,
con tanto menos me hallo.
Cuando menos lo quería,
téngolo todo sin querer.

Ya por aquí no hay camino,
porque para el justo no hay ley;
él para sí se es ley.

¿Había sido un *dexado* acaso el más grande de los poetas católicos? "Cuando reparas en algo, *dexas* de arrojarte al todo", rezaba, y todavía más: "Para el justo no hay ley, él es su propia ley". Este último verso podría grabarse a manera de epitafio en la desasosegada tumba del profeta Estebanillo, así como ahora, un año después, en la lápida de llamas donde acababa de sumergirse el dogmático doctor, en compañía de las dos canonesas y de sus otros desaforados seguidores.

Nadie sabía de dónde había llegado el doctor Topacio. Nadie lo conocía realmente. Sin embargo, podía incluírsele a primera vista en el tipo popular del "hombre malo y mal averiguado". Una buena mañana apareció por las callejuelas del mercado con una bolsa de ixtle y unos huaraches de suela de llanta. Daba pasos saltones, como si tuviera artritis. Miraba aguzadamente hacia todos lados, como buscando a quién estafar. Al azar, entre una prédica y otra, entre uno y otro punto de doctrina, había ido revelando algunos trozos de su vida a sus discípulos del bar Salem. Había sido sucesivamente anarquista y rosacruz, jacobino y astrólogo, mezclando en una primera época, época de formación, el esoterismo con las doctrinas sociales. Autodidacta fanático, desde la infancia se había perdido en la lectura de toda clase de libros y papeles que el viento arrojaba hasta sus pies. Para él, la lectura era un rito supersticioso, una plegaria laica, un mantra para alejar

a los malos espíritus, empezando por el suyo propio, espíritu de ignorancia. Como suele ocurrir con los analfabetas, lo impresionaban los signos tipográficos más que el propio significado, del cual frecuentemente captaba sólo avisos y girones, manchas y oquedades. Merced a esa pasión libresca, se había formado en su cabeza un revoltijo de ideas y supersticiones, de noticias inconexas, de fechas y nombres intrascendentes que se le venían a la miente a propósito de cualquier hecho acontecido al azar, como un torrente de saber infuso y confuso, como un tornasol de datos banales, como un arcoíris de baratijas intelectuales.

Una tarde cualquiera apareció en el bar Salem, acompañado de Saltamontes. (Había encontrado al pobre diablo en una de sus correrías inaugurales por el mercado. Solía vagar como un perro callejero por los puestos de comida, cuando en su magro estómago la continua embriaguez daba paso al hambre. En verdad, había comprado muy barata esa anímula. De alguna manera, había sido su primer discípulo, aunque éste sólo a duras penas entendía el lenguaje humano.) La Camacha y sus padrinos habían convertido la cantina en un simposio aislado, un cenáculo de atmósfera enrarecida, distante del ajetreo de la calle. Los parroquianos que incidentalmente llegaban a entrar permanecían poco tiempo, apenas el pertinente para una cerveza y un tequila, según la costumbre estefaniana. Al punto eran agredidos, de manera tan insolente como impune, por los cinco bebedores de casa, quienes con anuencia

de la propietaria habían instaurado en el antro un circuito de intimidad colectiva. Esa tarde inaugural, desde que los vieron trasponer la puerta, cargando en los hombros jirones de sangriento mármol, sintieron al punto una sorda aversión por el doctor Topacio y por el funámbulo que lo acompañaba. En verdad, aquellos dos personajes estaban amasados con materia de infamia: el doctor que no probaba una gota de licor, fanático de sí mismo, que hablaba sólo para escucharse, mientras sobaba las páginas de un libro desencuadernado, con la cremallera abierta sobre el inflamado vientre. Taciturno, era presa de repentinos ataques de cólera, que hinchaban sus párpados y congestionaban su cabeza de ajolote. De la nada surgían y con nada se aplacaban. Saltamontes, por su parte, era una suerte de mastín flaco y lleno de mataduras. Lamía los caballitos de tequila hasta la última gota, con su lengua amoratada donde cualquiera podría apagar un cigarro. Siempre a la vera del doctor, permanecía mudo la mayor parte del tiempo, hasta que de pronto se ahogaba con una retahíla de palabras inconexas, vapor de sus pedregosas borracheras que nunca cesaban, y en las que hacía mucho tiempo había dejado de diferenciar los significantes de los significados.

Mandrágora entró al bar como todas las tardes, con el pelo enredado en su angosta, en su augusta cintura. Fue ella quien decidió la suerte del doctor y de su fámulo. Fijó sus ojos violeta en aquellos ojos de sapo, en los dedos como gusanos gruesos y grasientos, en la fofa

espalda de tortuga sin caparazón, en la obscena cabeza de ajolote. En poco tiempo, la Camacha y sus padrinos se habían convertido en simples acólitos de la joven beata, dentro de aquella atmósfera cargada de tristeza y de religión, de excesos físicos y vacíos morales, en esa suerte de templo invertido en que estaba convertido el bar Salem desde unos años antes. A partir de esa tarde, el doctor Topacio se convirtió en el amante oficial de Mandrágora —quien respetaba mucho a los hombres de ideas—, a pesar de que nunca llegó a tener con ella contacto carnal. Se volvió su confesor y su consejero, y empezó a decidir por ella, dictando órdenes a través de ese instrumento sensual y sumiso. Dominó el bar a través de esa mística del sexo, a quien fácilmente llevaba treinta años de edad, quien solía perder el habla por dos o tres días, después de entregarse a la Camacha y a los cinco teporochos, que eran a un tiempo sus adoradores y sus violadores. A partir de esa tarde, Saltamontes tuvo dueño y dueña. Hacía piruetas en torno a ellos, les besaba las manos, sufría sus obscenidades, sus destemplanzas, sus maltratos y luego volvía a su rincón, donde por disposición de los amos jamás faltaba una copa de aguardiente.

Nueve meses fueron suficientes para que el doctor Topacio, en la clausura del bar Salem, terminara de corromper a aquel grupo de delirantes. Al siguiente día de su llegada tomó una disposición que sería ejemplo de su autoridad y su pedantería. Bautizó a los cinco bebedores con nombres griegos: Ómicron, el basquet-

bolista fracasado, Lambda el amanerado, Kappa, el antiguo estudiante de matemáticas, así como Taf y Rho, un par de afásicos que no obstante estaban por encima de la estupidez de Saltamontes. Mandrágora designaba hasta entonces a estos tres últimos, que eran sus mejores amigos, con los nombres de Carroña, Mortaja y Sepulcro; hermanos de madre, los tres habían sido engendrados en una sola noche en el vientre de una barragana del mercado, quien sostenía un amasiato simultáneo con José Cascajo y Juan Carcoma, sepultureros que fueron del panteón de Santiago Malebolge y actualmente decanos de la mansión de Almandos, en la empresa de pompas fúnebres del joven Santiago Amarillas. Conservó a Mandrágora y la Camacha sus nombres, aunque no le gustaran demasiado, porque eran ya nombres rumbosos y conocidos de todo el pueblo.

Comenzó a adoctrinarlos en las mañanas y en las tardes, acomodando su prédica a la cotidiana embriaguez de sus desganados discípulos. Desplegaba en la semipenumbra su saber vasto y discordante, como si fuera una manta llena de baratijas. Tratábase de una mezcla de ciencia infusa y ciencia irrisoria, que lo mismo asombraba que movía a lástima o desprecio. El doctor Topacio sólo tomaba café con leche, leche de cabra, que le preparaba Mandrágora en una hornilla detrás de la barra. Habíase convertido, durante el último año en el café Maquiavelo y en el cabaret del Gato al Revés, en un auténtico teporocho del café: por causa de la

negruzca bebida, que al principio tomaba sin azúcar ni leche, su hígado estaba ya casi tan dañado como el de sus rocambolescos discípulos. Desde el comienzo de su apostolado, su obsesión por la salud —aunque siempre de acuerdo a sus fanáticas, estrafalarias doctrinas—, se había vuelto desconcertante, repulsiva: procuraba no desvelarse, comía parcamente y a sus horas, tomaba exclusivamente baños de pies cada tercer día, apelmazaba las cuarteaduras de su piel con una variedad de polvos y ungüentos, hacía buches con hojasén, la terrosa hierba del zen, la hierba nacional del Antiguo Marquesado, e ingería una variedad de cápsulas vegetales, semejantes a frijoles saltarines. Desde sus mocedades, había mostrado decidida aversión al trabajo físico. Inclusive en sus años de anarquista había sido un teórico puro: jamás hasta entonces había ganado el pan con sus manos ni entrado a un taller o una fábrica, así fuera con fines proselitistas.

Mientras sus secuaces se emborrachaban con bebidas parientas del azogue y del arsénico, el doctor Topacio pontificaba como un enorme sapo sentado en cuclillas sobre la barra. Reprendía a Ómicron, retaba a Kappa-Carroña, mientras acariciaba un seno a la Camacha. Daba manotazos en la mollera a Taf-Sepulcro y Rho-Mortaja. Apretaba el cuello a Saltamontes para que no se durmiera. Las dos muchachas lo escuchaban entrelazadas en una sensual quietud, sin entender gran cosa, prefiriendo el sonido sobre el sentido, pesando aquellas pringosas palabras, como si

fueran amuletos, en medio de sus senos, sobándolas con sus manos, como si fueran fetiches, entibiándolas en sus bocas mientras las repetían con un murmullo, mojándolas en el acre sudor de sus cuerpos.

Kappa-Carroña, con su inteligencia embotada por el alcohol, había alcanzado a vislumbrar tanta superchería en sus comienzos, pero decidió abandonarse a ella; esa fe era el pan que él y sus compañeros necesitaban, para mojarlo en el alcohol de su perpetua sed, para dar coherencia al alucinado antinirvana en que se hundían todas las noches, y todavía después, durante el purgatorio de la agusanada culpa, durante el mar Muerto que es el insomnio de los bebedores, cuando las cosas y las palabras se derrumban sobre sí mismas como un montón de ajados naipes. El doctor Topacio había llegado para dar sentido al desastre mental en que vivían dentro del bar Salem, al que había convertido de la noche a la mañana en conventículo de visionarios, en inopinado convento. Su doctrina estrafalaria era el vademécum para andar y desandar su laberinto de espejos rotos, un hilo negro para sortear las trampas, los pasadizos y los espejismos de su réprobo paraíso, un hilo de sintaxis, semejante al que buscaba el vate Domínguez en su proyecto novelesco, tantas veces acariciado y otras tantas postergado, para coser las imágenes rotas y disgregadas del temprano *delirium tremens*. Les había traído, diré para acabar pronto, una auténtica teoría del cangrejo, la única útil para desandar los callejones sin salida.

Pero si Kappa-Carroña había opuesto al principio un recelo de tipo intelectual, la antipatía por el gurú que sintió Lambda, el amanerado, fue más duradera, más sinuosa, más pertinaz. Anidaba en sus vísceras un rencor hacia todo, un ciego fatalismo respecto a este mundo y los demás mundos, un dolor que no aprendía a ser ecuánime, una congoja por el solo hecho de estar ahí, como un fantasma encadenado a las cosas. Entre Rho-Mortaja, Taf-Sepulcro y la anímula de Saltamontes no se entabló hostilidad ni simpatía alguna: eran sólo tres bultos de huesos y pellejos, cuya verticalidad constituía una auténtica hazaña ontológica. Nunca tomaban la palabra, no participaban en los carnavales carnales, su sensorialidad sólo registraba el calor y el frío, su emotividad se reducía al pánico y el agradecimiento, distinguiendo sólo entre los puntapiés y los tragos de sotol cuando los castigaban o cuando los cebaban con el plato de lumbre.

No obstante su natural inicuo y colérico, el doctor Topacio tomaba a veces en el bar Salem el papel de un padre, consolando y auxiliando a ese grupo de descastados. Sin embargo, como hombre malo y mal averiguado, que nunca ha tenido hijos, que desconoce la santidad del trabajo manual, era el padre maldito que se monta en los hombros de un hijo enclenque, el que arrebata la sal y escupe las cucharas, el padre que desprecia y explota, el que miente y devora, brutal y fanfarrón, el que se queja con una sórdida cursilería, el que aconseja con espantosos lugares comunes, el

que se emborracha con las limosnas que traen los hijos, como reza la polka, padrenuestro de bruces en el suelo, comulgando con los perros en el empedrado, arrebatándose entre todos el plato de babas, candil de la calle y oscuridad de su casa, el padrastro de Edipo, el padrote de sus hijas, el padrino de hijos naturales, el *padrepodrido*, el *padrepiedra*, el dador de vida sentado en su trono del excusado, el que confisca la vida antes que los vástagos se la usurpen, eternamente instalado en las faldas de la madre o de la abuela, el que llega a la vejez alimentado sólo por su propia escoria. Pero era un padre.

La postrera tarde que lo recibió en su casa, Camargo había percibido en el rostro del doctor Topacio un aletazo de miedo. Perdido entre las gallinas del cielo, Saltamontes por su parte armaba inusual alharaca, dando pequeños tragos a su taza de aguardiente, el aguardiente de su último crepúsculo, reflejando así el estado de ánimo de su patrono, tal si fuera un mono amaestrado. Ambos, el pesado teólogo y su mascota, estaban alterados, nerviosos. Se fueron a las nueve de la noche. No supo el filósofo que era la última vez que los miraba.

A esa hora, en un rincón del bar Salem, Lambda bebía gota a gota su copa, como si se tratara de una clepsidra; como de costumbre, parecía taciturno, rencoroso. A estas alturas, y no obstante su patente antipatía, el gurú había empezado a mostrar hacia él una condes-

cendencia y una predilección que le resultaban tan incomprensibles como insoportables. ¿Había decidido convertirlo en su Iscariote? ¿Padecía el doctor alguna perversión inconfesable? Desolado, se hacía ambas preguntas y no alcanzaba a contestarlas. Ómicron llevaba puestos unos pantalones deportivos, como de costumbre, y se demoraba en la desvariada crónica de un partido de basquetbol que ocurría sólo en sus alucinadas pupilas. De pie ante la barra, Kappa-Carroña semejaba solamente un poco de aire amarillo; la barba espumosa, como un algodón de azúcar, desordenaba su rostro de cera. Era una mera criatura mental, una estructura de huesos, tendones y silogismos flotando dentro de una guayabera muy limpia, unos pantalones de franela y unos huaraches de cuero. En la muñeca derecha llevaba un reloj en cuya carátula había una estrella de mar que siempre marcaba erróneamente la hora, en la contramarea de sus borracheras sin horario, ya fuera hacia adelante o hacia atrás: bien podrían ser las nueve de la noche o las nueve de la mañana. Absorta frente a él, la Camacha escuchaba el radio de bulbos y transistores que su padre había adquirido en México-Tenochtitlan y que le dejara en un anaquel detrás de la barra, a la hora de despedirse y emprender su penúltima correría. Miraba fijamente al algebrista, con esa mirada enigmática que se percibe en las mujeres cuando tienen la cabeza en blanco. Igual que Mandrágora, ella sentía una supersticiosa atracción por los hombres de ideas. Se trataba en ambas de un impulso

compensatorio, de una momentánea revancha del alma sobre el todopoderoso cuerpo. Sin embargo, y por encima de todo, estaban fuertemente determinadas por los sentidos: sólo la electricidad del deseo movía su sangre amortecida, aguijoneaba sus almas catalépticas, vampirizadas y a partir de ese momento todo lo que tocaban sus dedos —"cristal, terracota o madera", como asentó aquel vate de allende Mazapil, la villa funeraria de los marqueses de Acuario— empezaba a palpitar sexualmente, los animales, los muebles, los alimentos, pero hasta el punto de que podían carnalizar las ideas, dar volumen a una mirada, peso a una voz, calor a una sombra, corporizando las palabras hasta convertirlas en fetiches. Mandrágora, por su parte, como todas las tardes en punto de las siete, había acudido a rezar el rosario en Catedral. No tardaría en aparecer por la cantina.

La cocina estaba a unos pasos del excusado, separada por un corredor en el que se amontonaban en filas contrapuestas los cajones de cerveza Neptuno y Gambrinus. Apenas esa mañana habían rellenado, como cada mes, dos toneles de lámina con queroseno. Rho-Mortaja y Taf-Sepulcro mordisqueaban con pareja parsimonia unos huesos de pollo en torno a la estufa. Hablaban entre sí con puros monosílabos, mientras la grasa helada chorreaba entre sus dedos, emitiendo sonidos, repito, tan aislados e insignificantes como sus propios nombres. A su llegada, el doctor Topacio los encontró jugueteando con una enorme mariposa

negra que se posaba dando tumbos en una viga del techo. Saltamontes corrió a reunírseles como un perro que ha vuelto al hogar. Entonces los tres miraron girar la falena, embobados, la espantaron con el cucharón del caldo, otrosí con un ejemplar enrollado de "El Diablo Cojuelo", con un salero buscando dispararle los granos, con una cerilla de madera encendida mientras reposaba sobre un cajón de cerveza, finalmente intentando atraparla con sus dedos artríticos. Pero el insecto tornaba pesadamente, una y otra vez, a su punto de reposo en el cenit de las vigas, dejando caer un fino polvo. En un momento dado, el doctor observó con curiosidad que esa mariposa —que la gente en Estefanía solía asociar con sucesos infaustos, con noticias fúnebres— tenía grabados en cada ala respectivamente los signos Taf y Rho de la lengua griega; pero no sintió misericordia por aquel par de infelices.

En ese momento apareció Mandrágora. Había entrado por un boquete abierto en el piso de la bodega, que el padre de la Camacha había descubierto y escombrado, cubriéndolo luego cuidadosamente con una escotilla de madera. Esa noche se había puesto un vestido de encaje negro con figurillas labradas, tomado a hurto de la tía solterona que vivía en su casa, y que semejaba una telaraña o, todavía mejor, las alas de la mariposa que aún mantenía embobados a Rho-Mortaja y Taf-Sepulcro. Como no traía ropa interior, se traslucía entre los grabados su carne roja y maciza. "La de nalgas de llama", la apodaba Camargo, añadiendo siempre

ese epíteto cada vez que mencionaba su nombre y su vetusto apellido. Auxiliada por Kappa, tiempo atrás había sacado del sótano un reclinatorio forrado con tela violeta. Cada vez que se ponía de hinojos en él, sus ojos hacían juego con el forro, brillantes y oblongos como dos cirios morados. El doctor Topacio solía acercarse entonces, mientras rezaba, y le hacía cada vez una caricia obscena en los labios, con sus dedos gordos como gusanos.

El demente mentor dio unos pasos hasta la mesa donde se encontraba Lambda, quien lo miró con ojos apagados. De espaldas, al pie de la barra, Kappa-Carroña se movía como una columna de humo, confuso e inquieto. Sus labios temblaban, se crispaban luego en una sonrisa ensimismada. Era como un pararrayos que presentía acaso la tormenta que se cernía sobre todos ellos esa noche. Miró en los ojos del viejo instructor nubarrones de crueldad y lujuria, de rencor e impotencia, que habían empezado a formarse acaso desde el día de su llegada y que ahora parecían alcanzar su última condensación. Sordamente sintió que dentro de pocas horas sucedería el estallido y la fofa implosión, el tronido de turrón o manteca, y empezaría el grasiento diluvio del doctor Topacio: llovería desde abajo una tormenta de polvo rojo como la que acompañó al profeta Estebanillo, y serían todos sorbidos hacia arriba por un cono de cieno. Qué suave era la noche.

De modo imperceptible, en medio de los rezos, los silencios y los juegos en que se distraían a un tiempo

los cinco discípulos, las dos sacerdotisas silvestres y el vicario perruno del doctor, dio inicio la ceremonia de deconstrucción de la carne, sobre la cual el alcohol era rociado como un combustible. El doctor Topacio se metió detrás de la barra, palmeó el trasero de la Camacha y cogió con sus agusanados dedos una botella del anaquel superior. Dio un fuerte trago al hojasén, ese aguardiente del zen, de sabor terroso y espíritu de águila, con que el vate Domínguez y en general todos los bebedores acuarianos de pro solían iniciar sus borracheras. Era la primera vez que la comuna lo miraba beber una sustancia que contuviera alcohol.

En el triángulo carnal y teológico, Mandrágora y la Camacha serían la base y el doctor Topacio la cima, el pináculo. Ambas eran las puertas del sacramento, batiendo día y noche ante las manos tendidas de los delirantes. Lo iniciaron encima de la barra, entre las caricias de los cinco bebedores que las ponían en vilo, que hacían levitar sus talones unos cuantos centímetros. El doctor presidía el rito, de cuclillas en la superficie de madera, como era su costumbre doctoral, con sus inalterables facciones, pronunciando ensalmos en latín y en huichol y masturbándose como un macho cabrío. Mandrágora se arrastró hasta él y se tumbó entre sus rodillas. Sintió sus desaforados tocamientos, escuchó a medias las soeces palabras, dichas ahora en castilla, con que el doctor la golpeaba, la sajaba, la escupía, hasta que alcanzó un arrebato extático en que todo su cuerpo tembló y pareció partirse en pedazos,

colgando de aquellos dedos chorreantes como de un gancho de carnicería. Desde el rincón a oscuras, a unos pasos del excusado, Saltamontes gemía como un perro apaleado, chillaba como si estuviera atravesado por una varilla de acero, de la barba hasta el culo, meneando su pequeña cabeza ante la volcada copa de tequila.

De pronto, el doctor Topacio se enderezó, bajó de la barra y empezó a saltar sobre la pierna izquierda, sujetándose un pie con la otra mano, alrededor de la cantina. Canturreaba, sombríamente, una letanía:

Enos, Lases, iuvate!
No velue rue, Marmar, sins incurrere in pleores!
Satur fu, fere Mars! limen sali! staé berber!
Semunis alternei advocapit conctos
Enos, Marmar, iuvato!
Triump!

(Camargo, quien pudo ver posteriormente el texto de este cántico cosido en la camisola de Saltamontes, averiguó que se trataba de una letanía en latín arcaico, un latín anterior al latín, lleno de superstición, chamanismo y barbarie. Era entonada por cierta corporación de sacerdotes saltarines, a mediados del mes de marzo, cuando empezaban las siembras. Aquel cántico revivido por el doctor Topacio era tan antiguo como los Vedas indios y el Avesta de los iranios. El director de "El Diablo Cojuelo" solicitó la ayuda del profesor Agamenón Manzanares, el latinista del pueblo, quien

después de muchas vacilaciones consiguió descifrar una invocación al dios Marte, sin necesidad de llanto, *Marmar, sins incurrere in pleores,* así como el sentido completo de los tres últimos versos:

> ¡Invocad todos, primero unos y luego otros,
> a los Semones!
> ¡Saltad sobre el umbral!
> ¡Deteneos! ¡Pisadlo! ¡Saltad!

Después, en su activa ignorancia, en su curiosa tontería, el doctor continuó el rito pronunciando una fórmula mágica para sanar las luxaciones de las rodillas: "Hauat hauat hauat ista pista sista damia bodannaustra". La frase era más bien un trabalenguas, una sarta onomatopéyica que no pertenecía ya a ningún idioma, según aclaró puntualmente el profesor Manzanares. En seguida, otra contra el padecimiento de la gota: "Terra pestem teneto, salus hic maneto", "Que la tierra aloje el mal y me sea dada la salud".)

Kappa fue el primero que empezó a levitar, acaso por su mínimo peso. Al son de los talones de limosnero del doctor, que golpeaban el piso de ladrillos, los demás empezaron a elevarse también como globos de helio. Volaron en posición horizontal, tocándose apenas unos a otros con la punta de los pies, hasta formar una corola de ocho pétalos. En ese momento se les miraban los carrillos y los vientres inflamados por una satisfacción beatífica. Desde la bodega, desde la

cocina, desde el excusado empezó a fluir un tumulto de voces, flotaron nuevamente en el aire palabras de otras lenguas, dobladas por el eco. Se traducían unas a otras, tal si fueran signos en el espejo. De manera simultánea y unánime, como si se tratara de un experimento babélico. Inclusive, las lenguas paralizadas de Saltamontes, Rho-Mortaja y Taf-Sepulcro, los tres afásicos, empezaron a canturrear fórmulas y ensalmos que los demás secuaces repetían, no menos poseídos por el don de lenguas. En pulcro estefaniano, una lengua que ya no se escucha entre nosotros, Lambda declaró a gritos que se le cerraban los párpados, que había quedado ciego. Encima de una mesa, Ómicron flexionó sus flacas piernas de basquetbolista, como si se dispusiera a saltar hacia el pozo de sus mejores años, pero al instante cayó de lado y se paralizó en posición fetal. El cuerpo de Kappa se había vuelto del todo traslúcido, como si fuera un licenciado Vidriera. El doctor Topacio no dejaba de danzar, con largas zancadas de garza, con los párpados apretados, mordiéndose la punta de la lengua. El faldellín de Mandrágora, semejante a una chalina de iglesia, revolaba mostrando aquellas nalgas de llama, que durante todo ese tiempo y hasta esa noche habían fungido como el sacramento máximo de aquella secta de adoradores del fuego.

Un barril de queroseno, situado entre la bodega y la cocina, implosionó en los primeros minutos de la madrugada silenciando el canto de los gallos. Nunca se supo si había sido voluntario o un mero accidente,

si el dogmático doctor Topacio lo tenía dispuesto de ese modo, si Lambda arrojó la cerilla en un momento de cólera y venganza, o bien alguna de las dos mujeres, por algún motivo igual de ambiguo, de arcano.

A las cinco de la mañana, Saltamontes se apersonó a golpear con pies y manos el portón de la casa de Camargo. Sin trasponer el umbral, dio noticias inconexas de los hechos, canturreando todavía la letanía latina. Cuando afilaba el hocico, salían de su garganta lamentos de mujer, voces de niño compungido, rugidos de bestia espantada. El fantoche, el alebrije, el lacayo del doctor Topacio se desplomó sobre la jamba, quedó tendido a medias sobre la acera, como un montón de huesos y pellejos todavía en combustión. Su precaria alma exhaló como una espiral de humo grasiento. Rho-Mortaja y Taf-Sepulcro habían logrado salvarse, arrastrados por Kappa y por Mandrágora hacia el sótano que sólo ella podía abrir, del cual sólo ella y un monaguillo de Catedral tenían llave. Espantados por la lumbre, se habían deslizado como perros falderos detrás de su ama. Cuando llegó la policía, dos horas después, sólo encontró cuatro cuerpos. (Sin embargo, Pico González, el reportero estelar de *El Guardián de Estefanía*, había consignado como desaparecidos, en un primer momento, el número completo de los miembros de la secta.) Ómicron, el basquetbolista, era un espantoso montón de cenizas encima de una mesa. El cuerpo de Lambda yacía entre los brazos del untuoso, del difunto doctor Topacio, en una posición obscena.

La Camacha estaba en el rincón más apartado, perpetuada en un ademán por de más melancólico: con los brazos abiertos, como queriendo asir el cuerpo fugado de Mandrágora. Todavía el exégeta del profeta Estebanillo de Urdemalas había alcanzado a escribir con carbón, en algún momento de la noche, una frase encima de la barra: "Fuego soy apartado, y espada puesta lejos".

Camargo terminó su crónica con un retrato provisional de Mandrágora Lafragua, a la que se había empeñado en conocer en los últimos tiempos, con cierta *delectatio morosa*, valiéndose para ello de la observación personal y del testimonio de amigos y conocidos, que siempre estaban en curso y a la mano. Ella hablaba muy poco pero solía escuchar de una manera intensa, casi hipnótica. Como si su alma estuviera vacía y necesitara beber la del prójimo, mediante el oído y la mirada. Beata consumida por el vino de la fe y el vino del sexo, su edad era indefinible: lo mismo podía tener quince o cuarenta y cinco años. Su torso se enarcaba como un árbol de gelatina, carne traslúcida y de un olor peculiar, como de otra especie animal, carne de jirafa o de foca, blanquecina y mojada como los tejidos del ojo algunas veces, otras maciza y limpia como un montón de hongos prensados. Las pocas frases que emitía estaban hiladas de una manera caprichosa, como si fueran fragmentos de distintas conversaciones. Eran palabras que se transparentaban unas a otras, con referentes

mezclados, confundidos, obliterados, componiendo en conjunto frases de una indecible indecencia, llenas a la vez de sabiduría y tontería, de una fe animal y una lúcida genitalidad, de una ciencia infusa y confusa, ciencia de la experiencia de la conciencia, como si ésta fuera una gran campana sensorial que cubriera su cuerpo y su alma. Oraciones, pues, que resultaban a un tiempo enigmáticas, grotescas y triviales. Mandrágora Lafragua era una belleza de circo, un cuerpo destinado a los ángeles o a las súcubas, un nudo de carne ultramarina, un tesauro de palabras que parecían dirigidas a los sonámbulos o a los peces.

El tiraje de *El Guardián de Estefanía* y de "El Diablo Cojuelo" se agotó en esta ocasión, como no había ocurrido en anteriores ediciones. El nombre del doctor Topacio quedó inscrito con mayúsculas en la página roja, ganando una fama que duró varias semanas. Sin embargo, en las postrimerías de Jaime Amarillas, último cacique de la provincia de Acuario, esta torva dolonía fue desplazado a la larga por otras noticias igual de extrañas, de atroces, de monótonas. En las renovadas ruinas del bar Salem surgió una guarida de gatos tunantes. Pandillas de teporochos procedentes de otros barrios —el vecino San Luisito, el Topo Chico, el Águila de Oro, inclusive el distante Mictlán— llegan todavía hasta esos escombros, que de alguna manera siguen fungiendo como cantina, ya como un bar inmortal, a embriagarse durante las noches. El murmullo espectral de los adictos al fuego

asalta no pocas veces sus cabezas embotadas, durante las estaciones del *delirium tremens*, como una pesadilla anónima e inmemorial.

Funerales en el viento armados

La obsesión de Jaime Amarillas con la muerte en abstracto, y con su propia muerte en particular, era conocida por todos y servía como tema de conversación en los cafés y en las cantinas, en los burdeles y en los circos, en las iglesias y en los solares familiares de Estefanía. Camargo y el vate Domínguez habían construido una página de necromancia en los pliegos de "El Diablo Cojuelo" —más allá de las vulgares necrologías puntualmente insertadas por el administrador de la mansión de Almandos—, la cual alimentaban con poemas y prosas alusivas, con aforismos clásicos, con mórbidas ilustraciones tomadas de revistas extranjeras, con ominosas fotografías de cadáveres estefanianos en velación, obtenidas a hurtadillas por la Tía Tsé Tsé, la cronista de las páginas sociales y policiacas de *El Guardián de Estefanía*. Presentaban así, semana tras semana, el tipo de materiales que deseaba ver el cacique, mecenas de esas páginas literarias, quien solía hojearlas con fruición cada domingo por la tarde, mientras el vetusto sol de los antepasados se ponía en los verdosos cristales de su estudio. Había hecho construir un túnel que atravesaba la Plaza de Armas —o Plaza Melitar Vellido Dolfos, como había tenido a bien bautizarla él mismo—, comunicando la Casona Rosada con su establecimiento de pompas fúnebres, sito en mitad del callejón del Truco, entre la mansión

Sullivan y la biblioteca Alessio Interminelli. (En la memoria del pueblo, cada miembro de la familia gobernante se identificaba con el túnel que había mandado construir: Jacobo Amarellus, el primero, había abierto el que comunicaba la casa de la familia Lafragua con la capilla de Santiago del Canto, la más antigua del pueblo; posteriormente, Santiago Autófago abriría, o desazolvaría simplemente, según otros testimonios, el pasadizo que comunicaba la Catedral con el bar Salem, que en los primeros años de su gobierno funcionaba todavía como un decadente prostíbulo de lujo.)

No sólo los extenuados domingos, sino también los lunáticos lunes, los martes marciales, los ociosos miércoles, los jupiterinos jueves, los viernes consagrados a Lilith, los sabbaths inclusive, la trémula figura del cacique se internaba en el subterráneo, desplazándose por sus recovecos malolientes, como movida sólo por la llama de los hachones. Invariablemente vestido de gris, del color de las telarañas, su figura era elegante y mortecina. Su pelo y su calzado brillaban intercambiando rayos opacos. Jaime Amarillas tenía en su guardarropa, según las consejas de los estefanianos viejos, trescientos sesenta y cinco trajes grises, y con ellos se vestía día con día —siguiendo las sugestiones de los moralistas antiguos— como si esperara la muerte. Solo entre los ataúdes de su padre y los libros de su abuelo, entre los espejos que él había aportado tanto a la biblioteca como a la funeraria, sus horas y sus años transcurrían en una tranquila meditación.

El objeto de tantas disquisiciones no era otro que su propia muerte. Atento a la lección de filósofos antañones, pasaba los minutos y los días, las semanas, los meses y las estaciones planeando en un dorado ocio el mayor de sus negocios: sus propios funerales. Señor de vidas y muertes en la provincia de Acuario, merced a su bastón de posmarqués, a su caballo de hacienda y a su cadena de funerarias, deseaba ser propietario de su propia agonía, así como de las circunstanciales pompas civiles, militares y eclesiásticas que habrían de acompañarlo. Una vez que se hubo negado de manera formal ante el Senado a nombrar sucesor, acto con el que automáticamente le devolvía la libertad a la provincia, sabía que sus funerales serían el hecho histórico más importante de la provincia de Acuario toda, al menos en las últimas décadas. Esta abdicación en favor de los poderes del tiempo, a la pálida luz de sus meditaciones, equivaldría más o menos a una revolución, pero una revolución pacífica, sin la impronta sanguinosa y detestada de las guerras civiles. Por esta razón preparaba sus fastos fúnebres con la meticulosidad de quien planea un tiranicidio o un golpe de estado. Le gustaba su papel de actor y espectador, de cadáver y maestro de ceremonias, en el episodio más relevante que se hubiera registrado en la provincia, desde que el coronel Patricio Puebla asestara, treinta y cinco años atrás, el golpe de muerte al marquesado.

Micer Tomás Fontes y Ralea era el único enterado de estos designios, de entre todos los principales

de Estefanía. Sólo a él se había confiado el cacique, en un asunto a la vez tan íntimo y de tan graves consecuencias públicas. Así pues, el historiador, quien había recogido a Jaime Expósito, abandonado en una canasta, dentro de la corriente de personas que fluían alrededor del templo de Esteban, durante las fiestas del Santo Cristo, sería también quien atestiguara en palco de honor, e inclusive desde la fase de los preparativos, esa muerte y esos funerales. Así pues, después de leer meticulosamente las páginas de "El Diablo Cojuelo", Santiago Amarillas mandaba llamar al cronista, todos los domingos al anochecer, para que cenaran juntos y luego conversar, durante una sobremesa que sobrepasaba en veces las doce de la noche, acerca de enfermedades incurables, muertos célebres y agonías cuyo prestigio había conservado la historia. En su calidad de médico e historiador, el señor Fontes trataba de sacar en limpio toda clase de dudas, contradicciones y anomalías que presentaba a su consideración el gobernador de la provincia de Acuario. Asimismo, en su papel de fedatario de la memoria del pueblo, debía ayudarlo en la muy grave redacción de su testamento privado y de su testamento político, de los cuales documentos, vueltos a la fecha un palimpsesto, habían escrito ya entrambos innumerables versiones.

Ante todo, el cacique deseaba atajar la más mínima posibilidad de que se repitiera, en las misantrópicas calles de Estefanía, el malhadado carnaval en que se

habían convertido los funerales del gran Santiago Autógeno —también llamado Autófago—, su padre adoptivo. Investido de todas las insignias de autoridad, la noche misma en que aquél se suicidara, diez años atrás según el calendario acuariano, había alzado el bastón del antiguo Marquesado por primera vez para dar una sola orden. Decretó una semana estefaniana de cinco días como duelo (los sábados y los domingos eran aquí un solo día intocable, ausente de los calendarios oficiales y laborales, día de alcohol, de radiola y de mozas, que empezaba con el crepúsculo del viernes y terminaba el lunes al mediodía; durante ese tiempo, los comercios cerraban, las iglesias se mantenían abiertas inclusive de noche, y las dos corporaciones policiacas guardaban estado de máxima alerta). Sin embargo, un acontecimiento de aquella índole no podía sino concitar el escándalo general y el ludibrio público, no obstante lo bienquisto que era Santiago el Mayor entre sus gobernados, con quienes siempre había usado guante de seda, siguiendo en esto la maquiavélica recomendación de su padre adoptivo, el fundador de la dinastía, o quizá por ello mismo. Que el cacique de la provincia de Acuario se hubiera dado un escopetazo por causa de una prostituta, era ciertamente motivo de inquietud y disturbio en el ámbito político, comercial y religioso; pero que el dueño de la única cadena de funerarias del país hubiera muerto, precisamente el Día de los Muertos, y que se le dispensara además un entierro público y luto oficial esa misma tarde, fue cosa

que suscitó una extraña hilaridad. En la mentalidad del estefaniano de la calle, que había aprendido a mirar a don Santiago Autógeno ante todo como empresario de pompas fúnebres —la autoridad política y militar eran atributos accesorios, comparadas con aquella función suya cuasi religiosa—, aquellos funerales transmitían un solo mensaje, de alcances insospechados: que el señor de la vida y la muerte había muerto, que la muerte misma celebraría así multitudinarias exequias esa misma tarde, y que por ende todo estaba permitido, a partir de ese momento, pero entiéndaseme: hasta el punto de que las leyes y las estructuras mismas del Cosmos —del cual Estefanía, como todos sabemos, era fin, principio y centro— quedaban prácticamente abolidas, otra vez como en el año del señor de 1701, cuando falleciera el rey don Carlos II, *el Hechizado*, y hasta nuevo aviso.

Como sucedería posteriormente en momentos de parecida trascendencia, fueron los bebedores del bar Salem, del Puerto Arturo, del Marte bar, del bar Armas y Letras quienes comenzaron aquel grotesco festival, que pronto adquiriría ribetes de aquelarre, de noche política, de *meeting* dionisíaco. El segundo Santiago había muerto un domingo, Día de Muertos ese año, a la caída de la tarde. Después de una siesta retorcida y llena de estertores, que había tomado cabe el cuerpo todavía macizo de la primera dama, se incorporó de golpe, como si el aire le faltara. Subió descalzo los peldaños de madera hasta su estudio, situado en

un alero de la mansión del Cacicazgo, frontera al callejón del Truco. Los domingos —cuantimás éste, de siniestro marcaje— eran cosa funesta en Estefanía, como en la generalidad del planeta cristiano. Eran días vacantes, desterrados del calendario terrestre y aun de la memoria cósmica. Días de nadie, rellenos con cascajo lunar, con el pelo muerto de las peluquerías, con uñas de cadáveres, con botellas de agua tibia, con envolturas de celofán, ese rumoroso invento, con apagada espuma de cerveza Gambrinus, con telarañas y vendajes, con raspaduras de cuerno, con ojos de peces y pesuñas, con grasientas limaduras de hierro, con barbas remojadas la víspera, con pólvora apagada, con manecillas rotas de reloj, con destrozadas muñecas de niñas huérfanas, con lienzos de sangrienta luna, con llaves birladas, con cucharas sin dueño, con basura tipográfica, con orlas de lápices salidas del sacapuntas, con bidones de diésel, con bidets de putas, con tiza pisoteada, con avergonzadas máscaras, con impúdicos abanicos, con varillas de corsés destrozados, con focos fundidos, con huesos de gatos aplastados, con libros pornográficos devorados por la humedad. Domingos de eclipse, de agonía, de mutilación, cuando el propio Dios, arrojado a un ocio abyecto, es incapaz de mover un dedo en favor de cualquiera de sus criaturas, cuando la pálida nada abre su bocaza —toda ella es fauces, sin dientes ni mandíbulas, sin labios ni estómago— para tragar el mundo, vuelto mundoinmundo en su paladar cósmico. Harto de sí, Santiago Autófago sentóse en un camastro que

hacía las veces de diván y escritorio —acostumbraba leer acostado— en el estudio atestado de libros. Abrumado en toda su piel por un dios fofo y moribundo que lo ahogaba, tomó su vieja escopeta de caza, regalo de un paterfamilias del caudaloso clan Lafragua. Apoyó la culata en el lustroso piso de madera, tomando en seguida su cuchillo de monte, obsequio éste a su vez del padre de las gemelas Llerena. El arma quedó así boca arriba, la culata labrada en cuerno de novillo, el doble cañón bien aceitado, la boca gemela emplazada a unos centímetros de su paladar. Atravesó la angosta hoja de acero en la oreja y dedal del gatillo y se afianzó con los dos pies, apoyando la punta de ambos en la cacha y en la hoja desnuda del otro extremo. La detonación inundó en un segundo el pequeño estudio, empujó el portillo, bajó por las escaleras hasta la gigantesca cama de latón de la primera dama, y por el ventanuco borboteó hasta la Plaza de Armas, asustando a las palomas de Catedral y a sus congéneres que se desperezaban en las cornisas de la mansión de los Sullivan, estremeció las ventanas de la funeraria, retumbó en los ataúdes acojinados, abiertos para su muestra y venta, internándose finalmente por todo lo largo del callejón del Truco, de donde dispersó para siempre las innumerables imágenes de los antepasados, acumuladas en un gatuperio de sombras y espuelas, de bayonetas y apellidos, de baciyelmos y leyendas amarillentas.

Así pues, la muerte del gran Santiago Amarillas fue vislumbrada ese mismo día, muy vagamente

y entre risillas incrédulas, hacia el crepúsculo del cuervo, primeramente que en ningún otro lugar en los bares que rodeaban al Cacicazgo, hasta donde llegó a escucharse el escopetazo. Parroquianos abotagados después de tres días de demonio, de pie ante la tambaleante barra de madera, sintieron aquel disparo como si fuese un cañonazo disparado hacia el fondo de un lago: al mismo tiempo estremecedor y anodino, tal una piedra caída en el fango, apagándose como un badajo de campana entre algodones sanguinolentos, como una vejiga de toro reventada en pleno ruedo, como un perro hinchado bajo la rueda de un automóvil, como una bola de nieve cayendo entre pedruscos de lana.

Lejos estaban de imaginar la pequeña carrera de ratas que tal disparo había iniciado en los corredores de la Casona Rosada. (En el potente lecho conyugal, reforzado con muelles de hierro, la madura primera dama se dio media vuelta, sin sorprenderse siquiera, sin abrir los ojos, sin querer abrirlos a esa recién desencadenada realidad. Los sólidos trabes de madera mugieron con el peso del opulento cuerpo, al que la edad no había vejado más que superficialmente, y del cual el cacique no se había desterrado del todo, durante su amasiato con Judit Albéniz, presa todavía de los sortilegios de la nostalgia, la costumbre y la conyugal lascivia.) El doctor Tomás Fontes, haciendo gala de su omnisciencia de historiador, fue el primer personaje oficial que se dio por enterado del suceso. En realidad, cruzaba en ese momento la plaza de armas, procedente del bar Fornos,

donde había apacentado la agobiante tarde en compañía de una botella de Catalina Parr y de su protoamigo Urbano Urbina, director de *El Guardián de Estefanía*, en el preciso momento, digo, en que retumbó el disparo. Sopesó en un relámpago las circunstancias y actuó con prudencia y prontitud. Torció el paso hacia las caballerizas de la Casona Rosada, en cuyo fondo el pequeño Jaime ocupaba una precaria habitación, en calidad de arrimado, no obstante su categoría de hijo adoptivo y consiguiente asociado al cacicazgo de los Amarillas. De un bastonazo lo levantó del camastro, donde el huérfano hacía la agotadora, la abotagante, la miasmática siesta de los domingos por la tarde. A grandes rasgos le planteó la situación. Después ambos subieron a grandes zancadas la escalinata de madera que conducía a la sala del Marquesado. Las palomas espantadas por la detonación aún aleteaban contra los cristales, como si quisieran penetrarlos, picoteándolos con la punta del pico donde parecía lucir una gota de sangre, al tiempo que los zurraban, manchándolos de estiércol blando y amarillo. Fue Santiago el Chico, quien había empleado aquellos años en el aprendizaje y ejercicio de toda suerte de habilidades picarescas, quien abrió la suntuosa puerta de caoba con un su navaja de juguete. Con gesto de actor consumado —su participación, durante décadas, en pequeñas obras de teatro casero eran regularmente alabadas—, el doctor Fontes tomó de un estrado el bastón, la capa de armiño y la gorra de terciopelo que sirvieran durante trescientos años como

insignias del Marquesado de Acuario. (Posteriormente, el coronel Puebla sustituiría el bastón por el sable, la capa por la gabardina militar y el fino gorro por el gorro frigio, como insignias dentro de la burda etiqueta de la Usurpación.) Antes de entregárselas a su pupilo, hurgó con mano temblorosa en los entrepaños del escritorio de Santiago Amarillas. Sabía que allí estaba guardado, pues lo había visto con sus propios ojos, el pergamino de la adopción y el acta de oficioso nacimiento, firmados con el puño y letra del cacique, merced a los cuales aquel niño que él recogiera en el templo de Esteban diecisiete años atrás, procedente de la nada absoluta, tenía no sólo el derecho y la obligación de existir sino también la opción de acceder al mandato sumo de la provincia de Acuario, con la ciudad de Estefanía y sus otras cinco jurisdicciones: Mazapil, Capellanía, Patos, Almadén y la Hacienda de Baco.

Antes pues de que se enfriara la sangre en la crisma de Santiago Amarillas, tuvo efecto de esta manera el cambio de poderes, como un movimiento doméstico, como una intriga de corte que posteriormente sancionaría el Senado de Acuario. A decir verdad, en esta provincia que se manejaba como una casa familiar, como una hacienda esteparia, el doctor Fontes, como secretario de actas del cacique, como cronista general y como maestresala del Senado, desempeñaba el papel que habían tenido, en su tiempo, los mayordomos de los reyezuelos francos, si hemos de sacar verdadera una de las tantas lecciones de la cátedra de Historia

Universal de la provincia de Acuario, instaurada por el insigne doctor don Dionisio García Fuentes.

Así pues, la primera medida del tercer cacique fue, como decíamos, decretar una semana estefaniana de duelo en honor de su padre adoptivo (ya el Senado de la provincia de Acuario tendría tiempo para ratificar su nombramiento, una vez terminadas las solemnidades). Durante ese lapso, *El Guardián de Estefanía* —desde cuyas páginas el bachiller Urbina respaldaba activamente los manejos cortesanos del visir Tomás Fontes— se mantuvo atento e informó puntualmente a la ciudad de cada uno de los pasos del churrigueresco ceremonial dictado desde el Cacicazgo. Ciertamente, ni siquiera Manuel de Cumas, poeta laureado de la provincia de Acuario, quien se suicidara cincuenta años atrás, poco antes de que llegaran a término las guerras civiles, ingiriendo una cápsula de cianuro de plata en su habitación de desterrado, había tenido unos funerales a un tiempo tan solemnes y tan truculentos. El cuerpo de Santiago Amarillas fue trasladado al panteón de San Esteban Malebolge, en el barrio de Mictlán, en un ataúd fabricado en su propia funeraria, un cajón de los más baratos, de madera de huizache recubierto con varios nudos de espinas. Dicho empaque aleccionaba con suficiencia sobre la proverbial avaricia que caracterizaba a las familias notables de Estefanía, desde los Lafragua hasta los Domínguez, desde los García hasta los Llerena, desde los Fontes hasta los Jaimes, así como los recién venidos Amarillas. Entre los brazos

cruzados, encima del pecho, le habían puesto un crucifijo erizado de espinas, y debajo una apolillada página del ejemplar del *Fuero juzgo* que se guardaba en el altar mayor de Catedral, y que había llegado con las huestes de doña Estefanía de Montemayor el año de fundación de la ciudad y el Marquesado. Iniciada en tiempos de los primeros marqueses, esta costumbre protocolaria había disminuido casi a la mitad el número de páginas del vetusto volumen: ¡hasta tal punto las guerras civiles habían alterado la tranquilidad y el buen gobierno en estas tierras tan insumisas y tan septentrionales!

Resulta inenarrable la manera como aquella carreta de ejes oxidados, tirada por un pollino blanco que se espinaba las ancas con los adornos del féretro, fue convirtiéndose, a medida que se desplazaba por las calles, callejas y callejones de este pueblo de bultos alcoholizados, en el motivo de un carnaval desfachatado y violento. El viernes, día de Lilith, día de demonio, se expandió hasta volverse una semana, estefaniana o como quiera llamársela. Cualquier borrachín que emergiera a saludar al cortejo desde la puerta de la cantina, estaba en deuda con el cacique por causa de algún deudo cercano, abuela, tía, madre, esposa, hija malograda. Sabían que su saldo no había fenecido junto con aquel cadáver, sino que se desamortizaría para duplicarse tarde o temprano, en manos del nuevo dueño de la funeraria, de la ciudad y de la provincia. Quienes habían palmeado la espalda del gobernador, en uno de los taburetes de la barra del Puerto Arturo, a donde éste acudía

para saludar a su querida, y de paso beberse una botella de tequila montés, a la vera del todopoderoso, alcanzando inclusive a conversar con él por diez minutos, teniendo todo aquello como un raro privilegio —por lo demás ambos Amarillas, el abuelo y su hijo adoptivo, más no así el tercer Santiago, eran hombres sencillos y afectos a la ubicua democracia de las cantinas, y a su tribunal no por jubiloso menos severo—, esta clase de bebedores, digo, se quitaban el sombrero al paso del pollino y se persignaban escuetamente, con un válgame dios que nada tenía de jiribilla, y volvían al interior de la amniótica cantina, donde proseguían con el trago, acaso con una arruga más en la frente, con un miligramo adicional de melancolía en la balanza de sus cansados corazones, donde cotidianamente se balanceaban, como tantas veces he dicho, simulacros de cielo y de infierno. (El filósofo Camargo y el vate Domínguez habían tenido a bien incluirse entre el número de los conmovidos, rememorando la feliz época de su adolescencia, cuando pasaban la parte más provechosa del tiempo en una mesa del Puerto Arturo, meditando a solas, reconversando u hojeando libros peregrinos, bienquistos con el viejo gobernador, quien más de una vez se acercó a conversar con ellos, entre indulgente y curioso, y por lo tanto con Judit Albéniz, la reciente propietaria, quien había empezado por ese tiempo la loable y hereditaria costumbre de fiarles los tragos.)

La borrachera colectiva en que se convirtió aquella semana de duelo quedó registrada en la memoria del

pueblo con el mismo énfasis que los funerales, compitiendo con ellos en pompa y aun en peso histórico y político. A la hora de consignar estos hechos con su culta y envarada pluma, el doctor Tomás Fontes no tuvo más remedio que comparar a su amada Estefanía con el Londres que retratara el pintor William Hogarth hacia 1730, en un grabado que denunciaba satíricamente la fiebre del ginebra, esa epidemia sagrada que apareciera de manera concomitante a la Revolución Industrial. Y la comparación era perturbadoramente justa: otra vez, como en las oscuras fechas en que cayó el Marquesado, en medio de una epidemia de cólera morbus, el pueblo todo se entregó a la bebida, en calles, callejas y callejones, en plazas y atrios de iglesias, en baldíos y vestíbulos de escuelas, en oficinas y caballerizas, en carnicerías y almacenes de ropa, en antesalas y traspatios, desde la estación del ferrocarril hasta el Ateneo, desde el Parque Porfirio Díaz hasta el montículo de Santiago del Canto, desde el doble panteón del barrio de Mictlán hasta las faldas del cerro del Santo Cristo. Hombres y mujeres, mozas y zagales, inclusive bandas de niños asaltaban las cantinas y las tiendas de abarrotes, así como las pulquerías y las destiladoras clandestinas, víctimas colectivas de una sed que no parecía conocer término.

El doctor Fontes empleó veinte páginas de su monumental historia en describir los funerales de Santiago Amarillas, lo cual nos convence sobre el carácter escandaloso y tremebundo que revistió

esta borrachera multitudinaria, considerada en su justo peso dentro del contexto histórico general de la provincia de Acuario. (Sin embargo, Camargo y el vate Domínguez opinaban, sin minimizar la importancia de la bacanal funeraria, que esa estrategia expositiva de centrar la atención en los espacios públicos y en los sucesos multitudinarios había servido muy bien al viejo zorro para encubrir sus negociaciones en la penumbra, de manera que el asunto de la acelerada sucesión del tercer Santiago, con un Senado adormilado y en ayunas, quedaba asentado, oportuna y escuetamente, apenas en una página y media.) La memoria del pueblo, de todas maneras, guardaba aquella semana dibujada en trazos candentes, tal como si acabara de acontecer, no obstante haber pasado ya diez años, tanto por su relevancia como por su relativa cercanía en el tiempo.

Durante esos mismos días, por cierto, brotó en la mente del nuevo cacique la idea de integrar formalmente la corporación que se conocería después como la patrulla del Hades. La policía ordinaria que había servido a su padre —dos centenas de gendarmes pasados de edad y de peso, montados en bicicletas de llantas gruesas, con un sombrerito para protegerse del sol— habíase visto rebasada desde la segunda noche por los tumultos. En realidad, aquellos buenos hombres habían cumplido hasta entonces el papel de meros agentes de tránsito, en una época en que el pueblo aún desconocía los semáforos y demás señaliza-

ciones, y en que las calles, callejas y callejones apenas se veían conturbadas por el paso de los primeros automóviles, pero sobre todo de abundantes animales domésticos, que iban del pitagórico gallo al conejo celtíbero, de la filosófica tortuga al gato gitano, del cuidadoso can al huidizo jilguero. Los bonachones gendarmes empleaban la mitad de su tiempo en esa ocupación, a cambio de un modesto sueldo; durante la otra mitad se desempeñaban en pequeños oficios —la mercería, la dulcería, los abarrotes— o de plano se sumían en el tranquilo ocio de los jubilados, en la plaza de armas, en los jardines del mercado o en alguna banca del ameno Parque Porfirio Díaz. Preferían no enfrentar directamente a los estefanianos que tenían fama de violentos y mal averiguados, procurando en cambio reducirlos con astucia, experiencia y buenas razones. El pistolón de museo y las oxidadas esposas que llevaban al cinto no eran de fiar en caso de que un altercado pasara a mayores; además de que el sueldo simbólico que les procuraba el Cacicazgo, no alcanzaría en último caso para curar un grave contratiempo del cuerpo. Por disposición del gran Santiago Autógeno, habían sido instruidos asimismo como pendolistas: sabían leer y su caligrafía era garigoleada pero impecable, razón por la cual prestaban al estefaniano de a pie, a cambio de un módico estipendio, el servicio de escribir recados, cartas, memorandos y peticiones oficiales para el Thesauro, la Curia y la Casona Rosada: así añadían algunos dinares a su diaria soldada, mostrándose no pocas

veces más eficaces con la pluma que con el pistolón de utilería. No obstante la precariedad de su oficio, estos policías de tacto, estos gendarmes de recta moral y buen sentido habían logrado, en un lapso de diez años, hacerse respetar por los habitantes de Estefanía. Su habilidad dialéctica y su peculiar bondad habían dado motivo para que Camargo y el poeta Domínguez los bautizaran, en alguna crónica de "El Diablo Cojuelo", como la "policía evangélica".

Movido por todas estas razones, Santiago Heautontimorúmenos tuvo la inspiración, en medio de esa turbulenta semana, de planear desde entonces sus propios funerales con minucia y antelación. De alguna manera deseaba borrar ante los ojos de la posteridad la impresión de que su ascenso había sido un golpe de estado palaciego, un golpe de estado de dos. Quería restablecer una forma de legalidad, así fuera a posteriori, más para siempre, una apariencia de orden que él no había podido disfrutar en aquel ominoso domingo. Así pues, desde su primer mes de mandato, empezó a reunirse una vez por semana con micer Fontes y Ralea, con el cronista Ralea y Gato, en un altillo de la mansión de Almandos, donde el padre adoptivo despachaba por las tardes sus negocios funerarios.

El astuto erudito bien pronto se dio cuenta —su olfato de historiador se había afinado con la ancianidad— de que lo que buscaba en realidad aquel vástago político de la estirpe de los Amarillas era eternizar su mandato, echando mano de herramientas y

ceremonias fantasmales. A medida que el joven cacique desplegaba sus planes, el *signor* Fontes percibía con mayor claridad que lo que éste buscaba era montar una farsa, para educar al pueblo al tiempo que ejercía sobre él una venganza. En una fecha incierta, nadie sabría dentro de cuántos años, al borde de una fosa abierta en el punto donde los confines del barrio de Mictlán se confundían con el horizonte —nubes como templos de mármol abatido, nubes semejantes a caballos muertos en plena carrera—, se operaría un pequeño milagro político, histórico y cosmológico. En un momento dado, un momento planeado durante diez años de rencor y delirio, una vez que la gente toda se enterara que el ataúd estaba vacío, podría pensarse que el tercer Santiago era inmortal, y que habría ascendido al cielo estefaniano —el más bajo y fúnebre de todos los cielos, según la teología local del padre Rodolfo Calvida—, para seguir rigiendo desde allí los destinos de la provincia de Acuario. Eterno y rampante, sí, a la derecha, siempre a la derecha, de don Carlos II, *el Hechizado*.

Los estefanianos se pintaban solos para inventar consejas: así lo probaba su mito inaugural, tejido en torno al mórbido personaje de doña Estefanía de Montemayor, mito que había alcanzado, a lo largo de trescientos cincuenta años, resonancias religiosas, políticas y morales, de una manera que no dejaba de desconcertar, e irritar inclusive, a los tres países vecinos, la República de Anáhuac, la República de la Sierra Madre y la República de la Estrella Solitaria, en

cuyas tres capitales —México-Tenochtitlan, Santone y Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto—, el nombre de Estefanía era pronunciado con una sutil mezcla de admiración y desprecio. Por lo demás, en tratándose de chismes sacros, ¿no había ya tanto loco por las calles, callejas y callejones y en los claustros sectarios de las iglesias, conventos y conventículos, pronunciando desde la primavera anterior el nombre del estrafalario profeta Estebanillo y, más recientemente, el de su albacea teológico, el a todas luces misterioso doctor Topacio?

El plan comenzó a desplegarse, pues, el 2 de noviembre del presente año, Día de los Muertos. En la víspera, noche de los Santos Inocentes, agentes de la policía del Hades pusieron a circular en los bajos fondos la versión de que el tercer Santiago, Jaime Heautontimorúmenos, o Santiago el Pequeño, como lo apellidaban sus malquerientes políticos, había caído en el lecho, gravemente enfermo. Simultáneamente, *El Guardián de Estefanía* publicó un artículo del doctor Tomás Fontes —con mucho, el opinador más leído en toda la provincia, así como en la vecina Monterrey— en cuyas últimas líneas, y sin que viniera al caso, se hacía una discreta mención a la salud del cacique, rogando a los manes de doña Estefanía de Montemayor, del protomarqués don Francisco de Urdemalas y aun del gran Carlos II, por mal nombre llamado *el Hechizado*, por su recuperación pronta y plena. Ambas noticias prendieron rápidamente en el espíritu de los

estefanianos, sensibilizados ese día, décimo aniversario de la muerte del gran Santiago Autógeno, por el sordo perfume de las flores y las lápidas caldeadas por el añublado sol.

En las cantinas del barrio viejo, no menos atestadas de flores, se recordó también ese día, de manera soterrada, casi de boca en oreja, el nombre y la desastrada misión del profeta Esteban de Urdemalas. Como no se conocía tumba donde hubieran reposo sus huesos, y adonde conducirle procesión de homenaje, los parroquianos se contentaron ese día de los días con actualizar en corrillo sus recuerdos personales del santón, cotejándolos entre ellos para corregirlos y ampliarlos. Poco a poco, de manera insidiosa pero efectiva, habían empezado a imponerse en este asunto el canon y los comentos de un ranchero atrabiliario, procedente de Mazapil, la villa funeral de los marqueses de Acuario, a quien nadie había visto hasta entonces, y que se hacía llamar con el pomposo mote de doctor Topacio. Aunque no bebía una copa, parecía vivir en las cantinas, donde cotidianamente se le veía y despachaba sus asuntos, desde muy temprano en la mañana hasta la una o dos de la madrugada, hora del cierre. Hacía parsimoniosas peregrinaciones, que empezaban regularmente en los bares del centro: Puerto Arturo, La Tenaza, El Placeres, desde los cuales sus huaraches de suela de llanta se desplazaban como en ondas excéntricas hasta las cantinas de las orillas: El Xalisco, El Xaltocan, Marte bar, El Potrero, El

Xcaret (palabra maya que significa "Jaguar", y que el vate Domínguez y el filósofo Camargo trocaban por Xtabay, "Muerte", en los momentos de grima), otrosí el bar Dandy, donde resultó acuchillado el gran Agustín Jaime, el que hacía caracolear su caballo, primo segundo de Santiago Autógeno, regresando para concluir en un punto intermedio entre el barrio viejo y los llanos del más allá, precisamente en el bar Salem, desolada zahúrda en cuya bodega, llena de cajones de cerveza Neptuno y Gambrinus, solía pasar la noche, y que poco a poco se había ido consolidando como su centro de operaciones. Aquí comía cualquier potaje, allá disertaba, acullá dormía la siesta de las tres a las cinco sobre las mesas de patas indecisas, o de plano en la tambaleante barra. Recién llegado a Estefanía, había encontrado en la figura del profeta descalzo la cantera en la cual plasmar sus ambiciones, sus supersticiones y sus fantasmagorías. Su linaje enclavado en la Ciudad de los Muertos aderezaba de modo inmejorable ese perfil supersticioso, esa terquedad, esa charlatanería que paseaba diariamente por todas las cantinas; en Mazapil, sí, la villa santa, donde reposaban los huesos de los padres fundadores, de los trece marqueses, de los caciques y gobernadores que se habían asesinado unos a otros, y piadosamente enterrado unos a otros, durante el periodo de las guerras civiles, y cuyos últimos huéspedes habían sido el coronel Patricio Puebla, Jacobo Amarellus —si es que en realidad había muerto— y el gran Santiago Amarillas.

Camargo y el vate Domínguez recibieron con escepticismo la noticia. Al mediodía habían comido en el bar Fornos, elegante cantina sobre la avenida de la Reina Victoria, a donde todos los sábados los invitaba el bachiller Urbano Urbina, unas veces como adelanto y otras como sustituto del sueldo, una vez que cerraban la edición de "El Diablo Cojuelo". El viejo zorro guardaba un silencio opaco, cauteloso, ante la presunta enfermedad del mandamás del antiguo Marquesado de Acuario. Era patente que sabía más de lo que pudiera decir, sobre todo en presencia de dos de sus discípulos más imprudentes. Por lo que prefirió, a la hora de los postres, tomar un libro del estante más cercano (*La guerra de Jugurta,* alcanzó a leer Camargo, entornando sus ojos miopes), y sumergirse en su lectura. De manera que optaron por despedirse de él, dejándolo arrellanado en su butaca, mientras cargaba su pipa, entre el volumen de Salustio y media botella de coñac procedente de la Hacienda de Baco; su torso enfundado en un saco marrón de codos gastados, su alargada nariz de bebedor y su pelambre rojiza en verdad le prestaban el aspecto de un zorro.

Ambos camaradas iniciaron, como cada sábado, su recorrido por las cantinas de la ciudad vieja. Algunas estaban llenas y otras completamente vacías, debido al carácter particularmente sagrado de ese sábado. Pronto se dieron cuenta, y así lo comentaron entre risas, de que estaban siguiendo los pasos del doctor Topacio, quien hacía chasquear de modo semejante sus sanda-

lias de suela de llanta, más o menos a las mismas horas, por las estrechas calles del centro, allanadas por el sol, yendo de una cantina a otra como si buscara a alguien —¿acaso al ectoplasma del profeta Estebanillo?—, alguien con quien hubiera concertado una mítica cita, sin que se hubiera especificado nunca la hora ni el lugar.

En el décimo aniversario de la muerte del gran Santiago Autógeno, precisamente un 28 de diciembre, Día de los Inocentes, el pueblo todo apareció ornado con festones de luto. Había listones negros en muchas puertas, crespones en algunas ventanas y pendones en cada poste del alumbrado. Mantones y banderolas, cintillas y distintivos de siniestro color aleteaban como cuervos y como plumas de cuervos en todo el ámbito de Estefanía. En la puerta de Catedral había un montículo de rosas negras, y otros tantos en el templo de Esteban, en la iglesia de San Juan de Cumas, donde el vate Manuel comulgaba en la infancia, en el Santuario de Guadalupe-Montemayor y en la capilla de Santiago del Canto. Todas las campanas batían un aire de luto, con aire cansino, acompasado, subacuático. Asimismo, en la edición de ese día de *El Guardián de Estefanía,* sobre el ángulo superior derecho de la primera página, aparecía estampada la misma rosa negra, la flor heráldica de la familia Amarillas, con el rostro del tercer Santiago grabado entre los pétalos. En esa misma plana aparecía una extensa entrevista que el bachiller

Urbina había sostenido semiclandestinamente con el doctor Tomás Fontes uno o dos días antes, en la que el cronista hablaba sobre el porvenir de la provincia, así como sobre las reglas de sucesión y el derecho testamentario que en general regía en ésta desde los tiempos del Marquesado. Hacia las dos de la madrugada, el reportero Pico González había entrado trastabillando a la imprenta de la tesorería, gritando que detuvieran las prensas. Un piquete de la patrulla del Hades lo había abordado en el bar La Tenaza; sacándolo al callejón, le comunicaron la noticia de que el cacique estaba en trance de agonía, acompañado por el padre Rodolfo Calvida, párroco de Santiago del Canto y por Roberto, *El Diablo*, capellán de la Casona Rosada, dado que monseñor Portugal y Serratos llevaba tres días en trance místico, esto es, en la llamada siesta estefaniana, y no tenía para cuándo despertarse. (Pico recobró al punto la lucidez, como si los alguaciles le acabaran de aplicar una dosis de cocaína o una corriente de electricidad por la oreja.)

Las cantinas abrieron a primera hora, como de costumbre, y pronto recibieron la visita de los interventores del Cacicazgo, que ponían listones de luto en las jambas y pegaban sobre las hojas de las puertas sendos edictos en los que se notificaba a los parroquianos, y a los viandantes en general, que el gobernador Santiago Amarillas había muerto. Que moría por tercera vez, como lo había hecho antes Jacobo Amarellus, como había tenido a bien hacerlo Santiago

Autógeno, como él voluntariamente lo hacía ahora, y en él la estirpe toda de la familia Amarillas (tal era la fórmula ceremonial que se empleaba, desde los tiempos del Marquesado, para notificar una muerte ilustre, la muerte por antonomasia, la muerte del caudillo: los doce marqueses habían muerto en la persona del último marqués, así como en los años fundatorios don Francisco de Urdemalas el Viejo, moría de nuevo en la agonía de don Francisco de Urdemalas el Mozo, como en general todos los capitanes que habían poblado la villa, en la persona de sus hijos, nietos y trasnietos, hasta la treceava generación, convertidos todos ellos en corderos de Abraham, y sus huesos guardados en la villa funeral de Mazapil, donde desde siempre habían existido más muertos que vivos; excepción hecha de los sacerdotes, pues ellos no obtenían sus cargos ni por la adopción ni por vía sanguínea; sólo doña Estefanía de Montemayor no moría ni había muerto nunca, sino que continuaba viva mientras existiera un solo *homo acuarianus* sobre estas inhóspitas tierras, así Dios sea honrado y debidamente guardado). Los portones de las casonas familiares de las Lafragua y las Llerena estaban abiertos de par en par desde el primer canto del gallo, y en los cóncavos zaguanes estaban dispuestas barricas de aguamiel y grandes ollas de comida para el consumo de todo el que pasaba. Radio Alameda y Estéreo Estefanía habían iniciado sus transmisiones, al cuarto para las cinco de la madrugada, como de costumbre, pero esta vez tocando el *Réquiem* de Mozart, y habían conti-

nuado en este tenor hasta las ocho, con piezas de ese estilo, de la autoría de Bach, Brahms, Beethoven, así como de Schubert, Chopin y Schuman: las tres B y las tres S que más estimaba el doctor Fontes, programador oficial de música culta en ambas estaciones. Los sermones inaugurales en todas las iglesias del pueblo habían sido esa madrugada puras palinodias del polvo, carnes de hierba, cartas a los gusanos, glorias transitorias, infiernos serenos. Los curas se esforzaban casi sinceramente para que en virtud de sus poderes litúrgicos, el agua bendita adquiriera, ese día en particular, un pardo sabor a lágrimas.

Un tufo de muerte institucional se respiraba en los edificios públicos. La Casona Rosada estaba más silenciosa y vacía que de costumbre. En el Correo colgaron grandes fotografías de Jaime Amarillas y de su padre (a Jacobo Amarellus nadie había podido retratarlo). La Tesorería de Acuario, sobre la calle del Farolito, estaba cerrada a piedra y lodo, como si se aguardara uno de aquellos legendarios asaltos de los apaches, que tan ominosamente habían agravado el horror de las guerras civiles. El Registro Civil, en cambio —que de suyo manejaba menos documentos que la funeraria de los caciques: hasta tal punto los decesos sobrepasaban a los nacimientos en Estefanía, desde por lo menos un siglo atrás, así como los concubinatos a los matrimonios— funcionaba normalmente. La mansión de Almandos, como el Thesauro, estaba herméticamente cerrada, pero en su caballeriza se escuchaba un ruido infernal

de martillos y molduras. También en la comandancia de policía era notoria una enredada actividad, hecha de órdenes y contraórdenes, de susurros y gritos, de armas preparadas y botines de clavos. La Biblioteca Múzquiz Blanco, en el Parque Porfirio Díaz, especializada en filosofía y literatura, mantenía sus puertas cerradas. La Biblioteca Alessio Interminelli, el mayor depósito de documentos históricos del Marquesado y de la época de las guerras civiles, situada exactamente al frente de la Funeraria Amarillas, había sido tomada desde la noche anterior por un piquete de la policía del Hades: ya jamás volvería a abrir sus puertas. En la penumbrosa casona ocupada por *El Guardían de Estefanía,* sobre la calle de García Suárez, sólo había dos personas: Pico González, que dormitaba en la sala de redacción, medio borracho y medio crudo, y el bachiller Urbano Urbina, que aguardaba en su despacho vestido de gala, con rostro de cera y su inveterada copa de coñac en la mano. En uno de sus dedos, manchado de nicotina, traía puesto su anillo de comendador del Marquesado de Acuario, obsequio de su abuelo, el coronel Patricio Puebla, quien lo sustrajera entre otras leprosas fruslerías de gran valor, de las criptas de Catedral, y sobre los hombros la capa que lo acreditaban como miembro de la orden de Guadalupe-Montemayor.

Como era día de guardar, Camargo se había levantado tarde. Apenas a la hora del Ángelus, con el sol clavado en el zenit, estaba trasponiendo el umbral del bar Thalassa. El vate Domínguez se le unió en la mesa

de costumbre, media hora más tarde. En el trayecto desde sus respectivas casas, habían podido palpar la atmósfera que privaba en el pueblo. El filósofo había escuchado la noticia, hacia las seis de la mañana, como una alarma enmarañada entre la estática de su afónico aparato de radio, que solía dejar encendido durante las noches, hasta que, al cabo de los meses, las pilas reventaban en un borbotón de carbono ácido; sin embargo, hasta tal punto le pareció inverosímil, que pensó que formaba parte de un sueño, de manera que no le dio importancia. El vate de Eva, quien había roncado hasta las once de la mañana en su cuarto de hotel, asfixiado de humores de tequila y ceniza de cigarrillo, no se había enterado de nada, sino hasta una hora después, una vez que se hubo aseado y salió a la calle, rumbo al café Maquiavelo, dos calles más adelante, en busca de un café caliente. Los aparatos de radio de todas las zapaterías, las mercerías, las tlapalerías, las panaderías y las tiendas de ropa informaban del suceso, como infernales espejos intercambiando el fulgor de una llama brotada en el más allá. Abrumado por la resaca, cabizbajo en la mesa del Thalassa, estaba callado, incluso temeroso. Él, que pertenecía así fuera de manera lateral a la familia gobernante, mediante un parentesco en el que había cifrado tantas ilusiones, sentíase ahora inseguro y amenazado. ¿De qué manera iban a actuar en esta situación los enemigos de antaño, los amigos de hogaño, el doctor Tomás Fontes, el bachiller Urbina, el padre Rodolfo Calvida, el *pater* Diablo, Pécora Albéniz

y el resto de sus acreedores en restaurantes y cantinas, pero sobre todo el comandante Roca, que continuaba a la cabeza de su funestísima patrulla del Hades?

Semejante angustia y desazón había sentido diez años atrás, en plena adolescencia, cuando entre el vértigo del Día de Muertos había sido anunciado el fallecimiento del segundo Santiago, su tío político. En esta ocasión, sin embargo, sus emociones eran más onerosas y paradójicamente más ligeras. ¿No era ese día precisamente 28 de diciembre?, ¿no estaba marcado en los calendarios como Día de los Inocentes? Consultó con Camargo esta alocada hipótesis, quien a pesar de encontrarla plausible, no se arriesgó a sancionarla del todo:

—Con la familia Amarillas nunca se sabe; con el *signor* Fontes, tampoco: cada año se parece más a un libretista de teatro que escribe sobre la marcha y entre bambalinas la historia del pueblo. La estructura como si fuera un drama, como si fuera un sainete para representar en el teatro García Badillo, frente a la plaza del mercado , o de plano al aire libre, en la Plaza Melitar Vellido Dolfos. Inclusive como una novela por entregas, que nosotros bien podríamos publicar cada domingo en las páginas de "El Diablo Cojuelo". ¿Acaso no hemos dado ya a la imprenta sus crónicas cuasi policíacas sobre Dolores Castillo, sobre el teniente Paredes, sobre Mildred la desnudista, sobre aquel maricón apellidado La Romana, e, inclusive, sobre el profeta Estebanillo? Del doctor Topacio no

había escrito una línea ni le había concedido todavía la importancia debida, pero igualmente me pidió que lo rastreara —que lo "monitoreara", me dijo con tartajosa lengua anglicista—, hasta que se produjo el incendio en el bar Salem.

—¿Te refieres a una suerte de conspiración literaria en pleno Día de los Inocentes, pergeñada por la pluma del fino doctor y puesta a andar gracias a los sacrosantos poderes políticos que detenta el cacique, a despecho de los 300 miembros del Senado?

—Sí, hablo de un golpe de estado que ejecuta la desapacible imaginación de un cronista, a espaldas de la Duma, de esa corporación de viejecitos de quienes nadie sabe bien a bien quién está muerto y quién permanece vivo. Hasta tal punto son celosos de su autonomía, de su pobre independencia, a la que consideran inclusive por encima de la radio, el periódico, la cátedra y el púlpito, que jamás se molestan en participar los decesos que ocurren en su seno.

—Aumentas mi confusión, la grima, el desasosiego.

—Todavía más: ¿no será este día el 28 Pluvioso de Santiago Amarillas?, ¿no estará por ventura muriendo para resucitar, como el santo del barrio de Santa Anita, según los evangelios chismográficos, más o menos legítimos, que esgrimía el doctor Topacio por todas estas cantinas de Dios y del Diablo?

—¿Hablas ahora de un golpe de estado en las nubes, o para ser más exacto, en los infiernos?

—Un golpe de estado en el mantel, en la Casona Rosada, en la Catedral, en *El Guardián de Estefanía*, en los papeles que el necio doctor llevaba en su faltriquera, y que se disiparon entre las cenizas del bar Salem.

—¿No habrá sido esto por ventura lo que intentaba anunciar, con lengua divagante y espíritu añublado, el profeta Estebanillo?

La mesera se acercó con una botella de tequila bajo el brazo y en sus heladas manos sendas cervezas Gambrinus. Llenó los caballitos con fino pulso, tan exacto como el de una pianista. Más allá de la puerta volante de la cantina, las calles estaban sumergidas en un soleado estupor. Camargo y el vate Domínguez podían adivinar desde su mesa el susurro de los recelosos estefanianos, murmurando detrás de los ferrados portones, de las paredes de cal y canto, de aquellas fachadas pintadas de un amarillo enfermizo, desde la época del cólera morbus, rumiando sus sospechas, cavilaciones y certezas acerca del acontecimiento, inseguros, sin tomar una decisión. ¿Debían alegrarse apaciblemente en casa o salir luciendo un estentóreo luto a la Plaza Melitar Vellido Dolfos y al Parque Porfirio Díaz (si realmente estaba muerto, el cortejo de Santiago Amarillas debía correr entrambas plazas, a lo largo de la avenida Reina Victoria)?, ¿folgarse en privado, detrás de aquellas paredes de dos codos de grueso, detrás de esos portones adornados con vegetaciones de hierro, que tanto había detestado en su momento el teniente Paredes, volteando hacia el nadir las caracolas, como

señal de duelo, en el alféizar de las ventanas, donde al menos por esa tarde no habría requiebros, salacidad ni cuchicheos de doncellas?, ¿o salir a las calles, a las cantinas, a las iglesias, a la plaza del mercado , al cine Hipnos, a orear un poco el falso luto reciente?, ¿o inundar la ciudad, de luto sí pero entre risotadas, e improvisar de nuevo un carnaval en este Día de los Inocentes, parejo al que inventaran entre todos, espontáneamente y sin maldad, diez años antes, cuando falleciera el gran Santiago Autógeno? Sin embargo, el recuerdo de la muerte del *secondo* Amarellus, bienquisto al corazón popular, ocurrida en pleno Día de Muertos, en el tapanco de su propia funeraria, pesaba onerosamente sobre la conciencia del pueblo, así como la orgiástica equivocación que entre todos habían entonces cometido. Nadie quería arriesgarse a tomar otra vez la situación como una broma, cuantimenos considerando que el último Amarillas había dado señales de un pésimo humor en aquel tiempo, en su día inaugural como cacique de Acuario.

—No hay quien tire línea o cordel en este asunto —prosiguió Camargo—: en esta delicadísima coyuntura histórica, tanto el bachiller Urbina como el doctor Fontes tardan mucho en manifestarse. Don Leovigildo, que enciende todos los días su radio a las cinco de la madrugada, no supo darme razón sobre si habían perorado o leído al aire algún documento oficioso. Aquí, en el Thalassa, no han conectado la radiola. Desde que entré, tengo atenta la oreja a Radio Alameda, de

manera que he acabalado hasta este momento dos horas de pura música clásica.

—¿No ha hablado siquiera el padre Calvida, quien gusta de hablar en toda ocasión, ya sea sagrada o profana? —en los momentos más lánguidos de una cruda, o en las horas más fulminantes de cualquier borrachera, el vate solía tropezar literalmente con aquella vocecita amariconada, narrando pasajes de las vidas de los santos entre una polka y otra, entre los avisos de las películas del cine Hipnos, por debajo de las ofertas de frutas y verduras de la plaza del mercado , después de todo, era el segundo capellán de la Casona Rosada, y compartía la mitad de la autoridad de la Curia con el párroco velado del templo de Esteban, monseñor Portugal y Serratos (de quien la *vox populi* decía, por cierto, que había muerto cincuenta años antes, y que se mantenía en estado de latencia por obra de ciertas fórmulas alquímicas descubiertas por la Hermandad de los estefanianos)—. No obstante, miente quien puso a circular la especie de que yo enciendo el radio de mi habitación con una patada. Supongo que el infundio empezó por alguna vez que coincidiera, una sola —y esta es también la última que intento explicarlo—, el primer acorde del acordeón con el sonido de la punta de mi bota sobre algún mueble: supongo que cualquier ruido puede escucharse, a cualquier hora, en cualquier habitación del Hotel Mundial. Sí, ese edificio es un sistema de ruidos, una colmena de chismes, un convento de putas donde se escucha día y

noche la voz de Rodolfo Calvida, untuosa y puntillosa, en la administración, en el excusado, en la lavandería, en la cocina, en el sótano, en la azotea, en mi habitación o en cualquier otra de las restantes dieciocho que componen el palomar.

El vate Domínguez, exacerbado por la incertidumbre y el alcohol, temía un baño de sangre. Una bañera llena de su propia sangre, por lo demás muy poco senequiana, muy poco maratónica. Conocía, como todo estefaniano viejo, los siniestros procedimientos de la patrulla del Hades, esa corporación sombríamente mítica, que los abuelos hacían remontar hasta los sicarios y verdugos de la Casa de los marqueses de Acuario. (El propio cronista Fontes —si ésta no era otra más de sus consejas e infundios— había localizado el marbete "Santa Hermandad del Hades" —como había empezado a llamarse popularmente, en tiempos de los bisabuelos, al Protocolo de Discreción y Moral Pública de la Casona Rosada— en los papeles contables y legales de los antiguos marqueses.) Ser el único pariente cercano vivo del tercer Amarillas —no obstante que éste era, más que un hijo de la chingada, un hijo de nadie— lo ponía en una situación delicada. Si el viejo cacique no lo había beneficiado en vida, tampoco previó acaso que con su muerte lo precipitaba en el peligro. Diez años atrás, en pláticas de cantina, el poeta adolescente había alardeado más de tres veces de ser sobrino de la primera dama viuda, y palabras de esta clase nunca pasaban desapercibidas para los infor-

mantes de la Siniestra Corporación. En el actual predicamento, sólo contaba entre sus activos con el distante trato que cultivaba con el doctor Tomás Fontes, desde hacía poco más de un año, y con el mecenazgo más que económico, moral del bachiller Urbano Urbina, el pusilánime director de *El Guardián de Estefanía*. El primero había sido el privado del tercer Santiago, y el segundo pertenecía al círculo de allegados del cacique. ¿Pero qué podrían hacer por él ahora que el gobernador había muerto?, ¿tendría más influencia la plumafonte del doctor Fontes que el bastón de caoba del afeminado comandante Roca? A la hora de las convulsiones políticas, los cuerpos armados suelen hacerse del poder, por encima de las cofradías religiosas, de las asociaciones profesionales o de los grupos de intelectuales. Ahora bien, ¿por qué no había ocurrido esto todavía?, ¿por qué el jefe de la patrulla del Hades no había estado a la vera del cronista cuando dio la mala nueva del fallecimiento del cacique, a media mañana, desde el balcón central de la Casona Rosada?, ¿estaría acuartelado ya en los sótanos del callejón del Lobo, donde tenía sus oficinas, sus divanes de adicción, sus crujías, sus quemaderos de libros y sus salas de tortura? Siendo así, ¿a qué hora empezaría el toque de queda?, ¿y quién haría caso de un toque de queda decretado el Día de los Inocentes?

El vate Domínguez, como la marquesa Eulalia de Rubén Darío, sólo bebía y bebía, obsesivo y nervioso, frente a la catadura igualmente ensimismada de Ca-

margo. Ambos dudaban de que el "melancoholista" Urbano Urbina, sin el apoyo del Cacicazgo, tuviera suficiente dinero para seguir imprimiendo y encartando "El Diablo Cojuelo" en su periódico. El filósofo, por su parte, tampoco se apercibía limpio de culpa en los vastos archivos de la patrulla del Hades. Su relación con Jimena Paredes, con todo lo platónica que pudiera haber sido, lo había insertado de lleno en el submundo policiaco, poniendo a circular su nombre y sus generales en esas cloacas y esos muladares. Dudaba que la gendarmería lumpen le perdonara el haber fornicado más de una vez con la muchacha, quien durante su breve estancia en el pueblo se había convertido en una especie de patrona corporativa para ellos. Bebiendo y fumando en la sombra lustral del Thalassa, silenciosamente conversando, ambos camaradas aguardaban con íntima zozobra la caída de la noche. El crepúsculo del cuervo resolvería todos los enigmas tejidos en pocas horas en torno al murciélago de la Casona Rosada, fallecido, según los díceres, a la prematura edad de veinticuatro años —curiosamente, la edad que tenía el vate Manuel de Cumas en el momento de suicidarse.

En la calle apenas se percibía inquietud alguna. Una vez desclavado el sol del zenit, los estefanianos se habían encerrado a comer, hacia la una y media de la tarde, como era su invariable costumbre, una costumbre que databa de trescientos cincuenta años antes, inaugurada, según las tradiciones, por la propia Estefanía de Montemayor en una mesa de madera de

huizache, donde solía fornicar por las noches con su turba de soldadotes. A esa hora el tiempo se detenía, el día se paralizaba desde hacía tres siglos y medio, y no volvía a desatarse sino hasta las seis de la tarde, con la primera campanada del Ángelus. Durante ese lapso, ni siquiera la patrulla del Hades podía tocar con su nefanda sombra el empedrado de las calles; inclusive las puertas de Catedral eran cerradas por los monaguillos de San Esteban. Camargo y el poeta Domínguez suspiraron aliviados después de mirar el reloj, sumergidos en ese cubo de bochorno, tristura e incertidumbre.

El vate no sabía —o no quiso saberlo— que esas eran las últimas copas de tequila que bebía en su lazrada existencia. A partir de esa noche, en que curiosamente llegó sobrio al vestíbulo del Hotel Mundial, y durmió sobrio por primera vez en catorce años —su primera borrachera había acontecido a los doce de su edad, con una botella de perfume caro, hurtada del tocador de su madre—, ya sólo se dedicaría a cuidar su maltratado esqueleto y su cabeza llena de nubes, de las asechanzas y tropelías siempre latentes del Protocolo de Discreción y Moral Pública de la Casona Rosada, por mal nombre llamada patrulla del Hades. ¿Cómo podría de otra manera evitar un golpe de mano, entre las oleadas de humo de tabaco y los vacilantes bultos de una taberna de mala muerte o de buen tránsito, si se encontraba, como había sido su costumbre durante los últimos tres lustros, ahogado de borracho? Camargo

sí lo supo, tuvo conciencia de esta final disyuntiva, de esta bifurcación de caminos, por lo que, embargado de una vaga tristeza, se despidió para siempre de su amigo, procurando que él no se diera cuenta, en cuanto vio la encorvada espalda salir por entre las puertas volantes del bar Thalassa, el antiguo bar Puerto Arturo, hacia las nueve de la noche, tres horas antes de que terminara ese funesto Día de los Inocentes. Aunque el vate había bebido de manera cautelosa pero no por ello menos abundante, desde el filo del mediodía, había sabido conservarse inusitadamente sobrio. La ansiedad, el miedo, la angustia mantenían en alerta sus nervios, llevándolos, digámoslo así, a la tensión de un samurai en vísperas del autosacrificio.

—No concibo la sobriedad sino como un más allá del alcoholismo. Por eso mismo es tan peligrosa, inclusive en un sujeto que nunca hubiera bebido. Ese más allá es irrespirable, a no ser para Nemo Valdens, que se intoxica con café hasta el punto de que es un teporocho del café, y para el padre Calvida, que sólo fuma marihuana.

Tales habían sido las últimas misteriosas palabras del vate, mientras aplastaba por la mitad el último cigarrillo. Ni siquiera venían al caso esas dos frases, realmente no tenían cupo en la conversación, que en ese momento versaba, obsesivamente como durante todo el día, en torno a los funerales de Santiago Amarillas (el pueblo entero continuaba remiso a la noticia, encerrado a piedra y lodo en las cantinas o en las destarta-

ladas casonas del centro, de trescientos cincuenta años de antigüedad, mientras la señal de radio continuaba varada en un océano de música clásica, y las iglesias permanecían cerradas, igual que el prostíbulo de El Triste y la casa de citas que regenteaba la ancianísima tía de Mandrágora Lafragua, vieja como una cucaracha prehistórica, en la calle de Comandante Leza, mientras el mortecino sol se eclipsaba en un torbellino de polvo amarillo —que recordaba ominosamente el torbellino de polvo rojo de cuyo seno brotó la prédica del profeta Estebanillo—, impalpable vorágine que había comenzado exactamente cuando sonaba la última campanada del Ángelus). Obsesiva charla, per saecula saeculorum, en torno a los pospuestos funerales, que finalmente no tuvieron lugar en todo ese día, acaso por lo mismo, por ser todavía, eternamente podría decirse acaso, el Día de los Inocentes.

Hacia un nuevo apocalipsis

No pudo ser en una cantina, porque Gildo Zúñiga no bebía: acaso en los caldos de doña Micomicona Márquez, compartiendo anónimamente una mesa, pasándose la sal y la cebolla, acaso a la hora de pagar la cuenta sería donde el vate Domínguez conociera a este homúnculo, que ahora administraba su vida metódicamente, de la mañana a la noche, incluyendo sus insomnios y sus pesadillas, así como sus turbias y dolorosas borracheras en seco, naufragios en el alcohol sin alcohol de por medio, nadando sobre odres desinflados, que ya nadie jamás —escúcheseme: de veras jamás— llenaría para beberlos, a tropezones por el callejón del Gólgota, en cuyo final el bar Topos Urano lucía siempre clausurado, zozobras en un *marmuerto*, en los pantanos de la conciencia, donde su alma fosforecía como un pobre fuego fatuo.

Se llamaba El Hueso aquel pequeño y sucio restaurante, en la segunda planta del mercado, no lejos de las alcantarillas cuajadas de moscas, a unos metros de las carnicerías, donde colgaban cabezas chorreantes y ancas enjutas, donde otros piquetes de moscas del Hades aplicaban sobre los atónitos ojos de las reses sus hociquillos como ventosas o cornetas, sus cosquilleantes patillas, sus vaporosas alas semejantes a las pecheras de los vestidos de novia. El vate era abonado y perpetuo deudor de doña Micomicona, a quien había

dejado sus documentos civiles —su acta de bautizo y su vieja cédula de identidad del Marquesado, con la temblorosa firma del déspota Jacobo Amarellus— como prenda de que algún día pagaría sus cuentas. Merced a ello, circulaba como un no ciudadano o un ciudadano non por las cantinas y por los callejones vigilados por la patrulla del Hades, aunque comía y hablaba, mientras doña Micomicona Márquez guardaba su fantasma de papel y borrosos sellos en una caja de zapatos. A lo largo de la plataforma de madera, digo, que hacía las veces de mesa, contiguo suyo en algún banquillo, a un lado del cazo humeante, lleno de robustos caldos, entre los bastos olores de la tablajería y la trampa de aguas negras, debió aparecer cualquier día, en el rato más insospechado, la flaca silueta de Gildo con guayabera, los grandes lentes de mica empañados, los calcetines muy limpios entre los huaraches —palpable señal de que a sus cuarenta y cinco años de edad aún vivía con su madre—, las suaves manos de quien jamás ha ejecutado un trabajo físico. Posiblemente aquel homúnculo llevaba mucho tiempo acechándolo, sin que el vate se percatara, subsumidas sus sienes entre los fragmentos memorizados de Rimbaudelaire, su poeta favorito, o bien entre el grueso humo del caldo, la ceniza de los Alas y los vapores del tequila. Lo cierto es que cuando Gildo Zúñiga pudo por fin abordarlo —precisamente al tercer o cuarto día que el vate decidió dejar de beber— lo hizo con la suficiencia y la displicencia de quien se instala en una casa que ha estado pagando en abonos.

La mente de Domínguez estaba socavada y temblorina: sólo así se explica la inmediata y perniciosa influencia que empezó a ejercer sobre él aquel sujeto sin luces ni prosapia. El miedo, la angustia, la culpa, la amordazada sed lo tenían postrado ya desde el tercer día. Gildo empezó a revolotear ligero en torno suyo, zumbante como una avispa, ruidoso como una urraca. Era un hombre vacío y sin historia; su cháchara carecía por completo de sentido. Nunca había tenido un empleo ni conocido esposa o amante. Padecía de insomnio en las noches, pero se levantaba muy temprano por las mañanas, para nada hacer, para hacer la nada, para rehacer su nada cotidiana. La viejuca que lo había engendrado se desplazaba como un fantasma por la casa, con tal sigilo que sus vecinos olvidaron si vivía aún, o si había finado. Por las tardes, ella le echaba las cartas del tarot a su vástago: de esa manera le programaba la vida para el día siguiente. No fumaba ni bebía ni usaba alguna otra droga. No sentía gusto por las mujeres ni por los animales ni por los objetos valiosos ni por las personas de su mismo sexo, si es que tenía alguno. Una vez al día tomaba un caldo de gallina en El Hueso, donde no estaba menos endeudado que el vate. Jamás había leído un libro, ni siquiera un periódico. Escuchaba morigeradamente la radio. Fue allí, en Radio Alameda o en Estéreo Estefanía donde este homúnculo escuchó la publicidad de la primera célula antialcohólica que acababa de instalarse en el pueblo, filial de un círculo mayor de Monterrey, por

mal nombre llamada Ciudad Incesto. Se trataba de un grupo de sesiones llamado Nuevo Apocalipsis, que se reunía por las calles del Zarco y La Luz, cerca del Marte bar, en las orillas del barrio del Águila de Oro.

Eran anuncios nocturnos —a la luz del día, nadie se habría dado tiempo para escucharlos—, programados a las tres de la mañana, hora de la auténtica noche del alma, cuando sólo un remiso o un arrepentido, un asesino o un alcohólico podían estar despiertos. El vate Domínguez motejaba a dicho tipo de personajes como "melancohólicos", en tiempos cuando él mismo bebía, y ahora mismo llamaba "melancoholía" a ese estado del alma plagada de culpa y miedo, de asombro y consternación, de temblor de huesos y crujir de dientes, que sobrevenía a un bebedor después de una espantosa borrachera. Él también escuchaba ahora el piadoso mensaje del grupo Nuevo Apocalipsis, recitado con una voz digna del padre Rodolfo Calvida —de hecho, los spots aparecían entre las repeticiones de los fragmentos morales del padre Calvida—, en su habitación del Hotel Mundial, desde la destartalada cómoda donde había encerrado su aparato de radio, para que ya nunca más cayera al suelo, entre zapatos viejos, pantalones descosidos, libros descuadernados y manuscritos manchados de alcohol y de tinta china. Desde el ambiguo fallecimiento de Jaime Amarillas, no lo había abandonado ya el insomnio. Desde el fallido y populoso fallecimiento del cacique, sus ojos ardían en las noches, sus oídos zumbaban, sus narices perci-

bían un persistente olor de rata o de vampiro, que se arrastraba por los pasillos y se colaba persistentemente por debajo de las puertas de las habitaciones. Había preguntado a las mujerucas sus vecinas sobre ese delgado, fétido olor de podre y carroña, mezclado con perfume e incienso, que él creía percibir y que —estaba seguro— nacía en su propia habitación, debajo de su cama. Pero ellas no percibían nada. En la escala de los cinco sentidos, el vate había padecido ya delirios visuales y auditivos en temporadas aisladas de su vida de borracho. Pisaba ahora el umbral de los delirios olfativos, los postreros y acaso los más peligrosos de entre todos los cinco. "Pasado mañana serán el gusto y el tacto", pensaba compungido, abrazándose las rodillas, mientras oía la voz sedante —otras veces de seda sedienta— de la mujer parlante o mozo afeminado que servía como cebo al grupo Nuevo Apocalipsis. "Seguramente usted se ha preguntado al día siguiente sobre su conducta de la noche anterior... (una serie de arpegios de un piano, que él imaginaba de raso blanco, se desgranaban en el fondo), ha discutido con sus parientes más cercanos... y sus familiares no saben qué hacer... (entonces una cascada caía encima del piano), su esposa no lo reconoce por las noches, y sus hijos se espantan al mirarlo por las mañanas, lo han despedido del trabajo, y ningún patrono desea emplearlo otra vez, ha tocado el fondo del pantano, y sin zapatos... (de hecho, uno se imaginaba la voz de una rubia gastada por los excesos, pero de cuerpo todavía

apetecible), usted, que conoce el espanto, abandone de un salto la pesadilla, todo está perdido para usted, salvo la vida misma, espere, ya sin angustia, un nuevo amanecer... (ahora sonaba el rumor del viento entre las ramas de un bosque cuajado de rocío), una esperanza que inicia donde su vida termina..." y entonces, al escuchar el domicilio del grupo, el vate recordaba, entre la fantasía y la sed, el cotidiano estruendo del Marte bar, con su brutal radiola y sus ignominiosos parroquianos, situado apenas a unos metros de la oficina del Nuevo Apocalipsis.

Pero fue más bien Gildo Zúñiga, víctima de un insomnio más banal, menos bizantino, quien tuvo la idea de vincular al vate Domínguez con la ignota corporación. Ese mediodía, su congestionado rostro flotaba entre el vigoroso miasma de un caldo de res, cuyo vapor iba y venía al nivel de sus hinchados carrillos. Su cabeza de rasgos negroides —que denotaban su parentesco con la familia Llerena— parecía un globo inflado por esos vapores; sus ojos, "ojos de un demonio que sueña", como dijera el poeta, socavados por el insomnio, todavía soñaban ("los que sueñan de día son conscientes de muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche", diría el mismo poeta). No parecía escuchar, como de costumbre, la deleznable cháchara de Gildo; pero en esta ocasión había algo en su alma que oscuramente escuchaba, un punto negro que atendía, que absorbía como la ventosa de una mosca esas palabras, portadoras de un banal mensaje

salvífico. De la gavilla de sus personalidades, antaño potenciadas por el alcohol, una había ahora que se desenroscaba en sobriedad, que se movía pesadamente para escuchar la apocalíptica buena nueva: la del profesor Saltamontes. Pero siguió comiendo, como si la charla fuera entre otros, a su vera, y él sólo la escuchara de manera oblicua, subrepticia. Después de todo, doña Micomicona Márquez era matrona y hospedera de toda clase de pláticas y de personajes, que llegaban a yantar sus gustosos caldos en la tarima de madera de El Hueso. Domínguez había terminado por aprender de ella esa tolerancia, ese bondadoso interés, esa distante simpatía que hacían más sabroso un buen caldo, aun compartiéndolo con desconocidos o con personajes de plano ridículos y estrafalarios como era el caso de Gildo Zúñiga.

Así comenzó el declive y el eclipse del vate Domínguez. Su agonía fue más auténtica que la de su falso primo Santiago Amarillas, y de alguna manera vino a coincidir con el crepúsculo de la villa de Estefanía y del Marquesado de Acuario todo. A partir de entonces, sus huesos empezaron a desmoronarse al mismo tiempo que el pueblo, como si sus livianos huesos fueran la columna vertebral del pueblo. (De hecho, cierta noche, en el culmen de una borrachera, había exclamado frente a Camargo: "El día que yo deje de beber, este pueblo se morirá de sed", acompañando su afirmación con un sombrío alarido de mariachi.) Llevando a Gildo como lazarillo, como cicerone, como

electrón, como satélite, como perro flaco, aún más flaco de suyo, se dedicó a partir de cierto momento, que no quiero relatar, simplemente a vagar por todas las cantinas, las callejuelas, las plazoletas, las sacristías, las cocinas, las comandancias, las estaciones de radio, las lavanderías, los sótanos, las peluquerías, las sotehuelas, los vecindarios, las cocheras, los traspatios de la villa bienamada. Ciego como Edipo —no quería ver más, ni verse, como a su vez Narciso—, mudo como Lot, sordo como Midas, con el paladar estragado por los malos licores, sólo el sentido del tacto le permitía desplazarse por aquellas paredes invariablemente pintadas de amarillo, al menos desde la época del cólera morbus, por aquellos muros chamuscados por el sol o húmedos de musgo. Gildo era ahora su miopía, su mitad de oído, su mala lengua, su ojo diestro, su oreja siniestra. A medida que sus sentidos declinaban, se habían ido desarrollando en ellos los delirios, como una mala yerba, como una legión de insectos nocivos. Inclusive el tacto, el más humilde de todos, el más pragmático, empezaba a desvariar: ora tocaba paredes leprosas, o lagartijas que las atravesaban, ora sentía en el tronco de un árbol la vulva de una moza, ora rozaba el bulto de un fantasma, ora meneaba el agua y la sentía oler a vino, ora trasculcaba las haldas de las vecinas, como antaño hiciera el profeta Estebanillo, ora ponía a reñir una mano con la otra, como en precepto cristiano, ora sentía agujas en todo el cuero, de la nuca a los talones, ora sentía que sus poros humeaban, ora un

frío de hielo... Su olfato no estaba menos descaminado. En su desgracia, había percibido más de una vez, ay, el imposible olor del cadáver de Jaime Amarillas. Por debajo de su cama emergía también, en las horas de insomnio, el olor a podre y ceniza del abuelo vampiro, que se hospedó durante un tiempo en aquella habitación del Hotel Mundial. Por contraparte, era capaz de captar el más recóndito olor de las mozas del Colegio del Verbo Encarnado con sólo pasar frente a las verjas. El olor del aguardiente —¡oh torva desgracia!— se le había vuelto insoportable, así como el de los cigarros Alas sin boquilla. A su nariz pegado, un torbellino de olores vivos y procaces lo torturaban cuando alguna obligación lo entraba a mear a una cantina. El rampante pasado salía a recibirlo desde los mingitorios —oh, esos mingitorios redondos y menudos como la cadera de una ninfeta—, bajo la forma de un dragón que lo devoraba de un solo golpe, un dragón nada chinesco, sino más bien chichimeca, del todo semejante al que solía alzar en vilo al profeta Estebanillo, disolviéndolo luego en un estallido, durante aquellos momentos hieráticos en que la resaca brutalmente se trocaba en *delirium tremens*. Cuando topaba con el padre Calvida, en las asotanadas faldas de trasloma que formaban asiento a Santiago del Canto, y aquel se atrevía a extenderle una bendición —de hecho, el buen padre estuvo siempre enamorado del vate, desde el *felice* tiempo en que abusó bucalmente de él, siendo éste su monaguillo—, el delirante olfato del vate sacaba a relucir un olor a

santidad vieja mezclado con el olor de naftalina de los clósets. "¡Qué mal *güeles*!", solía decirle no sólo al sacerdote, sino a Gildo también, aunque él se bañaba dos y hasta tres veces por día, sin quitarse jamás el sudor de los insomnios pasados en las faldas de su madre, cuantimenos los grasientos lamparones que dejaban en su guayabera los salutíferos caldos de doña Micomicona.

Aunque procuraba practicar aquella filosofía, el vate Domínguez rara vez asistía a las sesiones del grupo Nuevo Apocalipsis. Lo aburría tanta cháchara, tanto regodeo en la miseria compartida. Tenía bastante con la bartolina de su propia conciencia. Así como con el infierno pajarero de Gildo, que parloteaba el día entero en su oreja, con desquiciante trémolo, con zumbido maquinal, con ulular de alma vacante, que desconoce el pecado y por ello paga mayor pena. A decir verdad, aquel homúnculo se había convertido pronto en un personaje recurrente de su *delirium tremens*, de sus alucinaciones agravadas por la carencia de alcohol. Su rostro blando y confuso, su miopía y su calvicie, su incipiente vitíligo, sus apocadas supersticiones, sus miedos instintivos, sus calambres y sofocos, sus torpes movimientos, su aspecto generalmente tristón e impotente lo habían convertido en una suerte de delirio moral para el poeta Domínguez.

Hasta tal punto Estefanía era un pueblo de alcohólicos, que cuando alguien fallecía, sus allegados decían simplemente: "Dejó de beber". Fue por ello que la oficina de la agrupación Nuevo Apocalipsis, propi-

ciada por el teniente Paredes, y que había sobrevivido a la gestión del policía cuáquero, era mirada con recelo y animadversión por los viandantes. La casona que ocupó finalmente, en el callejón de Caracol, esquina con Victoriano Cepeda, tenía de hecho el estatus de los templos protestantes abiertos durante el régimen del coronel Patricio Puebla: edificios detestables, vagamente abyectos en su grandilocuente pureza, sin embargo protegidos por alguna instancia de autoridad, que los patrocinaban con el sensato pero utópico afán de mejorar las costumbres y sofrenar un tanto los excesos del pueblo. Tal sucedía, verbigracia, con la iglesia presbiteriana, construida hacia 1870 por calles de Bravo, precisamente en la ruta por donde Agustín Jaime hacía caracolear su caballo, y a una calle de la casona de las gemelas Llerena. Asimismo, la Primera Iglesia Bautista, que fue construida a un lado del convento de los franciscanos, en un claro gesto de provocación y de gratuito anticlericalismo por parte del patricio. Ítem, el templo metodista, edificado sobre la avenida de la Reina Victoria, a un lado del cine Hipnos, y a cuyos oficios vespertinos acudía sin falta el teniente Paredes, en compañía de su disciplinada y sensual hija. Parecía un sepulcro blanqueado, un observatorio astronómico encalado con brillante sal, pero era sin duda el refugio de las señoritas más honestas y candorosas del pueblo, y por ello más intensamente deseables, en opinión del vate Domínguez. El estefaniano de a pie miraba entrar a los feligreses en

estos recintos, y sentíase al punto molesto, afrentado, casi humillado. Su zozobra nacía del hecho de que él no era presbiteriano ni bautista ni metodista ni abstemio, ni él ni su familia, ni él ni sus antepasados, ni él ni su ciudad: ¿por qué iba a permitir entonces que alguien, aun tratándose de un paisano suyo, bien que a medias por este solo hecho, fuera todo eso?

Fue por ello también, por su estefanismo recóndito e insoslayable, que Camargo miró con estupor al vate Domínguez, cuando éste empujó una tarde la puerta de cristal del café Maquiavelo. Había estado hojeando libros, de pie frente a los anaqueles del bar Fornos, la cantina-biblioteca del pueblo, en la acera de enfrente, y cruzó la avenida a grandes zancadas en cuanto divisó la silueta casi traslúcida de su amigo antañón. No hablaron más que cinco minutos. El vate se encontraba en estado semicomatoso, patético, la piel cenicienta pegada a los huesos, los rasgos negroides aplastados sobre su ajada cara, todo él insomne y temblorino. Hablaba confusamente, con un hilo de voz —más exactamente, predicaba— acerca de las bondades de la sobriedad, del ahorro postalcohólico, de las palinodias de la experiencia, de la hermandad del fracaso, del abrazo en el umbral, de la despedida de espaldas, del ósculo sin asco y sin hálito, inclusive del té de la sed y de la sal del tedio, en fin, todo ese haz de teorías, categorías y símbolos que masticaban, cada jueves por la tarde, los monjes laicos del Nuevo Apocalipsis. Así se expresaba hogaño el visio-

nario, olvidado de sus poderes y sus canonjías del trasmundo, al parecer cómodamente instalado en la paz de los derrotados, tan innoble, la más larga de todas las paces. Camargo lo escuchó cuatro minutos y medio y se levantó de aquella mesa. Sintió lástima por él. Lo dejó hablando solo.

En la ciudad se respiraba un clima despejado, quizá demasiado higiénico, de una amplitud que mareaba. Las autoridades centrales de México-Tenochtitlan, enteradas de los funerales de Jaime Amarillas y del concomitante interregno que privaba en el antiguo Marquesado de Acuario, tomaron cartas en el asunto con una lentitud exasperante. (La misma parsimonia suicida, el bizantinismo burocrático y la pasividad política que nos había costado, casi un siglo atrás, la pérdida de la todavía más septentrional provincia de Tejas, de la que Estefanía había fungido como capital durante dos larguísimos siglos.) Dando muestras de desconocimiento, de irresponsabilidad, de largueza, contestaron al doctor Tomás Fontes y Ralea, a micer Tomás Fontes Gato, quien se había arrogado la tarea de informarlos sobre la situación del territorio soberano y aliado, sin enterar de este trámite ni siquiera al Senado de Acuario, embebido como estaba en las ceremonias fúnebres, le respondieron, en fin, sugiriéndole que se hiciera cargo de la provincia, así fuera de manera provisional, mientras los magnates acuarianos no decidieran mejor cosa, y hasta le extendieron nombramiento, con

la firma y la venia de los diez miembros de la Junta de Gobierno, del presidente interino de la República de México-Tenochtitlan (no duraría más de nueve meses en el cargo), en un brumoso pergamino, herencia de los fastos del Virreinato, estampado con un relieve de la Virgen de Guadalupe-Tonantzin y, en la contraesquina inferior derecha, un águila cegada con un gorro hetita, encima de un nopal que hacía las veces de alcándara, sujetando a una serpiente —¿o era un tlaconete?— entre las garras. Los gárrulos senadores, de lengua fácil y ociosa, de nueva cuenta, como cuando murió Santiago Autógeno, diez años atrás, debieron aceptar el hecho consumado, y lo hicieron de buena gana. Las tres familias más poderosas de Estefanía —los Amarillas, los Llerena y los Lafragua— estaban descabezadas. El gran Agustín Jaime, primo del segundo Santiago, acababa de ser asesinado en una cantina de la calle de Matamoros —pero esto fue asunto de un corrido, bien conocido, incluso más allá de las fronteras de la República de Aztlán, y en todo más hermoso y confiable que mis ingentes cronicones, de los que he extraído este palimpsesto. Sólo restaban el vate Domínguez, sobrino de aquella primera dama de infeliz memoria, pero, ay, él ya no contaba, más que para los muy futuros subreinos apocalípticos, además del dipsómano y pusilánime Urbano Urbina, nieto del patricio golpista y dueño y editor en jefe de *El Guardián de Estefanía,* quien se apresuró a dar su venia a semejante estado de cosas, en vista de que un muy amigo suyo, como lo era el

viejo cronista, se haría cargo a partir de ese momento de todos los autos y fastos oficiales, lo cual le aseguraba para siempre —un para siempre que podía durar seis meses o seiscientos años— ocio y propina, coima y alcohol, tabaco y cafeína.

Tomás Fontes no ambicionaba el poder ni tenía carácter para asumirlo ni ejercerlo. Toda su vida había sido un secretario, un archivista, un consejero, una planta de sombra nutrida por los soles burocráticos. Sin embargo, merced a su cercanía con los príncipes Amarillas, tenía profundos conocimientos y afortunadas intuiciones sobre el arte de la política. Todo su bagaje lo había aplicado hasta entonces en la escritura de tres obras fundamentales: *Historia natural y moral de la provincia de Acuario*, *Historia secreta de Estefanía* (o del Saltillo, como se nombra entre nosotros al acto sexual), pero, sobre todo, la minuciosa, la sombría, la alucinada *Monarquía fórmica,* una suerte de distopía en la que narraba la historia moral de un hormiguero ("la única forma civilizada de existencia social que encontraron por estas tierras don Santiago del Canto y don Francisco de Urdemalas el Viejo, en cuanto las pisaron, precisamente en la cima donde ahora se alza la capilla de Santiago del Canto, a unos diez metros del manantial de agua viva que brota todavía en sus asotanados sótanos, más o menos debajo del confesionario: todo lo demás, las cuarenta y cinco tribus de apaches que tuvieron a bien exterminar los padres fundadores, para que su ejemplo no cundiera, vegetaban en un lamen-

table estado de bestialidad, como plantas que caminaran", escribía el doctor Fontes en el pórtico de su microscópica obra maestra.) A manera de fábula política, pero también de embuste puro —nunca se sabía cuándo el viejo cronista decía la verdad ni cuándo se tomaba toda suerte de licencias de molino y lavadero: era un fabulador nato—, el manuscrito, estampado con una letra casi ilegible de tan pequeña, nerviosamente aglomerada, como si cada página fuera, en efecto, una asamblea y remolino de hormigas, narraba con detalle la historia de ese hormiguero fundacional, morosamente demorándose en las casas dinásticas, en los linajes principescos, en los clanes condales, en las familias ducales, así como en cada uno de sus miembros, de los que se hacían espléndidos retratos psicológicos y morales. Ninguna persona en Estefanía sabía de la existencia de este libro, que el doctor Fontes retomaba todas las tardes como un vicio secreto, entre interminables sorbos de whisky, ejecutándolo con la mano izquierda y el hemisferio derecho del cerebro, para que la otra mitad de su alma no se enterara ni pusiera censura a su minuciosa, milimétrica imaginación; sino yo, porque me lo contó la última ocasión que pude verlo, temblando de miedo y ahogado de borracho, como pocas veces habíasele visto.

Reconfortado por el carácter provisional de su cargo —así tal consuelo fuera ilusorio—, decidió enfrentar las cosas con la mayor distancia posible. No se instaló en la Casona Rosada, sino en la sacristía de la

inmensa, de la siempre vacía Catedral —más solitaria que Mazapil, la villa funeraria de nuestros magnates, y a la que de hecho sus criptas subterráneas servían como antesala—, a donde trasladó todos los emblemas y pergaminos del Marquesado, de donde emanaban los dos tercios de autoridad necesarios para gobernar la provincia —la democracia jurada de la República de Aztlán era en estas tierras una quimera, una utopía, una novela de caballerías: sólo el finado Virreinato era concreto, palpable—: el último tercio provenía del altar mayor, en cuya base están enterrados los restos de doña Estefanía de Montemayor, mater fundadora de la patria acuariana. El pueblo no tardó en acuñar el previsible epigrama: "Aquí vive Tomás Fontes; el que manda anda en los montes", haciendo alusión a que los restos de Jaime Amarillas supuestamente habían sido—nadie presenció esto— divididos para su enterramiento, dignidad concedida sólo a los míticos Marqueses, y repartidos entre la cueva de Santiago del Canto, el cerro de Santo Cristo y otros dos montes más distantes, que carecían de nombre, mientras que el corazón había sido transportado, en urna de cristal y láminas de oro, a Mazapil, la villa funeraria donde reposan todos los grandes de la provincia de Acuario, excepción hecha de la señora doña Estefanía de Montemayor, cuyo espíritu y cenizas, por disposición de los padres fundadores, jamás debían abandonar el pueblo. Pero el fino doctor no se molestaba por esto: acostumbrado a obedecer, a travestirse en el teatro político y

a cuchichear en la sombra, no era una afrenta para él que la buena gente le recordara cotidianamente su condición segundona, oficiosa, vicaria, en la que había pasado ya treinta años de su pausada existencia.

Pronto se rumoró también que todas las tardes el anciano, al declinar el sol, cruzaba el callejón del Truco y penetraba por un portillo trasero en la mansión de Almandos, donde continuaba funcionando la funeraria, no obstante los carnavalescos decesos del padre, del hijo y del espíritu general de la dinastía Amarillas, funcionando, repito, con la monótona regularidad del cielo, el purgatorio y el infierno. Se encerraba en el despacho del grande Santiago y en él permanecía hasta altas horas de la noche, con las luces encendidas, fumando interminablemente, costumbre ésta que había adquirido el mismo día que recogió en la oficina de correos de Monterrey, por mal nombre llamada Ciudad Incesto, su ingrato nombramiento. Los cinco empleados nocturnos de la funeraria —José Cascajo, Juan Carcoma, Lucas Pinsón y otros dos cuyo nombre se me escapa— aseguraban a las veces escuchar voces provenientes de aquella oficina. ¿Pero qué cosa no se escuchaba en la casona mortuoria, sita frente a la mansión de los Sullivan y por la otra fachada frente a la clausurada biblioteca Alessio Interminelli? Foetazos del viejo don Santiago, el suicida, histéricos gritos de su mujer, tía del vate Domínguez, sensual taconeo de una moza alejándose, infame clavetear de ataúdes, responsos y quebrantos, duelos de desnudas espaldas aceitadas, absoluciones de pecados

absolutos, disoluciones de ectoplasmas, difuminaciones de daguerrotipos, espejos trizándose frente a un cadáver recién maquillado...

Por lo demás, el doctor Fontes era muy afecto a los monólogos. Actor aficionado, orador nato, gustaba de plantarse las vísperas ante el espejo, para ensayar los discursos que pronunciaría luego ante el Senado de Acuario, ese recinto de viejecitos sordos como tapias sin flores, pero singularmente aficionados al chisme, a las consejas y a los refranes. Desde su tranquila llegada al poder, el cronista había inaugurado una suerte de dictadura oratoria que debía soportar la asamblea de patricios en su carcomido recinto adlátere a la Plaza Melitar Vellido Dolfos, que funcionara antiguamente como Casino, pero asimismo los estefanianos todos, los insomnes más que nadie, porque se retransmitían noche con noche, hacia las tres de la madrugada, hora de la auténtica noche del alma, inmediatamente después de los eternos sermones, pastorales y reflexiones del padre Rodolfo Calvida, homosexual militante en su vida privada, pero al mismo tiempo discreto y persuasivo párroco de la capilla de Santiago del Canto y culto miembro de la Curia Bicápite.

Tales discursos versaban sobre gran número de temas: la agricultura en el tórrido Norte, los blasones del Marquesado, la personalidad de don Miguel Ramos Arizpe, el fondo testamentario de los archivos de Texas, los espléndidos mausoleos de Mazapil, la villa funeraria de nuestros déspotas, la peculiar saudade estefa-

niana, herencia de los marranos portugueses y ajamonados castellanos que habían fungido como nuestros padres fundadores, las austeras modas femeninas del Virreinato, los poemas latinos del profesor Agamenón Manzanares, la geografía universal de la provincia de Acuario, así como nuestra historia natural y moral, los tzompantlis, pogromos e intifadas que acostumbraban hacer los apaches en las calaveras de los trasabuelos judíos y portugueses. Pero abordaba sobre todo los asuntos de la historia local. Era su propósito que hasta el estefaniano más humilde llegara a conocer la materia, entre confiable y fantástica, que él había libado en los archivos de Catedral, de las familias Lafragua y Llerena, así como en la biblioteca Múzquiz Blanco y en la Alessio Interminelli. Cuando su cascada voz de actor jubilado, despedido antes de haber subido siquiera a un escenario, terminaba por agotarse —y esto no sucedía a las dos horas—, ponía entonces a sonar sus infatigables discos de ópera.

Tranquilo erudito, detestaba los hechos de armas. Bibliógrafo cegatón, era tal vez movido en esto por la envidia que le concitaba el sable del coronel Patricio Puebla, brillando en la penumbra de la biblioteca de su amigo, el director de *El Guardián de Estefanía.* Erudito y erotómano, prefería sin embargo los daguerrotipos de damas estefanianas desnudas de los tiempos del coronel Patricio Puebla, así como los grabados y dibujos a lápiz del mismo género de los dorados tiempos del Marquesado (tales artículos solían

usarse como discretos presentes de matrimonio y de compromiso), mandados hacer por sus propios padres y maridos, caballeros de pro todos ellos del Cabildo y pilares de Catedral, del Fascio y del Senado en el siglo XVIII. Merced a esas imágenes, debidamente complementadas con una discreta investigación de campo, apoyada sin tasa por el postrer Amarillas y por algunos díscolos senadores, que por menos que eso saqueaban los archivos y clósets de sus mayores, buscando en realidad monedas de oro, cosidas en refajos y papeles, había logrado establecer, por dar un solo ejemplo, una constante anatómica entre las mujeres de las familias Lafragua y Llerena, a lo largo de cuatro generaciones. En el torso de Mandrágora Lafragua, en la grupa de las gemelas Llerena, según sus emocionantes conclusiones, estaban esculpidas y palpitaban todavía un respetable número de doncellas y matronas que habían servido al placer en sus opulentos lechos domésticos durante al menos doscientos años. No faltaba en esa genealogía tan especializada en la lascivia, naturalmente, ni la solterona liberal ni la monja ni la usurera ni la madame que ofrecía apenas ayer su casa en la penúltima puerta del callejón del Truco, abierta como un gran ojo tuerto, lleno de pupilas.

El tercer Amarillas solía proporcionarle materia documental y de campo para estos placeres científicos, en su gabinete acondicionado en el tapanco de la funeraria, en las caballerizas de la Casona Rosada, e inclusive en los propios domicilios privados de los clanes de

las Lafragua y las Llerena. Era comprensible que esas rancias familias fueran nombradas y conocidas por su apellido en femenino, puesto que abundaban en mozas de lo más sanas y salaces, tanto en Estefanía como en la provincia de Acuario toda. Así pues, el doctor Fontes se colocaba detrás de un biombo o de una pared con mirilla —su habilidad para el dibujo, siendo mediocre no era tampoco desdeñable, según Armando Meza, el pintor de moda entre la hermandad del gay trinar en Estefanía, más numerosa y activa que la comunidad de la capa— y desde allí atisbaba los encuentros privados que tenía a bien celebrar el cacique con las tres últimas descendientes de esos linajes, asociados desde tres generaciones atrás a su nombre y a sus títulos. Mientras su patrono folgaba por la vía del tacto, el cronista se daba a los placeres de la concupiscencia erudita. En un éxtasis del oficio, había llegado inclusive a trazar, con macilenta imaginación y mano temblorina, el cuerpo sagrado de doña Estefanía de Montemayor, recostada sobre dos escudos, desnuda en su papel de primera Eva, que era el que le asignara la devota imaginación popular. Esto es, habíala reconstruido a partir de las líneas, los volúmenes y las sombras de la anatomía incipiente de las mellizas, y del cuerpo ya maduro de Mandrágora Lafragua. Allí había quedado, en su archivo particular, sobre un pliego de cartulina amarillenta, todavía un poco alegórica, con su bruna cabellera de brava castellana, sus soñolientas facciones portuguesas y su grupa de prostituta judía, simboli-

zando así las tres sangres que cimentaran la bienamada provincia de Acuario.

La dictadura intelectual de Tomás Fontes, debidamente respaldada desde las páginas de *El Guardián de Estefanía* del bachiller Urbano Urbina y desde las horas muertas de Radio Alameda y Radio Estefanía, sólo despertaba indiferencia y tedio en la generalidad de la población, que continuaba entregada a sus ensimismadas costumbres, con paciencia inmemorial, como si los tiempos del Marquesado no fueran idos, a la sombra de la República de Aztlán, esa lejana entelequia, más borrosa aún que la postrera monarquía de Carlos II, *el Hechizado*, sí, como si ahora mandara en la Casona Rosada, en la casa grande, después de la familia Amarillas, un cacique todavía más extravagante que el recién finado, más díscolo que el padre de este, inclusive más pervertido que el abuelo, con sus manías librescas y sus poses culteranas: no tardaría en morirse. Las élites del poder en la provincia de Acuario siempre habían estado conformadas por hombres efímeros, que expiraban apenas pasaban los treinta años de edad, por causa ya de dolencias físicas, de grima, de locura, de suicidio o de simple tedio, cuando no entregaban sus huesos en la cacería de apaches o en el apocalipsis anual de las guerras civiles. Desde las familias fundatorias de los Montemayor, los Urdemalas y los Del Canto, hasta el último huérfano de los Amarillas, a lo largo de cuatrocientos años se había mantenido constante este fenómeno biológico. En nuestras tierras, la

muerte natural parecía ser el único límite a la tiranía, a todos estos despotados que por lo demás, una vez asentados, solían ser apacibles, profundamente corrompidos dentro de sus recintos oficiales, familiares e íntimos, y del todo permisivos hacia la plebe, que no los soportaba sin simpatía, viéndolos cómo se entregaban de noche y de día a sus vicios, a sus obsesiones, a sus retorcimientos durante períodos cada vez más extravagantes y más breves.

Tiempo antes que Domínguez, Camargo había sido abandonado por el dios. Aunque continuaba bebiendo, con el método y la meticulosidad de antaño, en su conciencia el tiempo del alcohol iba expandiéndose en un no tiempo extenuante y sin futuro. *Id est*, su memoria ya no registraba hechos nuevos, sino que sólo reciclaba acontecimientos pasados, en un plano simultáneo y sin sucesión. Hechos que eran, por lo demás, trabajados por el sueño, estructurados en la sintaxis nocturna y expuestos al día siguiente a la implacable luz del sol, que desfiguraba los rostros y las formas de las nubes. En esto consistía su labor de filósofo, en pulimentar y engarzar dentro de un precario sentido una plétora de hechos de conciencia —no de su conciencia particular ni de la conciencia general del pueblo, cosas ambas abstractas e imposibles, sino de una conciencia intersubjetiva que elaboraban día tras día los estefanianos, sin descanso, sin darse cuenta, inclusive sin conocerse entre ellos mismos.

No es que Camargo efectuara las libaciones rituales con la monotonía y el desánimo con que el padre Rodolfo Calvida, verbigracia, llevaba a cabo la consagración del pan y del caldo que le enviaban desde la Hacienda de Baco, la primera que había producido vino en América Latina, dedicando el resto de la mañana y de la tarde a embriagarse por su cuenta, con aguardiente de la sierra, que le aportaba la feligresía por turno en sendas garrafas de plástico. No bebía, pues, de una manera rutinaria y carente de entusiasmo: lo hacía porque si se abstenía dejaría de vivir. Ambos, el sacerdote y el filósofo, bebían pues de esa manera y por la misma razón, cada uno abandonado por sus respectivos dioses pero asido a una embriaguez que se les había convertido, más que en una segunda naturaleza, en una segunda conciencia. Como mulos de noria, como relojes de campanario, como estatuas huecas por dentro, ambos en la edad madura aparentaban una edad inmemorial, y ambos podrían derrumbarse el día en que dejaran de practicar su rito y su rutina.

Frente a las espantosas borracheras en seco que estrujaban la depauperada conciencia del vate Domínguez, como si se tratara de un viejo pergamino genealógico o de un huérfano trapo de cantinero, Camargo sufría dolorosos estados de lucidez en medio de las borracheras más abominables. En esto consistía propiamente, pues, y como decíamos, su acontecer de filósofo: en ordenar sobre una banca del Parque Porfirio Díaz, o en una mesa del bar Thalassa, sus acon-

tecimientos mentales, para componer con ellos una autobiografía alcohólica que fuera a su vez una crónica general de Estefanía, tal como este magno acontecimiento de cuatro siglos se presentaba en el espejo empañado, rajado y polvoriento de su conciencia. Una autobiografía de grupo, en la que tomaban lugar destacado las vidas, los hechos y las peroraciones de sus tres camaradas más cercanos: el vate Domínguez, el cronista Tomás Fontes y Ralea y el erudito sin oficio ni beneficio don Agamenón Manzanares.

—No sueño más desde que dejé el alcohol —le había confesado el vate a Camargo, durante aquella breve conversación en el café Maquiavelo. Así que aquel gran soñador e intérprete de sueños ajenos pasaba ahora las noches no en blanco, sino en gris, en un color plomizo a cuya luz todos los sueños eran pardos, informes, mudos. Su cabeza era como una caja de malaquita que se había cerrado para siempre, guardando todos los sueños y pesadillas que habían nutrido al vate durante los últimos quince años. Ya no dormía como antaño: sólo se entregaba a un sopor mineral, su cuerpo flaco y frío como una lápida. Dormía como un vampiro, casi sin respirar, el corazón batiendo apenas, sin movimiento de pupila ni circular ni lento ni rápido, mucho menos oscilatorio o trepidatorio. Por las mañanas, en cambio, las niñas de sus ojos giraban como dos pequeñas hadas enloquecidas. Veía el sol como un iceberg encallar en nubes como témpanos de mármol o nieve. La Biblioteca Múzquiz Blanco se le antojaba

un walhalla colmado de adolescentes guerreras y estudiosas. Un colorido paquete de cigarros Alas o Tigres se le figuraba un alcázar. El café Maquiavelo, caja de cristal empotrada un metro arriba del suelo, donde Nemo Puebla, después de subir los parcos escalones, desplegaba y hacía girar cada tarde sus espectáculos morales, le parecía una casa de espejos de algún circo ambulante. Así fue por lo menos durante los primeros días sin alcohol, cuando aún no cesaba en sus venas la influencia de la lúcida y traslúcida sustancia. Cuando el soma y el sotol se mezclaban todavía en el cuenco de su conciencia, escapando fundidos por la misma rajadura. Cuando la sobriedad recién adquirida parecía más bien la forma más alta de la ebriedad y del delirio. Cuando el síndrome de abstinencia aparecía en su conciencia en harapos, como la forma más potente y desquiciada de la dipsomanía.

Tiempo después, empero, y de manera inexorable, el delirio empezó a tomar su forma más brutal y desangelada. Las ensoñaciones empezaron a envejecer, a agostarse, a empobrecerse dentro de su centrífuga monotonía. Fue primero una etapa de rutina, que parecía detener el paso del tiempo, petrificándolo en una serie de ceremonias anodinas —beber al alba el agua de un vaso de cristal, serenada debajo de la cama toda la noche, verbigracia—, de fórmulas estériles —líneas sueltas de magnos poemas que había escrito en sueños, y que jamás alcanzaba a transcribir—, y frases sin sentido: hilachos de conversaciones triviales

habidas con grandes personajes que aparecían en los callejones de sus pesadillas: don Francisco de Urdemalas, el mozo, el gran Baldo Cortés, cronista de Catedral, don Miguel Ramos Arizpe, estefaniano que había tenido a bien cofundar la República de Aztlán, fray Servando Tovar y Teresa, padre intelectual de Ciudad Incesto, don Patricio Puebla, ceñido con el gorro frigio que usaba para dormir, el vampiro Jacobo Amarellus, legendario huésped del Hotel Mundial, con el profeta Estebanillo, a quien había tratado apenas, y aun con el postrer Amarillas, quien muy confidencialmente le confesaba en esos sueños que jamás había muerto. Poco a poco empezaron a aparecer —en la penúltima etapa—, por entre las grietas de esta escenografía en ruinas, los escarabajos peludos, los cangrejillos del tamaño del pulgar, los hongos color de rosa, los bastoncillos salpicados de puntos negros, las anémonas, las plantas viciosas y exudantes, las micas veteadas de colores nunca vistos, los glóbulos de gelatina luminosa, las venillas rígidas como bracillos de zarzas, los ojos de cabra parpadeando desde el fondo de alguna corcholata de cerveza Neptuno caída entre dos baldosas, los tegumentos harinosos, las branquias metálicas, los caracolillos de empedernido nácar, los botones de carne y las agujas de alambre, los gusanos quemadores, cebados con verde savia, los minúsculos hipocampos frenéticos, los escorpiones emergiendo de latas vacías, los grillos desafinados "en un clima de ala de mosca", las esotéricas cucarachas pontificando en estado de

agonía, las medusas traslúcidas, las nubes explosivas en un cielo exhausto, el aire ahogado y enfermo, como atado a sí mismo, los eclipses desplegándose sobre los desvanes del mar... Día tras día, conforme la salud del vate se iba desarticulando y mermaba el vigor de sus nervios, los delirios perdían colorido, agilidad y finura. En la última etapa, eran ya sólo imágenes muertas y secas en el molino de su sangre enflaquecida, bebida de noche por la luna y un espejo y de día por la omnipotencia del sotol y del sol.

Probablemente sólo el profeta Estebanillo y el vate Domínguez habían transitado en Estefanía, y en la provincia de Acuario toda, en los tiempos contemporáneos, el itinerario completo del delirio, con todas sus estaciones y subestaciones, sus posadas mugrientas y sus ventas pendencieras, sus lances y cambios de montura, a ratos a pie y a ratos andando, como el caballo blanco del rey don Fernando VII, rogando o robando, y con el mazo dando. Esa indigencia moral, esa incuria psicológica que sobreviene después de haber conocido la opulencia de los sentidos; esa existencia de faquir, después de haber sido sultán en los reinos prohibidos, había constituido sin duda la mayor desdicha para ambos. Ya sólo quedaba morir, esto es, arrojar a la basura la botella del cuerpo, donde se agriaba el último trago, aplastar la brasita, soplar el renegrido cenicero de cantina donde el vate había incinerado su alma. El templo laico del Nuevo Apocalipsis, dentro de todo, no le decía gran cosa, con su muerte

sin fin, con sus esfinges sin secreto, con sus treinta y tres pasos, con sus monaguillos posalcohólicos profetizando acerca del alcohol, pero hacia el pasado: "esto es incurable, progresivo y mortal"; "sólo hay tres puertas, el panteón, la cárcel y el manicomio". Precisamente esa frase: "Muerte sin fin: esfinge sin secreto", parecía ser el lema de los últimos días del vate Domínguez, arrastrados dolorosamente por los viejos lugares, que ya no le decían más nada, que únicamente le solicitaban ahora su muerte, a cambio de la vida que le habían prestado durante los últimos diecisiete años: como habrá de recordarse, el vate había empezado a beber a los once, en casa de su madre y después en la de su tía la gobernadora, violando los frascos de alcohol y de perfume que había en su botiquín y en su tocador, cuando se distraían las criadas.

(Todo esto he escrito yo, David Suárez Camargo, por mal nombre llamado *El Filósofo*, en el umbral de la vejez, compulsando viejos papeles debidos a la pluma de mi amigo, el vate Domínguez, del doctor Tomás Fontes y aun del tercer Amarillas, apodado por propia mano Heautontimorúmenos, con base en los cuales, sin oficio alguno de novelista ni beneficio de ninguna otra especie, compuse este oneroso palimpsesto —*honi soit qui mal y pense*—, y al cual pongo punto final en la villa de Estefanía bienamada, el día de hoy, treinta y uno de mayo del año de 1964, esto es, a los 154 años netos del colapso del Marquesado de Acuario.)

La mañana de un lunes cualquiera, entró con paso temblorino al bar Groucho. Eran las seis de la madrugada, y la piel de su rostro y sus manos lucía más cenicienta que de costumbre, envuelto él casi del todo en una pesada chamarra de leñador. Amanecía, y la cantina, abierta desde una o dos horas antes, estaba oscura como cueva de lobo. Tomó una mesa entre la barra y la puerta del patio, justo la que solía ocupar el poeta Ruiz Higuera, hasta la noche del funesto botellazo, obús de cristal que le reventara la sien izquierda, asimismo cerca del zaguán por donde solía entrar y salir el fantasma del zenit, el espectro familiar de la casa. Sobre la madera del vetusto portón que llevaba al patio, estaba grabado el escudo de armas de la provincia de Acuario: en una bordura con volutas, tenía inscrita la leyenda "Marquesado de Acuario". El campo del escudo estaba dividido en tres sectores, los dos superiores de tipo acortinado. En la cortina diestra había un árbol y dos lobos atravesados sobre campo de plata, tomados del escudo de la Nueva Vizcaya, a cuya circunscripción había pertenecido el territorio recién conquistado, por disposición de su Sacra, Católica y Leal Majestad, durante la friolera de dos siglos. En la cortina siniestra había un león rampante sobre fondo de oro, y la leyenda *Plus Ultra*, que figura también en el escudo de Badajoz, cabecera de Extremadura en España, pues en un segundo momento de su historia nuestro territorio habíase llamado asimismo la Nueva

Extremadura. En la parte inferior había un río, una arboleda y un sol naciente; la arboleda relacionábase, naturalmente, con la voz apache *coahuitl*, que significa árbol, o bien serpiente voladora: de ambos elementos, río y árbol, provendría, según la pintoresca erudición del doctor Fontes, y por enrevesada manera, el nombre del Marquesado de Acuario, así como el vocablo Coahuila, tan caro a nuestros liberales y al coronel Patricio Puebla. El tal río era el río Monclova, a punto de secarse, en el limes septentrional de la provincia; en tanto que el enfermizo, pálido sol tenía una significación triple: era a un tiempo el ídolo de los apaches autóctonos, el sol esotérico del catolicismo estefaniano y el sol masónico que había alumbrado las guerras civiles y la punta del sable fratricida del patricio, según algunos el secreto autor de ese escudo de armas. Bajo ese sol también había ocurrido la destrucción del Marquesado y el tránsito a un régimen pseudorepublicano, bajo la égida del país de Aztlán, tercera y última circunscripción y metrópoli a que hubieron de someterse estas tierras en el curso de cuatro siglos. Atendiendo nomás a la calor, nadie podía decir si ese sol estaba en el zenit, en el crepúsculo de la paloma o en el crepúsculo del cuervo. En los últimos tiempos había sido el sol auroral del patricio, cruzado por la serpiente aztlánica, que tanto detestara la familia Amarillas, de claro origen vampírico, luego el renovado sol del profeta Estebanillo, y finalmente el sol crepuscular del doctor Topacio y de su secta de adeptos al fuego.

A la misma hora —era el amanecer del segundo Miércoles de Ceniza, desde el inicio de la predicación del profeta lumpen—, el doctor Tomás Fontes entraba, cayéndose de borracho, a la Casona Rosada por una puerta trasera, la puerta de las caballerizas. Un muy amigo suyo, estefaniano de cepa, que residía en México-Tenochtitlan, donde era funcionario menor, le había avisado la antevíspera de la inminencia de una expedición armada para retomar el control de la provincia de Acuario e instituir en ella nuevos poderes. Los interregnos en la República de Aztlán, dicho sea de paso, que se encontraba todavía en plenas guerras civiles, eran todavía más breves y más violentos, si se puede, de lo que habían solido ser en Estefanía durante el periodo equivalente, y aparentemente ya rebasado. El anciano no llevaba más que una maleta de cartón, retacada de manuscritos olorosos a whisky, y en la bolsa del saco un boleto de ferrocarril con destino a Monterrey, por mal nombre llamado Ciudad Incesto.

El patrón interino del bar Groucho —don Genserisco acababa de fallecer, por las Navidades, pero un año después que aquel maricón apodado la Romana— encendió los tres viejos ventiladores de aspas para evacuar del salón los efluvios de humo y de alcohol que se habían asentado durante la noche. Así la cantina se vería un poco menos sucia bajo los primeros rayos del sol. Uno de ellos quedaba encima de la cabeza del vate abstemio, tenía la forma de una mariposa de metal, con cuentas de colores y foquitos tuertos que irisaban

su eje. Empezó a girar pesadamente, bamboléandose entre pequeños jadeos. Minutos después, había alcanzado una velocidad anormal, vertiginosa. Sus aspas semejaban también dos alfanjes cruzados, afilados por la continua fricción entre sí mismos. A siete calles de allí, el doctor Fontes había encendido una pequeña hoguera, en el patio de las caballerizas de la Casona Rosada. No quemaba ni uno solo de sus preciosos papeles, puestos a resguardo en aquella maleta, sino más bien documentos y legajos de la administración del último cacique de la familia Amarillas, que de algún modo lo involucraban a él en toda suerte de tropelías, desfiguros y tergiversaciones oficiales. Don Sitibundo, el patrón interino del bar Groucho —como todos los cantineros del pueblo, él también tenía nombre de rey visigodo, o algo menos— estaba contando los billetes y las monedas de reserva de la caja registradora para comenzar el día como Dios manda. Repentinamente sintió el pesado golpe del ventilador de aspas que se desprendía a sus espaldas. Temblando bajo su chamarra de leñador, abrazado a sus propios huesos, en el rincón de la cantina donde tiritaba, donde se disponía, ay *felice* desgracia, a pedir el primer trago de su reincidencia, el vate Domínguez sintió en la cima del cráneo el golpe de la mariposa que se desplomaba. Un segundo después, las aspas giraban en su cuello, ciegamente buscando decapitarlo. Esto fue lo penúltimo que vieron los ojos del vate, junto con los ojos desorbitados de don Sitibundo, el patrón interino del bar Groucho. En los

oxidados arenales de su mente fue borrándose la vieja divisa: "Muerte sin fin: esfinge sin secreto", para ser sustituida por una nueva frase: "Decapitado por una mariposa". A siete cuadras de distancia, desde la puerta trasera de la Casona Rosada, el oído tísico del doctor Tomás Fontes, pie en tierra o más bien a gatas sobre las baldosas, empezó a distinguir el sordo rumor de la descamisada caballería azteca, que tocaba a las puertas del pueblo, cerca del puente Madero, en el nacimiento de la avenida Reina Victoria, blandiendo en los estandartes una palabra: "Coahuila", que significaba un certificado de defunción para todos nosotros, estefanianos viejos y limpios de sangre, afincados en estas tierras desde hacía diez o más generaciones. Una torrecilla de humo azulado se volvía espiral y obelisco en el patio de tierra de las caballerizas, disipando entre nube y ceniza los polémicos papeles de adopción de Jaime Heautontimorúmenos, el último cacique de la estirpe de los Amarillas que debió conocer la muy noble y leal ciudad de Estefanía, junto con la provincia de Acuario toda, heredera del Marquesado del mismo nombre, fundado por doña Estefanía de Montemayor y sus pares, el año de gracia de 1577.

La constelación de Virginia 7
El régimen del ataúd 33
El panóptico 63
Sic transit gloria Domínguez 97
La siesta de un fauno 121
Dies Irae 145
Entre pilares de oro y plata 183
Un disparo en la noche del corazón 205
Una tarde en el Senado de Acuario 229
Monólogo en el bar Pistis Sofía 263
Grandes anales de un día 289
Funerales en el viento armados 331
Hacia un Nuevo Apocalipsis 371

Truco II (un palimpsesto)
se terminó de imprimir en abril de 2017
en Coordinación Editorial Dolores Quintanilla
con un tiraje de 500 ejemplares